
Science Fiction Novels

Science Fiction

January 2001

La Estrella Bocarriba

Raul Aguiar

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.usf.edu/sf_novels

Recommended Citation

Aguiar, Raul, "La Estrella Bocarriba" (2001). *Science Fiction Novels*. 4.
https://digitalcommons.usf.edu/sf_novels/4

This Book is brought to you for free and open access by the Science Fiction at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Science Fiction Novels by an authorized administrator of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

LA ESTRELLA BOCARRIBA

RAÚL AGUIAR

LA ESTRELLA BOCARRIBA

Raúl Aguiar



PRÓLOGO 1

“Estos ya no son los **Acill Etam** del inicio, en este repiten un poco las fórmulas. Salvo dos baladas y la que escuchas es lo mismo casi en todas. En realidad fue un disco poco acogido. De todas formas a mí me sigue gustando, no sé, a lo mejor es porque me recuerdan el 29. ¿Te acuerdas del 29? Ese año significó bastante para mí. Sí, fue el año en que comenzó todo.”

Lilith ya no cree en islas predecibles, pero a veces se pone a pensar en lo sucedido con **Aquiel** y el resto del grupo y llega a la conclusión de que todo aquello era como una inmensa ópera-rock. Fotografías brumosas, claro; hombres y muchachas revoloteando en las calles como papeles sucios y el problema era que ya la moda, la música y las ideas no tenían nada que ofrecer, tan solo su teatro, su mascarada, siempre era sábado, noche para gozar.

“Ahora que lo pienso me parece curioso. En el grupo sólo se vivía el presente. No es que dejaran las cosas para mañana sino que el futuro no existía: se vivía posponiendo. No sé explicarlo mejor. Una noche dejaron de moverse y así se quedaron: inmóviles fijos hasta la eternidad. Hace dos años **Raphael** habló por primera vez de irse. Una cámara inflada, pastillas hidratantes, conservas, machete o pistola, remos, brújula, una sábana para cubrirse del sol, siete u ocho días en medio del océano infectado de tiburones. Rapha compraba una guitarra y la vendía a la semana siguiente para comprar otra. Los Brujos se reunían en su casa para escuchar la cítara de turno, hablar de bandas de rock o jugar a la verdad. Todos conscientes de estar sentados sobre un almacén de dinamita, pero entretenidos en apagar la mecha una y otra vez, en espera del estallido final. Imagen perfecta: personas sentadas en círculo con las manos de palmas bocarriba, ojos cerrados y bocas abiertas, esperando la lluvia del cielo, maná celeste. Me habría gustado fotografiarlos así, partida de sucias estatuas.”

La verdadera génesis de la situación databa de los 40s., según los sociólogos: Democracia electrónica, bombardeo de objetos en nuevo software creador-disipador de tiempo, abocado a la vieja consigna del goce como objetivo supremo, otra percepción. **Warhol, Riken Backer, Nam June Paik y Pierre Schaeffer** sentando las bases del

Nuevo Malestar (eléctrico) de la Cultura, pautada ahora por los dioses del intercambio social, del intercambio simbólico: Los Medios, regulando encuentros y desencuentros, la era de los servicios clamando profesionales, tiempo social, educación, y como consecuencia directa la diferencia de edades, de roles. La **Massa** de pronto dejó de ser informe porque ahora se hacía necesario discriminar.

Ya había tiempo para ser joven, o al menos estudiante, y también se liberó el espacio de los deseos, en él hizo eclosión un nuevo imaginario: la Cultura Juvenil. Y dentro de la subcultura de los **Brujos**, nombres como *Enru Obso*, *Diamante Rey*, *H-Sur*, *Los Plomos del Zeppelin*, una inmensa ópera-rock. Pero no el rock que ellos creían conocer, debatido cada noche sino otro nuevo, extraño, como para despertar serpientes internas. Para diferenciarlo ella terminó por llamarle **Heavy Mental** (Mente Pesada).

Claro que de un mal odio queda todo a labios ocultos: Nunca se lo contó a nadie. Un día quiso componer una canción sobre aquel modo de vivir y después de una conflagración a gritos con las estáticas cuerdas comprendió que sería mucho más difícil de lo que había imaginado. En realidad todo aquello no podría caber en un sólo tema, si acaso una ópera alternativa, una sinfonía punk en mezcla de sonidos primitivos, clásicos y digitales, derrotas y atrevimientos explícitos girando alrededor de Aquiel.

Aquiel tema central, guitarra *leader* o vocalista, tal vez los dos al unísono. El resto, sencillamente, instrumentos acompañantes, violines y sintetizadores de fondo, nada más. Y no porque llegara a ser el jefe del grupo, el que imponía su voluntad y voto a la vista de todos, sino por lo que ocultaba detrás de todo ello: atravesar los simulacros, encontrar de una vez **lo Real**, la ausencia, el agujero negro de toda cadena significativa.

“Seguimos presos como el grito de los desconocidos. Es para quedarse y olvidar al náufrago, al congelado que asciende y viene a destruir tu cuerpo.” Aquiel actor, trabajo direccional perforando inconscientes, como lo de robarle a Daybel cierto árbol, ciertas alas, porque ella era un animalito fiel, al principio.

“Mira, esta es la foto donde sale mejor. Me gusta porque tiene puesto el amuleto que después me regaló. ¿Viste que largo el pelo? Aquiel era el más interesante de todos los hombres que conocí. No era tan atractivo como Raphael o Brizo, pero sí el más inteligente y el más misterioso también. Fíjate si es así que toda la onda del **Lado Oscuro** – la seria, la cruda, no la de antes - vino de él y sus libros raros y sus discursos

sobre los Límites de la realidad, la **Brujería Yaqui**, la **Goética**, la **Magia Negra** y miles de locuras más. Claro, cuando aquello yo no sabía, no conocía ni la décima parte de estos temas, los aprendí con él, cuando ya estábamos, pero escucha, escucha esa parte de la canción, ahí era cuando todos nos lanzábamos a bailar **core... Light: Exit, Night: Enter, Hand my take...** Al principio todo era muy infantil. Siempre todo fue infantil, claro, tal vez el concepto no sea el más adecuado, al principio todo era más...inocente.”

Dentro de la inocencia emergía un nuevo esquema sensorial, nuevos ritos, mitos y lenguaje simbólico: En los 50 el **Roll and Rock**, el aullido de Ginsberg y los caminos de Kerouac. En los 60 los Beatles (**Escarabejos**, en el idioma de los Brujos), **Hemos dicho Basta** y **Krishna Zen in the sky with diamonds**. También, como era de esperar, aparecieron los nuevos-antiguos enemigos: **Greenes**, **Potencias**, **Hojas de parra**, **Esto es mío**, **Napalm**, **Dulces angelitos de Dios**.

Y por supuesto, las alternativas: **Pelo púb(l)ico**, **guerrillas**, **psicoazules**, **sexo sentido**, **Maryengel**, **Puertas**, **Atraviesa al otro lado**, **Aristopsiques**. **Alucidelias** generadoras de futuras muertes ideológicas, gravitando en la explosión de opciones con canto de cisne utópico en **Stockwood** o las universidades de **Troya** y **Alucinorte**.

Más tarde la A-Dicción, fin de la épica. Salvo raras excepciones, el **System** demostró que la Utopía era capaz de ser empaquetada, el imaginario – no sólo juvenil - se convirtió en la mejor arcilla para la industria. Circuito cerrado, aleatorio, las ideas terminaron transformándose en bacanal **massivo**, en superficie **predictórica**. Para entonces lo importante ya no fue más la utilidad social, la meta o su sentido final, si acaso la implosión de signos. Una muy pequeña discontinuidad en los 70, con los **No Future** (léase punks) y así. Los Brujos se vestían en mezcla de ropajes y peinados alternativos, se colgaban al cuello la espiral cuadrada y ensalzaban a los grupos de moda y otros no tan de moda, más bien una cultura musical, claro que esto era la actividad visible. Detrás de todo ello estaba Aquiel y ya ves, Lilith: su navaja era un niño jugando a matar, la ira bien oculta en el uso de la droga, consciente de ir sembrando deudas, para que nunca se cerraran las puertas de la fuga, evasión de lana y cristal lloviendo sobre las camas, sobre la mesa: “Ya te hundes, puta” y Lilith sin vestido entrando al espejo, cada noche más ligera, más levitante, “para triunfar sobre el mundo de la oscuridad sin límites”. La Oscuridad...¡Ja!

“Recuerden todos cuando no lo deseen, una ocasión como aquella vez de las máquinas, la acción de los androides arrastrando sus pasos.”

Aquiel a veces parecía haber venido del futuro, pero de un futuro terrible, a lo *1984*, *Blade Runner* o alguna de esas novelas ciberpunks.

“Yo no escribo esto, nadie lo escribe. Sólo son letras y frases al azar, aleatorias, convertidas en puntos luminosos de software.”

Dime cuál música escuchas y te diré quién eres. El nuevo enfoque utilizaba la moda y la música como mensaje exclusivo, en ellas se expresaba toda la ideología sintetizada en códigos para la tribu, una especie de retroalimentación y desenfado. Lilith recuerda haber pagado cerca de 40 **greenes** por un **holo** de *Cobain* vestido de ultravioleta y se lo mostraba llena de orgullo a todos los visitantes del **sanctuario**. “No sé dónde estará ahora, debe estar guardado por ahí, en alguna gaveta, junto a Castaneda y Duprey, bueno, no importa.”

Lo importante era la misma acción, la operación sin producto, sin realización en consecuencia. Fumar. Templar. Hablar. Semióticamente: terrorismo, muchachos peludos y sucios con sandalias y botas, collares de cuentas, tatuajes y demás aditamentos desde la muñeca hasta los codos – el **piercing** recién comenzaba -, cuerpos en oscilación neolítica con la desastrosa música nacional (neonacional) de un *Provos* o un *Limits*, los demás eran muy blandos, “helado de fresa para rosados”, decían escupiendo a un lado.

Vértigo de novedad, de rupturas y anecdotarios, llegaba el punto en que lo nuevo se transformaba en simulacro, ya no habían sonidos ni actitudes originales, todo era remixado, redigerido, una revolución de segundos y ya, "el próximo". Autofagia. Calidoscopio. Deambular sin rumbo, operatividad sin fronteras (Bueno sí, el tiempo: ¿Circular?, ¿espiral?) o como diría un tal **Maryengel**: actividad productiva sin mercancía, dragón de mil cabezas devorando su cola, desintegrada por las explosiones de luz del acontecer emitiéndose como huella, como cicatriz, juego infinito. Un ejemplo:

“La iniciativa más atrevida del grupo, antes de Aquiel, te estoy hablando de principios del 19, fue la de Raphael, que llenó las calles de Viejo Vedado con **alphs** encerrados en círculos, un símbolo que confundió a todos porque había un grupo de **holoplásticos** que también se reconocían por la misma señal. O sea, al final resultó que Rapha era un propagandista involuntario de **ArteLáser...**”

Juego de apariencia trivial, ¿tribal?, los Brujos diluían el tiempo pintando signos reinterpretados como débiles ecos a su realidad nacional, fuera de significados y sentidos de producto, si acaso el Eros, soñando cítaras, cuerpos y bandas, coleccionando compactos hasta que una noche apareció Aquiel “y todo cambió para siempre.”

Baby little hush, word a say don't...



PRIMERA PARTE:
"HEAVY-MENTAL"

“Vivimos dentro de una enorme novela. Cada vez, es menos necesario que el escritor invente un contenido ficticio. La ficción ya está ahí. La tarea del escritor es inventar la realidad”

J. G. Ballard

ALPH

En el comienzo Lilith todavía no es Lilith, sino Daybel Álvarez, una muchacha de diecisiete años con su mochila auestas atravesando las espirales de Choquelia. Son las diez o algo así y sus ojos recorren las hileras de **amorfos** que esperan su turno apoyados en las barandas de hierro o tragan sus helados con idénticos gestos de animal colectivo. Ella siente la lluvia pulverizada en el aire y se estremece. Busca algún **atípico** para colarse, pero al final desiste y sus pasos esquivan otros pasos sobre el suelo de granito desgastado. Ahora, en invierno, los **androides** se parecen todavía más, con sus brazos cruzados sobre el pecho o las manos en los bolsillos, el rostro mirando al suelo, la barbilla escondida en el cuello de sus impermeables o abrigos y las narices enrojecidas, presagiando futuras aspirinas y pañuelos arrugados.

Observa una pareja de *strangers*, mujer y hombre, que enfocan sus ojos de video al módulo superior de la espiral cuadrada y ella apura sus manos para evitar que su aureola quede presa en el haz convergente. Antropometrías. La película es aquí la cicatriz pornográfica de poros que no desean modelar, o al menos no a tan ínfima distancia. Daybel diluye a sus espaldas el espacio y el ojo láser; por fin ha traspuesto el umbral del último brazo de la espira y penetra en la noche. En realidad es como si pasara de un sexo a otro, de pronto se le antoja el esplendor gris de **homoides** y granito un cerebro de ogro gigante o algo por el estilo. La noche es distinta, es mujer inconsciente, promesa y preparación de todas las cosas. Allá arriba las nubes eclipsan cualquier destello. Hay una luna desvaída y como rota en jirones pálidos que acentúan la sensación de frialdad de la muchacha. Frente a ella, en lado opuesto de la avenida, los resplandores neón del cine Yama le ofrecen cierta película de ilustración criminal e intranscendente heroína de piernas largas. En la esquina más próxima, un grupo de atípicos vestidos de negro hacen oscilar sus cabezas al son de los fraseos vertiginosos de unas guitarras invisibles. Daybel sonrío, espera que un automóvil pase delante y corre después mirando a los lados.

“Hola Brujos, ¿Cómo va eso?”

(Brujos. Deambular sin rumbo. Las nuevas cuerdas pulsando los dedos, adorando al mismo demonio y sus vírgenes para “violar” de alas transparentes, para doblarlas, empujarlas o precipitarlas al abismo en conjunción terrible al nacimiento del Rebelde.)

Entre los jóvenes que responden a su saludo se encuentra Raphael, uno de los líderes del grupo. Es bastante atractivo y el pelo a mitad de espalda es la envidia del resto, muchachas inclusive. Su nombre original sería Irving, pero aquí casi nadie guarda sus nombres originales. Por lo que sabe, él, Zepar y Conan son los más viejos del grupo. Los demás ya no se diferencian tanto.

“Hola colega, siéntate aquí.” Beso en la mejilla y alguien le alborota el cabello. Reanudan la discusión sobre las facultades del guitarrista que escuchan, leader del grupo Morbosos, pero Daybel, pese a su costumbre, contempla a sus amigos sin intervenir. No hay **cenizas**, para mayor desgracia. Por lo visto nadie ha traído cigarros.

(Brujos. De la Rebelión tan solo lo visible, lo espectacular que en realidad no somos. Lógica del modelo también: sin la expectativa se hubieran devorado a sí mismos. Zas. Un existir sin enumerar noches, al fin y al cabo algo vendrá a suplantarlos de una vez y de nada valdrían entonces todas sus posturas existenciales, ya lo dijo el vidente: “El país es viejo. Sólo nos queda descansar en sillones, la espera nunca muere, se llena de peces etéreos como amigos, siervos de la gran ciudad, las manos reposan y recuerdan a quienes olvidan, justo antes del caos definitivo.” (*Amduscias, The Black Bible. 58: 1-2c*)

Margarita Pajot y Brizo después de un tiempo se aburren y vuelven a cabecear. El Brizo como si lo estuvieran ejecutando, una mueca de dolor y la cabeza disparada hacia atrás. Maggy en un estilo ingrávito, de cámara lenta, un coito cósmico con la música. Daybel siempre le ha envidiado a esta muchacha su sentido del ritmo-esencia, no importa la velocidad percutiva de las grabaciones.

“Mira lo que conseguí”, le dice alguien al oído. Es el Zepar, nombre original desconocido; le muestra dos sobres de trihexifenidilo, (parasimpaticolítico y antiparkinsoniano, veinte cápsulas), pero ella hace un gesto con la cabeza y le devuelve los **psicoazules** encogiéndose de hombros: “Hoy no. Me siento mal.” “¿Qué te pasa?” Pero ella no contesta y aparenta escuchar la disertación del Rapha sobre *blackmetal*.

“¡Qué coño *Obituario*, ni *Obituario*!, ¡Los *Morbosos* sí son los geniales! Un día abrieron la tumba de un sacerdote y se llevaron el cráneo a la gira. El cantante se corta el brazo antes de cada concierto y guarda la sangre y al final barniza toda la guitarra con ella.”

“Son unos payasos; eso es imagen, nada más. Seguro no saben nada de Brujería. El que sí sabe es *Ega Pimmij*; tiene una librería de lo oculto y se compró un castillo famoso, más bien una iglesia, donde desde el siglo pasado se hacían rituales de misa negra y una vez se quemó con una congregación adentro. Del carajo.”

(La asignificación de los actos, de manera consciente, es un sistema inestable, siempre termina por anunciar algo, aunque luego este "Algo" resulte la muerte del sistema mismo. La superfluidad no existe. Esto ya lo sabía perfectamente Aquiel cuando decidió insertarse en el grupo.)

Daybel no se dio cuenta de su llegada. Apareció, sencillamente. Silencioso, los ojos negros alternándose entre un libro de muchas páginas y el debate a gritos entre Raphael y Zepar. De pronto rompe a hablar sobre la Magia y todos hacen silencio. Daybel no entiende muy bien, solo capta palabras sueltas y desconocidas como “Introito”, “Grimorio”, “Cirios negros” - ¿Los cirios son velas negras? - y así continúa alrededor de cinco minutos, describiendo punto por punto el ritual de la Misa Negra - “abjura de cuanto defiende el Catolicismo”- y como es de esperar todos, excepto Raphael, terminan con la boca abierta, tratando de averiguar si el muchacho está loco o son las pastillas. “El introito lo celebra la sacerdotisa. El atributo es como una especie de cáliz pero hecho con una calavera cortada por la mitad, pegada en un cuerno de cabra, más bien de un macho cabrío, el símbolo del diablo o de cualquiera de los dioses cornudos.”

“Muy interesante”, susurra Daybel sin aclarar si se refiere al joven o a su discurso. Se ha quedado mirándolo a los ojos y de pronto desea la desaparición de las muchachas del grupo, principalmente Margarita y Amy, que tienen buen cuerpo, mientras el suyo dista bastante de los códigos masculinos y casi no se le notan los senos. “Entonces la sacerdotisa se pone a leer el misal, que es un libro encuadernado con la piel de un niño muerto sin bautizar y después se realiza la ofrenda de la virgen.”

Cuando termina, en medio de los susurros de la gente, Raphael sonrío y le palmea en el hombro. “Se los presento: este es Aquiel, el hermano del Conan, posiblemente es el

tipo que más le sabe a toda la onda negra.” En sus palabras se nota un deje de admiración: “También fue el que me enseñó la Brujería Yaqui en el Pre.” Cruce de miradas. Daybel calcula las posibles edades y se regocija en secreto. Aquiel debe frisar cerca de los veinticuatro o veinticinco años, “La edad perfecta para mí”, luego la reunión sigue su curso normal. El Brizo se acerca y comienza a preguntarle por sus cassettes y ella contesta de mala gana. La Amy manipula en la grabadora mientras Raphael conversa en voz baja con el recién llegado que, por cierto, no se ha dignado a mirarla. El Zepar y Margarita recogen sus cosas. “Caballeros, nos vamos. Ya es muy tarde.” Daybel observa el crepúsculo de la hora. Como si fuera una señal, todos excepto Rapha y el joven se levantan. Despedidas mutuas. Ella piensa que ya es tiempo de regresar al Himalaya, ese monte fortificado de acerbos **osos** familiares y demás parentela. “Esperen. No se vayan todavía, vamos a planificar algo. ¿Saben lo que se nos ocurrió?”, y entonces Raphael les expone la idea de realizar un **sabbat** el viernes próximo, aprovechando la boda del Conan y la Cheng. Después de la oficial, en el Palacio de los Matrimonios, reunirse por la noche y celebrar una **boda Wicca**. Todos están de acuerdo. La condición impuesta es que todos deberán ir vestidos de negro y con los rostros maquillados. Viva el carnaval. Será la primera Asamblea de Brujos de la isla. Daybel se ríe con la idea, pero comprende que ellos dos, Rapha y el otro sí se lo toman en serio. Aquiel sonrío misteriosamente y dice: “Hay sorpresas” y todos quedan intrigados.

“¿Quieres compañía?”, le pregunta el Brizo, pero ella niega con un gesto. Camina sola por la avenida. El tal Aquiel no le prestó la menor atención. Ella odia ese regreso a casa por aceras eternamente transitadas, mirando pasar los autos pálidos nocturnos. Dirige la vista en dirección al cine y descubre las dos figuritas conversando. Ahora debe esperar una maldita guagua que puede tardar horas y llegará al amanecer a su casa, a recibir el regaño de turno, luego, y por suerte, el refugio de su cuarto. Se imagina como una hierba en medio de los insultos silvestres, hogar con exceso de población-habitante. Dentro de su cuarto los tres únicos metros de ecología privada, tres metros donde colgar su ropa y ocultar la toalla húmeda de sueños posibles.

Pasará a su cuarto después de abrir la puerta con la misma llave de siempre, pensando en Aquiel. Más tarde vendrá la acostumbrada taza fría de café, y como esto no basta tratará de mitigar el hambre embadurnando un pan con sal y restos de papel

grasiento, sucia poesía nacional, para al fin buscar el sueño que caiga como espada. Daybel se desnuda y acuesta bajo las sábanas, cierra los ojos. Imagina estar dentro de un huevo sin nacer, sin nacer pensando en cual cielo del techo la protege. Preterición. Ella siente que se está soñando a sí misma; sueña con una muchacha de ojos cerrados y brazos en cruz, inmóvil sobre su cama. La casa vacía y sin padres - pedir silencio absoluto a las calles y casas vecinas ya sería demasiado - un perro ladra tristemente en uno de los pasillos interiores y ella piensa que los perros siempre saben lo que va a ocurrir pero no quieren decirlo a los hombres porque estos no entenderían - o no querrían entender - nada fuera de su realidad simulada, ese submundo repleto de monstruos con luces, patas redondas y olores desagradables. Daybel observa el dibujo de la luz en la pared, la franja que golpea contra el espejo y salta a uno de sus brazos extendidos y de pronto siente el temor de que aquello signifique algo en el idioma oscuro de las estrellas, palabras que giran en órbita libre alrededor de muchos animales extraños - flores sin espinas, hormigas con plumas y gorriones de seis patas - que, por supuesto, viven en otros planetas o en los anillos de Saturno y que ahora desean comunicarle algo. Daybel sonrío y escucha su algarabía, le piden secretamente que se una a ellos, los que padecen, millones y millones de seres pequeños flotando entre constelaciones; le piden que sea su Diosa Madre, pero ella sonrío con tristeza y les explica que no tiene madera para Juana de Arco ni Don Quijote, que ya no le gustan los molinos, ni las multitudes - valga la redundancia -, ni el sol, que en otro siglo quizás habría sido posible, cuando todavía no había escondido a la niña entre las sábanas, pero que ya es muy tarde: no es inocente. Se siente desvalida, sí, como ellos, y también sola, pero no es inocente.

Entonces los animalitos se alejan como sombras, se pierden en ascenso de todo el hilo de luz que va hacia la ventana en dirección al cielo recién pintado de naranja y púrpura, se hunden con el sol enfermo tras las chimeneas de una fábrica y ella se muerde los labios, se sorprende de nuevo en soledad y se desenmascara cobarde, medusa que palpita fofa, enredada en sargazos. Daybel comienza a sentirse vacía de todo, como si alguien hubiera absorbido su sangre y sus órganos, dejando tan solo la cubierta floja y quebradiza desparramada sobre la cama.

“Quebrafloja”, dice y sonrío por el descubrimiento. “Desparracama.”

LA BIBLIA NEGRA

LIBRO PRIMERO DE AAMÓN COMUNMENTE LLAMADO EL PRINCIPIO

Capítulo 1

1. En el Principio no había palabra y el mundo estaba vacío y muerto..
2. Y la Grand Ma, la Nada que es el todo, dormía dentro del huevo más pequeño de la Nada.
3. Y la Grand Ma despertó y dijo "Alph" y el huevo más pequeño de la Nada explotó con gran fuego blanco y se hizo la Luz en el universo, quemándolo todo.
4. Y vio la Grand Ma que un mundo todo de Luz era malo, y decidió que hubiera Luz y Sombra.
5. Y diciendo "Bth", convirtió el Uno en Dos, y llamó la Grand Ma a la Luz, "Día", y a la sombra llamó "Noche" y ordenole a la Noche que apagara los fuegos del Día pero no todos, y así quedaron el Sol, la Luna y las Estrellas.
6. Y el Día es el Sol y la Noche, la Luna y las Estrellas y la Grand Ma ordenoles que detuvieran la guerra y se juntaran como Marido y Mujer y hubiera paz y armonía entre ellos.
7. Y de esta cópula de la Noche con el Día nacieron las Diosas Triples, y la Grand Ma les llamó Tierra, Agua y Nube.
8. Y las Diosas Triples querían hijos y al no tener marido uniéronse entre ellas y solazáronse unas con otras.
9. Y de la Unión de Tierra y Agua nacieron los ríos y pantanos, los lagos y manantiales, pero estaban vacíos, y no habían árboles ni animales para beber de ellos.
10. Y de la Unión de Tierra y Nube nacieron los desiertos y montañas, los vientos y el aire, pero estaban vacíos, y no habían árboles ni animales para vivir en ellos.
11. Y de la Unión de Agua y Nube nacieron la lluvia, las olas grandes y furiosas, la nieve y el granizo, pero estaban vacíos, y no habían árboles ni animales que vivieran en ellos.
12. Y de la Unión de Tierra, Agua y Nube nacieron los tornados y terremotos, los volcanes y todos los poderes sin ley, lo confuso y desarmónico.

PRÓLOGO 2

“Había una vez una Boda. He aquí a un tipo en una boda, mirando a la gente divertirse y diseccionando sus rostros y expresiones. Un ritual interesante, con sólo dos días de planeada y los protagonistas brujos. Conan, el novio, es mi hermano. Ha venido vestido de negro total - ¿la ropa interior también? -, la melena por los hombros, onda renacimiento en Venecia. Ella, la Cheng, de blanco, parece la Pulgarcita de los animados rusos. Tensión. No hay confetti, ni limosinas LADA llenas de preservativos inflados, ni vestidos azulcelestes rozando colillas de cigarrillos. La boda es rápida. ¡Pum!. Fogonazo. Sí. Sí. Un beso. Ya está. ¿A dónde van? Al hotel. OK, nos vemos por la noche en la fiesta. Yo, por mi parte, me dejo arrastrar por Elisa a un automóvil blanco. Llave en el encendido y vamos a casa de su amante. Amante. La amante. Es una lástima que tenga que usar artículos para definir un craso caso de homorrelación que por lo demás, no me repele mucho. Un solar. Tipos peligrosos, onda punto de yerba y coca. Un pasillo. Enya habla de refrigeradores, vender, mecánico, motor, pero a mí se me está haciendo la boca agua al ver dos tortitas de morón encima de un plato. Elisa se me adelanta y no soy capaz de poner la mano palma bocarriba onda mendigo Charlot puente de París sobre el río Sena. No recuerdo después; salto al cuarto de Enya y estoy hojeando una revista de poesía concreta y oyendo a Gal Costa, las dos brasileñas, *of course*. La portada de la revista tiene a la Monna Lisa de da Vinci, pero toda desmelenada, con ojos de perversa y un pitillo de marihuana en la mano. Exquisita para un afiche.”

“Elisa me está dando clases de educación sexual y yo me entero por primera vez - ríete cabrón - de que entre las técnicas para demorar la eyaculación está echarse las bolas hacia atrás y tratar de pensar en sapos llenos de gusanos purulentos, también me entero de que el problema no es que Yamila tenga el clítoris muy arriba, ni que sea frígida, sino que el hombre siempre debe encontrar el punto exacto para satisfacer a la mujer, y ese punto está en el cerebro. Otras cosas, a ver...Ah, sí, pero en afrodisiacos **afroyorubas** y esa es una moña cultural que no me invita mucho, algo sí comprobado es el hachís, estimulador number one, como el día aquel que...pero no, porque ahora estoy hablando de la boda del Conan y en el recuerdo Elisa me dice que si quiero recobrar a la Fénix

debo cambiar ciento ochenta grados los polos de mi aureola verdiazulada y comenzar a oler diferente, pero ahí la interrumpo y le respondo que mi problema no es la atracción, que ahora es cuando más mujeres atraigo, pero ella no me cree y ¡zas!, se lo demostré después, esa misma semana. Chao. Chao. Nos vemos a la noche.”

“Por la noche voy a ver a la Fénix, es decir, a Yamila. Es horrible que haya terminado todo, snif, era la pasión de mi vida, snif, snif, gulp, no, por favor, Collado no, mejor Freud: ‘Me frustra bastante este complejo de castración en el que me ha imbuido la susodicha.’ Punto y salto. Ahora estoy en mi santuario, vistiéndome de blanco completo con una cruz del Salvador hecha por los indios guerrilleros, qué cómico: estoy vestido para proyectar exactamente lo contrario de lo aparentado por mí hasta el día de hoy: un aristopsique disfrazado de brujo. Consejo de Elisa: ‘Vístete de colores oscuros. Verás como las cosas cambian’. Al final desisto de llevar la cruz y me largo.”

“Otro salto. Ahora en casa del Diony. Le quiero cambiar un LP de Chaik que me robé por uno de Ludwing, pero me dice que no le interesa. Ahí lo obligo a cargar varios compactos porque en casa de la Cheng no hay grabadora y nos largamos Calzada abajo o arriba, no sé, con Tierras Sucias, H-Sur, Red War, Chaikov y dos o tres más. Llegamos. Hay grabadora. Hay ron. Menos mal, ron, algo. Raphael debe llegar dentro de poco con todo lo planificado en el Yama (psicoazules, de diseño y **drinas**, amén de cuarenta greenes en ganja). Creo que Ega Pimmij en el equipo. Bla, bla. Salto. Yamila no viene.”

“Yamila. Yamila. Yama. Gus. Pelandruja, grullita linda, puta asquerosa. Yamila alta de pelo largo vista de perfil, deseable. Cara pensativa. Ahora ojos cerrados de labios mordidos, desnuda debajo de mí en arco yoga de músculos, sudor y droga. ‘Sí, yo también te quier.’ Ojos redondos en brillo goldfish en el umbral de la sala. Gatos Gardfields, ladrels, lagartijas cósmicas, mandalas. El patio lleno de helechos y libros de filosofía, mapas de Tolkien, bonsais. Ultimamente estoy odiando bastante a Foucault.”

“No te pierdas, vuelve a la boda.”

“Ya. Están bailando con H-Sur, se abre la puerta y entra Raphael con toda su comitiva. Ahí es cuando me fijo por primera vez en Lilith. Viene detrás de Margarita y de pronto la veo jodida, tan jodida como yo o quizás peor. Recuerdo que pensé: ‘Mira, esta podría ser una buena aprendiz de bruja’, pero ni yo mismo sé por qué llegué a esa conclusión en ese instante.”

“El día anterior estaba discutiendo con Yamila el concepto de ‘Plástico’. Una discusión muy plástica, pienso. Después encontré en un libro una definición que me gustó bastante: Un plástico es aquel que va a la universidad para lucir su ropa y luego va a las fiestas para hablar de filosofía. No sé por qué se me ocurrió en toda aquella onda de mover los puntos de encaje, borrar la historia personal, etc., comprobar si aquella muchacha, ¿Daybel?, era plástica.”

“Ciento ochenta grados. Se limitó a mirarme con ojos asustados y la boca semiabierta. Ella no lo sabía, pero la estaba violando con el cerebro. Realmente soy un sádico.”

“ Esa noche Yamila no fue a la boda. Realmente soy un masoquista.”



BTH

(1) No habrá estallido ni pedazos de encéfalo, materia gris, manchando las paredes desconchadas, bruma de los que gritaron sobre la cama y la hierba. Recuerdo que fuiste una niña como todas, viviendo en una casa amenazada por la guerra, lo cuasieterno: Papá borracho, madre que grita y es proyectada con un puño hacia la pared, niña llorando bajo la cama (muy clásico, factor de riesgo social). Ya a los catorce pones a derretir la virginidad del mundo al primero que susurre una frase tierna (que suene tierna) y luego recuerdas su ausencia y escribes páginas del diario y no perdonas nunca a los hombres. Realmente hoy no tienes deseos de dormir; de gaviota pasas a hierba, la casa desaparece y una niña drogada no va a regresar.

(2) Es curioso, una se desnuda y cae en lo evidente. Inteligente hoja de parra, no acabo de aprender que lo evidente es tal vez innecesario. Quizás la solución sea cambiar el vegetal por una lata de Beaf, carne prensada.

(3) Un sueño largo, largo:

(Comes.) Comen los profesores de arte los muslos verdes de Lilith, pero ella no impide la vista, se deja deslumbrar por los haces de luz multicolor de las celosías, fija hoy sus ojos en tres gorriones que duermen sobre el tejido de cables telefónicos, abre sus piernas y escucha a los enemigos (a usted) decirle: “Qué obscena”, mientras hunden (hundes tus) tijeras en muñecas oníricas de barro y otoño cercano.

Vuela bajo, ¿quieres probar? Primero piensa.

Conéctate. Conéctate. Conéctate. Conéctate.

(4) Lilith: “¿El Sabbat? Superó todo lo esperado. Déjame fumar, por favor. No sé como se las agenciaron el Rapha y Aquiel pero había de todo: cincuenta por ciento de psic.oblues, treinta de nulips, drinas y piracetam, diez de yerba (a lo mejor no era tanto y estoy exagerando, claro, eso demuestra la impresión que me dejó. Celebraron los ritos de la boda wicca, con juramento de sangre y salto de la escoba, luego hicieron una especie

de sopa fría (Aquel la llamaba **Tympanum**) y nos bautizaron a todos con un nuevo nombre. No recuerdo muchos, sólo los de algunos. Nos dieron una tarjeta y yo pude leer el mío: **Lilith**. No estaba tan horrible a pesar de... La tarjeta decía que Lilith era la Reina de los demonios súcubos. Me gustó eso. ¿Aquel? Aquel era un demonio que sólo aparecía los domingos a las doce de la noche en luna nueva o cielo nublado en un lugar desierto. Por supuesto, ¿cómo lo íbamos a tomar? Todo era muy divertido. Recuerdo cuando Brizo me dijo: ‘Estos dos están más locos que el carajo’ y se puso a cabecear al lado de los baffles. Esa fue la noche en que Aquel habló conmigo por primera vez. Fueron solo unos minutos, luego Zepar lo llamó para lo de las tarjetas. Imagino que le dejé la impresión de ser una magnífica imbécil. Ese es mi problema con los hombres: nunca me doy lugar.”

Lilith en la Feria del Rock. Era antihogar. Era de conciertos de **rockheros** nacionales, buenos, regulares y malos, las fiestas patrias son un buen motivo para tocarse y eso no es secreto, no es secreto para nadie. Polvito blanco y resfrío. El dilema es desfigurar la soledad. Como sea. Poner las tres o cuatro o seis filitas sobre el espejo y agruparlas con la cuchilla caliente y al minuto posarse con el casquillo conectado a la nariz, cuidando no romper el búcaro grawe de la Santa Madre Marmota con su plato lleno de ojos, manos rotas y tetas como gelatina de ganso. Total, la universidad esta cerrada y la Feria del Rock abre sus puertas antihogar. Muestra siempre interesante. Rock nacional.

“¿Oíste Lilith?, hoy dieron otro parte sobre la salud de Comte. Parece que no llega a la semana.”

(5) El hombre común, genérico, siempre ha sentido miedo de la realidad. Por eso el ocultamiento, el escondite, la máscara del No desnudo, lo púdico eterno (principalmente la muerte) que transforma cualquier visión pornográfica en contenido simbólico. Por supuesto, para que la máscara funcione, esta debe cambiar en el mismo sentido en que se va desarrollando el hombre. El tiempo infantiliza.

(6) “Dicen que tienen un doble, un muñeco mecánico para el caso de que muera.”
 “¿Que muera quién? ¿Comte? Perdona pero creo que esa idea es bastante infantil, lo más probable es un Golpe de Poder.”

“Un Golpe de Poder... ¿por quién?” “Por quién va a ser?, por el hijo de puta de Santo Tomás.” “Eso es imposible. La gente no lo apoyaría.” “Para apoyarlo tiene el ejército, ¿no crees?”. “Bueno, sí, ¿hasta cuando todo, no?, la misma pregunta de siempre.”

(7) Lilith es de las que se raya cantando y saltando al compás de cada canción. Compact, Miguel Formell, Lagos, Orine Amarillo, Los Gatos Mutantes y Jules Andrés, con ellos se divierte en el auditorio de la feria. Lilith piensa que todos, hasta ella misma, son la demostración perfecta de la enfermedad (obscenidad) del sistema. Hay que enseñar a todos la viruela del tiempo. Ya está llegando a los parajes donde la suponen en quietud, mejor sería pensar en escorpiones, una mujer violentamente desnuda y vacía de vestiduras (no es lo mismo) para que todos (usted también) se la claven como locos hasta lo último, de todos modos la clavan en poesía social, cagándose en la madre de todos los albedríos.

Lilith está en la feria y conforma la plástica, entra en la casa húmeda de lo permisible, cultura masturbatoria, plaza del esperma. Sucede que hay que deconstruir, o lo que es lo mismo, reinventar, o lo que es casi lo mismo, reversibilizar la metáfora de lo real enmascarado una y otra vez para que pueda seguir ocupando el lugar asignado, “Padre de Puertos, 1999, no te burles de mis sismos dorsales”, para que mantenga así su concepción simbólica “El país se ha vuelto textura de ojos dentro del salto esperando nuevas ideas”, para que pueda seguir siendo lo que es, “para no tener ya mas el pecho cubierto de tigres y ovejas”, pero, al fin y al cabo, cuidando mucho las creencias del día de feria.

Apretado resumen: todos los participantes son duendes, los festivales rockheros son como esos cuentos donde uno se vuelve frágil y se convierte en mar. Poderoso y amado mar. Comienzas a besar a todos, a todos y luego te vas pensando en el pan de cada día y en el frente frío y Lilith despierta aquí, como siempre, llena de esperma y olor a hombre entre sus muslos. Ella piensa sin saberlo en la importancia de seguir siendo lo que es: el ladrillo invisible de toda una construcción cultural, fabricada a expensas de la mascara. La realidad desnuda, como toda visión pornográfica, es obscena. Pero ¿es que la realidad desnuda existe? y así, la misma pregunta con todas sus derivaciones. Algo para pensar.

(8) ¿Quieres anécdota? Una vez Lilith abrió los ojos para descubrir que Amy, su amable anfitriona, había aprovechado el viaje Ketamínico para recorrerle los senos con la lengua y luego ofrecerle los suyos en una bandeja de plástico aun cuando juraba que su cama no estaba enmohecida y ella, al final, con una calma de nuevo tipo, mirando a través de la ventana y sintiéndose Salomé con la cabeza del Bautista entre las piernas. ¿Acaso...? Pero no, porque al ver a Aquiel sentía el deleite de sus ríos internos y el pensamiento de ser comandada sin meta por el pez fanático, todos fanáticos, chicos y grandes, aprestándose en segundos al tema de siempre, un hoy continuo y ella tratando de sostener los benditos ojos en su mirada de regreso, culpables al ocultarse los durmientes, con rastro de olor pero nada mas, señal de arrancada en falso.

(9) ¿El sexo real existe? ¿No será tan sólo autodefensa, representación metafórica? Un clítoris puede ser interpretado, pero ojo, no será el mismo significante, ni siquiera el mismo sentido que puede ser real o aparente y que cambia con la lengua de cada sujeto. (Igual que el recuerdo.) Lilith recuerda que hoy el Cocodrilo salió a escena con un hacha clavada en el cráneo, truco ICAIC que desconoce cierto cuadro de un tal Lorenzo Lott sobre Pedrito Mártir, verdad de **perrogrullo**: el kitch viene de Lascaux, quizás todavía de mucho antes, *millions of years ago*.

Y también la inocencia: “Hacia ya tres semanas de la aparición de Aquiel en el grupo y todos lo consideraban como el fantasma que influía al Rainbow. Lo consideraban el fantasma porque ya no hablaba en las reuniones y había dejado de intervenir directamente en los planes que los brujos discutían cada noche, pero cada vez que el Rapha traía algo nuevo a realizar, todos miraban discretamente hacia Aquiel y a mí se me antojaba entonces que ellos lo observaban de forma idéntica a como lo hacían Los Escarabejos con Ono Yoko en la grabación del *Be it le*” (No te puedes quejar, todo lineal tercera, con guiño de complicidad rock al narratario. ¿Sigo así?)

“A pesar de que algunos lo rechazaban por completo, poco a poco me fui haciendo su amiga. Aquiel hablaba más conmigo que con el resto porque seguramente notó mi afición por la música. Él tocaba también guitarra y un buen día comenzó a prestarme cassettes y folletos de rock y a darme conferencias particulares que yo aprovechaba para acercármele más y poner la cabeza en sus piernas y él me acariciaba el pelo. Por lo visto

era sólo cuestión de tiempo para que se decidiera a besarme o plantearme algo de tener relaciones. Estaba totalmente ciega. Una noche que planeábamos una guerrilla para la Cueva del Agua vi como se apartaba del grupo y se perdía tras unos matorrales y luego de un rato fui por él. Entonces los ví: Aquiel y Margarita. Él le estaba orinando la cara y ella se reía como si aquello fuera lo más agradable del mundo.”

(10) En el gran concierto de la feria el Tetas y su grupo de punk ya no resultaban obscenos, a fuerza de repetirse, el mismo lanzamiento de preservativos llenos de espaguetis y otros postres al público, un buen ejemplo de la muerte de siempre: ocho o nueve animales (tres gatos) ahorcados en el poste de electricidad, todo tan cargante, barroco, que se convertía en trivial. Lilith se sorprendió disfrutando la luz de un cocuyo extraviado, verdadera libertad.

Ejemplifica.

“Pues sí. Estaban templando. Ahí fue donde tomé conciencia de lo estúpido de mi comportamiento. Todos eran iguales, pensando solo en un culo, en un buen par de tetas y él no era diferente a los otros, ¿por qué tenía que serlo? Me pasé como dos días empastillada, con una depre del carajo. Luego llegué a la conclusión de que mejor pensaba en otra cosa, borraba de una vez la maldita autolástima de virgen quinceañera, aún cuando resultaba bastante claro que yo no era virgen ni quinceañera precisamente, quizás todo lo contrario.”

Mirar para recordar: (¿Quieres anécdota?)

Serra con su pene grande tatuado. Función ambigua indexical, lo mismo que Adán y su hoja de marigua... perdón, ¿de parra?

Lilith fumándose un pito de parra, fumándose las cortinas, las alfombras, los penes poéticos de tantos gorriones en las cunetas oscuras de las grandes avenidas.

(¿No querías anécdota?) Luis Díaz y sus testículos desteñidos de coca, ella lamiendo con celo, encías anestesiadas eléctricas, dos meses después la foto de un Luis castrado en Milaguas. López Larco y Vazquez sospechosos de asesinato, viva la humanidad. **VIVA COMTE**, escrito con pluma para ocultar (aún más) lo que ya cubrió la pintura gris. Tapar para enseñar; esos idiotas del poder positivista todavía creen que su música es capaz de congrega a la gente que se entretiene en encubrir cubriendo, a diferencia de

otros que desvían las cosas de su camino (poemas del corazón oscuro). Todo es un gran concierto.

“Poco a poco se nos fue incorporando un lenguaje distinto al de los demás metaleros. Ahora los conciertos eran aquellarres. Las ventanas, por ejemplo, se llamaban espejos tácticos y así miles de cosas. El símbolo de la A dentro del círculo (anarchy, alph) se transformó en una estrella bocarriba. Nos dejábamos mensajes sólo para iniciados. Los policías eran potencias, no recuerdo todos los cambios, pero sí que de pronto nos entendían menos y fuimos quedando solos. En cada fiesta entraban dos o tres novatos en el grupo y otros se marchaban y no los veíamos en largo tiempo.”

(¿Quieres diálogo?)

- Hola, Day. Raphael me dijo que habías hecho todas las pruebas. Este fin de semana será tu Iniciación, ¿ya lo sabías?

- Sí, el Zepar me avisó. Gracias de todas formas.

- Toma, léete este libro. Es un diccionario de ciencias ocultas. Ahí te hablan de todo lo relacionado con los ritos. Claro, no son iguales. Los nuestros están un poquito más...modernizados.

- Sí...

- Y no te asustes que no vamos a matar a nadie, ni vas a hacer nada que no desees.

- Menos mal.

- Bueno hermanita, te dejo que Maggy me está esperando. Nos vemos.

- Adios Aquiel.

Y otras intrascendencias. “Hermanita, mierda, cretino”, piensa con rabia pero lo peor del caso es que la relación de Aquiel con Margarita se extiende ya a tres semanas y no hay el menor indicio de una separación en corto tiempo. “Imperdonable”, murmura Lilith y mira con aspecto crítico el busto de la otra, “me voy a inyectar silicona”

(11) Mostrar algo significa destruir su anterior sentido. “¡Qué obscena eres!”

A la salida de su casa, en una de las calles más esquizofrénicas de la capital, donde hacía unos días habían matado a un viejo para robarle la bicicleta, sus pies habían tenido que dar un rodeo para esquivar una montaña de basura que la gente acumulaba allí desde

hacía unas semanas. (Claro que esos objetos no poseían una traducción estética única, sólo en la percepción. ¿La finalidad de lo real es la destrucción de la realidad?)

Coronando el tumulto de desperdicios había un gato negro, aplastado y comido por los gusanos. (¿La finalidad de lo real es la recircularidad infinita?) Lilith recordó entonces un cuento de Salinger donde un tipo decía en un koan que deseaba ser un gato muerto en una onda zen bastante interesante. (Hay que reinventar el movimiento.) El libro y la explicación superficial de lo que era un koan y el Zen habían provenidos de Aquiel, como es lógico.

“Quiero ser un gato muerto, quiero ser un gato muerto, porque entonces nadie podría ponerme precio.” Aquella frase se le repetía en la mente con insistencia, borrando los demás pensamientos (el hombre es un animal intertextual).

Desde una de las casas vecinas brotaba el sonido de un programa de televisión: “Las últimas propuestas musicales quieren fusionar el rock con ritmos patrióticos. Crean que de esa forma calan fuertemente en los amantes del barroco nacional...” (etc., etc.)

(12) Ninguna traducción de la realidad es válida en sí misma, ya que implica el teatro, el enmascaramiento, como si solo así se evitara su inclusión en lo trivial. Si te pones a ver, todo es trivial, todo es obsceno. Lilith imagina por un momento que es la heroína central de una historia de realismo sucio, o un ensayo sobre lo obscuro, o una obra de teatro punk, y se entretiene jugando con la idea: “Ahora en una esquina de la calle aparece un letrero que dice Item 4, o no, un trece entre paréntesis, a lo mejor el escritor es un cretino de esos *postmodern* que lo liga todo en una incoherencia mayúscula, es muy cómico: ahora cuando prenda un cigarro se acaba la escena Bth, o si no aparece un camión de basura y da las conclusiones del análisis donde hay un hombre o una muchacha hablando en monólogo interior. Clásico.”

(13) Exacto: En el camión de basura había un letrero, pero en vez de la frase que imaginaba estaba escrita otra con caracteres rojos:

VIVA COMTE

(14) Conclusiones: Ahí, en esa modalidad de representación que es todo un arte, VIVA COMTE, es donde suele darse la legitimación de lo obsceno. Todo esto lo digo para que no fustiguen demasiado a Lilith: Al fin y al cabo, ella no tiene la culpa.



DALTH

Baby little hush, word a say don't

Aquiel tiembla porque nadie quiere cambiar. Dislocación. Las flechas del pensamiento, de todos los pensamientos están **multifotografiadas**, son **ciclodélicas**, **fluminiscentes**, **psicogeológicas**. ¡Ah, **ambigüerda** de las palabras! No queda más remedio que los mismos golpes **autopecho** de siempre, la misma **antiflor** rompiéndose en textos de visión perdida. Todo es visión perdida. El sólo sabe que se va haciendo viejo en la noche, y que allá afuera esperan con redes para crucificarlo. ¿Y la acción?

Sí. La respuesta podría estar en la Acción.

Por ejemplo, la diatriba con Daybel: no hay palabras, no hay texto, sólo una vulva ofrecida cada noche, remitiendo al mundo. ¿Remitiendo a la muerte?

“¿Con Daybel? No pierdas tiempo; esa tipa es mierda pura, es una cochina, se ha pasado a todo el barrio y ya ni los rockheros quieren saber de ella; debe estar llena de bichos, de SIDA, ¿qué sé yo? Mejor le das de lado.”

¿Qué es una puta sino la mímica, lo obsceno del lenguaje disfrazado en acción, el gesto que no sustituye lo real, una puesta en escena, teatro de signos? Pero, también, su contrario: Una puta es un cementerio.

Mejor vamos por partes: En un lugar del mundo Aquiel está reclutando aprendices de brujo. Pocos, muy pocos admiten su discurso: prefieren perderse en erotismo difuso, en sexo maquinizado. Esto, aunque tiene algo de obsceno, no lo es en esencia. Todavía hablan en idioma de ángeles, todavía creen poder decir - la mandarria creando polvo al pie de todos los muros - y, sin embargo, Daybel es diferente. Daybel es obscena, está más allá de cualquier representación, ya que se ofrece y se sabe efímera. No hay más. Sus piernas sólo tienen sentido mientras sobre-actúan. Sólo hay que darle el soplo vital, un camino, la existencia de otros planos de percepción.

Be could you

be should you

mine be could you...

INICIACIÓN. (D-4.) Arte de Poder, Tetragrama. Los puertos de pronto se transforman en piedras cúbicas; la base del Rito podría ser muy bien la naturaleza divisible de la Razón **Ubjetiva**. “Padre del Lado Oscuro, no me dejes caer en la abundancia, no me dividas, ya lo estoy, sólo nútreme de un nombre, y déjame ser.”

Lilith: “Para el Rito de Iniciación, el novato antes tenía que pasar determinadas pruebas. El Rapha le ponía algún padrino y en el curso de un mes el aprendiz de brujo tenía que realizar actos tales como ingerir sobras de alguna cafetería (delante del padrino, por supuesto), pasar una noche detenido en la estación de policía (esto sí era imprescindible), escribir diez signos de la estrella bocarriba en lugares públicos, hacer el amor o masturbarse en el cementerio de la ciudad y otras que Raphael dejaba a la imaginación del padrino en cuestión, aclarando que si se cometía algún abuso con el novato, el padrino sería castigado por el resto de la cofradía de los brujos. Todas las pruebas estaban chequeadas por Aquiel desde el inicio. ¿Las mías? No, prefiero no decírtelas, no me preguntes eso. Si quieres te cuento las de otra persona, pero las mías no. No es que fueran tan horribles, el problema es que eso sucedió hace mucho tiempo y ahora me da un poco de vergüenza decírtelas. Mira, si quieres te cuento las de Margarita que esas si las...las mías, pero ¿por qué? ¿qué importancia tiene?... Bueno, está bien. Dale, pregúntame.”

“No, lo de la estación no fue necesario; en uno de los conciertos no tuve suerte y me golpearon bastante, así que el Rapha decidió que aquello bastaba y no era necesario lo de las potencias. A ver...dibujé los signos - eso era lo más fácil - luego me comí un nylon con polvo de barquillo de un latón de Choquelia, delante de todos. No, no, eso fue fácil también. El problema es que - niña al fin - quise impresionar a Aquiel y entonces cogí un sapo, le hundí una aguja en los ojos y le pasé la lengua y ah, te da asco, ¿no?, pues recuerdo que estuve como dos días vomitando. Lógico, sí. No, claro, pero obtuve lo que quería; el Rapha me liberó del resto de las pruebas. ¿Lo del cementerio? No, si te digo, con lo del sapo me salvé de las otras pruebas.”

“Bueno no, mentira, al fin y al cabo te estoy contando todo, ¿no? ¿qué más da? Sí, claro que tuve que hacer lo del cementerio. No te preocupes, no importa. Tuve que masturbarme delante de Raphael. Ya nosotros habíamos estado una vez, así que no me escandalizó mucho. El Rapha no me pareció ni una gota de excitado, a lo mejor era

porque ya no le gustaba mi físico, por ese tiempo yo estaba superflaca. Claro que me sentí humillada, pero fue peor cuando mi papá tuvo que buscarme en la estación. Horrible. Era una lista de veintisiete situaciones y los novatos escogían las cinco que les fueran más fáciles de hacer - bueno, las cinco menos difíciles - y se aceptaban iniciativas.”

La Iniciación sería a las diez de la noche en el Bosque de los Umbrales. Divisibilidad. Uno de los requisitos era venir con el rostro y los brazos untados de grasa para escapar con mayor facilidad de las potencias. Por lo demás, Daybel ha llegado media hora antes al lugar de la cita y se recrimina por haber cometido ese error de ir en solitario con una linterna, pensando que los Otros ya estarían en el lugar acordado. De pronto siente deseos de orinar y toma conciencia de lo peligroso de estar allí, sola, en ese bosque encantado, donde podrían salir de los agujeros todo tipo de duendes y monstruos del más acá, con filos cortantes, y que jugarían a dejarla desnuda y ojalá si todo se redujera a esa acción. Daybel piensa que sería irónico morir tan joven, morir violada después de haberse ofrecido gratis tantas madrugadas, y todo por tratar de impresionar a un muchacho que ni siquiera la ha besado. Entonces se mira con otros ojos - por primera vez - y piensa si no sería mejor alejarse del grupo, para siempre. “Al que mal vive, el miedo lo sigue”- aforismo de la Grand Ma, escoba en mano - . Por suerte y alivio a los cinco minutos escucha la parodia de un aullido de lobo y risas. Llegan los Brujos. “Coñó, miren quién está aquí”, y ella se siente reconfortada por la mirada de admiración de los muchachos y la sonrisa de Aquiel. “¿No te violaron, chica? Déjame ver.” “¡Vete al carajo, Zepar!” “Ja,ja, ¿por qué no nos esperaste? Estábamos en la pizzería.”

Juego de encadenamientos. Mundo analógico.

Lilith: “Espérate, mira a ver si ya está el té. Sí, dos cucharadas nada más. Está bien. Oye, si quieres cambiar la música, cámbiala, al fin y al cabo el equipo es tuyo. ¿No? Bueno, allá tú. ¿Ves? Esa es la que más me gusta del disco. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, por el Bosque de los Umbrales. Bueno, pues ese día no había luna y...”

La Oscuridad daba miedo. Daybel recuerda cierta conversación con Aquiel, donde este le había dicho que las noches de luna nueva eran las de mayor poder para los brujos, y ella siente ahora que debe ser así, porque al cabo de un tiempo la atmósfera se

deprime y los **klippots** se quedan en silencio mirando las llamas de los faroles y ella está segura de que a todos los ha invadido la ansiedad.

Aquiel está pintando otro de sus signos raros en el tronco de un árbol y cuando ella le pregunta, él responde que se trata de un Tetragrama, claro, pero eso no le dice nada a la muchacha, que se vuelve a alejar cuando nota la mirada recelosa de Margarita.

Aquiel termina de pintar y Raphael le da las gracias y pide a todos se sienten en círculo alrededor del claro. Obedecen. El Rapha busca en su mochila hasta encontrar algo así como una caja de cristal con una rana en su interior que coloca en el centro de la circunferencia. "La cuadratura del círculo", quiere bromear el Brizo y Raphael lo mira con expresión homicida. A Daybel, precisamente, esto es lo que le atrae de los ritos, en cada ocasión resultan ser diferentes. Imagina que los símbolos tienen un significado esotérico conocidos por Aquiel y Rapha a la perfección, pero que el resto de los brujos desconoce y, al igual que la muchacha, se sienten intranquilos esperando la nueva sorpresa del instante siguiente.

Lilith: "Por supuesto, yo no me llamaba Lilith, sino Daybel, pero ese nombre fue el que me dieron y como era más bonito e interesante que el real, fue uno de los que se quedaron. ¿Eh?, no, con la mayoría no pasó lo mismo. *You could be mine...But you're way out of line...* ¿Me quedó bueno el té? En el jarro hay más. Sírvete, si quieres. ¿Cómo? No, déjame explicarte: no todos los que iban al Sabbat eran iniciados. Yo creo que el Rapha lo pensaba bien, no sé cuáles elementos tendría en cuenta, pero de pronto iba y le decía al nuevo en cuestión que deseábamos entrara en el grupo y ellos aceptaban. Ahora pienso que un poco estar con los brujos aumentaba su prestigio en otros lugares, aunque no entiendo muy bien el motivo. A lo mejor el Rapha era medio psicólogo también y sabía de antemano quiénes iban a aceptar o no, pero no todas las veces porque mira a Lisbeth, la ex-novia de Anabrio, que me dijo le gustaría pertenecer al grupo pero él nunca la llamó. Claro, también primaba el interés material. A todos los participantes del Ritual les repartían psicoazules y casi siempre aparecían dos o tres prajos al final. ¿Hongos? Sí, claro, también. Y flores y cosas rarísimas todas mezcladas. Ahora recuerdo la imagen de los klippots pasándose la yerba al estilo de una pipa de la paz o una película de guerra rusa hasta que casi se quemaban los dedos."

Nota pedante: Realmente la cantidad de humo ingerida no bastaba para una transportación de los sentidos, ni mucho menos, pero sí lograba desencadenar una sugestión compartida y hasta representada por los integrantes del grupo. De todas formas en la Magia siempre se rompe la linealidad objetiva de la causa-efecto. Pero prosigo: Los brujos que faltaran a algún sabbat se quedaban fuera de la división de "regalos" en la reunión siguiente. Daybel no había faltado hasta entonces, tampoco era muy férrea la medida; disciplina social, sencillamente.

Lilith: “Espérate, voy a bajar un poco la grabadora. *With your bitch slapped rappin' and you cocaine tongue...* ¿El Brizo? ¿Y a qué viene esa pregunta ahora? Bueno, sí, me gustaba, ya te lo dije. Era un trigueño delgadito de ojos claros, tenía un pulóver de Sodom y una guitarra española. No, él no tocaba, la tenía para impresionar, nada más. A la larga resultó un **tarúpido** pero bueno, al principio no lo conocía.”

Magia. No juzgues porque en el fondo no hay trampa. Está más allá. Con una sola transposición de números - 2,9,9,1 , por ejemplo - te puedes transportar al país **Ubjetivo** - país de agua -, donde los rostros no discriminan estéticas en favor de razones.

Cuando Raphael llama por fin a Daybel, ella piensa si no cruzará para siempre la puerta equivocada, - el camino sin corazón de Castaneda, diría Aquiel -. De todas formas se hace difícil pensar cerca del fuego.

Daybel avanza entre el silencio de todos y se coloca en el centro del círculo. "Quítate el pulóver", dice Rapha y esa orden la deja sorprendida y confusa. Por un momento no sabe qué hacer, se avergüenza; siempre ha pensado que sus senos son demasiado pequeños. La suerte es que la noche no deja mucho espacio para la percepción. siente un ramalazo de enojo contra Raphael por haber impuesto esa nueva regla de juego; con Margarita no había sucedido porque fue la primera. Por supuesto, aquello podía tener un sentido oculto, alejado de la pura acción erótica, claro que ella no comprendía los motivos racionales de Aquiel.

Se quita la prenda y la deja caer al suelo. Daybel despierta en cualquier lugar del espacio. Siente frío por la lluvia de invierno y le molesta el erizamiento de los vellos de la nuca. Se sorprende húmeda y mira nerviosa al cortejo, teme que Raphael, el más cercano, se dé cuenta de la situación. Intenta alejarse un poco, pero este la toma por un brazo y le ordena que se arrodille. De pronto ella sorprende los ojos fijos de Aquiel y

comprende que en el fondo lo desea, le excita la mirada de él sobre su miedo. Ahora no le importaría desnudarse frente a todos, entiende que el Rito es como una especie de disciplina, que hay algo que se va para siempre en cada acto del desvestir, que aquello es un *test*, una prueba particular para él, un examen totalmente alejado del Eros, la cuestión es más profunda, a nivel de actitudes o algo por el estilo, la cuestión no es una serie de obstáculos a vencer para al final entrar o no oficialmente en el grupo, tampoco es una forma simple de juego, de diversión como había pensado al inicio, hay otras muchas cosas bajo la superficie y también, en última instancia, sacar un poco a jugar ese bichito exhibicionista que toda mujer lleva adentro.

Ahora el Rapha le indica que repita todo lo que él va a decir. Ella asiente un tanto divertida. Al fin y al cabo es una especie de liturgia, pero a la inversa, casi punto por punto a ciento ochenta grados del ritual católico. Las palabras llegan desde su espalda.

“Yo, Daybel Álvarez”- y la antiMaría, antiMagdalena, bueno, no tanto la segunda, repite la letanía - “Yo, Daybel Álvarez, renuncio a mi nombre en el Sabbat y acepto ser Bruja.”- Ella repite las palabras y casi siente como se mezclan con el humo del farol. “Desde hoy soy Lilith.” Por supuesto, algunos se ríen por la representación, pero Aquiel los hace callar con un gesto. “Desde hoy soy Lilith y escupo todos mis prejuicios y complejos, la educación, la decencia, escupo el **Poder Blanco** y sus tres **jerarquías de ángeles.**” Ella susurra sin entender y observa al Rapha que clava una cuchilla en la rana, hunde sus dedos en las entrañas y luego le marca una cruz al revés sobre el pecho. “Y si traiciono, que caiga sobre mí el odio y la venganza de todos. Aquí y Allá.”

“Aquí y Allá”, repite Daybel y mira de reojo al pobre animal que todavía se estremece, con los órganos desparramados y cubiertos de tierra.

“¿Estás lista para la marca?”

Daybel contesta afirmativamente y le ofrece su brazo a Raphael. Este saca una especie de tenedor de puntas afiladas y la araña con fuerza. Dolor. Cuatro hilos de sangre que brotan y deslizan brazo abajo. Ella se frota la piel y chupa para mitigar la ardentía. Por suerte el Rapha le dice que se ponga el pulóver y ahí termina todo. Daybel, error, Lilith pertenece a la cofradía de los brujos. A partir de este momento nadie osará llamarla por su nombre anterior.

Conjura de signos como liberación a la teoría secular del Hacedor de peces. Alguien le ofrece unas hojas del árbol para que cubra la herida y es Aquiel, que la mira de un modo distinto, con algo entre compasión y culpa. Ella le sonríe un gracias y él se aleja de nuevo. Daybel sabe ya que guardará esas hojas manchadas de sangre como recuerdo. Lilith comprende que ya está en camino: Daybel ha muerto; su último acto es ese de marcar las hojas con sangre de cordero.



FRAGMENTOS EXTRAÍDOS DE LA BIBLIA NEGRA DE AAMÓN

Capítulo 2

13. Y las Diosas Triples quisieron marido y fueron a la Grand Ma para pedirle la simiente de vida..
14. Y la Grand Ma dijo "Dalth" y arrancando su mitad creó a Anu, el Dios Cornudo, y de la Unión de Anu con Agua surgieron los peces, algas y todos los animales marinos.
15. Y de la Unión de Anu con Tierra nacieron los bosques, las hierbas y hongos y todo animal que se arrastra o camina.
16. Y al final de la cópula de Anu con Tierra uniéseles Nube ya deseosa y de los tres nacieron las aves, los murciélagos y dragones, las moscas y mariposas. Y por eso no hay animales sólo del cielo, sino que aquellos que vuelan también necesitan la tierra para vivir.
17. Y díjole la Grand Ma a Anu: "Yo también deseo tu simiente".
18. Y de la cópula de la Grand Ma y Anu, nacieron al mismo tiempo Luzbel y Iahvé, los Dos Hermanos.
19. Y dijo la Grand Ma: "Hagamos al hombre y a la mujer a nuestra semejanza, conforme a nuestra imagen, y señoreen y sirvan a las Diosas Triples y sus hijos, y haya paz y armonía entre ellos por siempre ante mis ojos" Y ordenóle a Luzbel que hiciese a la mujer, y ordenóle a Iahvé que hiciese al hombre, y ellos marcháronse con placer en el corazón a obedecerle.
20. Y Iahvé mezcló su simiente con las Diosas Triples, y esperó solo siete días y siete noches pues deseaba ser el primero en terminar su obra frente a los ojos de la Grand Ma y por la prisa solo creó monstruos, hombres-león, hombres-toros, hombres-caballos, hombres-peces, y la Grand Ma rechazó sus criaturas porque no eran nacidas a su imagen ni conforme a su semejanza y envió de regreso a Iahvé a recomenzar su trabajo.

GAIM

Cueva del Agua, puerta de fosforescentes grutas y galerías. La humedad rezuma las paredes estriadas y cortantes, mostrando la trama de siglos perdidos y cristales creciendo para nadie. Ni siquiera el tiempo logra detener el extraño reloj chino de goticas extraviadas entre tantas formaciones puntiagudas y cuchillas de yeso. Aquí abajo no hay ángeles, sólo klipotts, brujos que no perciben el impredecible susurro de los ríos microscópicos. Uno de los klipotts, Aquiel, trae un talismán que los descubre todavía aprendices, envueltos en música de guitarras y olor a urbe recién abandonada. No saben de trasponer umbrales al lado oscuro del reino subterráneo. (*Southern Reich*, diría Friedrich.) Faltos de un tercer ojo, descreídos, cruzan las altísimas puertas invisibles, llenos de manos suaves que se afianzan al cristal de roca. Para ellos la vida es sólida materia y es imprescindible que todo esté en su sitio, siquiera los pretextos de la eterna bondad de Dios y sus pedazos, la recolección de destellos en admisión tribal, tiempo amontonado en los cerebros, cada uno cuasi el retrato del otro.

“Te detienes y como soy cuchillo, siento la culpa de descender como bólido sobre tu espalda, mujer de juguete. Recuerdos. Los klippots me atraen al alcohol y todavía faltan horas para que se rindan los abismos. Empiezo a amar a la niña cuyos ojos han comenzado a llenarse de rocas escarchadas, castillos de caramelos y otras resplandescencias. Lilith, tú que te has descreado dentro de las prisiones calizas, abres el rostro en el destello de las agujas, rocas salamandras del infierno celta, inmóviles y goteantes, al murmullo de los labios resecos, blasfemia estropajosa.”

Aquiel observa el abismo y siente la atracción de los miles de metros que se pierden en lo hondo invisible. Se recrea en esa dicotomía de sentidos que llevan implícitos todos los viajes al mundo inferior y se imagina colgando sobre el vacío, las piernas apoyadas en una pared vertical, quizás resbalando y cayendo en un largo revoloteo ante los ojos demudados de la niña, Lilith surgida del fango, del centro de la Tierra, y él se pregunta qué quedaría después, a fin de cuentas. La desproporción, sin duda. Sin que

nadie se dé cuenta, nunca, ni ella misma. Sólo el querer escapar de la bóveda. La superfluencia absoluta y dulce. La hez apacible. ¿Mierdazul?, dice pero por suerte Ella no escucha.

Por otro lado, siente la culpa del quehacer inédito: Maggy, con sus ojos comidos por la rabia, fuera ya de toda profecía poética, sus piernas blanquísimas consagradas a la enfermedad del abandono, objeto perdido. Margarita, ahora, es sólo la muchacha lejana que se quedó una noche en el umbral, que fue violada y absorbida por Ouroboros (demiurgo holgazán, el que vomita la arena del germen, el nuevo principio. Aquiel se delega en el modelo, la surgida del fango, Lilith Aracné colgando del hilo ingravida, sumergiéndose en el intangible, átomos negros. Después de unos minutos se escuchan las voces abajo. “Ya. Todo está bien. El próximo.”

“Te toca, Aronax.”, le dice Raphael.

Aquiel sonrío por lo intertextual de la broma, se pasa las correas por debajo de los muslos y revisa el cierre metálico. Bien. Listo para la inversión del acróbata. Siempre le ha gustado el descenso a rapel. Saltos de metro y medio, abajo, siempre abajo, contacto mínimo de las suelas contra las deslizantes paredes del túnel. Todos hacen silencio. Él tiene conciencia de los ojos de Lilith temiendo, cuerpo dual con la aureola de rezo y proyección fantasmática.

¿Doce metros?

“Ya, ahora impúlsate un poco a la izquierda Pisa aquí. Bien. Completo. *The next!*” Aquiel suspira aliviado.

La tribu continúa su camino Devorada la Maggy, toda la conflagración se reduce ahora a la competencia de proyecciones entre Aquiel y Brizo para atraer a la niña. Brizo se refugia en su dualidad de siempre, seducción-fuerza. Mero espejo de sí mismo, palpa primero en distorsión física, acude al peligro ante todos. Ante ella. Se lanza a romper los maleficios de cada umbral, a desintegrar las esfinges, no comprende que esta muchacha busca algo más en el tiempo que una simple hora de Evas ancestrales, ha grabado la versión de Electra Safo en la ciudad de la sangre, prefiere colgar de los ojos de Aquiel, a quien ha descubierto de pronto en el plano físico y adivina que este hombre puede muy bien ser el próximo precipicio, lo imagina desnudo inmóvil posando antropométrico, con su talismán celta colgando del cuello, piensa que un día,

aunque sea, debe guardar sus aristas, es malo tener púas afiladas, es triste, mejor cimentarse en el mar revuelto, sentir el juego de peces y algas entre sus muslos abiertos, sumergirse por vez primera en la grácil confusión de sus ríos fieles. En cuanto a Margarita, sólo es una campesina andaluza sin vestido blanco, cerebro de papel descentrado, pobre fruta sanguínea, pobre.

Aquiel sacude sus ojos y reniega de culpas mientras siente la mano de Lilith que dice “Cuidado” y sostiene su memoria de nuevo al equilibrio. Él percibe (esta vez sí) sus labios solícitos. “Gracias Lilith” y ella sonríe y se encoge de hombros. Ahora la esboza de nuevo. Esta vez tiene alas grandes de ángel. Está desnuda, arrodillada, y de uno de sus tobillos parte una cadena que la une a un triciclo antiguo. Piensa cual sería la reacción de la muchacha si él le propusiera oficiarse de modelo para sus experimentos con la ventana. Sabe que la búsqueda de los límites fueron hace milenios "cosas de espíritu", pero que al fin se descubren en su esencia. Y la esencia es cuerpo, Aquiel, siempre ha sido cuerpo físico, sensible, acción, y todavía te sorprende ésta revelación súbita que ya fue descubierta por muchos, infinitos bardos ciegos de Irlanda, la verdadera cuna del barroco.

Pero estas son disquisiciones fatuas, y él intenta no ser superficial. Se lanza a una conversación asertiva con Lilith, se sorprenden en empatía máxima, en juego verbal telepático. Ella deja que él entre a sus regiones de sombras, “A ver qué pasa” y no se decepciona cuando este le contesta a cierta pregunta sobre Margarita. Malo está su amor por la de piernas bellas, ni en arabescos recuerda su existencia, masa húmeda de sexo diluido, oscuro hábito de monja poseída por el falo, saboreando su historia de hombres como si recogiera estigmas y Aquiel uno más, nada especial, otro rasguño en la cabecera de la cama.

Se han quedado un poco rezagados del grupo y apuran el paso. Por fin llegan al Coto de los Anatemas, la roca de virgo. Los klipotts ríen al descubrir que Brizo, otra vez, será el primero en ofrecerse. El juego consiste en atravesar una abertura muy estrecha, matriz de roca, tratando de no hacer contacto con cierta proyección calcárea en forma de falo. Para ello el cuerpo de Brizo se arquea y retuerce hasta que su propia complejión lo traiciona. Risas y silbidos por parte de los otros. Van pasando de uno en uno, presos de las bromas del resto. Aquiel soporta la prueba riéndose de sí

mismo ante los demás. Lilith decide seguir la estrategia de este y descubre la importancia del no darse importancia. En esta tribu de aprendices, el concepto "Ridículo" hace tiempo que no consta en el léxico. Raphael aprovecha el final del sacrificio para leer un texto que supuestamente tiene que ver con grimorios antiguos, y felicita a sus compañeros por el fracaso en la empresa. A partir de este momento queda oficialmente constituido el país de los Brujos: **Antamtap**. Ya nunca más mostrarán, perdidas para siempre, la anacrónica concepción del pecado y otras éticas afines.

Los klipotts aplauden y nombran al Brizo "Sodomita Mayor", título honorífico que desde ahora arrastrará a lo largo de toda la peregrinación de los aprendices. Lilith siente el cansancio en las piernas, mezclado al reflejo Pavlov de vendimia en el estómago. Por suerte al poco rato deciden hacer un receso y todos comienzan a hurgar en sus morrales en busca de víveres. Salen a la luz diversas conservas y paquetes de nylon que luego reparten equitativamente.

“La gente nos mira”, piensa Lilith cuando Aquiel le cede un lugar a su lado. Entre un bocado y otro, Aquiel le explica a la muchacha que la mejor poesía del viaje todavía está por aparecer. Pocetas consagradas para el bautizo de los noveles, la Cámara de las Cataratas donde termina la peregrinación y se piden los deseos más recónditos. Más tarde lo desconocido, la verdadera razón por la que han traído el doble del equipo a utilizar: cincuenta metros de hilo de Ariadna y provisiones para dos días más, luz incluida. El ángel de pelo revuelto habla y Lilith no logra concebir esa cercanía de piernas y voces en el universo extramuros. Allá afuera está Maggy y la barca de papel a mitad de horizonte Nu de los egipcios. Suceda lo que suceda en este inframundo, cuando regresen a la superficie todo volverá a ser como antes. Daybel Álvarez (Ciudad Virtud, 1976), se deja envolver en el susurro del niño pegaso cubierto de lodo, siente el trópico sensual que invade sus muslos y se sorprende hablándole de sueños y metas, decepciones e incertidumbres. Luego permite que sea él quien sostenga sus vitrales oníricos, deja que invada sus fotos y telas gastadas, que los rellene nuevamente de hierbas y bosques amarillos, remonte un vuelo urgente al país de Hypnos, donde se traicionan los espejos.

Llega Brizo y se rompe la magia. “Es hora de continuar.”, oyen que dice y sus palabras son tijeras alegres, “todavía falta un mes para llegar y ustedes durmiendo.” En el trasfondo del discurso Lilith percibe un aliento oscuro pero muy leve, muy acorazado, que no logra borrarse ni aun cuando les brinda un trago de su cantimplora, agua fuego del caño de Judas. Ella se levanta primera y le deja caer al intruso una mirada de uvas negras. “Vamos”, dice, y reanudan el camino.

Racimo de pisadas en el fango blanco de la galería. Las telas empapadas se pegan como ranas al cuerpo en una molesta sensación de casi dolor frío. Lilith siente sus pezones que quieren atravesar el logotipo de la camiseta, llena de cuajarones grises que chorrean lodo sobre un grupo de rock camuflado e indescifrable. Grita de alegría cuando por fin llegan a las piscinas heladas. Es una liberación sentir como se revitaliza la sangre al contacto con el agua, los kilos de barro y suciedad y sudor que desaparecen y con ellos todo el cansancio, las tristezas, las culpas. Bautismo subterráneo. Los brujos salpican alegres, hay quien se desnuda y bucea hasta tocar el fondo, otros esperan su turno o comparten la misma poceta como Lilith y Aquiel, cada uno en bordes opuestos, tiritando y reprimiendo deseos de fricción cálida que pase inadvertida por la noche de rocas. El regocijo es breve debido a la temperatura del agua, revolotea sobre el grupo una energía feliz e inocente que termina a la orden del Rapha sugiriendo proseguir la marcha. “Ya estamos limpios. Ahora podemos pedir los deseos.”

Al margen de la locura, Lilith tiene la gracia de rozar la espalda desnuda de Aquiel, que ya no resiste más, la detiene por el brazo y la besa. Ella no lo rechaza, le ofrece su olor de pan tibio, su rostro fantasma, siente los dedos de Aquiel y permite que se atenga tras su nuca, beso tímido en apenas un roce de labios, beso púber, y se sorprende por lo sencillo del acto, de pronto se han iluminado todos los dibujos, ya no hay frío ni paredes goteantes, no hay umbrales, no hay puertas, al menos por un tiempo. Ella quisiera que esa acción muda pasara eterna, inadvertida.

Cuando por fin se separan ella comprende que la intimidad no existe, precisamente porque existe el Otro, los klippots están mirando, mudos, y Lilith se siente como sorprendida en un hotel de *voyeurs*, ha caído en la trampa de las siluetas, por suerte el Raphael pone de manifiesto su complejidad de costumbre, rompe la incómoda situación

con un “vamos” en tono adecuado y los dos, Lilith y Aquiel, se lo agradecen en silencio. El Brizo de pronto cambia la expresión de su rostro y se aleja con grandes zancadas. Continúan la exploración. Aquiel le explica a la niña algo sobre la virtud de buscar un nuevo país, sin pensar en la pobreza del tiempo o en el límite de tantas hojas párricas, reniega de Adanes y Evas, se confiesa ciego, palpador de rostros y exégeta de valores ancestrales, la Grand Ma, la Diosa Triple, el Dios Cornudo que no es precisamente el demonio. Mientras él habla, Lilith colecciona nuevos símbolos para dibujar el altar, se admira del hombre que no cree en el camuflaje, de su apariencia bíblica y atea al unísono, de su discurso que parece una suerte de evocación religiosa y no lo es, de su ideal de místicas libertades del espíritu, del Camino del Conocimiento, es realmente curioso. Un hombre que le lleva ocho años creyendo todavía en valores cósmicos que siempre han sido guillotinado desde el origen de los tiempos. Ella lo compadece, “Es como un Cristo”, piensa y se descubre triste. (Cristo es un idiota, según Friedrich). Lilith lo vuelve a besar y reniega de su **Ka** cínico, por fin han llegado a la Cámara de las Cataratas y este es precisamente el lugar donde se piden los deseos.

El Rito consiste en entrar a solas bajo la bóveda gigante. El resto de los Brujos esperarán afuera, preparando una invocación que no tenga puntos débiles. La invocación a las deidades invisibles llevará implícito el deseo. No importa lo que murmuren o griten los labios. Se cumplirá el deseo más recóndito, más profundo. Aquiel piensa que de todos modos la reflexión ayuda. Analizarlos más de una vez es borrar las fronteras de la angustia, es quedarse oyendo esa vieja voz sin nombre que resulta de concebir a Deus en nos, o mejor dicho, a nosotros como dioses...

Cada aprendiz formula un deseo. Al final sólo quedan ellos dos, el Brizo y Raphael.

Raphael pide viajar a Alucinorte y tener éxito con su música. Propone discos de platino que no se cubran de polvo en varios siglos. Brizo desea hembras como jarrones antiguos y casas con piscinas de oro, luego regresa ebrio y exultante, palmea la espalda de Aquiel y le desordena el pelo a Lilith. Ellos deciden entrar juntos. Sus voces se rompen en miles de ecos que rebotan contra las paredes. Sonríen, “tú primero”, Lilith lo besa y se coloca bajo el chorro de la cascada principal. Cierra los ojos y traga un poco de agua. “Quiero un buen amor sin lombrices”, susurra y luego lo mira: “Ven.” Él obedece

y la abraza. “Pide algo tú.” Aquel sonrío y niega con la cabeza. “¿Por qué?” (ella se extraña). “Dale, pide algo.”

En una esquina de la galería se escucha el rumor lejano de un derrumbe de piedras. Él de pronto se separa y queda en una postura tensa, la mira a los ojos. Duda por unos segundos. De pronto todo está tan silencioso que se pueden oír los latidos del corazón bombeando con fuerza. Aquel susurra: “Quiero viajar al **Lado Oscuro**, sin morir, sin volverme loco”, su voz queda ahogada por el estruendo de las cataratas que esta vez parecen contestar aumentando el fragor de su caída.

Todos comprenden que esta vez ha sido diferente, ha sucedido algo mágico, no como antes..

“Tengo miedo”, dice Lilith y se estremece. Una sensación de vacío en el pubis y los vellos erizados en la nuca. Escalofrío.

“Yo también”, murmura él.

Adivinan que a partir de este momento sus vidas comenzarán a ser diferentes. Se han lanzado a un nuevo juego de posibilidades con destino incierto y esto los atemoriza hasta el punto de sentir que todo, Todo, ha muerto y vuelto a aparecer con los átomos cambiados.



FRAGMENTOS DE LA BIBLIA NEGRA DE AAMÓN

21. Y Luzbel mezcló las sustancias de las Diosas Madres, y rególas con su simiente y esperó treinta y tres días y noches hasta que Lilith, la primera mujer, abrió sus ojos y diole las gracias por haberla traído al mundo. Y Lilith era mujer bellísima, criada a su imagen, a imagen de la Grand Ma la crió, hembra la crió.
22. Y Luzbel regresó a donde la Grand Ma y Anu para decirles de la buena nueva, y sus padres felicitaronle con gran alborozo.
23. Y ensañóse Iahvé en gran manera, y decayó su semblante, y regresó para criar al hombre.

24. Y Iahvé mezcló las sustancias y las regó esta vez con su sangre y esperó treinta días y treinta noches hasta que Adán, el primer hombre, abrió sus ojos y diole las gracias por haberlo traído al mundo.
25. Y Adán era bello, más no como Lilith, la primera mujer, y tenía la figura tosca, y era débil y sin voluntad, y Iahvé alentó en su nariz soplo oscuro, y díjole que él era mejor que Lilith, y ordenóle señorear y no servir a las Diosas Triples, y ordenóle señorear a su hembra, y colocarla sobre la tierra en la cópula y él sobre ella siempre, situado en el cielo.

HELH

Metamorfosis de lo reprimido: Según Ouspensky, el hombre puede conocer cuatro estados de conciencia. Estos son: el Sueño, el estado de Vigilia, la Conciencia de sí y la Conciencia objetiva. El hombre sólo vive en dos de estos estados: en estado de vigilia y en el sueño, aunque en realidad el estado de vigilia se diferencia muy poco del estado de sueño.

Morrison Jim. Rostro pernil. Teatro No. Cenicero lleno de filtros de cigarros y cintas de cassette. Un cuaderno de apuntes. El eterno carnet de identidad y Aquiel que se siente vacío. Vacío.

¿Recomenzando?

Se levanta y rebusca dentro de su mochila hasta dar con un frasco donde se agita un líquido verdoso. Deja caer unas gotas en un vaso y luego va a la cocina y

lo rellena con alcohol. Se bebe todo el contenido en varios tragos y vuelve a acostarse. Cierra los ojos.

Y de pronto está en Antamtap.

Es una ciudad - o mejor dicho, la periferia de una ciudad - convertida en infierno, entregada al devenir animal de sus habitantes, los polimorfos perversos. El de pronto siente frío, conecta los termos de su chaqueta y ajusta los dispositivos de policarbono. Sobre la superficie de la tela comienzan a moverse abigarradas formas y texturas y él se vuelve casi invisible sobre el fondo de los muros derruidos y montones de chatarra. Camina a lo largo de las calles, buscando la dirección sugerida por su ojo privado. A primera vista las avenidas parecen desiertas, pero en las pantallas cromo de sus gafas se mueven algunas siluetas fantasmales, captadas en el infrarrojo: seguramente guardianes de barrio o exploradores de las tribus, al primer movimiento el disparo certero. Por suerte no cuentan con ningún **adimento** semejante a los suyos. (Adimento: palabra de la jerga tribal, posiblemente una contracción, o mejor dicho, una fusión de los conceptos “aditamento” y “alimento”, para simbolizar los objetos provenientes del otro lado de las fronteras.) En medio de la calle una fogata gigantesca y toda la tribu ¿Los Klippots? Reunidos al calor de las llamas, planeando alguna incursión fuera de sus límites territoriales. Un atisbo de recuerdo. Todos buscando el origen, la génesis de su existencia en Antamtap. Ninguno de ellos se pregunta si es correcto o justo o por lo menos lógico, diabético, ¿para qué hacerse preguntas si no hay puntos de comparación, si estiman que todo aquello es la única felicidad posible?

Ya cerca de la casa buscada debe esquivar dos cuerpos desnudos fornicando de forma grotesca, a todas luces, en pleno delirio de algún psicoquímico de los viejos tiempos. Hasta ahora sólo ha visto niños, al parecer la información es correcta: todos niños, la materia prima ideal para suplir cualquier deseo de los del otro lado. ¿Mano de obra esclava?, ¿objetos de goce?, ¿carne de cañón?, ¿conejiillos de Indias?, ¿Quién sabe? Por fin la casa. La puerta de entrada con demasiada custodia, al parecer tendrá que rodearla e intentarlo por la de atrás. Exacto, en la del fondo solamente hay dos guardianes, le resulta sencillo ponerlos fuera de combate proyectándoles una escena de cibersex compartida. Penetra en la estancia. Un sótano en penumbras, una escalera, luego, y por fin, la

habitación que busca. ¿Dos? Sí, ellos están en el interior. Deben sentirse muy confiados porque la puerta está abierta, pero, ¿cómo podrían saber?

Traspone el umbral y desconecta los dispositivos del traje, haciéndose visible ya dentro. Ellos al principio se quedan con la boca abierta, mirándole sin comprender el milagro. Tan solo una pareja de niños nerviosos y sucios, hembra y varón. Rápido, debe actuar antes de que reaccionen. Ellos no tienen capacidad para financiar implantes así que los paraliza con un leve choque eléctrico y proyecta un sencillo fractal en sus cabezas, ramificación de aros brillantes en intersección hipnótica. Los niños lo miran primero sorprendidos y luego maravillados. El analiza sus facciones a la poca luz reflejada del único anuncio supergráfico que logra invadir el cuartucho.

El *leader* de la comunidad de los klippots es un niño. Es niña la bruja o sacerdotisa de esta tribu de pelos largos y ropa negra descolorida. Nivel mínimo de información, la clase más baja del sistema, promedio de vida diecisiete años reales, casi ninguno sobrevive a la carga diaria de violencia y química adulterada, pequeños salvajes de los suburbios. Ya es hora de comenzar a liberarlos, claro que ese concepto, hablarlo, asegurar su opuesto, su rareza de algo inaprensible más allá del infinito, podría ser un peligro en el diario bregar de una realidad sin espejos, simple cinética del deseo, el grito, la violencia, la inocencia sádica del “infantil sujeto”, en el decir de Freud, la libertad puesta a morir sobre chatarra ferruginosa, sin escuchar más que los cantos y música redescubierta al percutir los pedazos de latón y acero, los cristales rotos, la base de una protorreligión mágica, sin esperanza de infinitud masoquista, si acaso una concepción de ultratumba más allá de las fronteras láser.

Por si los afecta demasiado el desfile de imágenes en cascada, Aquiel desconecta la proyección - también gasta mucha energía - y les ofrece un trodo a cada uno. “Tomen. Es un regalo. Solo díganme sus nombres.” Los niños dudan un rato, fascinados, con los pequeños pedazos de biometal en las manos. “Irving”, contesta el leader y le da un codazo a la niña para que también responda. “Daybel”, susurra ella. Luego Aquiel los ayuda a colocarse los chips en la nuca, detrás de las orejas. Piensa en la gran ironía de esos dispositivos en aquellas cabezas peludas, llenas de piojos. Los niños lo adoran cuando los trodos comienzan a proyectar infografías acopladas a sus ritmos corporales. Él se cuida de que el chip de Daybel también tenga adosado un scanner con acceso

limitado a algún hipertexto de enseñanza elemental: al cabo de tres meses esa niña ya sabrá leer y escribir, un buen inicio para sus planes. Ellos lo adoran todavía más cuando les muestra los cuarenta trodos en forma de tatuaje sobre los brazos y el cuello.

Es curioso, piensa. La raza no parece extinguirse nunca con sus dos formas diferentes de re-producción: los niños aparecen como larvas blancas y húmedas brotando de los vientres hinchados de tantas desarrapadas de las calles, pero también aparecen de súbito en pleno centro de Antamtap, aparecen de la nada, del vacío, una reverberación del aire, única huella, y junto a ellos la versión plastificada del maná celeste, en paquetes de alimentos y conservas enviados por quién sabe cuáles dioses de Amenthis, la ciudad de las luces eternas.

De pronto el *leader* ordena a los suyos escoltarlo por los barrios prohibidos y la sacerdotisa envía observadores hacia los puntos estratégicos. Una cruzada. En realidad Aquiel no teme encontrarse con otra de las bandas: esta es una de las mejor pertrechadas en poder ofensivo. Comprende que podría jugar con cualquiera de ellos, induciendo caos, alterando sus percepciones de una manera sencilla.

Casi ahogado por el humo y el hedor de tantos vertederos de basura, sale del territorio klippot y les ordena a los niños que lo sigan. Dejan atrás las primeras calles y pronto comienzan los enfrentamientos. Siempre vencen. Van dominando los barrios en ruinas y perdonan magnánimos si le ofrecen el diezmo de unos cuantos fusiles y algo de droga en polvo para fumar. EDAD de PIEDRA. Arrasan con los pocos que resisten y los sobrevivientes se unen a los vencedores como lo más natural del mundo, siguiendo la pista de los neumáticos quemados, el olor hediondo de tantos cigarros liados de prisa y los cantos guerreros de los klippots. Ninguna estrategia. Deberá enseñarles un poco para que sean realmente útiles. Algunos jefes de otras tribus piden tregua y vienen a presentar sus respetos. Dialectos ininteligibles en mezcla grosera de lenguas de antepasados inmigs (inmigrantes) de todas partes del mundo. Para librarse de la cháchara cuasirreligiosa Aquiel les regala algún trodo barato y si todavía no se marchan, el *leader* de los klippots se encarga de desaparecerlo de su vista.

Y también vienen niñas a ofrecer sus piernas llenas de fango y cicatrices y enfermedades exóticas, pero en el fondo sólo en busca de polvo y yerba para inyectarse en los tobillos a la vista de todos, sin dejar de empujar sus nalgas contra el fornicador de

turno, sin dejar de actuar con orgasmos fingidos y decepcionadas por la poca atención que les dispensan los *leaders*.

Van dominando barrio tras barrio por calles resquebrajadas, llenas de baches y charcos de agua pútrida de las cloacas, los muros repletos de graffittis milenarios en palimpsestos neobarroco, las teas encendidas iluminando la bandera del lobo-insecto y Aquiel ahora se siente como cierto flautista de los cuentos, con hordas de niños que lo siguen en medio de una fiesta orgiástica de sangre y sexo y sudor llevándolo a los límites de la ciudad prohibida. “Hasta ¿qu?” dice el *leader* y todos se detienen.

Pasadas tantas calles como tribus a dominar han llegado a los primeros avisos de prohibición del paso. Aquí la noche comienza a ser iluminada de nuevo por reflectores indicando fronteras. Aquiel comprende que los klippots lo han traído a este lugar a propósito. Desean contemplar el último milagro: su paso a través de las barreras de seguridad. Quieren ver como él logra atravesar esos muros invisibles donde misteriosamente mueren todos los que intentan escapar del inmenso campo de concentración en que se ha convertido la parte antigua de la ciudad. Traspasando la línea, los conquistará para siempre. De ahí el silencio nervioso, los cuchicheos, la palidez general transparentando una esperanza de futuro donde todos podrán escapar del infierno hacia el otro lado, al país de luz donde los hombres se visten con ropas que cambian de color, viven en grandes rascacielos que destellan a la puesta de sol, el mundo donde todos tienen alas y pueden convertirse en niños o animales o lo que deseen y viajar con sólo cerrar los ojos detrás de unas gafas, oh Dios, Aquiel de pronto entrevé toda una religión y cosmogonía naïf, construida a expensas de la mascarada virtual y siente compasión por ellos, comprende que esos niños ya están condenados por el sólo hecho de haber nacido allí, son cadáveres móviles, **zombies** encerrados en los límites de su territorio para sobrevivir unos pocos años, porque no tienen otra opción, han aprendido a vivir con la muerte.

La sacerdotisa se seca las gotas de sudor del rostro y luego observa su mano húmeda, que frota en un borde de su pantalón destrozado. Rebusca en su morral y saca una calavera de perro seca y todos hacen silencio. “Oh, Señor Mosca”, susurra, “ayúdanos a salir del pantano”. La niña dice algo más y luego pugna por acompañarlo unos metros, pero él la detiene con un gesto. Ya están a punto de recibir los láseres de advertencia.

Aquiel le vuelve la espalda, sabiendo que clavarán sus ojos en él, tratando de memorizar cada detalle. Busca en su ojo privado la clave de salida y conecta con las potencias sobornadas del otro lado. Estas emiten una flecha lumínica que se desliza hasta sus pies y él, siguiéndola, se adentra en tierra de nadie, un paso en falso y recibiría la descarga.

Cuando llega a la zona de parqueo, donde su auto es guardado por un escudo de invisibilidad, lanza a las manos de los guardianes una caja con los créditos prometidos y de paso una propina en chips que sabe lamentará después, pero en ese momento la considera imprescindible para ganarse su favor en ulteriores ocasiones. Mientras maneja de regreso mira por encima del hombro y descubre que los niños todavía están allí, observando en silencio. Busca a la sacerdotisa y la descubre un poco alejada de los demás, la mano detrás de la oreja, seguramente acariciando el dispositivo. Ella sí lo recordará, los demás no. La vida termina de prisa en Antamtap, las tribus se aniquilan mutuamente en cuestión de días. Adivina que cuando regrese ya habrá otros, con nuevos nombres y rostros, pero idénticos en el fondo, una masa variable y prescindible de carne tierna, sin historia, ni cronista para rescatarla. Pues bien: él, Aquiel, el hipócrita magnánimo, le ha regalado un camino a esa niña, ¿Daybel?, la sacerdotisa de la tribu. Dentro de algunos años se convertirá, sin dudas, en la primera mujer de una nueva raza, la madre de los ángeles sucios, y con esta nueva fuerza llegará el tan ansiado Caos, la Entropía como única respuesta al poder de las superestructuras, el caos traerá la libertad y ella será entonces la reina de los brujos, de los demonios nuevos, como Lilith, la primera gran rebelde que se atrevió a desafiar a los dioses. *Lilith*, ese sería un buen nombre para ella, algo para empezar.

Solo en el automóvil, avanza a toda velocidad. En el horizonte geométrico de metalocristal comienzan a verse los primeros supergráficos publicitarios que lo llaman con goce inducido a sus centros de placer inconscientes. Aquiel, el hijo pródigo, de regreso a la ciudad de Amenthis, como siempre. Vuelve a conectar todos sus trodos y se sumerge de golpe en la vorágine informativa...

“¿Entonces lo de la cueva no significa nada?”

“Yo no he dicho eso. ¿Por qué no dejamos que las cosas fluyan?”

Aquiel abre los ojos. De vuelta en su santuario. “Esta vez la visión del **windows** ha sido tan perfecta, tan vívida...TAN LOGICA. Demasiado lógica. Y eso no es propio del Lado Oscuro. ¿Por qué estás en mi cerebro? ¿Por qué eres mi hija?

Aquiel adivina que no puede escapar de su destino a través de cualquier par de piernas - clítoris adentro - no puede bombardear la esquizofrenia sin mancharse los labios de sangre, intuye el error del camino escogido, las sábanas grises de carne y sexo y abrigo-calor, imagina otros brazos temblorosos, el hilo de saliva al borde de un muslo, la mirada infantil de Lilith perdida al extremo del vientre, su voz en resonancia con la piel salada del pubis pero no, lo sensible duele, inevitablemente termina castrando, es mejor el sexo puro, de pronto el espejo se llena de mujeres y niñas de piernas abiertas, pensativas, sus flores se abren desde el centro del cuerpo sin que dentro guarden soles rojos empapados de sombra y misterio, no, sólo nieve rosada deslumbrante y cálida. Aquiel mira la hora. Es tarde. Ya ellos deben estar en la costa, esperándolo.



HLET

Han pasado tres días desde el regreso de la Cueva del Agua. Los miembros asociados a la Brujos S.A. se hallan compartiendo la hermandad del sonido nirvánico de las olas y el diente de perro frío, sometidos al humor soez de cada reunión y la autoría *grunge* de un grupo de tantos. *61 Coast*. Nueve de la noche. Un **vespertar** como todos, sólo que en esta ocasión Lilith se hace pareja del Brizo y esta es la excusa de su relato. En realidad todo ocurre de manera sencilla. El Brizo se nota bastante cargado. Lilith ya derramó todas las canciones conocidas y le ofrece la guitarra al Rapha pero este no tiene muchos deseos de tocar - dedos entumecidos por el frío -, así que deja reposar el instrumento apoyado contra una pared mural de **ArteLáser**, la grabadora con el volumen casi en el mínimo - ahorrando baterías - y los klippots sentados o acostados alrededor de la misma, cabeceando y fumando a ratos.

Lilith como siempre está allí, conversando con Aquiel acerca del soplo vital y la regresión edípica - conectados con la talla, claro - ella saboreando su voz: “Qué difícil se me hace esta **nacimuerte**, coño”, y haciendo como que entiende, pero entonces llega el Brizo, se acuesta a su lado y pone la cabeza sobre sus muslos. Todo habría quedado así, de no ser porque además de escuchar, ella empieza a acariciarle el pelo y el Brizo cierra los ojos como si estuviera dormido y se crea una situación extraña: Lilith hablando con Aquiel y al mismo tiempo acariciando al otro, con tremendos deseos de intercambiar personajes. La situación se sostiene por unos minutos de su propia oscuridad hasta que a mitad de una lluvia de conceptos abstractos que le está enseñando, Aquiel arquea las cejas y le hace una seña como preguntándole en dirección al Brizo y Lilith se encoge de hombros. “Puede venir toda la ciudad. No me importa”, quiere decirle, pero él parece que no entiende el mensaje porque deja salir una sonrisa, le dice adiós con un gesto y va a sentarse al lado de Margarita. Cuestión de ruinas mentales. Miseria de empatía. Desde su regazo el Brizo abre los ojos y la mira fijamente durante un largo rato, serio, mientras la mano sube a la nuca de la muchacha y se acuna en su pelo y luego se aventura hasta los hombros y la espalda. Ella mira de reojo al grupo, una visión rápida para descubrir a

Aquiel besándose - como siempre - con Margarita. Entonces piensa que es un poco tonto mantenerse fiel a un hombre que se entretiene en hacer trizas todas sus estatuas de barro, no se contenta con ello y las escupe cada día más en un **olvidoculpa** que lastima y ella otra princesa azul sin baterías - defectuosa estuvo siempre - allí en el latón de basura, sustituida por otra marca Taiwán - pilitas atómicas y nalgas de láser, destornillador y tragapiedras - Lilith se pregunta en que rincón de cual gaveta del cerebro de Aquiel estará criando polvo. En fin. La eterna dicotomía de sueño y realidad. El Brizo ahora se está lanzando a caricias más atrevidas. “Ten cuidado”, quiere advertirle, pero él la obliga a bajar la cabeza y besa sus labios. Ella decide cerrar los ojos y dejarse llevar, al fin y al cabo este muchacho le gusta y Aquiel ha decidido seguir con Margarita. Continúan besándose un rato y ella comienza a sentir el aleteo de cierto animal insomne explorando sus senos y muslos. Luego las púas del diente de perro en su espalda y la cabeza del Brizo tapando las estrellas. “Aquí no”, le dice ella y se levantan quitándose la arena de la ropa y las piernas. “Sígueme”, le ordena Lilith que ya adivina la ciudad naciéndole dentro. Busca con un poco de reserva un lugar más oscuro y se encamina hacia allá. “Divino”, susurra el Brizo que en ese instante acepta cualquier condicionante pudorosa de la muchacha. Antes de perderse en lo oculto - olvidando en claras máscaras - ella vuelve a mirar al grupo con el rabillo del ojo y descubre que Aquiel los observa pero no logra descifrar la expresión de su rostro. “¿Indiferente? ¿Desvalido?” Brizo la urge desabrochando el zipper de su pantalón y acariciándole todo el cuerpo y un poquito del alma.

“¿Yo?, no, claro, pero esa es otra historia y si quieres también te la cuento pero no sé si alcanzarán los cassettes, o el tiempo. ¿Quieres que te ayude a escoger el arroz? Que siga hablando. Bueno, está bien. Te diré un poquito por arriba lo de mi relación con el Brizo.”

Con el Brizo todo era sexo y yerba: él y Lilith se convirtieron en máscaras deseantes que sólo podían mirar los rincones, buscando sombras propicias para fumar o fornicar - “Dale, aquí mismo, agáchate y házmelo con la boca” -, la inercia disciplinada que ponía tantos gritos de horror en los labios de padres, profesores y funcionarios, una alegría de maniquí, sonrisa inmóvil en cada vestir-desvestir. En la escuela, examen, Lilith con dos asignaturas desaprobadas, pero sintiendo menos temor que una flor en la autopista, no tenía mucho que aceptar, ni qué elegir, así que su existencia se transformó en ir todos los

días a la escuela, pasarse la tarde copiando clases atrasadas y licenciándose en desnombrar conceptos (martillando sendas neuronales). A la salida *Stop*. Basta de torturas mnemotécnicas, a la salida estaba el Brizo desempleado ya con un lugar y momento escogidos para fumar a solas. Lilith dejó de ver a los Brujos, ese período casi no tuvo Sabbats, todo el mundo estaba bastante complicado. Para Lilith estaba claro que aquello no era amor, tan sólo su caricatura, pero no podía negar que disfrutaba y ¿quién va una noche a deshinchar las olas de un padre que duerme? Rutina. Las hojas manchadas de sangre se diluían en cada centro de la madrugada y por lo menos Brizo sabía reír, ¿no?, y también esconderse muy bien, demasiado bien, en los valles de la ley, encendiendo sus piernas y nalgas en cada morir de los hombresperma, olimpiadas de carne, claro, y ella soslayando desde aquí - cronómetro en mano - ciertas geometrías grotescas del muchacho que era mejor no ver, no descubrir, Lilith odiando bastante los campos y tuberías del ojo, dependencia.

Lilith: “¿Eh? No, por supuesto, ¡qué iba a aprender! Sentía como se me secaba el cerebro. Seguía con la ganja, templando todos los días, dos y tres palos cada vez y yo fingiendo que todo era muy placentero. ¡Existir, repitiendo lo mismo siempre, acompañada! Aquiel le llamaba a ese estado el Androide o el Devenir Animal y el problema es que yo terminaba destrozada, ¿no?, la guitarra cogiendo moho y al otro día en el aula con unas ojeras que llegaban al suelo, dormida en todas las clases, tropezando con los pupitres y contenes de las aceras, inventando excusas menstruales, pero él me esperaba a la salida del pre y nos íbamos para la costa o su casa. Suspensa en matemáticas, of course.”

Un buen día sonó el teléfono y era Aquiel. “Oye Lilith, estás perdida, vieja.” Terrible dilema ese en que una frase leve te transporta y no tienes más remedio que susurrar una respuesta que tiene de dormir velando. “Figúrate, las pruebas...” “Coño, pero no me has llamado, eres una falsa.” “Aquiel, tú sabes que...” “Sí, sí, ya sé. Quieres ir a un aquelarre el sábado? Tocan *Provos* y *Júpiter* en la Casa de Cultura.” “¿A qué hora?” “Igual que siempre: ocho y media. ¿Qué? ¿Te embullas?” “Sí. Me cuadra muchísimo.” “Bueno, chao, no falles. ¿Cómo está el Brizo?” “Bien. ¿Y Margarita?” “Historia antigua. Cosas que pasan.” Él de pronto se escapa como un alcastraz en invierno. “Te dejo que voy a bañarme. Un beso. Cuídate.” “Chao Aquiel.”

Lilith se siente plena de sentimientos castos, camina hacia el cuarto y se siente poema de amor, selecciona un cassette que sabe le gusta a Aquiel y le busca un sitio entre sus senos, diminuta antología de árboles y duendes americanos, música maya levitando en armonía que luego es rota a jirones por la voz del Brizo que la llama desde el pasillo. Ese día, a raíz de esa misma llamada se produce la primera y última conflagración con el otro. Comienza como siempre: una pequeña y tierna discusión sobre si irán los dos al **aquejarre**. Peter no quiere ir. Ha descartado un poco toda idea de continuar en el grupo. Están poniendo un ciclo de películas policiacas en uno de los cines de ensayo y precisamente el sábado proyectarán el mejor filme, premiado en miles de festivales y sucursales del Oscar. Lilith le contesta algo por el estilo de “nosotros somos libres” y le propone ir cada uno a su actividad de preferencia. Él no entiende o no quiere entender. Empieza a dejar caer insinuaciones sobre el deseo de la muchacha de “ver al loco ese” y otras críticas al margen hasta que estalla la guerra en puente abierto y la llena de epítetos donde “Putá” es uno de los adjetivos más pálidos y ella se dedica a conferirle verdades con fuego cruzado como todo buen poeta popular, obviando asertividades, justicias y diplomacias hasta que de pronto se ve esquivando sus golpes y respondiéndole con rabia, el Brizo la empuja contra la cama y ella siente un golpe fuerte en el hombro y la mejilla ardiendo. El le desgarrá las ropas y Lilith se descubre menos fuerte que las hojas. En ese momento desea matarlo. De pronto lo descubre con toda su historia de defectos como un animal extraño y se lamenta por los siglos desperdiciados en pose de hormiga paciente, ah, San Brizo, no todo es recibir el Oscar preparado por *God* (Dios), *God is good*, pero ella ha sido una perfecta imbécil, lamiendo los **zenitales** de este dios eunuco suspenso en filología, por haberse fumado su habano en las universidades para miembros flácidos. El invade sus recursos naturales a la fuerza y ella comprende entonces que nunca ha dejado de engañarse a sabiendas, que todo va a terminar en una especie de diferencia insalvable, que su guitarra se convierte en madera pútrida con cada segundo de la relación y que ya todo va cuesta abajo en sensación de asco sobre el paladar, pero no puede llorar, no le va a dar ese gusto. Se deja hacer hasta el final, seca y fría entre las piernas, vientre de cuarzo. “Ha sido un programa de Islavisión”, oye que dice el televisor del apartamento contiguo y de pronto siente unos deseos enormes de reírse, tan patético todo, ¿no?, pero

él la mira asombrado, casi grita un “¡estás loca!” y sale pisando a propósito un pulóver que se halla tirado en el suelo. Sí, claro, a la noche siguiente todo es muy frío. Lilith resiste las ironías del Brizo todo lo posible, pero adivina que ya la relación está muerta, el final será solo cuestión de días, y también descubre que ya no le importa, que en realidad todo final es un alivio.

El día antes del concierto, después de haber aprobado su último examen a duras penas, Lilith pierde el contacto con Brizo. Este desaparece toda la noche. En su casa le dicen que salió a las nueve de la mañana y no saben de él. Tampoco ha ido a la escuela. Espera hasta las doce por su llamada sabiendo que esto ya es, ahora sí, el final, y se olvida del tiempo practicando las últimas clases de guitarra.



VAL

Mientras se viste para el concierto, Lilith observa el parque a través de la ventana. Niños que prueban triciclos destartados y patinetas, dos ancianos jugando ajedrez en uno de los bancos que todavía subsisten, un parque gris, menopáusico, inquieto solo por el corretear de los niños, iluminados ahora de naranja por la muerte del sol. De pronto recuerda que debe devolverle ese libro a Aquiel, al principio le pareció extraño que se lo recomendara. "Pero si es para niños", objetó, pero él sonrió negando con la cabeza. Tenía razón: ese libro no era infantil, en absoluto. Al final le había hecho desear las cuarenta y tres puestas de sol y que existiera en realidad un pequeño príncipe. El libro le producía una sensación extraña, como de espera. Sí, una espera, pero ¿de algo?, ¿de alguien? Si lo pensaba bien Aquiel tenía algo del Principito, claro que ya un poco gastado. (Tendría que botar su cigarro alucinógeno. Tendría que colgar la máscara de una percha y dedicarse otra vez a cultivar rosas, ¿para domesticarlas?)

Lilith escucha el timbre de la puerta, pero no le presta atención. Observa la rajadura de los tenis con deseos de llorar, lo poco que duran (infraestructura efímera, habría dicho él, haciéndose el insoportable). Ahora tendrá que buscar cuero sintético y coserlos a mano durante días, un trabajo bastante molesto, en fin, todo sea por el poder emanante de la seducción. Está pensando en eso cuando sus padres la llaman. Alguien ha venido a buscarla. Se encamina a la sala y ¡sorpresa!, Allí está el Brizo con el uniforme completo para ir al aquelarre.

Lo saluda con un beso en la mejilla y le pregunta – muy diplomáticamente - si él no había decidido ir al cine. Brizo contesta que cambió de idea y la acompañará al concierto. De todas formas no hay una verdadera reversibilidad, él sigue distante. Lilith comprende que no va a volver, sólo necesita una acompañante y ella es la única que tiene a mano, que desgracia. Piensa que también puede estar equivocada: a lo mejor Brizo sí desea reanudar la relación, pero es incapaz de comunicárselo de alguna manera. Tal vez espera cierto comportamiento de su parte que ella no se molestará en descubrir, sino que decide seguirle la corriente y se muestra fría también.

O para decirlo de otra manera: se hace amiga de la esquizofrenia del cálculo. ¿El Brizo necesita una mujer para quedar bien con sus amigos? Está bien, serás su pareja, por hoy, ¿quién va a mezclar la ira con la estafa?, al menos puedes considerarlo un deber después del mes que han pasado juntos. Tal vez y hasta lo que persigue este cretino es hacerle el amor por última vez, sin embargo ella no llega a ofenderse por esa posibilidad. No se hace presencia la herida donde no te esperan y Lilith tiene harta experiencia en eso de sentirse ajena bajo el goce triste de hombres diluidos.

Le pide que la espere unos minutos y va al cuarto a terminar de arreglarse. Con los tenis altos mejor ni contar, si se los pone se van a destrozar más y será imposible arreglarlos, mejor se calza las botas. Recuerda que lleva en las piernas toda la fuerza de la orquídea: hoy, específicamente, debe obligar a los hombres a beber su rocío como fuego, van a tener que dictarle sus nuevas caricias en súplica muda, hoy debe conquistar a Aquiel o al menos intentarlo sin ver ni escuchar a nadie más, ni siquiera a este muerto que espera en el sofá de la sala. Se mira en el espejo y arregla sus collares. Perfecto. Todo el proceso de vestir es acumulativo. En cuanto al Brizo lo mejor será conectar el radio y ponerlo a olvidar. No dejará que le apague el cerebro, diga lo que diga no se acostará con él. Si se pone molesto lo enviará bien lejos y regresará sola, no importa, o con Aquiel, si lo conquista, o con el Zepar, si le hace camino. Recoge los cassettes y el libro por devolver y los mete dentro de su mochila. Después de dudar un poco - siempre le han gustado los buenos finales - arranca el afiche de Nirvana del armario y se lo lleva al zombie. “Toma, yo sé que te gustaba mucho.” Él le da las gracias y se despiden de sus padres. Siete y media. Con suerte a las ocho estarán en el concierto.

“Parece que no es barco”, dice él en la guagua enseñándole a dos atípicos que están sentados al final del pasillo. Por fin se desocupa un asiento y Lilith se ofrece a llevarlo cargado. El Brizo acepta, por supuesto (¿qué hombre no lo haría, según Freud?). La misma ciudad de vidrio a través de las ventanillas. Hay un ojo de pez policial que la mira desde una parada con expresión de verdugo. Quizás no sea nunca el hierro que golpea y, sin embargo, siente miedo. Regresa la vista a la espalda familiar del Brizo y apoya la cabeza en su hombro. Quiere acariciarle el pelo, pero él rechaza su mano con un gesto casi brusco y le dice que No. No hablan más el resto del viaje. En el trayecto que va desde la parada a la Casa de Cultura él la abraza. Luego, en un arranque emocional la

besa en los labios y le pide que por favor, sigan siendo amigos. Ella contesta “claro, yo te quiero mucho”, pero él de pronto se coloca otra vez la armadura, entran al concierto y comienza a saludar a la gente como si fuera el hombre más feliz del mundo. “Perdóname, voy a ver a un amigo” y se pierde entre la multitud de cuerpos, dejándola sola. “Realmente nunca voy a entender a los hombres”, murmura ella y sus ojos corren hasta el corazón de la hierba donde alguien la llama.

Están casi todos: Leonardo, Raphael, Zepar, Margarita y al cabo de unos minutos llega Aquiel y ella se descubre feliz. De pronto se siente con las alas libres, como un árbol al sol. Júpiter rompe a tocar y se acercan al escenario a bailar un poco. Excepto el cantante y el bajista, todos los demás integrantes de la banda son nuevos, sin embargo, las canciones suenan igual. Al fondo unos labios enormes de poliespuma y la eterna lengua Stones Rolling, pero llena de pinchos en homenaje punk, luces y neblina rosada. La letra de la pieza clama por cierta niña que murió entre cigarros y polvo de pastillas. “*Sé escribir, sé cantar*”, se lamenta una voz distorsionada, “*y por lo mismo soy culpable*”

A eso de la tercera descarga de guitarras Margarita le da un codazo a Lilith y le señala al Brizo besándose con una loca llena de **piercing** y mechones de pelo verde. Ella pone su mejor cara de circunstancias y se encoge de hombros: “Ya no estamos”, le explica y Maggy hace un gesto de comprensión. “Felicidades”, le dice, “viva la *Freedom*” y luego continúan cabeceando como si tal cosa.

Al cabo de un tiempo algunos empiezan a bailar **core** y a lanzarse encima del escenario, así que los Brujos deciden desplazarse nuevamente hacia las sombras, al lado de los muros y se sientan sobre el césped. Desgarran las canciones, las clavan por la piedad de no ser infeliz. Hay una pareja de *strangers* filmando el concierto y entrevistando a la gente para algún documental sobre rock, de pronto se acercan al grupo y preguntan por el **core hard**.

Zepar: "El *Core hard* es una onda bastante rara para los androides (ellos no entienden) quiero decir, para los que no están en el ambiente. Nada, sencillamente te mandas a correr y chocas con el primer cuerpo que se te ponga delante. Por supuesto, trata de que sea un amigo o alguien que también esté bailando lo mismo y nunca caigas al

suelo porque de inmediato todos se te van a tirar encima y te aseguro que no es nada agradable.”

(Los *strangers* sonrían nerviosos y pasan el micrófono a Maggy)

Margarita: “Otra modalidad es tratar de subirse arriba del escenario donde casi siempre hay un tipo o una potencia que te lanza otra vez al público. No sé, yo no soy metalera dura, lo mío es lo alternativo, la onda grunge y así y todo yo nada más que bailo cuando estoy en tremendo vuela o algo parecido.”

Pasa algo, porque ahora hay como una especie de estampida de un centro común. Una bronca. Por suerte termina al instante y todo sigue como antes. “Esta noche hay demasiada gente con mal viaje.”

Raphael: “Está malo el ambiente. Hay una pila de gente. Muchos **naticos**.”

Los ojos de Lilith recorren el patio de la casa donde ya no cabe nadie más. En la puerta dos potencias observan el espectáculo y conversan en voz baja. Es imposible descubrirlos y no sentir el alma atada y llena de candados, simple paranoia del espíritu.

Leonardo: “Un natico es uno de los novatos que todavía no están en la nata, se entiende, un ridículo que antes de empezar el concierto ya está empacado y entonces se mete todo el concierto dando vueltas, buscando broncas y tirados por el suelo, vomitando a diestra y siniestra, con los ojos cerrados y sin fuerzas para levantarse. Un asco.”

Lilith recuerda que al principio también le sucedió, “pero sólo las primeras veces. Después una se volvía aristócrata con los muchachos y no se podía perder puntos porque entonces te consideraban muy fácil y no tenías más nunca una relación que sirviera.” Fácil, sinónimo de Puta, sufijo de lo femenino en el rock duro. Una desgracia en este país con veneración de himen y otras castidades incruentas. Pero mejor volvemos al concierto. Las potencias han acabado de entrar y ahora están parados encima del escenario. Un temba, seguramente alguno de la misma Casa de la Cultura - un pincho, un funcionario - se atreve a tomar el micrófono.

“Caballeros, hace falta que los que están maleando esto se calmen un poco porque si no vamos a tener que suspender el concierto.”

Risas y silbidos desde el público. Lilith no entiende cuál es el problema. El **guardafronteras** explica mejor la situación. “*Rockers*, escúchenme un momento, ¿ustedes saben lo que pasa? Que ellos no saben lo que es el *hardcore* y se creen que es

otra cosa y por eso les pedimos, por favor, que cabeceen, bailen otra cosa porque si no el grupo no vas a poder seguir tocando.” El Zepar lanza uno de sus aullidos de lobo y todos se ríen. Algunos gritan y abuchean al del micrófono. “¡Abajo el Gobierno!” grita otro en voz de falsete y Raphael mueve la cabeza con incredulidad: “Coñó, aflojen caballeros”, pero todo el mundo lo que hace es reírse – excepto las potencias, claro - y luego siguen en sus cosas. Como parece que el ambiente se ha calmado deciden continuar el espectáculo. Alivio general. “¿Qué te pasó con Brizo?”, le pregunta Aquiel - ¡Por fin! - cuando se acerca para prender un cigarro. “¿No lo ves? *Finish. The End*”, y él le revuelve el pelo y le aprieta el brazo. "Ahorita te voy a dar un regalito. ¿Estás muy triste?" Ella niega con un movimiento de cabeza. A pesar de los mil deseos, entre la iluminación – **Ilumilusión, Ilumisión** - eterna de sus pasos, él se levanta y va a sentarse de nuevo junto al Zepar. Lilith piensa por un momento qué le habrá querido decir con eso del regalito (alguna yerba, supone) y, luego, vuelve a prestar atención a la banda. Las nueve y media. Quizás haya tiempo todavía para estar a solas, aunque sólo sea por unos minutos. El Rapha ha vuelto a su lugar frente al escenario. Ella se entretiene un rato viéndolo bailar, busca un instante al Brizo entre la gente, pero ha desaparecido. Mejor. Por lo menos no tendrá que soportarlo al regreso. Es curioso: no siente ni una gota de celos. Le resulta hasta cómico verlo toqueteando a aquella muchacha para joderla y ella oyendo de lo más divertida el último chiste del Zepar, o cambiando frases con Aquiel y Leonardo, lo más probable es que ahora el muy cretino se fuera con esa tipa, sin saber que eso acabaría por decepcionarla completamente. “Es un niño, qué desgracia”, y comprende que hasta le da un poco de lástima también. Quizás ya sea hora de ir huyendo de todos cada vez que pueda – exceptuando a Aquiel, claro -, ya basta de sueños diciendo que puedes morir mañana mismo por mano propia y sangre ajena, cada sábana por ensuciar se traduce en temor al hacha gigante de tres siglas - V I H - que se alza en dirección a la cabeza. “¡Váyanse!”, quieres gritar mentalmente, “¡Hey, al carajo todos ustedes, estoy harta!” (Exceptuando a Aquiel, claro.)

Lilith se encuentra en ese peldaño íntimo del llanto invisible cuando nota que Raphael tiene su mirada clavada en la entrada del patio. Ella escupe todas sus lágrimas hasta que olvida el destierro. Sigue la dirección de los ojos del amigo – en realidad todos hacen lo mismo - y enseguida comprende: Acaba de aparecer una joven deslumbrante,

una de esas geógrafas de la seducción, a todas luces degustadora de hombres como juguetes y otras aureolas magnéticas (“**Mesméricas**, diría él, haciéndose el insoportable”).

Lilith adivina la prosa incoherente del Rapha, que le habla a la muchacha como si se conocieran de siglos, cabeza baja que evita el hedor persistente de la **yerbalcohol**. A ella la devora el hormigueo de la envidia cuando nota que Aquiel también la mira fijamente, un rostro que parece de papel y al que de pronto le han caído muchos años. El Zepar le hace una señal de complicidad a Leonardo y se encamina, casi corre, al lugar donde se encuentra la desconocida.

“Esa es la Fénix” susurra Leonardo con admiración, “todo el mundo está detrás de ella.” Aquiel juega a trazar signos en el suelo. Por supuesto, Raphael la trae al grupo y Lilith comienza a escuchar el odio que sus poros transpiran. Todas las muchachas, incluso Margarita, son de pronto desterradas a algún círculo inferior. Al parecer la Fénix se basta para hacer brotar los ríos masculinos con todos los fuegos de su vientre. De pronto, ningún varón encuentra sus piernas, de repente no hallan su voz. Se ven vacíos, pero sin perder los ojos del agua fresca de la muchacha. Pelo como cascada de oro – “o de orine” - piensa vengativa Lilith. De todos modos la Fénix trasciende algo como de dinero sucio que saca a brillar sobre el lodo de un estandarte. Piropo común: “No tengo dinero para pagarte, pero...” Lilith ya quisiera tener su piedra imán para atontarlos de esa manera.

Al cabo de un rato comprende que el Rapha tiene las de ganar: la tal Fénix le sonrío demasiado y ya casi están hablando a solas, olvidados del resto. El Zepar – se le nota cierto enojo reprimido - sale a bailar de nuevo con Margarita y Aquiel sigue en su extraña diversión de escribir, ¿dibujar?, Signos invisibles. Según Lilith puede sacar de la conversación, la tal Fénix estudia filosofía y es modelo de la *Caribbean Sunshine*. Lo suyo es un ambiente de teatro de posvanguardia, música clásica, ballet (“qué asco”) y treinta ondas más, rarísimas todas, habla de libros que nunca ha oído mencionar, Budismo zen y psicoanálisis. De pronto y sin saber por qué la cabeza comienza a dolerle.

Lilith: “Una aclaración: me di cuenta entonces que el comportamiento de Aquiel frente a la Fénix no era normal porque no le había dirigido la vista en todo el tiempo, lo contrario de esta que cada vez que decía una frase lo miraba y luego seguía conversando

con el Rapha. Comprendí todo de golpe: Ellos habían estado juntos. Entonces sí que comencé a odiarla. Nada más que había llegado y el grupo se había virado al revés, aparte de que ella sabía lo bonita que era y actuaba de acuerdo a eso, como si nos estuviera haciendo un favor al estar aquí hablando con nosotros. Sabía un millón de cosas, pero era como una muñeca, ¿entiendes?, no le llegaba a Aquiel ni a la sombra.”

En un momento determinado, la Fénix dice que debe regresar temprano porque al día siguiente la examinan en su facultad y el Rapha se ofrece a acompañarla. Aquiel mira a la muchacha una sola vez y no dice nada. Se encoge de hombros cuando la Fénix le pregunta cómo le va y por qué no la llama. “Puedes acompañarnos, si quieres”, pero él se niega y dice que desea ver todo el concierto. Raphael y la Fénix se marchan y él sigue con sus signos...

Zepar y Margarita siguen bailando frente a la tarima. El cantante de la banda gime como si estuviera haciendo el amor a todo volumen:

“Turismo, turismo, todo son toallas, piscinas, dejando ver el ascenso del yunque a lo lejos. ¡Hey, Dear!” - el público lo apoya - *“¿A quién estarán martillando ahora?”*

Leonardo se levanta a conversar con un amigo y ellos se quedan por fin solos. Aquiel parece concentrado en sí mismo. “¿Qué dibujas?”, le pregunta y él se digna a mirarla. “Sólo son palabras sueltas, nombres, con los nuevos símbolos. ¿Ves?” Aquiel traza uno de los signos en el suelo “Así se escribe tu nombre en este sistema.” “Ah, ¿sí? Déjame ver...” Ella se inclina para observarlo mejor. “Es bonito. ¿Me vas a enseñar?”

Él piensa que un hombre pierde su tiempo en descifrar el espacio, en abastecerlo con leyes y conceptos, la mayoría de las veces equívocos o relativos a la persona que actúa. Ya solo al final, viendo como Lilith intenta copiar los símbolos, comprende que la verdad está en asumir el destino que le ha tocado entre las pocas opciones ofrecidas. Por supuesto, el androide sería el que se conforma con dos o tres opciones únicas y ni siquiera le interesa salirse de la inercia, se aferra a los esquemas existentes y los repite hasta el cansancio. Aquiel observa el oleaje de cabezas frente al escenario y siente la asfixia dentro de la masa de febrero del 29, ¿Quién los detiene ahora?, han comenzado a llover los problemas de subsistencia y todos corren como animales de idéntica nostalgia por los años idos. ¿Quién busca a alguien ahora? A golpes de amor o rabia chocan unos contra otros al borde de los pocos oasis de sensibilidad que todavía subsisten, sólo ellos

pueden comprender la realidad, aun dentro de la evasión psicoquímica y no los huéspedes de allende el mar. Los Brujos se reúnen en los anfiteatros para danzar; para gritar como monstruos en función gratis por las cadenas televisivas, cadenas que mantienen a los pájaros alegres y frenéticos dentro de sus jaulas. Aquiel vuela sobre los edificios y chimeneas y antenas y cordeles llenos de ropa mojada y se siente muy solo en su ritmo propio de airefrío, su visión fría de halcón en movimiento nocturno alrededor de sí mismo, *Because the world is round it turns me on*, como dirían los Escarabejos, y otros egoísmos patéticos.

“¿Ella fue tu novia?”, le pregunta Lilith que se ha quedado sentada frente a él, mirándolo fijamente.

“Es bonita, ¿verdad?”, le dice, pero ella se encoge de hombros y quiere cambiar de tema. “¿Qué regalito ibas a hacerme?, ¿tienes ganja?”, Lilith piensa que debe hacerlo sonreír por lo menos.

“No, tengo algo mejor.”

Ella pone la mejor cara de aberrada con los ojos bien abiertos: “¿Tienes equis? ¡No me digas!”

Él sonríe por fin: “No, bobita, no tan duro.”

“¡Coñó!, ¡Qué honor!, ¡el profeta me sonrió!” y él amaga un golpe contra el brazo de Lilith. “No jodas. Dale, vamos, aquí no la puedo sacar.”

“Ok. ¿Y Margarita?”

“Somos amigos, nada más.”

Se levantan y ella lo sigue entre el mar de gente hasta la escalerita que da al interior de la Casa. “¿Qué quieren ustedes?, no se puede pasar”, les dice el guardafronteras y Aquiel le explica: “Somos del taller de pintura. Vamos a ver a Roberto”. El negro duda un segundo y luego los deja seguir. Por suerte no se encuentran a nadie dentro hasta que llegan al pie de la escalera interior. Aquiel repite la misma excusa y luego suben a la planta alta.

Todo a oscuras. Ni un alma. Van tanteando las puertas hasta encontrar una abierta. Allá abajo alguien sigue haciendo el amor a todo volumen. “Pasa”, le dice él, “esta es el aula de música.” Ella le pregunta que cómo sabe todo eso y Aquiel contesta que estuvo un año participando en el taller literario. “¿Y tú escribes?”, pero él le dice No con la

cabeza y cierra la puerta con seguro. “Ven, siéntate.” Ella obedece sin decir palabra. Piensa que posiblemente cada frase, cada acto, hasta su ausencia, pertenecen a una inmensa regla del juego que algún día Aquiel le revelará como uno de esos maestros antiguos de tantas historias medievales. Él rebusca un rato en su bolso hasta que saca una vela roja y después un papel enrollado que le entrega para que lo sujete. “Esto es”, le dice y ella descubre por el tacto que contiene algún tipo de picadura. “No es yerba”, le aclara Aquiel, “es una mezcla de hongos, flores y otras sustancias alucinógenas”. Luego le pide los fósforos para encender la vela.

Ella observa como él va preparando los cigarros. Tiene plena conciencia de que se encuentran solos, Aquiel se ve mágico, piensa, con el resplandor vacilante de la luz en su rostro, la música y los gritos allá afuera y él allí, compartiendo con ella, su frente llena de goticas de sudor y el pelo chorreado cayéndole sobre el rostro. Lilith se excita de mala manera, como hacía tiempo no le sucedía, se descubre tan excitada que de pronto tiene temor de que Aquiel se dé cuenta; se siente tan húmeda que respira con dificultad y tiene las mejillas ardiendo. Por suerte – o desgracia - no hay casi luz y él está concentrado en el rito.

“¿Y es necesario que hagas todo eso?” le pregunta al ver como saca cuatro piedras redondas y las coloca en forma de triángulo. El se encoge de hombros. “Creo que tiene yagué o psilocibina, no lo he probado nunca. El que me lo trajo dice que es más fuerte que el LSD. No lo creo, pero como no lo conozco es mejor hacer todos los ritos que exigen.”

“Pero, ¿por qué las piedras?, ¿qué significan?”

Él ya ha terminado de fabricar el primer cigarro y pasa al segundo. “No sé Lilith, el problema de estos rituales es hacer que todo funcione por analogía, por contigüidad, a lo mejor las piedras lo que hacen es dirigir la alucinación. ¿Por qué preguntas? ¿Tienes miedo?”

“No, no.”

Aquiel enciende, da cuatro bocanadas lentas y luego le pasa el cigarro. Ella no nota la diferencia. Sabe parecido a la marihuana con pastillas. Fuman en silencio unos minutos. Allá fuera queda música para rato, ya se preocupará después, no sería bueno tampoco quedarse hasta que todos se hayan ido y entonces tener un problema y que

trajeran a las potencias, aunque bueno, eso podría pasar también ahora y entonces los cretinos decir que estaban robando o algo por el estilo y luego presos los dos, y después sus padres poniendo el grito en el cielo. Mecanismo contrafóbico: "Qué nota más mala", piensa Lilith y trata de centrar todos sus pensamientos en él, que está acostado a dos pasos, expulsando el humo en dirección al techo, ¿esperando? La cuestión es que Lilith no sabe lo que debe hacer; lo que desea sí, claro, pero no lo que debe. Mejor le deja a Aquiel toda la iniciativa.

"No siento nada", dice un tanto decepcionada.

"Espera. No es tan rápido. Ponte a pensar en algo agradable." "¿Cómo qué?" "No sé. ¿Te gustan los caballos? Piensa en un caballo galopando por un campo de hierbas infinito. Imagina que se va alejando, luego se convierte en un punto y se pierde para siempre en el horizonte. ¿A donde va?. Seguro que a un lugar maravilloso. Mira un punto fijo dentro del Triángulo de piedras y concéntrate en la del medio."

Ella cierra los ojos y trata de imaginarse la escena. Al principio tiene éxito, pero luego es sacudida por ráfagas de visiones en las que el potro cae degollado al suelo y se asusta terriblemente. Abre los ojos y de pronto es de noche, en una inmensa ciudad como las de Blade Runner y camina extasiada entre anuncios de neón y autos volando en todas direcciones, luces rojas, anaranjadas, verdes y la música que se superpone a los gritos, disparos y sirenas de una persecución policial, anuncios de bebidas y computadoras dentífricas y allá lejos, allá lejos, sobre la cima de los rascacielos y monolitos de ferrocristal un sinfín de ovnis revolotean sobre la ciudad, puntos blancos que se acercan lentamente, y de pronto descubre son los únicos elementos tranquilizadores de toda aquella mezcla de soledades, una vía de escape a la ternura, y debe intentar llegar a ellos, trazar un círculo de fuego alrededor de su cuerpo, gritar, gritar, para que reparen en su existencia, la acojan en esa su migración interplanetaria, fundirse de colores brillantes y alcanzar el Karma, el sexto estado de la materia, la percepción absoluta del Yomismo, la religión del *blackmetal*, del "Coño, por fin soy algo." Pero alguien desconecta un interruptor y la ciudad se apaga, lo único visible son los discos blancos, todavía están lejos, muy lejos, y entonces, y...puede ocurrir cualquier cosa.

Pronto se escucha el tronar de miles de pasos, una marcha lenta, aplastante de veras, botas de hierro, un desfile de rostros humanos tradicionales, castos, sin ninguna

expresión en los ojos, muertos vivos. Poco a poco los cuerpos se endurecen, los movimientos se hacen rígidos, anchos pectorales de plástico y ojos de ámbar, puños de acero. Lilith pugna por huir pero la masa arrastra y ella observa sus manos, no puede mover los dedos, las uñas han comenzado a tomar un color gris metálico, los colores palidecen, tienden a resumirse en tonos extremos: Azul, Amarillo, Rojo. Blanco, Gris, Negro. Blanco, Negro...Negro. Todo desaparece, se convierte en números y figuras geométricas de ángulo recto, líneas definidas atravesándola en todas direcciones y de pronto una mano amiga que la arranca del tumulto, la eleva por encima de la multitud metálica, “Los Ovnis, son ellos”, piensa y Lilith y los extraterrestres ascienden, se elevan (no es lo mismo) y abajo queda el río negro, la marcha de pasos como gota de mercurio, sola en el torrente y ella descubre asombrada que los platillos voladores son pastillas gigantes, en cada una un joven de ojos soñolientos.

Un niño ¿su salvador?, la mira desde el otro extremo del disco. “¿Quién eres?”, pregunta Lilith todavía confusa, su pecho jadeando de temor y las manos crispadas.

“Soy el Principito”, contesta él, “del asteroide B-612” y es una sonrisa infantil, pero son ojos de un hombre experimentado, de un hombre dulcemente triste. “¿Acaso no has leído a Saint Exupery?” y Lilith comprende entonces por qué sus ojos le recordaban a alguien. “Es por eso”, piensa, “porque soñé contigo”

Ahora el niño se ha transformado en un joven delgado, de cabellos por los hombros, con un talismán celta colgado del cuello y él saca de uno de los bolsillos de su jeans un sobrecito de anfetaminas y se echa dos cápsulas en la boca. Se queda serio, mirándola durante un tiempo. Luego pregunta. “¿Y por qué no lo dejas todo?”

“Es que las cosas no son tan fáciles”, contesta Lilith y se remueve inquieta. “Necesito ayuda. Yo sola no puedo.”

“En realidad lo que tienes es un miedo horrible”, él se levanta, camina por el borde de la pastilla con los brazos extendidos y luego vuelve a sentarse. “Imagínate que yo te mostrara el futuro, todos tus futuros. La ayuda es necesaria, no lo niego, pero si realmente deseas ser libre, ser el centro de las posibilidades infinitas tienes que actuar, la acción debe partir de ti. Yo solo puedo servir de testigo y nada más.”

“Tremendo testigo”, dice Lilith. Los dos sonríen.

De pronto la imagen desaparece y todo se llena de un intenso color púrpura, una luz que parece brotar de cualquier parte, como en una atmósfera de otro planeta y en el centro del triángulo un montículo, que al principio es un bulto de nieve, pero en su centro se le deforma un vértice puntiagudo y no es una roca como había pensado, pero en su centro se le deforma un segundo vértice y no es un animal tampoco, pero el bulto crece y se levanta y ahora en el camino hay un hombre blanco, muy blanco ¿Aquiél? Que parece esperarla, desnudo y excitado, con ojos fosforescentes como los gatos y unas alas enormes a la espalda, alas de murciélago o demonio, una visión terrorífica y muy atrayente a la vez, paradoja de los sentidos. “No tengas miedo. Yo estoy aquí.” Luego la figura se va diluyendo en una especie de huevo palpitante, una esfera cerebral porque desde ella y hacia ella convergen y se proyectan todos los efluvios y se disgregan las formas y se alejan los límites en una especie de libertad azul eléctrica y las ramificaciones son suaves como tentáculos que la acarician con un calor tibio y agradable, **múscaseda** entrando en ella por todos los poros hasta conformar los dos un solo cuerpo etéreo, inmaterial, sin sensación de peso, flotando ingravidos como cuerpos astrales entre cuatro paredes que ya no son obstáculo alguno, tampoco el tiempo, ni la mente, sólo la fusión de sus naturalezas íntimasclaras, transparentes, pensando al unísono en plena interconexión de realidades psíquicas...

Postdormitium: La entrada de nuevo al mundo real es bastante dolorosa para Lilith. Siente como su cuerpo tiembla en espasmos y ella no puede controlar los músculos; Aquiél está sentado a horcajadas sobre sus piernas, le sujeta fuertemente las manos y abofetea su rostro repetidas veces. “Ya, ya”, dice, “fue una alucinación, estamos en el concierto, yo estoy aquí contigo, cálmate.”

Al cabo de unos segundos ella siente un cansancio enorme, como si pesara varias toneladas y se derrumba en el suelo, el cuerpo empapado de sudor y la cabeza con punzadas dolorosas que van disminuyendo lentamente. Se mantienen callados un buen rato hasta que siente como su respiración vuelve a ser acompasada y los músculos se relajan con pequeños temblores. Él le seca el sudor del rostro con un pañuelo. “¿Ya estás bien?” “No sé, creo que sí.” “Menos mal. Me preocupé mucho. No sabía que era tan fuerte.”

Aquiel prende un cigarro normal y se dedica a observarla en silencio. Ella no quiere pensar en nada. Había sentido pánico al despertar, pero por suerte ya pasó todo. ¿Qué hora sería? Le había parecido una eternidad, aunque no debe ser muy tarde porque siente todavía la música del grupo tocando abajo. Cierra los ojos y desea con todas sus fuerzas que él la abrace o por lo menos que no esté tan lejos como siempre.

“Lilith”, le pregunta Aquiel al cabo de un rato, “aparte del preuniversitario y la guitarra, ¿no piensas hacer otra cosa después?”, su voz es lánguida y muy suave, como si estuviera a punto de dormirse.

“¿Después de qué?” le pregunta ella, aunque casi ha entendido a qué se refiere.

“Después”, le contesta Aquiel, “cuando te des cuenta que hay que salir del pantano”.

“¿Cuál pantano?”

“Este pantano”, subraya él y abarca con un gesto toda la Casa de Cultura, la música y los rockheros que bailan afuera, la ciudad, el país y posiblemente también el universo. Ella lo piensa un rato. Desde hace bastante tiempo se viene rompiendo la cabeza tratando de averiguar eso mismo: aparte del rock y la guitarra, ¿qué? Pero nunca hay una respuesta satisfactoria, sólo una figura de mujer desvaída en medio de una neblina grisácea. “No sé...quisiera ser distinta, aprender cosas, como Elisa, como tú, no sólo guitarra.”

Él asiente comprensivo.

“¿Y tú?”, le pregunta ella después. Aquiel aplasta el resto de la picadura que todavía humea en el suelo con la caja de fósforos y respira profundo: “Yo voy a ser esquizofrénico” y el tono es también triste, pero con una seguridad como si estuviera convencido, como si hubiera viajado al futuro con una máquina del tiempo y lo supiera de antemano. Ahora ella se ha acostado también y su cabeza está muy cercana a la de él. Lilith siente que la mira pero como si la estudiara, sin decir nada y pensando para sí mismo. El aire tibio de su respiración le hace cosquillas en el cuello y de pronto lo siente estremecerse. “Tengo frío”, le dice Aquiel con un susurro. “Abrázame un poquito”, le pide ella. El muchacho le pasa el brazo por encima de los hombros y Lilith se aprieta a su costado. Están un rato callados y al cabo de unos minutos ella no puede dominar el castañeteo de sus dientes. “¿Qué te pasa?”, le pregunta Aquiel y ella se aprieta todavía más, “¿te sientes mal otra vez?”

“Nada, estoy nerviosa.”

Pero por suerte él no pregunta nada más, sencillamente la besa en el cuello y pasa su pierna por encima de los muslos de Lilith. Ella lo nota de inmediato, descubre que Aquiel también está excitado. De pronto no puede más y lo abraza con fuerza. Al descubrir cada punto sensibilizado, el rostro de Lilith se enciende en llamaradas de explosión química intergaláctica. Se abren todas las puertas de todos los triángulos de todos sus cuerpos astrales.

Los triángulos se funden, cambian sus ángulos, friccionan sus bordes en la conformación de una pirámide en la cuarta dimensión del deseo, eternidad de piernas sobre piernas, piernas sobre manos al centro del cuerpo, al hombre desnudo, al pelo transpirado, a los senos y muslos de Lilith, derrame de pensamientos.

Ella concede su piel y se revela abierta y llena de señales. Aquiel susurra “Te deseo” y Lilith se descubre feliz. La lengua de él es un velero entrando en el puerto de la Pasión, se desliza piel contra piel, en dirección al rostro y va entrando en ella lentamente, fuego quemando las neuronas, una pierna de la muchacha convertida en columna carnal, en último templo al camino de contemplaciones, vientre de mármol y seda, extendido como ofrenda a las pupilas nocturnas. Aquiel y la Dama del Lago sin hablar, regalando en cambio el sudor de sus cuerpos como agua bendita, una ciudad por descubrir a partir de los cuerpos de ambos, un breve, pero feliz horizonte de miradas entre sombras abstractas en fusión a la noche de piedra sin sábanas, música y átomos para encender hombros y nalgas como gemas brillantes. En los vértices de cada poro, los dedos obstinados de Aquiel se adhieren a la humedad metabólica de cada punto sensible. Otra vez su mano va bajando hasta descubrir su clítoris. Luego los labios recorren el mismo camino. Aquiel se deslinda, se revierte diabólico. Baila serpiente-león, hijo de la luna, astrotélico, doctor que tortura sin látigos, aristosádico. De pronto él, sin ninguna razón aparente, detiene sus movimientos, le dice “Lilith, no” y se levanta para irse. Todo está a oscuras, al parecer han derribado la vela con los movimientos y ella se siente de pronto muy confundida. “Aquiel, yo no soy una puta, yo quiero estar contigo.”

“Por eso mismo”, le contesta él y Lilith no entiende nada. “No te vayas”, le pide. Él sonrío débilmente y se acerca otra vez. “No tengas miedo”, y pasa sus dedos por el rostro de la muchacha y luego deja posada la mano entre sus senos. “Lilith, yo estoy enamorado

de la Fénix. Te puedo hacer mucho daño y tú no lo mereces.” Ella no sabe qué contestar, lo abraza y se quedan un rato así, enlazados.

“A veces te siento como si fueras una niña muy frágil, un ratoncito de laboratorio.” Lilith se enoja un poco con la frase pero luego comprende que no es una ofensa sino algo que suena muy triste, como con treinta significados y no protesta.

“Poseidonios, un griego, un filósofo, decía que los sueños eran lecturas de pensamientos de los demonios que viven en la luna.” Ella piensa que a lo mejor y es verdad que Aquiel está loco. “Mírame” dice él y ella obedece. “Tienes que olvidarme Lilith, yo estoy muy jodido” Entonces la besa en los labios. Esa noche las manos de él son luces en su rostro, Lilith se vuelve la niña que espía el instinto en los ojos dorados de los gatos, encuentra la alegría y el milagro que faltaban, dice adiós a todos los templos y cárceles, se convierte en sueño lunar, en la inmortal que camina al borde de las calles pisando las estrellas de los charcos, fragmentos de los ojos de Aquiel repartidos en átomos, preguntando a todos, preguntando por la ciudad nueva que no conocía. Esa noche, después de un beso largo, muy largo, él se separa de nuevo y le dice “Vamos” y ella comprende que ahí termina todo.

Quiere abrazarlo otra vez, pero él se aleja. “Dale, vamos”, la urge y salen del aula. En el pasillo él le aprieta fuertemente la mano. Bajan por la escalera. El sereno se sorprende de verlos, mira la hora y comienza a regañarlos sobre quién les ha dado permiso para subir, que son unos frescos y otras obscenidades. Aquiel comienza a reírse y la toma del brazo para salir corriendo a la avenida, mirándola, ¿feliz?, y jugueteando como un niño. El concierto ha terminado y los rockeros salen por millares del patio.

Realidad cruenta: “¿Me vas a acompañar?” Aquiel le dice que no con la cabeza y le señala al Zepar que sólo vive a tres cuerdas de su casa. “No importa, de todas maneras”, insiste, pero él no quiere. “No Lilith, voy a regresar demasiado tarde, no tengo carnet y hay demasiadas potencias. Me pueden coger con el material, es muy peligroso. Te llamaré por la mañana.”

El Zepar y Margarita se acercan y conversan un rato de trivialidades acerca de la calidad del concierto y otras críticas postmortem, luego Aquiel se despide de Lilith como si fuera solamente un amigo – en fin, ¿qué era? -, toma del brazo a Maggy y se alejan en dirección a su parada. Lilith los ve unirse a un grupo que va en su mismo camino y como

se ponen a saltar, halarse los pelos y correr y se siente un poco celosa pensando que si él está tan alegre es debido a ella, a lo sucedido allá arriba. Luego él vuelve la cabeza, les hace un gesto para que lo esperen y regresa corriendo.

“Se me había olvidado decirte”, jadea por el esfuerzo, “La próxima vez que nos veamos te voy a prestar un libro”. Decepción. Ella no entiende su regreso para esas palabras tan banales. “¿De qué?”, pregunta por inercia, aunque ya se siente un poco enojada. “De lo que viste. Del Dios murciélago y los huevos de luz con proyecciones.” Sorpresa. “¿Y tú cómo sabes?”, pero él sonríe, misterioso como siempre, le dice “bienvenida al **Lado Oscuro**, muchacha”, hace un último gesto de despedida y se va corriendo.



ZAI

Cadena de signos, mundo analógico: Lilith tiene una superstición de lo más interesante. Piensa que siempre hay una voz, una ley que le informa de antemano los sucesos que acontecerán a lo largo del día: son signos que se repiten, se van sucediendo con una insistencia fuera de lo común. Voces, objetos, hechos comunes, claro que todo como a través de una cortina: señales enviadas desde un sitio de nieblas y rumores leves, rondando entre sordos, inescuchables. Aquel le llama a ese sistema de adivinación Apatonancia, dice que es una forma de precognición por medio de los objetos que se ven de pronto, unión paralógica en el punto que separa el Ser del No Ser y otras metonimias de lenguaje oscuro. El problema está en interpretarlos. Una fruta, un mango, por ejemplo, puede ser la metáfora perfecta y tropical de lo que para otros simbolizaría una manzana - como limitación a ciertos fuegos internos o espantos deseados- y así. Aquí está el fenómeno otra vez, a Lilith siempre le ha gustado jugar con esa idea pero nunca la ha tomado muy en serio. Llegado el punto siempre se echa atrás, tabla de salvación que desorganiza el germen de posibles rupturas mentales. Pero sería fantástico, ¿no?, conocer la clave que une y antagoniza esos signos y predecir lo que te va a ocurrir y evitarlo, si es negativo, o convocarlo, si lo deseas, la colmena lógica agradecida al modo incondicional del verbo: "Sería..."

Aquel día el tren de sucesos regresó a desestabilizar fronteras y el signo cíclico eran las manos. Ahora te explico mejor:

Objeto 1: Cierta payasito de nylon, relleno de caramelos y otras confituras. La cara, los zapatones y las manos recortados con cartulina.

Origen: Premio a la sobrinita de Lilith por haber salido vanguardia o sobresaliente en una actividad cultural de la escuela. (Esto había sucedido el día anterior al tiempo que se describe.)

Suceso: Lilith sale del cuarto y se dirige al baño. Las manitos del payaso están en el lavamanos, lo más probable es que la niña las haya arrancado jugando o al tratar de sacar las golosinas. Lilith se fija en las uñas pintadas y el detalle de los surcos de la mano.

Reacción: Ninguna. Memoria a corto plazo.

Objeto 2: Un vaso que presenta ¿coincidencia?, unas calcomanías de manos abiertas en las paredes de cristal.

Origen: Lilith piensa que el diseñador tan ocurrente de aquello debe ser un tipo morboso porque cuando alguien bebe leche o jugo de alguna fruta las manos parecen pertenecer a personas que se están ahogando o algo por el estilo.

Reacción: Extrañeza, desagrado.

Suceso: Caída del vaso al suelo y la consiguiente fragmentación en miríadas de cristales según las leyes de acción y reacción hartamente conocidas.

Y otros signos así. **Precognición.** El símbolo se le ha repetido tanto a lo largo del día que ella piensa por un momento que debe cuidarse las manos no vaya a ser que se quemara o corte con algo. Ya después del concierto, con el recuerdo de Aquiel y todo lo sucedido en el aula a oscuras - su voz, el cigarro alucinógeno, los besos - se olvida de todos sus temores y llega alegremente a la conclusión de que el signo indica la mano de Aquiel, cálida y húmeda entre sus senos y se siente feliz por ello.

Antagonismo, combinación y equilibrio. Son los tres términos de conversión que permiten el tránsito de un suceso a otro.

“Y te escucho detente.” Aquiel escribe en su agenda de marras: “Siempre lo ignoramos, siempre. Una parte de la teosofía fue valiente, principalmente cuando clamaba que lo oscuro es la base de lo blanco y viceversa. ¿Por qué ahora todos somos daltónicos? Es algo que no logro entender.”

“¿Qué es la violencia? ¿Cuál es el símbolo del verbo de su palabra interior? ¿Cuál es la luz de su intelecto?, ¿Cómo verbalizar sus raíces?”

Aquiel se esclaviza al shamadi, a la prisión que conduce al país a un pensar maquínico, a un actuar fantasmático: esas personitas arrodilladas frente al retrato de cualquier Dios pintado por Edipos y AntiEdipos, cantando himnos, odas que proceden a las sombras de antaño. Legitimación. Ideología. En la foto de la pared el viejito de la

túnica se fuma un habano frente al cartel de hotel "Mentira", pasaje a la Feria, en términos marxistas, subversión de infra y superestructura.

INFRA: Mis pulmones no tienen zapatos. El rechazo de la boca es una declaración de guerra a todos los jubilados.

SUPER: Me siento en estado de sitio.

Pero mejor veamos un ejemplo práctico:

1) Todo el viaje de regreso en ómnibus Lilith lo percibe eufórica y con un mareo leve, repitiendo vivencia por vivencia como si fuera un programa de vídeo, tratando de imaginar otros comportamientos y adelantar el futuro de sus relaciones con Aquiel. Son las once y media de la noche, todavía es temprano. Aquiel le sonríe invisible desde el asiento desocupado de al lado y ella desea la llegada instantánea de la mañana siguiente, temiendo la distancia que los separa, pero segura, eso sí, de que no va a quitarle nada a nadie; él es libre y la eligió entre todas las piezas de caza, por suerte todavía con fuerzas para discriminar algo verdadero mas allá de ciertas exhibiciones de carne por las bendecidas criaturas de Dios.

2) Se bajan en su parada como siempre; el Zepar hilando los minutos con sus planes y sueños; ya para ese entonces está a punto de conquistar a una muchacha "Ya la verás, se llama Alina y es lindísima", y Lilith lo felicita al verlo tan contento. Él habla de caricias alucinantes, rechaza la pulsión de tanto agujero personal, ahora todo es luz, escenarios de corazón pacífico, músculo resplandeciente. "Yo no sé que me pasa, Lilith, esa muchacha me enajena." Lilith lo escucha olvidada de todo lo demás, siguen conversando hasta que ella, entre brumas, se da cuenta de que cinco hombres los están siguiendo.

3) Aún lo duda. Ella no quisiera, porque ama las piruetas verbales de su amigo, pero el cuerpo se hace cómplice del miedo. Cuando va a reaccionar y avisarle al Zepar ya es demasiado tarde: uno de los hombres, a todas luces pasado de alcohol, se ha interpuesto en el camino y le pregunta al muchacho algo tan absurdo como "¿ustedes no eran los que estaban pintando la pared?"

4) "¿De qué tú hablas?", pero ya los otros también se han acercado. Confusión. "No se hagan los inocentes que ustedes saben bien de lo que estamos hablando. Del letrero.

Fueron ustedes, ¿no?” Estatuas amenazantes, no hay tiempo para una negativa. Lilith de pronto ve un puño que se estrella contra el rostro del Zepar y quiere gritar, pero recibe la bofetada en el labio, “tú te callas, puta”, y un dolor horrible que la paraliza por completo.

5) Los sucesos se precipitan. Ella se zafa y consigue golpear un cuerpo que se vuelve, instantánea visión de ojos inyectados y luego siente las explosiones de dolor en sus oídos. Teléfono. Alguien la sujeta por detrás, otro la empuja y la hace caer al suelo y de pronto son las manos hurgando bajo su pulóver y la boca que muerde sus senos, pero cada vez que intenta gritar en dirección a alguna casa recibe una bofetada en el rostro. Siente los dedos buscando un camino entre sus piernas y pateo con rabia, toma conciencia de que pueden matarla, sólo para divertirse, y cae en un abismo de pánico y empieza a llorar, mientras escucha los golpes sordos contra el cuerpo del Zepar que ya no reacciona y ella no puede hacer nada, sólo retorcerse y empujar al hombre, serpiente que se escurre, reptando con todas sus fuerzas, tratando de que no le abra las piernas, sintiendo su aliento como fuego y ya casi noqueada por los golpes.

6) Ella por fin se rinde y el hombre la penetra como un rey, sufre el objeto quemante y los gritos victoriosos de sus huestes, por suerte unos vecinos se han dado cuenta de lo que sucede y comienzan a gritar desde sus balcones. Otra voz para memorizar: “Oye, ¿estás loco? Nos van a partir. Déjala ya”. El violador por fin se desprende y le lanza una última patada como despedida. “Eso es lo que hay que hacer con todos ustedes, partida de...”, pero ella no logra escuchar más porque se han ido corriendo.

7) Lilith se acerca a Zepar. El muchacho tiene toda la cara llena de sangre y trata de esconder su imagen de los ojos de la joven porque está llorando de impotencia. Ella espera unos segundos, sin saber como consolarlo y luego lo ayuda a sentarse. Desde el jardín azul brumoso llegan algunas siluetas que les preguntan si necesitan ayuda, si tienen alguna herida y se ofrecen a llevarlos al hospital. Ella dice que prefiere ir a su casa, vive muy cerca y por suerte no, no los han cortado, no han llegado a violarla.

8) Lilith acomoda el ala que cuelga de su pulóver destrozado y recoge el reloj que yace aplastado a dos pasos. El Zepar repite la letanía de “maricones, maricones” y, mientras son acompañados hasta sus casas, ella se orina de miedo, vigilando las esquinas por si aparecen otra vez, pidiéndole a Dios o al Diablo o al que sea una pistola para reventarlos,

cualquier cosa, temiendo el momento de llegar y mirarse en un espejo, le duele terriblemente el oído izquierdo, pero no hay sangre, sólo en el labio, siente un ojo inflamado y arañazos en el cuello y los senos. Piensa que ha salido con suerte, a pesar de todo. Podían haberla matado o dejarla desfigurada para toda la vida, del carajo.

9) Ni siquiera en la garita bajo el semáforo hay potencias. Ella intenta recordar el rostro del único cabrón que ha visto, pero el hijo de puta es tan común, un blanquito de músculos y pelado surf, tan idéntico a miles que ni siquiera podría describirlo malamente, aparte de que es de noche y no lo pudo ver bien entre el miedo y la náusea provocada por los golpes, en fin: retorna la abeja chamuscada de siempre, esta vez sin siquiera las alas, alguien se llevó la infancia bien lejos.

10) Aquiel, Zepar, Lilith y los otros viven inmersos en aquello de lo cual todo el mundo toma parte. Sienten la vaharada de miles de ideologías y leyes que los atraviesan y convierten en líquido suave, con remalazos periódicos de ira planificada, antorcha en mano. Algunos más en todo el conjunto de seres sin rostro, ámbito social en el que un gesto, una frase, una masturbación en solitario ya pertenecen por el sólo hecho de su génesis a cierto contrato politizante.

11) Theodor Reik osa llamar a este contrato Masoquismo de Masas. Arguye que un *leader* es nuestra propia imagen idealizada, el ejecutor de nuestra agresividad reprimida y por ello se justifica la violencia, pero sólo a nivel de Estado. Claro que este contrato se rescinde en tiempos de crisis, donde existe y no existe lo social, o por lo menos se cuestiona, razón suficiente.

12) **EPÍLOGO:** Lilith llega a su casa y la madre pone el grito en el cosmos. “Ponte hielo para la hinchazón. Vamos a la Policía a denunciarlos. Échate bencidamina.” Lilith frente al espejo mágico, con enormes deseos de llorar y descuartizar a alguien, mirando el labio hinchado con la marca de los dientes y los hilillos de sangre, un ojo amoratado y la maldita mano roja marcada en el medio de la cara.



FRAGMENTOS EXTRAIDOS DE LA BIBLIA NEGRA DE AAMÓN

27. Y la Grand Ma había plantado un huerto en Uttarakuru al oriente, y puso allí al Hombre y a la Mujer que Luzbel y Iahvé habían formado.
28. Y después de las siete primeras cópulas, preguntóle Lilith a Adán: “¿Por qué me he de acostar debajo de ti siempre si yo también fui echa de la sustancia de las Diosas Triples y por ello soy tu igual?”
29. Y Adán golpeóla fuertemente para sojuzgarla y obedecer así los designios de Iahvé y Lilith ensañóse y fuese de su lado para siempre, y Adán comenzó a copular toda bestia y ave de los cielos y a todo animal de los campos: más Adán no halló ayuda que estuviese idónea para él.
30. Y las Diosas Triples dijéronle a la Grand Ma que Lilith había quedado sola y también Adán, y esta preguntole a Iahvé lo sucedido y al saber la respuesta enfurecióse y desterróle de su lado y

condenóle a vagar por la Tierra y vivir la vida de sus criaturas, los hombres-monstruos y Adán.

31. Y Iavhé, con el corazón devorado por los celos y el enojo, preparó un ejército de hombres-pájaros, y ayudado por sus criaturas, esperó que la Grand Ma y Anu y Luzbel durmiesen y en aquella noche visitó con su espada dura y fuerte los cielos y levantóse contra Anu y le matóle y arrojó sus vísceras al mar.
32. Y encadenó a la Grand Ma y ordenóle servirle y obedecerle, y desterró a Luzbel a las profundidades de la Tierra.
33. Y Iavhé hizo caer sueño sobre Adán, y este quedóse dormido: entonces tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar;
34. Y de la costilla que Iahvé tomó de Adán, hizo otra mujer, y trájola al hombre.



CHATH

Ay muchacha, muchacha: olvidarás la tierra y el pueblo en la primera leyenda del espejo. Vas a aprender a llorar como una mujer, destilando poemas de odio a las cuatro coordenadas de la soledad; aprenderás a no revelar tu desdicha, te cansarás de mirar paredes agrietadas y de buscar, buscar siempre, probándole máscaras la noche en que los demás se hacen el amor, en que los demás serán solo fantasmas que flotan como gatos sobre los parques. Tendrás que decirle a la cara: "*Me marchó*", y estará lloviendo, y el farol no va a iluminar el perfil de tus lágrimas, y el mundo se transformará en estiércol, te sentirás perseguida por dos ojos eléctricos que jamás te verán realmente, sólo querrán bromear con tus pies descalzos... Muchacha: ellos querrán transformarte en gorrión gris cautivo, con temblor en las alas rotas, serás entonces la amante de sus hijos, de todos los hijos mezclados de pelo largo.

Los osos acorazados - muy asertivamente - se convierten en tigres confiados de sus garras y aseveran hipótesis en las cuales la susodicha ramera adolescente, que es su hija, provoca la agresión de los extraños por el pelo y la forma de vestir y su delincuencia y ella es muerta por la metralla de los cazadores, todo un análisis sociológico para concluir que si a ella la han intentado violar, ha sido únicamente por la provocación con que rodea su apariencia así que debe cambiarla "péinate, pareces una bruja", y otros mandamientos de buena fe inocente. Traducción: Toda la culpa de los sucesos de la otra noche la tiene ella solita, por puta. Lilith los compadece. En fin. El patio de mi casa no es particular - tocar en tiempo de trash durante cinco minutos -. Ella se pregunta de cuál planeta habrán venido.

Lilith: "La rabia se te quita al otro día, pero la humillación no. De más está decirte que estuve traumatizada cerca de una semana. Los tres primeros días esperé la llamada de Aquiel y no salí de mi casa para nada. Las breves incursiones a la cafetería a comprar cigarrillos, o a casa de algún amigo tenían como condición principal un regreso con escolta y también la hora, casi nunca más allá de las diez de la noche. Luego me cansé de llamarlo, pero el teléfono parecía descompuesto porque daba timbre y nadie contestaba nunca. Pasé por su facultad un par de veces, pero allí me dijeron que no había ido en toda

la semana y estaban a punto de quitarle el derecho a examen por la cantidad de ausencias. Yo no conocía la dirección de su casa y ellos tampoco pudieron ayudarme. Cuando ya me iba un muchacho me aconsejó que pasara por el edificio de Psicología. Al parecer Aquiel asistía como oyente a las conferencias de psicoanálisis.”

Para más datos: Lilith asegura una lágrima en los dedos.

¿Qué es la frustración?

Podría decirte - de una forma bastante pedante - que la frustración es el choque que se establece entre la valoración del Yo y la no satisfacción de las necesidades de autoconfirmación como persona útil, de tal forma que la persona se ve primeramente orientada hacia la depresión, la autoagresión y, en los casos en que esta se repite con demasiada frecuencia, al suicidio.

Pero no te voy a hablar de suicidios. Usé toda esta palabrería a lo Milan Kundera porque Lilith, ahora, está sentada en el vestíbulo de la facultad de Psicología Marxista y los estudiantes la observan como si fuera de una especie rara, un hada cruzando el río helvético frente a los ojos de un Pérez cualquiera. ¿Le molestan las sonrisas, el intercambio de gestos casi imperceptibles para señalar tal o cual detalle de su vestimenta?

No. Ella sabe que está fuera de lugar, casi puede escuchar sus palabras: “Mira, esa es la friqui medio loca que viene a buscar a Aquiel todos los días.” Eso en el mejor de los casos. Lilith no quisiera percibir los pensamientos de los estudiantes de mirada compasiva o con rostro de asco, esperando el timbre para correr a sentarse frente a los ancianos que prometen océanos para dejar de flagelarnos, tan de mierda... Ella esconde la sombra diluida de sus tenis destrozados. Ahora desearía tener la capacidad de realizar algo imposible para la Ciencia; abrir los dedos, por ejemplo, y dejar escapar burbujas azules de gelatina que comenzarían a revolotear en dirección al techo y así ella se sentiría superior, viendo como se rompen todos sus esquemas, todas sus poses de chicos bien, de doctores paternalistas con la verdad absoluta de los problemas existenciales.

Ese mismo día Lilith visita al Zepar en el hospital pero los pocos brujos que encuentra tampoco saben nada. Su amigo está alegre - “Me vino a visitar la muchacha que te dije”-, dentro de poco le darán de alta. Aquiel no ha venido a visitarlo. Y así. En

Choquelia, en el Patio de la Virgen, en las costas y anfiteatros, en todas las Casas de Incultura. Nadie lo ha visto.

Luego decide ir a ver al Brizo - sus pedazos de orgullo cayendo como mangos dentro de un estanque - y le cuenta su odisea. Él pone su mejor cara de circunstancias y le dice que aquello se está haciendo demasiado habitual - se refiere a la emboscada nocturna, claro. Ella no le ha contado nada acerca de Aquiel - y el muy imbécil le sugiere que abra bien los ojos para la próxima. Que hay una especie de guerra. Que un día van a matar a alguien. Que si sigue comiendo mierda muy bien puede ser ella. Que él siempre sale con una cadena en la mochila, etc.

Después de dos cigarros liados de prisa ella no piensa ya nada de lo que escupe similares dudas, de repente se siente acompañada y es algo pálido, pero mejor que el vacío y entonces esa noche se queda a dormir con él.

La semana siguiente Lilith busca a Aquiel en las piernas de cada licenciado en sudor, en la emboscada SIDA de cada centímetro de yerba, besando los cabellos que revolotean y descargan su furia en cualquier ritmo. Ella quitándose el pulóver sin pensar, sus senos recolectando miradas en la rabia, desactivando las gotas de esperma, derribando las fronteras del rock barbitúrico, un letrero con los símbolos nuevos en el baño: “Aquiel, ¿dónde recoño estás?” y luego y en el mismo lugar regala su triángulo al primer pastillero que entra. Lilith con su jean hasta media rodilla, las manos en la puerta y los ojos cerrados. “Eres una puta, ¿sabes?, una yerbolaga, garrapata de mierda.” Ella se deja clavar como droga, “heroína Joplin drina”, mezclando el odio con el sexo, ordenando filas de semen mágico multicolor, abriendo a las estadísticas sus senos infantiles.

Se ha dado cuenta de que todo es una explicación, el tañir de su homosexo latente, espantada de lo concreto sucio, realucinación pornográfica, comprendida en otros significados de lo que muestra: la lógica irreverente de sus garras, comiéndose las uñas, malagradecida, malagradecida de que sean afiladas hasta su desgarramiento. Después de tres largas noches de interrelaciones mutuas entre los animales en que se conoce, comprende al fin que ellos no tienen razón de existir - ni Ella, ni Él, ni Tú -, los ve como hiedras sin raíces, que más bien no parecen fuego, nunca toman viaje hacia sus labios y que todo, todo, tiene que ver con el muerto que desintegró en pedazos con sus ojos

líquidos. La resaca es larga -dos semanas encerrada en casa, temiendo cada proceso misterioso en la profundidad de su cuerpo - y luego decide recomenzar.

Ese día, 01 de Marzo del 29, pide una bicicleta prestada y luego de varios trámites acompañados por ciertas miradas maliciosas se llega por el policlínico de la zona. Extrañeza. No hay nadie esperando para el análisis de sangre. Luego descubre la causa: están pinchando a la gente solamente con la aguja, sin jeringuillas - al parecer los esterilizadores se fueron hoy al otro mundo -, y la estampida, debido a esa causa, ha sido general. Pero a ella no le importa; cierra los ojos y deja escapar una parte de sí - por supuesto, muchísimo temor -. Al abrir los ojos observa a la enfermera adormilada que limpia la mesa llena de sangre con un algodón. Sugestión hipocondríaca: “Si no tenía SIDA me lo pegaron ahora”, luego el regreso a casa con todos los músculos contraídos, “si dentro de dos semanas no me han venido a buscar para llevarme a Los Cocos, ¿puedo considerarme libre?”. Al pasar por frente a una cafetería cree ver a una muchacha muy parecida a Margarita y se llena de celos. “¿Y si Aquiel está viviendo con ella? ¿Y si volvieron?” Cuando llega por fin a su casa desfallece, pero en vez de comer algo, bañarse con agua tibia o relajarse un poco se acuesta así mismo, el cuerpo empapado de sudor y por supuesto se entrega toda la noche a las pesadillas.

En el sueño, para impresionar a Aquiel, ella va armada con una espada medieval a una de las reuniones nocturnas. Los Klipotts están sentados en el suelo, como siempre, los zapatos echando raíces y escuchan al vidente acompañado de su cítara cantando el triunfo y la realeza de los mundos inferiores. Sus versos indican la tendencia planetaria a la entropía, todo el esfuerzo dirigido a una finalidad de hormiguero. El sarnoso pulsa las cuerdas y no repara en su existencia, ni siquiera la echa en falta, no la invita. Ella desclava sus piernas en embate huracanado, eleva su espada con furia para castigar, lo reta con un grito casi inhumano, de leona en celo pero él se ríe, llama en su auxilio a la refracción luminosa y parte su arma en dos. Ahora están solos. Los brujos se han escondido temerosos tras las sombras de la luna. El vidente le hace un espacio a su lado y la invita a sentarse. “Lilith”, le dice, “Únete a mí. Juntos buscaremos la causa final”, pero ella no entiende y él se impacienta: “Por Dios, imagíneme un árbol con quien no hablar del amor. Es la única manera.” “Pero ¿por qué?”, pregunta ella. “¿Por qué no?”

Él sonríe triste, se levanta. Busca bajo su túnica el zipper del pantalón y se saca el pene. "Prueba", le ordena. Ella, contenta, lo amasa con las manos. El falo de Aquiel va creciendo hasta un tamaño absurdo, se dobla bajo su peso, va cayendo al suelo y allí toma la forma de una culebra enroscada que reptaba por el cuerpo de la muchacha en dirección a su rostro, la punta es la cabeza de una serpiente que sisea entre colmillos venenosos, la lengua bifurcada buscando sus labios. Ella no puede soportarlo y la rechaza con pavor. El cilindro se recoge y desaparece dentro de la portañuela del muchacho. "¿Ves?", dice él como con una ironía triste, "De todo sirve un pene erecto imagológico, un falo virtual." Entonces ella despierta sobre su cama, con los músculos doloridos y el hombro y una pierna engarrotados, la almohada y una parte de las sábanas están cubiertas de vómito.

Muchacha: desangrarse es tan cierto como morir sin haber terminado la frase, sin haberse encontrado en el pastor o la estatua, es sudar ínfima-lánguidamente lágrimas. No lo olvides dieciocho años: tendrás que aprender miles de idiomas para conversar con todos los perros y rincones del cuarto. Ciertas noches saldrás aullando de horror en la tempestad, comprenderás lo difícil del lenguaje de gestos, lo difícil de hundir la cabeza en la calle, de hacer el amor sobre una hoguera - He aquí una Juana de Arco transportada en el tiempo - nunca sabrás hasta donde.

En fin, no tengas miedo, sólo es una advertencia.

Ahora puedes coger la manzana.

Lilith: "¿Por dónde iba? Ah, sí, la discusión con mis padres. Pues nada, la ovejita negra vio como se retiraban los pastores a sus respectivos cubiles laborales y fue a llamar de nuevo - jau, jau - al famoso Aquiel. Entonces vi el papel que me habían dejado. Parece que el Rapha - buen amigo - había telefonado cuando yo estaba en el policlínico y me habían escrito el recado. Iban a hacer un Sabbat para iniciar a la Amy. Todos debían ir al parque Husserl, a las siete de la noche. "Lleva la guitarra" y Lilith, contenta, descuelga el teléfono, pero no tiene tono - como casi siempre - y no puede avisar a nadie.

Al día siguiente Raphael le dicta la dirección de Aquiel. De pronto ella recuerda que puede nacer otra vez un martes como este. Se llena de valor y va a buscarlo - ¿Dónde estás orgullo? - la navaja brilla y urge la tea del miedo. Por un lado espera alguna excusa sobre su desaparición de estos días - una visita a otra provincia, lo cogieron preso, quince días al campo, un ataque de sarampión, se murió la abuela del perro, algo -, pero en el

fondo temiendo lo que ya adivina: la esencia de la piel huyendo al fuego; Aquiel sencillamente no desea hablarle, no la percibe a su mismo nivel y debe cuidarse de un dictamen negativo por parte de sus colegas fálicos, los elfos enemigos. A lo mejor ni siquiera ella le gusta físicamente, la ve solo como una niña histérica y al ella presionar como lo hizo la noche del aquelarre, acabó por decepcionarlo.

“Eres una estúpida; nunca te das lugar.” Ella guarda bajo su almohada las hojas manchadas de sangre de la Iniciación, también un pedacito de vela del concierto. “Nunca seremos absurdos.”, recuerda, pero ¿por qué entonces todo lo sucedido en la cueva y en el aula? ¿Por qué la besó? Y así Lilith se pierde detrás de la duda, en un crucigrama de hipótesis posibles - **Crucimente**, diría él - respuestas que poco a poco se tornan laberinto, incertidumbre neofamiliar púrpura y ella que se deprime con cualquier variante. “Nunca seremos absurdos.” Por fin llega a la casa de Aquiel y oprime el timbre. “¿Estará?” Le abre la madre. El apartamento es bastante espacioso. Sala, cuarto de estudios, muchos libros. La madre de Aquiel es muy fina y se parece en sus rasgos al hijo, pero bien vestida y con un estilo de profesora universitaria o secretaria de funcionario.

Al preguntarle, la mujer contesta que Aquiel se ha mudado para casa de un amigo. No, no sabe su nombre ni su dirección, la llama de vez en cuando y parece irle bien. “¿Tú eres amiga de él?” y mira con aspecto crítico como va vestida, principalmente el pelo y la rajadura del jean en las rodillas. “Si lo ves dile que ya Roberto se fue, que puede regresar” y Lilith de vuelta en la parada, un misterio más ¿Quién sería aquel Roberto? Y nuevas teorías más o menos fantásticas sobre cierto amante inteligente y verdozo de la madre, con bigote y guayabera y Aquiel discutiendo en voz alta, recogiendo su ropa en una mochila y cerrando de un portazo el baño, cargando todos los psicoazules en los bolsillos de su pantalón y largándose enfurecido de la casa. “Por eso fue que se perdió”, piensa aliviada. Claro, ella no sabe de cuál amigo se trata, sólo le falta esperar al sábado y verlo en el parque Husserl. La esperanza renovada se traduce en cierto despertar erótico. ¿Qué hacer? De pronto Lilith se ve caminando “por las anchas avenidas”, hambrienta, sin deseos de regresar a su caverna ni de hacer una cola infinita para comer en Choquelia, sin ver a ningún conocido, sólo rostros que a veces se le antojan similares a los hombres de la emboscada nocturna - tipos que se precipitan desde cada rama de árbol de los parques -

, lo más probable es que se estuviera volviendo un poco paranoica con aquello. “¡Basta! No debo pensar más en eso.”

Soledad, siempre soledad. Ahora debería comer algo; podría acercarse a la Mc Comte, o sino ir a casa de Elisa - a lo mejor le brinda algún pan o la invita a almorzar, ¿quién sabe? -, lo cierto es que no puede esperar su turno para ser convertida en otro armario de caoba, al filo de la sierra eléctrica. Pensándolo y haciéndolo. En La Canoa la hilera de personas que esperan, llega hasta el mar, y en la Mc Comte sólo moscas, ni siquiera cigarros - ella comienza a sentir su cuerpo segado, el estómago trezado en cuerdas y los músculos evocando un milagro animista -. Sube las escaleras del edificio de Elisa hasta llegar a su apartamento y toca la puerta. Nada. Cuando está a punto de marcharse siente los pasos de la viejita y suenan los cerrojos. “Al parecer la grand Ma me escucha”, piensa ella que de pronto escucha canciones en los corazones de todas las piedras y caminos. Están todos y despiertos.

“Ah, pero si es Daybel, ¿Cómo estás muchacha? Pasa, pasa” y al instante ella se siente muy alegre porque se encuentra a Julio que ha regresado de Espain hace unos días. Luego de los preliminares de rigor y demás diplomacias intrascendentes le muestran un equipo de videocompact recién adquirido y a ella se le hace la boca agua. Una colección de clásicos, un montón de Mozartbach, todos los discos de los Escarabejos y dos o tres de los Puerquitos Rosados. “¿Quieres cerveza?, ¿ron?, ¿ensalada?, ayer hicimos una fiesta y sobró.” Y Lilith sin hablar, asintiendo a todo lo que le ofrecen, buena gente, por dios, que suerte tiene.

De los dos con la que mejor se llevaba era con Elisa. Una tipa cultísima, *hippie* de las viejas y bisexual; a lo mejor su gusto por los clásicos vino de ella. Aquello fue una vez que Lilith estaba en la escuela de música, tratando de sacar una fuga muy complicada y entonces vino una desconocida, le pidió el instrumento y la tocó superlimpia, la dejó con la boca abierta, alucinando. Luego conversaron sobre guitarra y Elisa la invitó a su casa. Por un momento Lilith pensó que era una invitación a otra cosa - tú me entiendes -, pero al llegar al apartamento vio que aquello estaba lleno de viejitas dando repasos para las pruebas de ingreso, una niña correteando por la casa y el esposo escribiendo en la computadora y entonces comprendió que no era nada de lo que había pensado - ella siempre imaginando -, sólo era una amistad desinteresada o algo así. Unos tipos

finísimos; le preguntaron cuál música prefería y cuando les contestó que el rock alternativo se pusieron a discutir que si los jóvenes como ella, sobre la generación tachada y la Sociedad y la Represión y un montón de filosofadas de esas que Lilith no entendió, como es lógico. ‘Te voy a poner algo’, le dijo entonces Elisa y puso un disco de *Mozartbach* a guitarra y ella se transportó para el cosmos. “Qué sonido más lindo”, pensaba, “qué guitarra más extraterrestre”, y así fue como empezó a enamorarse de la música clásica.

Lilith guarda su penúltima frase ante el hallazgo del espejo: Elisa es ella misma, pero algunos años transportada al futuro. Piensa que sería muy bueno un devenir así: saber de cartas de amor y unicornios suicidas, tener experiencia para cambiar las señales de los días por llegar, cualquier día, diluir de una vez y para siempre su inocente virginidad de prostituta sin sueldo, conocer la ternura por primera vez y enlazarla, enroscarse a la ternura y no dejarla escapar jamás, como toda buena hija de la serpiente y el arcángel, como Elisa, ese otro mundo tan límpido y seguro de su fuerza.

Pues bien, ahora Lilith está allí, con su lata de cerveza en una mano y un buen emparedado en la otra - escondiendo el deseo subdesarrollado de acabarlo todo de un golpe - y le cuenta a Elisa sobre Aquiel, de su extraño comportamiento, de todo lo que siente y piensa sobre él. Su amiga indaga dos o tres detalles y luego afirma conocerlo bien. “Ten cuidado Daybel. Ustedes son muy distintos. Sólo lo he visto enamorado de una mujer.” “¿De la Fénix?” “No sé si le dicen así ahora.” “¿De Yamila?” “Esa misma. Desde que se separaron Aquiel no anda muy bien de la cabeza. Te repito: ten cuidado porque te puede hacer mucho daño.” “Él me dijo lo mismo” “¿Sí? Qué raro.”

Elisa va a ver a la niña y Julio le cuenta a Lilith de la novela que comenzó a escribir en Espain - ciencia ficción policiaca, como siempre - y luego le enseña un montón de libros que ha traído. “Ah, me acordé de lo que me pediste sobre el AntiCristo” y cassettes de fábrica y ella le dice que si consigue alguno virgen se lo dará para que lo grabe. Elisa le pregunta después por sus clases de guitarra y el grupo y el rock y los muchachos y lo que Lilith piensa de la realidad del país, etc.

A Lilith ya la cerveza le está haciendo efecto y dice que el país no le interesa mucho; todo está bastante jodido y el planeta completo es una mierda. Ellos comienzan a reír y

Lilith se contagia y se despiden alegremente. “Buena gente estos tipos, de verdad, un poco locos y toda esa onda, pero, ¿quién no está loco? Cada cual con su tema.”

Ya fuera del edificio le echa una mirada al regalo. El libro se titula El Anticristo y el autor es un tal Nietzsche. Lo ha oído nombrar. Es un filósofo de esos, alemanes, que le gustan a Aquiel.

Cada vez que Lilith visita a su amiga siente deseos de grabar sus conversaciones porque las intuye profundas, inteligentes; conversan de muchos temas en conceptos tan abstractos como los de Aquiel y ella termina por no entender nada. Esto la acompleja un poco - palabras siempre ajenas, alejadas por completo de las de su gente, de los brujos que te hablan y te están mirando la entrepierna, filosofía del “Con las niñas no se habla, se tiembla”, y ella que ha deseado siempre hablar alto y fuerte, y ser escuchada, claro -. Ahora piensa que va a tener que empezar a leer, en serio, aunque no le guste.



TET

Cuando Lilith llega al parque Husserl se encuentra un montón de gente y muchos desconocidos. Primera mirada para Aquiel, que está abrazado hijadeputamente a la Amy y le acaricia la nuca. Ella se siente enferma de pronto ante la posibilidad - hartamente evidente - de que su ausencia sólo haya servido para que pisoteen sus ventanas. Aquiel besa a la otra en la oreja y Lilith respinga por la bofetada invisible a los ojos; todo se transforma de súbito en un sabor de vejez, murmullo de gusanos al acecho. “Te quiero, Aquiel, te amo, ¿por qué me haces esto?” Todo es discurso soez, hermanita. Olvidas la compañía y el calor y la lluvia que baña tu rostro y comienzas a despertar en odio estancado a ti misma. Horror de balanza. Repulsión y atracción al unísono, conformando el vaciado del fantasma.

Para colmo de espantos recibe el codazo de Leonardo y su voz ronca advirtiéndole que ellos están viviendo juntos desde el día siguiente del concierto. Ella entonces cree comprender: nadie desecha ser su verdugo, no vale de nada apartar los labios de la cuchara y confiar en la promesa elemental y rudimentaria de la utopía. El amor no existe, todo queda siempre en protoplasma, en carne sucia llena de moscas y larvas. “¿A quién traen?” “A Lilith, la Niña de Miramar la que murió de amor.” Puaf. Ella rehúsa del funeral de sombras; es verdad que la noche siempre se acerca con navajas, nunca nadie sabe dónde cae, debajo de la cama o antes de la puerta, ¿quién sabe? Ellos sólo buscan maniqués, mujeres que se fuguen a las vidrieras limpias de temor y sentimientos, tantos hombres muriendo en su triángulo y ahora este ridículo frente a todos, como para esconder la cabeza en un nylon y desaparecer. “¿Qué me queda?” Ser cazadora, o alguna rana para destripar, o una calle de asfalto con su pez dócil en equilibrio castrado y al carajo todas esas estúpidas ideas de calor, trabajo, acción normal, “todo es normal”, legislatura interna para la autorrepresión en cinta sinfín de falos eternamente intercambiables. Ella de pronto quiere huir de allí y no regresar jamás, pero entonces ve como Aquiel le dice algo al oído a su pareja, se levanta y viene sonriendo hasta donde se encuentra. “¿Cómo estás Lilith?” - al parecer viene a favor de imposibles pacificaciones

cósmicas -. Ella ni siquiera contesta el saludo. “¿Qué te pasa?” Luego, al comprender que la muchacha no va a responderle se sienta frente a ella y hace un intento de apoyar una mano en su rodilla, pero Lilith se la rechaza con fuerza. “Vete a la mierda”, le dice. Descubierta por el calor y los insectos que pululan - y copulan también - poéticamente, ella se codifica en no ver esa mano como premio. “Lilith, no seas niña”, dice él y ahora está triste, “podría explicártelo cuando quieras.” “No me interesa”, le responde ella y se levanta con rabia, luego echa a correr entre los árboles para no verlo. Presiente que su nación ya no es un poema de encuentros con caballeros del siglo XV; ya ni sabe lo que es, prende un cigarro y nota el mareo. Todavía siente los efectos de la cerveza ligada con el ron. Piensa que está bien jodida. Desde que conoció a Aquiel ya no podía hacer el amor con nadie más - al estilo de los cirenaicos, diría él -, se había transformado en hongo, en un vegetal asexuado y le fue muy difícil levantarse después de la violación, pero lo intentaba pese a todo por él, por Él. Ahora decide que si Aquiel aparece y habla y le explica bien “ah, Lilith, sucede que ya no soy Rodrigo de Triana”, quizás y hasta podría perdonarlo, pero él no la había seguido, nunca lo haría.

Lilith comienza a coser sus disfraces en el hielo, absorbe la silueta de locura; quiere gritar y es rabia impotente, ahora desearía que entraran en su cabeza todos los demonios químicos que nunca se quedan en la realidad sucia delante de las ventanas, no. Puertas, necesitaba puertas, que se murieran todos juntos de una buena vez, un gran misil atómico estallando en medio del círculo, deseaba drogarse hasta vaporizar sus neuronas, hasta el final, para olvidarlo todo, olvidar a Aquiel y sus pasos felinos de lince que abreva en el oasis, - ternura asesina -, entregarse a un delirio tan intenso que terminara en catalepsia. Eso le sucedía por inmadura, por ciega, por no aprehender la evidencia de un Aquiel Demonio sentado en el centro de la Tierra, vomitando los hongos de su establo mental, del santuario del poder, del simulacro, y ella creyendo en su respeto que ahora resultaba una camisa escondida, un uniforme a lo Sade y ella tratando de rasgar la tela y arrancar sus insignias de coleccionista de clítoris, y que “me había utilizado, coño”, merecía que lo ahorcaran. Aprende, y que la experiencia no se convierta en mal odio, no se te olvide en la playa, esta niña, serías una tonta si regresaras después a la misma piedra para seguir machacando poesía. Hoy el del diario afónico gritaba a debate de carne contra literatura y ella en contra: Vivan las telenovelas porque 1984 se quedó pálido y ella quería olvidar al

Gran Hermano número III, como casi todos. Era mejor vivir en el bilenio inventado de Tolkien, Amadis de Gaula y "Verde que te quiero verde", muriendo en plena - y a veces demasiada - cordura onírica. Sin opción.

Siente un sonido de hojas secas; alguien se acerca. "Lilith", escucha que la llaman, pero no es Aquiel sino Leonardo con su voz rajada y fea. "Lilith, toma" y ella ve que el muchacho le extiende su mano llena de pastillas y media botella de alcohol preparado con hongos. Leonardo se sienta a dos pasos y la mira, mientras ella se mete todos los psicoazules de un golpe en la boca y se empina de la botella. "Oye, despacio, despacio", dice él angustiado, pero ella se encoge de hombros y sigue bebiendo la mezcla.

Ya lo ha decidido: o rompe dibujos y cuadros - arquetípicos - que un día se levantan con la vida, falseándolo todo, o se entrega al rechazo de todo lo que no se torne un animal deseable. "Chica, déjame un poquito" y, entonces, ella comprende: se ha cogido la parte del muchacho y se siente culpable. Le dice "perdona" y le pasa el fondito que queda, luego aparta unas piedras y se sienta, enfriándose dulcemente las piernas. "No importa, no te preocupes." Él bebe con lentitud de hierba doméstica. "Estás enamorada de él, ¿verdad?", le pregunta y lanza la botella lejos, en traición cuasifemenina del gesto; un muchachito criado entre demasiados triángulos lánguidos, siempre de regreso de una casa de rosados botones húmedos, provocando el rechazo inconsciente. Ella piensa contestarle que eso no le interesa, pero después siente lástima. "No sé, creo que sí", y baja la cabeza. El mareo aumenta con cada minuto. "Dale, vamos", dice él y su voz intenta parecer una caricia con caramelos amentolados. Lilith reprime los deseos de humillarlo porque sabe que no sería justo, aunque ahora le gustaría castrarlos a todos, uno a uno. Él suspira... "A lo mejor va y cuadas con él cualquier día de estos." "No comas mierda." Por lo visto en este país todos prefieren dormir. Ella se pone a observar un bambú medio seco y él continúa: "Aquiel no está bien, tú lo sabes.". De pronto a Lilith le parece muy cómico, el maricón este, rechazado por la familia de los brujos, defendiendo al otro. "No te rías" - ahora se ve un poco enojado - "Ni siquiera sabes por qué lo hizo." "¿Y tú?, ¿lo sabes?" "Creo que sí. Un poco." "¿Y por qué, a ver?"

Leonardo se ha mostrado incapaz de opciones de odio, siquiera un deslizarse en aventuras de fantasma que se masturba en solitario, al olvido de lo viejo que ya son, tres

duros niños, sólo que Aquiel dentro de un disfraz de hombre violado por demonios selectos.

“Aquiel tiene un montón de problemas.” “¿Y yo no tengo problemas?” “Sí, pero es que él...” entonces se lo dice. Es una historia sin ley del padre, discurso metatextual del ser en sí. Según Leonardo, Aquiel está tan loco que ya su tendencia sádica experimentada con varias muchachas ha llegado a ser publicidad de ciertas asociaciones de Brujos. Es como si no sintiera ningún placer en sexo normal y tuviera que recurrir a experimentos y rituales rayanos en la angustia de lo tenebroso. “¿Qué quieres decir?, ¿que él...?” “Aquí nadie sabe lo que tiene escondido. Él a veces se comporta como un homosexual reprimido.”

Ah, hermanito, que soez toda esta visitación de rumores, Lilith recuerda cierta caricia con un miembro duro, rozando contra su mano y pelvis. “¿Y entonces por qué lo hace?” “Porque está *crazy*, ¿entiendes?, está enfermo. Se quemó leyendo todos esos libros. Aquiel ve el sexo como otra forma de cruzar el umbral del dolor, de la muerte, quiere romper los límites y eso siempre termina en locura, en perversión, por eso habla tanto del Lado Oscuro.”

“**El Lado Oscuro...**”, para Lilith es un concepto inaprensible, algo así como colgarse de orlas al pescuezo, la imagen de Aquiel flagelándose arrodillado por una Santa sibila cualquiera. ¿Por qué ese afán de los hombres en destruir las puertas, en el borde?, ¿cuál era la utilidad de convertirse en sombra extendiendo sus tentáculos? Sin opción. Sin opción.

Entonces le pregunta al muchacho si todo eso se lo había dicho el mismo Aquiel, pero Leonardo contesta que no, sólo es una hipótesis. “Si yo fuera tú trataría de olvidarlo”, prosigue, “puede que hasta sea un asesino psicópata en potencia, pero no lo sabe; puede que hasta inconscientemente sea como yo, pero lo reprime, ¿no?”

“Eso es lo que tú quisieras Leonardo.” Lilith ya no tiene la opción de ser menos cruel. Entonces el muchacho se levanta con enojo. “Eres una estúpida, chica, yo pensaba que tú eras distinta”, y se aleja en dirección a donde se encuentran los demás. Ella de pronto se siente avergonzada; vacías las cumbres de la compañía mínima, no le queda más remedio que pensar un poco en lo que ha dicho Leonardo. Puede que sea cierto, tal vez Aquiel busca un demonio hembra y por eso tiene tantas plazas inseguras, obtener su

favor sería bajar rápido al santuario y ofrecerse activa y no como objeto de goce, aparecer desnuda entre las claridades gritando “¡viólame, mátame si esta seguridad nos diluye!”, una esnifada nueva de lo que sea entre el silencio de los afiches para levantarse por fin del mapa ocre de la soledad humana. “Eres un perro egoísta, pero yo también lo soy, así que no importa.” Todavía duda un poco y se fuma otro cigarro. Piensa que realmente nada importa porque cualquier sentimiento al final es sólo polvo que besa los dedos en la ropa vieja de los armarios. Lilith por fin se decide y regresa a donde se encuentran los otros. La razón sobria para estos momentos ya es una categoría de lejana desaparición en las revistas. Ella se pone con gusto su pañoleta de aprendiz y se descubre sin párpados. Otra vez han conformado un círculo y en el centro hay una especie de agujero en la tierra, con un nylon lleno de algo que le parece cerveza. Comienza a sentir los puntos luminosos revoloteando en el cerebro. Trata de no mirar a Aquiel y le susurra una disculpa a Leonardo que le aprieta la mano en señal de reconciliación.

“Tal vez no es este mi camino”, piensa, “quizás estoy perdiendo mi tiempo y lo que debo hacer es irme de una vez a México con aquel grasiento cabrón”. Ya es de noche, “salir del CaribeTur en dirección a Santiago de los Aztecas”. Mira alrededor. Le parece que todos están comenzando a sentir los efectos del tympanum. “Ah muchacha de ciudad”, recuerda, “la ciudad ya no es y mis padres me tiñen y se tiñen con venganzas lilas, me colocan carreteras **desdhacia** lo gastado mediocre.”

Aquiel, ese mellador de espadas, empieza a dar un discurso en el que ofrece la sana opción de destruir otra noche en las calles de la capital, de olvidar por un momento la angustia de entrar en las cabezas tanto sucio país, el stranger que vomita en los hoteles iluminados para ofrecer greenes enganchándolos en el elástico de los bloomers del santuario, despiertan los niños en cuclillas una pesadilla salada, “eh, míster, ¿tiene chicle?, ¿me da un dólar?”, tan imperdonable... Cada día se pierden más y más. La línea de fuga según Aquiel es esta: correo electrónico al infierno. “La materia es el opio de los pueblos.”

Raphael se ha maquillado el rostro a lo chamán amazónico y tiene dibujado en el pecho una especie de símbolo espiral. Hunde sus dedos en la cerveza y luego se traza una cruz y círculos concéntricos como si se santiguara negando a Pedritomártir diez veces. Letanía en labios susurrantes que luego se traduce en canción de sombras animistas. Le

hace una señal a la Amy para que se acerque. Esta se levanta ebria y tambaleándose un poco camina hasta colocarse en el centro.

Rapha duda de la siguiente orden - no ha estado en descubiertos complots cuando así se reprime - hasta que mira a Aquiel, espera el gesto de asentimiento y luego se decide: "Desnúdate."

La Amy no necesita pensarlo para obedecer. Los gusanos del deseo escupen los ojos anárquicos de la noche, algunos empiezan a gritar y reírse y Lilith se sumerge en un mar de celos por la gran puta ofreciendo la imagen de sus piernas abiertas a todos, de sus nalgas tatuadas a Aquiel; la situación desescribe poesía, no es magia, solo kitsch, carne colgando de un gancho para devorar. Raphael sigue con sus cánticos y a Lilith le parecen textos como horas, pero ni siquiera piensa en marcharse, tal vez por el estado en que se encuentra; la mente en oleaje psicoquímico, las manos en busca de una cuerda invisible para sostenerse. Ahora quisiera desnudarse también para enfrentar a su rival; intenta primero quitarse la tela que oculta la libertad de sus pechos, pero Leonardo detiene sus movimientos y le pide en un susurro que no se rebaje al nivel de la otra.

Siguen pasando cosas en la madrugada como diluyendo culebras. La Amy se arrodilla y hunde sus manos en el hoyo, las llena de cerveza y comienza a frotarse todo el cuerpo. Lilith no entiende la expresión de asco de Leonardo, pero luego cae en la cuenta de lo que sucede porque por unos segundos el aire está a su favor, siente el olor del líquido y descubre que aquello no es cerveza sino orine y el estómago se le contrae un poco. Basta que la luna emerja de la proa de los árboles para que toda la suciedad de la Amy salga del armario. "Asquerosa." Aquiel se acerca a ellos con media calavera en las manos, la hunde toda en el agujero y después de llenarla hasta el tope deja chorrear el líquido sobre la cabeza de la iniciada, que sigue de rodillas ante el Rapha con los ojos cerrados. A Lilith alguien le pasa un cigarro de yerba y a las dos bocanadas se olvida de todo en su océano de náuseas. La tierra comienza a girar a una velocidad vertiginosa, ella siente suaves sus huesos por el espacio, huesos suaves que enceguecen desde ningún lugar y ella no puede apartar la mirada de lo que sucede, pero es imposible enfocarlo bien, abre los labios rechazando rápido la visión; por un instante cree ver a la Amy en cuatro patas como si fuera una mesa o un altar, Aquiel le está ensartando plumas afiladas por todo el cuerpo y Lilith quiere esconderse detrás de cualquier puerta, pero luego

comprende que aquí no hay puertas. Más tarde una letanía de frases que se parecen a las de su Iniciación, pero mucho más largas y como un debate a gritos guturales y ella en lagunas de semiconciencia, con deseos de vomitar y su rostro en mudez blanca empapado de sudor frío, San Aquiel quitándose también el pulóver, anto-lógicamente, devorando huellas de alcohol y matanza neuronal, a su lado una pareja fornicando, otro un poco más lejos masturbándose detrás de unos bambúes, la mano de Raphael dejando caer un puñado de granos de maíz sobre la espalda de la Amy, mientras repite “como no voy, aquí y allá”, aunque puede que no sean esas las palabras.

Otra laguna de brumas: Lilith vomita y Leonardo trata de ayudarla pasándole la mano por la espalda. Los brujos bailan al estilo apache de Morrison con los ojos perdidos en tympanum; Raphael que clama “¡vida!, ¡vida!”, a la luna, mientras Aquiel penetra a la Amy por detrás, alguien, ¿Leonardo otra vez? le da algo de comer, pero sabe horriblemente a sangre y ella vuelve a vomitar y trata de levantarse, pero es imposible y comienza a reírse porque todo es tan ridículo, ¿no?, habría que preguntarle después a Aquiel sobre el significado esotérico del Rito, empujando contra las nalgas de la Amy, eso, no olvidar preguntarle después y él le explicará todo pacientemente, demente-mente, toda esta locura de gente pegando saltos y que se demoran tanto en caer, con furia regalada al escupir postmortem de tribus olvidadas hace milenios y todo a ojos afuera; Rapha levitando bocabajo con los brazos extendidos como una cruz al revés, “No puede ser real”, como no es, mujer, esto no es real; un negro con su lengua bifurcada de dos metros lamiendo a Margarita que grita horrorizada al ver como sus senos se transforman en lagartos gigantes mientras en algún lugar suenan los tambores y guitarras “¿De dónde viene esa música?” y todos desnudos, con plumas y tatuajes, deformados en seres grotescos de tantos grabados medievales, con gibas, omóplatos que emergen bajo la carne como alas rotas, seres de seis piernas disparadas en todas direcciones, gritos como rugidos borboteantes y en el centro de todo el monstruo terrible, mezcla de insecto y murciélago con algún demonio precolombino, carne fracturada en cabezas de fetos aullando desde los hombros y caderas, un falo enorme lleno de púas y venas fosforescentes, trompa retráctil con dientes buscándola a ella entre todos, sí, es a ella a quien busca y se acerca con esa sonrisa familiar y ella grita y quiere escapar, pero el demonio dispara tendones sanguinolentos que la azotan y capturan y de pronto es toda

ella envuelta en tentáculos cortantes que la desgarran, culebras que intentan penetrarla y de pronto Lilith se siente a punto de asfixia dentro del cerebro del monstruo, entre guedejas de materia gris que la aprisionan, y la pielcáscara resquebrajándose entre los colmillos de un murciélago gigante que intenta devorarla y luego escupe sus restos al polvo, desde donde ella reptaba sin piernas ni brazos y siente su vientre hinchándose como un balón entre espasmos y dolores atroces, algo vivo en su interior que intenta salir a toda costa destrozando piel y huesos, todas las vísceras y muy pronto es un clímax de agonía donde su cuerpo se raja, se abre en dos y salen a la luz criaturas luminosas, radiantes, niños de piel como cristal y ella llora de felicidad y los aprieta contra su cuerpo y los besa, “mis niños, mis niños”, todo el dolor se ha transformado en su contrario, ahora el mínimo gesto o acción implica un placer inefable, orgasmos como cascadas en todas sus terminaciones nerviosas, goce sin límites, ella mira a sus hijos y se descubre llena de amor y busca al padre, pero Aquiel bellísimo duerme y no se da cuenta de que algo está brotando a partir de sus alas, está brotando una mujer de fuego que la mira con desdén, alta, silenciosa, y Lilith comprende que son la Fénix y Amy unidas en un solo cuerpo y entonces desea que él no despierte jamás, pero la mujer se ríe de una forma horrible y comienza a chuparlo entre las piernas y él despierta y empiezan a fornicar, Lilith le grita, pero Aquiel no parece escucharla y ella de pronto siente que lo odia con todas sus fuerzas, la atmósfera ha vuelto a cambiar tomando un color violáceo y ella ve a uno de sus niños que se arrastra a gatas hacia la pareja y no puede contener su rabia, lo golpea y el niño estalla en fragmentos de cristal-carne que ella devora desesperada hasta que se acerca otro monstruo a castigarla con látigos llenos de agujas en los senos y muslos, hay algo que devora su vulva, miles de cuchillas se ensartan con ferocidad en sus labios y el clítoris, se abren paso a su vagina, los ojos inyectados y las garras como pinzas intentando arrancar sus pezones, y ella vuelve a gritar y desgarrar y es desgarrada entre las piernas y de pronto es la explosión de sangre en su interior, la esperma corriendo viscosa por las arterias y todo vuelve a ser dolor, agonía, y quiere llorar, pero se lo impide la lengua nauseabunda del demonio hembra que entra con fuerza hasta su garganta y ya no le importa nada. “Vengan todos, mátenme de una vez”, y también quiere dormir “váyanse”, pero descubre que es imposible, ahora todos se han fundido en un solo ser, una simbiosis total de excrecencias que pulsan y se mueven en medio del hedor de

sudores y jugos, los gritos, el suplicio, la sensación de miles de descargas eléctricas en conjunción de torturas y placer infinito, todo a la vez, al fuego magma que corroe los cerebros “bienvenida al Lado Oscuro, muchacha”, luego los pedazos de carne van estallando uno a uno en cadena de estertores al orgasmo final, explosión de venas y glóbulos y Lilith está gritando su nombre, gritando hasta que alguien la golpea en el rostro y todo es...



IO

Ella no sabe cuánto tiempo ha estado inconsciente. ¿Dos, tres horas? De pronto siente que la zarandean, la voz de Leonardo tratando de despertarla y una tela húmeda mojándole el rostro. Lilith lo rechaza y protesta un poco, pero después comprende que el cabrón animalito etéreo no la va a dejar seguir durmiendo. Le grita un par de insultos, “¡Déjame ya, cojones!” Y abre los ojos. Todavía es de noche y no es fácil despertar. Es como tratar de renacer, los pensamientos revoloteando en el espacio que hay desde los ojos al cerebro. Dormir por psicoazules o tympanum implica el sueño negro, sin imágenes, vacío, sin impresión de que dura, como si se estuviera muerto. Lilith le teme a ese estado porque sabe que la muerte sería así, sencillamente la **nada**, ofreciendo la visión de su cuerpo gris, desmadejado, carne pálida y dura contrastando con su horrible pelo mustio de playas.

Resaca. Ella siente su cabeza estallando de dolor y se enfurece con el muy maricón que la ha despertado cuando todavía es de noche. Deben haberla magullado bastante porque allá abajo tiene la sensación de su sexo tomando cocaína caliente en sorbos llenos de hormigas. Por lo visto el otro agujero se mantuvo intacto, como siempre, menos mal. “¿Estás despierta?” pregunta él. Lilith tiene la lengua reseca por lo que asiente con un gesto. “¿Qué quieres?” Leonardo tiene toda su camisa manchada de vómito y rota por una manga y al parecer el resto de los Brujos duerme o ya se fueron al carajo. “Ven conmigo hasta la presa que voy a lavarme un poco y no quiero dejarte sola.” Ella se tambalea, pero su amigo la ayuda a levantarse hasta que logra mantenerse derecha. Las sienas le laten con punzadas dolorosas y siente el aliento nauseabundo del vómito. “Está bien, vamos.”

Mientras caminan recuerda entre nieblas lo sucedido, con grandes lagunas y le parece increíble. “¡Qué mierda, dios, qué asco!” Claro que le es difícil separar lo real del delirio alucinatorio. Hoy es un día de marzo del 29 y no hay ningún golpe de suerte a la vista. Todo repugna, todo normal. “Son animales, son bestias, ¡Y todo fue real, coño, no fueron las pastillas!” Leonardo no dice nada.

Bien, Moral, Sabiduría: significantes de pronto vaciados en el nuevo esplendor del precipicio. Horror también. Los klippots se han lanzado a historias de amor siniestro más allá de cualquier filosofía pálida del límite, con pústulas de nombres *latinums* en el horizonte y es mejor olvidar que ha sucedido, porque ella no puede haberse transformado en otra psicópata, devoradora de gatos o masoquista, es mejor esconderse y no pensar en abismos, todo ha sido una pesadilla, una alucinación, delirio, nada real, pero a cada paso los músculos se quejan y ellos pueden acercarse a la presa a duras penas. Lilith siente frío con el pulóver mojado, Leo sigue hablando y ella de pronto descubre que su amigo está llorando. “Yo pensé que estábamos haciendo algo bello”, gime, “algo que valía la pena seguir y ahora me destruyeron toda la ilusión”. Lilith le aprieta el brazo y se siente culpable.

Llegan al borde del lago y el muchacho se mete con toda la ropa dentro del agua. “¿Tú crees que se seque rápido?”, y ella se encoge de hombros. Leonardo sigue susurrando. “Esa puta por poco te mata.” Lilith sonríe con esfuerzo y niega con la cabeza. “¿Cómo?, ¿quién?” “La Amy.” “Ella no está loca para eso”, contesta. Descubre que sus pantalones están más o menos limpios y decide no meterse, de todas formas ha lavado el pulóver así que se llena la boca de agua y trata de quitarse el sabor, luego se echa bastante en el rostro y la cabeza. “Sucia, coño, estoy supersucia, en todos los sentidos, que mal me siento. ¿Y ahora como llego a la casa?. Mi mamá me va a matar.” “No te preocupes”, dice él para tranquilizarla, “en mi casa te presto una camisa”. Ella no contesta y sigue restregándose la cara y los brazos. “Tres violaciones en un mes, estoy mejorando.” Ya comienza a amanecer. Lilith por fin se decide a preguntar: “¿Qué pasó?”

“Primero Aquiel. Él solo te besó y después vino la Amy.” “¿Y que más?” Leonardo desvía la conversación cobardemente. “¿Nos quedamos aquí hasta secarnos o nos vamos ahora mismo?” “No me embarajes, chico. ¿Qué pasó después?”

“No, después vino la Amy y empezó a toquetearme por todos lados y a morderte. Parecía que te estaba besando, pero empezaste a gritar y a toser y entonces me di cuenta de que quería asfixiarte. Los demás estaban en sus cosas y no se daban cuenta. Por supuesto, le empecé a dar golpes para quitártela de arriba, si no te mata.” “¿Y después?”

“Entonces vino Aquiel otra vez y se empezaron a fajar por ti.”

“¿Y?”, Lilith no puede evitar cierto goce morboso con la revelación, al mismo tiempo horrorizada en lo que se refiere a Aquiel .

“No, después medio que se unieron varias parejas y entre Aquiel y yo te sacamos de allí. Yo me quedé cuidándote y él regresó con Amy. Creo que los dos, Rapha y él se la templaron al mismo tiempo. Parece que le gustaba.”

“La muy cabrona.. ¡La voy a reventar!”

“Bueno, Lilith, ya lo sabes todo. ¿Nos vamos o no?”

Por lo visto Leonardo no le contará nada más. Ella imagina los murmullos de la gente al verlos empapados en la guagua y la reacción de su madre y decide que mejor se quedan un rato. También teme que las potencias hayan cogido a algunos al regreso y todavía estén vigilando. No siente mucho temor en realidad porque es muy poco probable. “Vamos al monumento de Santa Agueda, ahí no va nadie a esta hora y a eso de las nueve nos largamos.” “Está bien.” Leonardo se viste de nuevo. “Algunos te estaban llamando. Reconocí la voz de Margarita y el Rapha, pero yo no quería verlos, no pienso hablarles más. ¿Hice bien?” y Lilith asiente con un gesto. “Dale, vámonos. Cruzan por debajo del puente y se dirigen hacia la zona de la Casa del Sake y la Peña Poemaria. Un trabajador los mira con cara de asombro, pero ellos no le prestan atención y continúan su camino.

Aquiel aparece entre volutas de humo imaginario, pero ella rechaza la visión, mejor no pensar en él o seguir creyendo que la espera en la esquina que aún no ha visitado. Ahora sí que hace frío con la ropa húmeda y los pies encharcados de rocío. “¿Sabes?”, le dice Leo, “me conviene que me acompañes hasta la casa, mami va a pensar que estuve toda la noche contigo.” El se pone a hacer equilibrio en un muro como un saltimbanqui. “¿Y eso es bueno?”, le pregunta Lilith. “Pues claro.” Ella no desea que se lo explique así que no dice nada y continúa caminando. Al cabo de unos minutos llegan al pie del monumento. “¿Qué flores son esas?” y él contesta que son orquídeas de chocolate, “parece mentira que no lo sepas.” Lilith desea arrancar una y comérsela, pero Leonardo la ataja a tiempo y le pide que no lo haga porque a lo mejor hasta ponen multas. “Además”, prosigue, “yo admiro mucho a la mártir esa.” Le explica que esa mujer había sido torturada hasta la muerte, le habían arrancado los pezones con unas tenazas y que él tenía una reproducción donde estaba ella con un blusón negro y un platillo en las manos donde parecían haber

dulces, pero en realidad eran las puntas de sus senos. “Horrible”, dice ella y Leonardo la agarra del brazo para alejarla del jardín. “Hay un lugar descampado por allá atrás, rodeado de árboles; vamos a poner a secar la ropa allí.” “Ok.” El dolor de cabeza ha disminuido un poco y ahora siente un hambre atroz. De todas formas le agrada mucho ese lugar, en medio de un bosquecillo de pinos, sin ruidos ni voces de personas, se siente muy cómoda también por estar con Leo, o sea, estar con un brujo sin temer que le hiciera alguna proposición o se excitara por verle los pechos, aunque fuera homo, ¿en realidad importaba tanto?

Leonardo le pregunta por lo sucedido el día del concierto y ella le relata a grandes rasgos toda la historia, la droga extraña, el beso, el delirio - esa gelatina blanca de sensaciones -, la despedida satánica, la desaparición posterior, luego ella aventura la manida frase de “Todos son iguales”. Lo cierto es que recordando aquello, lo de esta noche parece una película morbo y se ha deprimido bastante, pero el muchacho le pide por favor que no generalice ni se tenga tanta lástima porque de esa manera lo más probable es que nunca logre nada.

“¿Lograr qué?”, se pregunta ella, pero está tan **Deep** que ni siquiera se enoja. “Ya ni sé si quiero estar con ese lagarto.”

“¿Cómo?, ¿un lagarto?” Leonardo empieza a reírse de una manera tan cómica que al rato Lilith se pone de buen humor. Entonces él le confiesa que le sucede algo parecido a lo de ella con Aquiel: está enamorado de un tal Jorge, pero este no es homosexual, así que todo se reduce a una especie de amor platónico.

Conversan un rato más de diferentes temas, confrontando profanaciones y él entre otras cosas le dice que le gusta pintar, “Nada especial, cosas relacionadas con el rock, ya lo verás”, y luego lanza un bostezo larguísimo. Ella le aconseja dormir, ya lo despertará después. A los pocos minutos el muchacho está encogido de frío y con los ojos cerrados. Entonces Lilith lo observa y siente una gran compasión por su fragilidad y recuerda como se conocieron...

Cuando Lilith llegó al grupo él ya participaba de las reuniones, al parecer se le había pegado al Zepar, pero lo consideraban una especie de mascota. Era el más niño de todos, unos catorce o quince años cuando más, pero parecía tener menos edad aún porque era muy delgadito y con una cara como de séptimo grado. Ella se sorprendió mucho cuando

Margarita le confió que Leonardo era gay, que en su casa se había armado una guerra mundial el día que lo sorprendieron con otro muchacho mayor. Después había estado internado unos meses en una clínica psiquiátrica, obligado por sus padres, pero como era de esperar, aquello no dio resultado y Leo siguió igual que antes.

En aquel momento Lilith no creyó la historia, pensó que todo era un chisme de barrio, pero luego, en un juego de la verdad que hicieron en casa del Zepar, le preguntaron sobre ese tema y Leonardo contó casi exactamente - detalles más, detalles menos - lo que le había relatado la Maggy, agregando de paso un intento de suicidio que a ella le erizó todos los pelos de la nuca. Un divorcio de sus padres a raíz de lo sucedido y descripciones pintorescas o lúgubres acerca de su estancia en el hospital. “Del carajo”, piensa ahora, “catorce años y un intento de suicidio.”

Desde la posición en que ahora se encuentra, Lilith puede verle la cicatriz vertical en sus muñecas y trata de ponerse en su lugar, pero no tiene éxito. Por lo demás nadie sabía gran cosa de él aparte de esto. Leonardo existía en el grupo, anacronía entre iguales, pero nada más. Su opinión era la de un niño en una discusión de mayores. El muchacho era alguien con quien conversar de música o con quien bailar, pero al final todos los cerebros se ausentaban a una mínima comprensión de su psicología. Al inicio lo embarcaron dos o tres veces y lo molestaban bastante para que se fuera del grupo, pero él siempre volvía a buscarlos en el Yama o en el Patio de la Virgen hasta que se habituaron a él, al fin y al cabo tenía buenos sentimientos y no se metía con nadie.

Lilith imagina que pasado un tiempo los brujos hasta llegaron a cogerle afecto - verdugos rechazando destruir una cerradura inservible - claro, a veces sucedía lo contrario: Brizo, Zepar y Raphael por un lado; tres vaginas posibles por el otro. Leonardo importunando el cuadro, por lo tanto, el muchachito sobra. Detalles así. De vez en cuando una extrañita pasaba por el grupo e intentaba seducirlo y los klippots se ponían a vacilar aquello hasta que el muchacho la rechazaba y le explicaba su situación. Extrañita con la boca abierta y los brujos desternillados de risa, ya tenían tema para hacer bromas durante una semana.

Algo curioso. Después de aquella relación del escándalo no se le había conocido ninguna otra. Si las tenía nadie se enteraba nunca, es por eso que Lilith está todavía

sorprendida, viéndolo dormir como un feto, a fin de cuentas le había confesado lo del tal Jorge, ¿y eso no era una prueba clara de su confianza?

Ya la ropa está medio seca, el sol ha comenzado a calentar y el dolor de cabeza casi ha desaparecido. Ella se siente cansada, más que cansada, se siente agotada, enferma. Le duele todo el cuerpo, justamente como si esa mañana fuese a morir. No hay leyes en el cerebro, solo inercia, los sucesos de la noche la han dejado con una especie de resquemor sordo, una mezcla de tristeza con rabia, con vacío, una onda extraña de preguntarse “¿Y ahora qué?, ¿cómo voy a seguir?, ¿para qué?”

Repitiendo la escena. Donde no hay comprensión no hay cambio, es un lugar de donde nadie se marcha, pregunta infinita. Para escapar haría falta un grito destructor de demonios y no este llanto eterno de amante flagelada. “¡Basta! No importa que haya cambiado mi nombre, me sigo comportando como Daybel.” Lilith decide despertar a Leonardo y largarse de allí de una buena vez. “Oye, despiértate. Nos vamos.”

“¿Ya?”, y él que se orienta, lentamente recuerda lo sucedido - el último sabbat que no tuvo mucho de aire o agua limpios -, igual que Lilith hace unas horas y se estremece, luego se arregla un poco la ropa y se marchan. “¡Qué sucios estamos!”, le dice, “por lo menos ya no tengo tanto frío. ¿Dormí mucho?” y ella niega en silencio. Descubre una mancha de fango en su camisa - venganza de la noche triste - y le pasa un brazo por la cintura para que no se le note tanto. Al rato están en la parada. Realidad concreta. Un viaje larguísimo, sofocante.

Después de llegar a su casa - decisión de último momento - Lilith se siente mucho mejor. Sus padres no están así que no tiene que construir estúpidas desinformaciones, al menos hasta su regreso. Le presta un pulóver a Leonardo y lo acompaña hasta su edificio, por suerte no es tan lejos como el parque Husserl.

La madre lo recibe con una pregunta en los ojos y él le dice que se ha quedado a dormir en casa de Lilith. Por supuesto, la mujer lo regaña por no haber telefoneado, pero respira aliviada, tal como Leo había predicho y hasta comienza a tratar a la nueva amiga de su hijo con deferencia, como si fuera una stranger o la salvadora de su hijo pródigo.

En pocos minutos les prepara una merienda - leche con té, pan con mayonesa - y luego Leonardo le pregunta a Lilith si desea ver sus cuadros. Ella acepta encantada y él la invita a su santuario. Nada más entrar se queda muda por la sorpresa. El cuarto está lleno de

lienzos pintados por el propio Leonardo y ¡recontra!, son fantásticos, realmente no esperaba que el muchacho fuera tan bueno. Encima de la cama hay uno montado, medio cubista, que es como si unos rockers estuvieran cabeceando con una alegría desarmada, pero no estáticos como una foto, sino como si se movieran, una onda cinética. Ese es el que más le gusta. En otro hay un árbol seco, plateado, una luna, todo el fondo azul eléctrico y siluetas de hombres desnudos volando. Un texto en la parte inferior: “*Y me lanzo a traer la alegría por aquí con todos*”. El más raro es una especie de autorretrato de Leo, pero con la cara deformada y los ojos aterrados. El le explica - y lo echa a perder - que había intentado apresar el momento en que las potencias lo golpearon en un aquelarre. “Del carajo”, piensa Lilith, “tremendo pintor y nadie sabía nada.” Entonces lo mira y él sonríe un poco tímido. “¿Te gustan?” “¡Coño, claro!”, le contesta ella y le revuelve el pelo, “eres un bárbaro, ¿sabes?”

“Yo estudié en la Elemental pero me fui en el último año, por aquello que te conté.” “Ah...” , y Lilith entonces siente que lo admira por primera vez. Es curioso. Se pasa todos los días superdeprimida por cualquier motivo y de pronto, cuando ve algo así, echo con los pulmones, respira más limpio, se siente curada, hasta feliz, esa es la única parte que le gusta de la gente: que puede crear, hacer cosas, olvidarse de su ombligo por unos momentos,- “Mira pa’ eso compay, un flacucho que todo el mundo trajina en el grupo y resulta un genio con los pinceles.” Es como si de pronto lo conociera por dentro, como si se desnudara y lo descubriera muy bello, mejor que muchos sólo por el echo de crear y claro, no puede explicarle nada de esto, sólo sentirlo, aunque le gustaría que él fuera telépata y no hubiera ninguna necesidad de decirlo.

Lilith sigue descubriendo maravillas. Aquel se llama “*Sólo un réquiem al sillón*”, y es un viejito todo arrugas, fumándose un tabaco y con el pecho lleno de medallas. En una esquina del cuarto hay una especie de huevo o de glóbulo gigante echo con pedazos de nylon y alambres amarrados, y la caja de un bajo o una guitarra eléctrica, repleta de collares, velas, fotos y huesos como si fuera un altar religioso o algo así. “Es para una acción plástica que estoy preparando”, le confía a la muchacha sin ella haberle preguntado, “otro día te voy a explicar mejor de qué se trata.” Lilith asiente en silencio y se acuesta en la cama. Leo susurra: “Ahora mi mamá va a pensar que somos novios. ¿No te molesta?” Ella hace un mohín despectivo; en realidad siempre le ha importado un

rábano lo que piense cualquier padre acerca de ella. “¿Tienes una aspirina? Me está empezando a doler otra vez la cabeza.” Él le pide que espere y sale del cuarto a buscar un vaso de agua. La muchacha vuelve a mirar las paredes. Le gusta mucho, le encanta porque la habitación es Leonardo, muy personal, se ve que allí vive alguien, no como el de ella donde no se puede pegar un afiche, ni un dibujo siquiera. “*Labios de gato rojo*”, sigue leyendo: “*Serenata a todo lo que no ocurre y se muestra*”. Los títulos de los lienzos son tan geniales como las mismas pinturas.

Leonardo regresa y le alcanza el vaso, luego se pone a buscar en la gaveta del armario y saca un bulto de fotografías. “Mira”, le dice, “estos son los personajes de mi novela”. En un primer momento ella no entiende. “¿Cuál novela?” “De mi vida, quiero decir.” “Ah...”

La primera instantánea muestra un hombre mayor, con bigotes y musculoso, con cara de ser el acabador del mundo. “Ese es mi padre, antes de irse.” “¿Definitivo?” “Sí.” “¿A cuál país?” “Alucinorte.” “¿Te escribe?” “Más o menos. No me puede perdonar aquello” - un rechazo del odio en el gesto -. “Parece que le va bien.”

La segunda cartulina deja ver un muchacho de unos dieciocho años, pelado muy bajito, pero atractivo. “¿Y este?” “José Antonio. Fue con él, lo que tú sabes. Una lástima. Después del escándalo no lo vi más.” Ella prefiere no hacer comentarios. Se siente un poco extraña. Ella en ese lugar, hablando con un joven sobre sus relaciones con otro hombre. Del diablo, pero hasta resulta admirable que Leo sea tan valiente.

La tercera foto es del famoso Jorge. Nada de particular. Bonito y sabroso, como dice el mambo, pero nada más. Tampoco una belleza. A Lilith le parece haberlo visto antes en algún lugar. Leo se queda un rato mirando las imágenes y luego las guarda de nuevo en el armario. Quedan un rato en silencio y él aprovecha para poner música a bajo volumen. Sonido atmosférico. Después de la primera canción ella le pregunta si ha tenido relaciones con alguna mujer. “¿Con una mujer?” “Sí, claro.” “No. ¿y tú?” Ella decide ser sincera hasta las últimas consecuencias. “Sí, una vez, hace tiempo, pero ya no” “¿Por qué?” “Coño, porque no, a mí no me gustan las mujeres.” “Es lo mismo que me pasa a mí.” “Sí, pero no es igual” “¿Por qué?” “No sé, porque lo natural...” Leonardo sonrío levemente. “Lo natural es todo aquello que ocurre en la naturaleza.” “Bueno sí, es verdad, pero...” “Lo que no te gusta es el homosexualismo en general, o entre mujeres

nada más?” “Entre mujeres nada más.” “¿Aceptas el amor entre hombres?” “ Sí.” “¿Y no es lo mismo?” “No.” “¿Por qué?” “No sé, pero no es lo mismo. Entre mujeres me da un asco del diablo pero entre hombres no.”

Túneles de comunicación. Lilith y Leonardo conociéndose a fondo como vomitadores culpables. “¿Te fue muy desagradable aquella vez?” Ella demora en contestar. ¿Se lo dice o no? La luz los trae a olvidar la lluvia negra de la noche anterior. “Bueno, Leo, voy a confiar en ti.” “Te prometo que no se lo voy a contar a nadie.” Ella enciende un cigarro. “La mujer con la que estuve tú la conoces.” “¿Sí?”, él la mira extrañado. “¿Quién es?” “Amy, por eso me odia.” “Coñó, ahora entiendo...” “No entiendes nada. Éramos muy niñas y yo me dejé llevar, pero luego me dio asco y la rechacé. Ella nunca me lo perdonó.”

Leonardo queda callado durante unos minutos, aquilatando la información. Luego le pide el cigarro a su amiga y le explica:

“Escucha Lilith: la heterosexualidad acérrima no es natural, por eso tantas represiones, tanta inhibición. Si te pones a analizar lo natural sería la bisexualidad, o el sado-masoquismo, qué sé yo. No hay ser más sádico que un niño, ni más ambiguo tampoco, sexualmente hablando. Es la cultura y las prohibiciones lo que te hacen ser heterosexual. ¿Sabes por qué te digo esto? Porque para mí lo peor son esas tipas maternas como Margarita Pajot que tienen el cerebro entre las piernas, y te enamoran pese a saber cómo sientes, va y a lo mejor tienen el grandísimo honor de convertir a un maricón en mujeriego.”

Ella no sabe que responder a esto y Leonardo la coge por los hombros: “Lilith, no me defraudes”, esta es la parada, “Yo quiero ser tu amigo, tu hermano si lo deseas, pero nada más. Entiéndeme, no puedo.”

Hay un silencio donde ella quiere ponerle el corazón bajo la otra quietud: la amistad con que vigilar la fantasía desde un lugar común a los dos, y que nadie se vuelva acompañante poseído. “No te preocupes”, le dice Lilith y trata de tranquilizarlo con un gesto, “yo sé ser una buena amiga. Ya lo verás”, y sonrén. “Chócala”, le responde él y se dan un apretón de manos.



FRAGMENTOS DE LA BIBLIA NEGRA DE AAMÓN:

35. Y Luzbel encuentre a Lilith en Uttarakuru, y pidiole ser su marido, para criar hombres-pájaros, que lo ayudaran a libertar a la Grand Ma en el cielo, y Lilith contestóle “¿No ves? Soy serpiente; Iahvé castigó mi cuerpo; no puedo daros hijos con alas”
36. Y Luzbel díjole a Lilith: “Hablaré con todos los insectos y aves, y ellos nos ayudarán a criar hombres-pájaros para rescatar a la Grand Ma y liberar a los Diosas Triples.”
37. Y los pájaros e insectos negáronle toda ayuda a Luzbel, y dijéronle que Iahvé era su señor y a él obedecían, y Luzbel buscó en los límites del mundo, y ningún animal volador prestóle ayuda, ni ave, ni insecto, hasta que se adentró en las cavernas y escuchó la voz.
38. Y vio Luzbel que le hablaba el murciélago. “Sé a lo que vienes”, díjole este y con gran gozo posóse en su hombro. “Yo te ayudaré en todo lo que pidas”, y Luzbel sintió gran alegría en su corazón y regresó con él al lado de Lilith.
39. Y copularon los tres con gran alborozo y de su unión primero nacieron dos, Raphael y Lucifer, y después los otros: Belzebuth, Astaroth, Lucifugo, Agliareth y Fleuretti, y Sargatanas y Nebiros, por último.
40. Y preparáronse con gran secreto para rescatar a la Grand Ma y liberar a las Diosas Triples, pero Raphael sentía gran inquietud en su corazón.
41. Y Raphael fue a hablarle a Iahvé y díjole: “Has de saber que mi padre, mi madre y mis hermanos planean destronaros del cielo”, y también contóle todos los planes de su padre Luzbel.
42. Y Iahvé transformóle a Raphael en hombre-pájaro y con sus criaturas preparóse para sorprender a su hermano Luzbel y sus hijos-murciélagos.
43. Y después de una larga guerra en los cielos, Luzbel y sus hijos fueron derrotados y Iahvé ordenó que su hermano fuera castrado para que multiplicar rebeldes no pudiera jamás, y encadenóle al fuego del centro de la Tierra.
44. Y llamóle a ese lugar Infierno y decidió enviar allí a todos los hombres y hombres-pájaros y mujeres que no le sirvieran y obedecieran en todo, y junto a Luzbel encadenó a todos sus hijos.
45. Y a Lilith no importóle que Luzbel no pudiera concebir más hijos y fue su hembra para siempre, y juró ante la Grand Ma amarlo aún sin simiente, por toda la eternidad.

SEGUNDA PARTE:
LA VOLUNTAD DE UN CAMBIO

“Sometimes
Sometimes everything
Is wrong
Now it's time
You seek the wrong”

Everybody hurts
R.E.M.

KHAP

Después de ese día Leonardo y Lilith comienzan a salir juntos. Entre la vigilia y el canto a la nueva amistad no quedan ventanas propicias para las sombras. Abril. Después de las clases van un par de veces al cine y en otra ocasión a la costa. Lilith acomplejada, como siempre. Todo el mundo bronceado por el sol y ella dándole publicidad gratis al yogur. Su amigo también es muy pálido pero esa diferencia no parece afectarlo en lo más mínimo. Ellos, sin ponerse de acuerdo, han decidido hablar sobre cualquier tema que no sea referido a los brujos. “Lezama no tenía razón, los perros...”, han decidido romper con todos desde aquel horrible sabbat, para no oír ascender desde los sótanos del cerebro el aullido en voz de Aquiel, desde el mismo borde del mundo negro. Por lo visto el Lado Oscuro tantas veces preconizado por el shamán de los klippots es un retablo casi cuadrado que sólo sirve para esconder a cada culpable, todo es funcional de algún modo, hasta el títere. Aquí nunca estuvo la deconstrucción del cada cual a solas consigo, sólo tocar la superficie, como huevos de culebra que se abren sobre las otras serpientes reales del ser, todo es ser. Principio de la perversión. En eso están, comiendo un turrón de maní que compraron en la cafetería del Círculo Social, cuando él saca una agenda y empieza a escribir algo a toda velocidad. Luego le dice a Lilith que son unas ideas nuevas para la acción plástica de la que le había hablado y le pide que lo ayude a montarla. Ella quiere una explicación somera del asunto y Leonardo demora un poco en contestar, como reuniendo ideas. “Es algo sencillo, ¿sabes? Nada del otro mundo”, y luego comienza: “Imagínate un escenario con luz verde o azul intenso, ¿te haces la imagen? Bien, entonces a la izquierda del escenario, el huevo ese que viste en mi casa, pero forrado con nylon y dentro una forma humana con una luz naranja pulsante.” Ella de pronto se siente como la mujer que ascendió a la luna: “Parece un cuadro. Dale, sigue.” Al ver su curiosidad el muchacho se va entusiasmando con la explicación. “Bueno, pues esa serías tú. En realidad no es un huevo, es como un útero materno o un **octaedro de Holbach**, o lo que sea, pero no es un huevo, ¿entiendes? Y tú estarías adentro vestida con un *maillot* color carne” “¿Un *maillot*?” “Sí, eso que usan los bailarines, es como un *leotard* (no pongas esa cara), el mallot tendría los músculos y venas pintados y una máscara, pero sin

rasgos, o sea, como si no tuvieras rostro.” Ella, de pronto, se despertenece: “Coño, dos alitas y sería la portada de los *Nirvánicos, Made in útero*. No me gusta mucho eso del maillot, acuérdate que estoy reflaca” “Bueno, entonces desnuda.” “¡Qué va!, ¡Menos todavía! Me quedo con el leotard, gracias.” “Eso no es todo. También hay como un cordón umbilical que está conectado a tu cabeza y al huevo.” “¿Cuál huevo? ¿No habías dicho que era un útero?” “Eso mismo, vieja. ¿Te cuadra?” “Hasta ahora sí. Tiene una onda punk del carajo.”

Esa sería una buena opción, piensa ella. Un *performance*. Algo para mantener la paz en el vientre, para borrar la imagen de un tipo grave en pose de profeta, clavado en su inscripción de nacimiento. Y el problema es que en estos días lo mejor será olvidar ciertas flores del cuerpo, presentará solo facetas minerales, ninguna mujer; los hombres no existen, no están, tampoco la claridad para adelantarle y guiar su camino, “¿cuál camino?”, es mejor esta seguridad del todo, sin Aquieles rascacielos, sólo mirar y ser mirada, nada más.

“Bueno, sigo: todo empieza cuando rompes el útero y sales al exterior; va a escucharse una música electroacústica, entonces muerdes el cordón umbilical, lo desgarras y luego te quitas la máscara y el maillot.” “Y me quedo encuera.” “No, porque debajo del maillot tienes una camiseta y un jean ripiado.” “Ah...” “Entonces comienzas a reconocer el espacio y a relacionarte con los objetos tirados en el suelo.” “¿Cuáles?” “No sé, una muñeca, un vestido, cassettes.” “Mejor una guitarra eléctrica.” “Ok.” Y así, Leonardo le muestra todo lo que ha inventado y Lilith nota como le brillan los ojos, él ya está viendo la obra en algún escenario y a ella se le pega el entusiasmo y de vez en cuando también aporta ideas que su amigo va aceptando o rechaza de acuerdo a su esquema general y en eso están como dos horas.

“Después de reconocer los objetos, se escuchan voces confusas de tus padres llamándote. Los padres son unos muñecos de alambre y periódicos y van a estar fijos en el suelo. Hay una primera escena donde quiero dar tus ataduras con el Edipo y el nombre del padre.” “¿Qué coño es eso?” “Ataduras con la familia.” “Ah, ¿y cómo lo hago?” “Ya te diré después. Son ataduras visibles primero e invisibles después, hasta que caes en un estado de desesperación.”

Al llegar a este punto Lilith comienza a preocuparse al pensar que a lo mejor no es tan buena actriz como cree su amigo y no podría hacerlo, pero este le plantea que eso sólo puede saberse con la práctica y que además él le dará un mínimo técnico de actuación. Luego viene la escena del preuniversitario. En la escuela hay un pupitre frente al público; se escuchan voces de profesores dando sus conferencias o regañando alumnos y Lilith se va amarrando pedazos de poliespuma en las piernas y brazos y comienza a moverse como un robot, sube la mano para levantarse y contestar. La acción se repite hasta el cansancio, realmente sádico. Después Leonardo explica el fragmento siguiente que es el que más la atrapa de todos, porque se empieza a escuchar a muy bajo volumen una pieza de rock duro, “Esa la buscas tú”, mezclada a risas juveniles, “entonces te sientes atraída por la música hasta que deseas liberarte y te desprendes de las poliespumas, te pones unos collares y pulseras, coges la guitarra y comienzas a evadirte, ¿no?, y a hacer el sexo con ella.” “¿Cómo?” “Por supuesto, de mentira, chica. Tú siempre imaginando cosas, de verdad que eres una aberrada.” “Más aberrado serás tú.” “Ah, no me pongas esa carita que tú sabes que estoy jugando contigo. El clímax llega cuando rompes el pupitre de una patada y destrozas a tus padres con la guitarra.” “Eso me encanta.” “Ahí se apagan las luces y termina el primer acto.”

Leo guarda su agenda y le dice que solamente ha llegado hasta ese punto, que tiene algunas ideas para el segundo acto, pero no hay nada escrito todavía. Lilith le confiesa que le gusta mucho el *performance* porque se parece un poco a su vida real y que puede contar con ella. Coordinan, entonces, discutir lo que resta en casa del muchacho y, después, cuando tengan toda la obra planificada comenzarán a ensayar en serio porque en la segunda parte también trabajará él como personaje. A Lilith le parece bien. Sacude la arena de los muslos y se van a nadar un rato. Los hombros le arden como nunca y los tiene rojísimos, ahora piensa que cometió un error al coger tanto sol el primer día.

Ya en el agua se pregunta si a fin de cuentas la vida no será esto, aceptar lo que venga y no pedir más de lo que te llega, sin egoísmos ni posesividades porque en lo real nada ni nadie te pertenece, no lo puedes apresar y, además, toda retentiva es masoquista, mejor gritar: ¿quién no le tiene deseo y temor a la vida?, porque el resto es anodino, es Aquiel siempre infeliz hablando de despedidas o conceptos desconocidos, tratando de colmar su ocio con cardenales de drogadicto, con palabras, con ritos para afianzar su realidad

diluida, y en el fondo, es la angustia de no poder estructurar la muerte, es miedo. Claro que Lilith entiende sin comprender, lo intuye, pero no puede explicarlo en una cadena lógica de razonamientos, y tampoco hace falta. Ella sabe y basta.

A la noche se llegan por Choquelia. Por suerte es martes y no hay nadie del grupo en el Yama. De todas formas, para evitar un encuentro desagradable se van al poco rato de allí. Un atípico les dice que casi todos están en el Patio de la Virgen mirando videos de rock. Ya de regreso los sorprende un aguacero y llegan empapados al apartamento de Leonardo. Quedan en verse al día siguiente para escribir el otro acto. De todos modos tienen tiempo para brindar con un poco de té por la guitarra y los valientes. Lilith llega a su casa cerca de las once. Todavía sus padres están despiertos viendo televisión y le informan que alguien la llamó por teléfono. “Un tal...Rafa.” Ella les da las gracias y se acuesta a dormir, preocupada por la llamada. “¿Habrá pasado algo?”, y teme que sea alguna noticia atroz sobre alguna defunción suicida (segunda parte) o algo por el estilo. Toca madera y trata de no pensar más en eso, mañana practicará un poco de guitarra y verá si coge la canción esa que...

Lilith: “No había terminado de desayunar y ya estaba impaciente. Resulta que hace tres días Anabrio, el guitarrista de los Provos, me pidió que le guardara su *fender* con un amplificador y el bafle de referencia porque en su casa estaban construyendo y yo acepté encantada, dándole mil seguridades de protección y cuidado de los equipos y loca por oír las cuerdas. Así que a las nueve en punto de la mañana ya estaba punteando a todo volumen y despertando a los vecinos de la cuadra. Por suerte ya los osos se habían ido a trabajar. Me puse a sacar una especie de blues dedicado a mi padre que luego se fue transformando en un *trash* durísimo. Tocaba mis canciones y estaba como poseída, ¿no?, tremendo *power*, como para destruir las calles, temiendo a cada minuto la negrura de apagón, gritaba con la cítara y diluía el país, luego se me ocurrió grabar las piezas en un cassette y llevárselas a Leonardo a ver qué opinaba. En eso estuve como tres horas, soñando como siempre en hacer un grupo o comprarme un buen equipo - apenas me cayeran del cielo quinientos greenes -, no sé de dónde, un delirio adolescente, como tantos, después me bañé, almorcé - que asco, esto se está pareciendo a un diario - puse los títulos de las siete canciones en la tapa del cassette, lo metí en la mochila junto con los

libros y me largué para la escuela. Cuando terminara las clases iría directamente a casa de Leo.”

Apagón (segunda parte, ¿o tercera?). Abre la puerta la madre de su amigo con cara preocupada y le dice que Leonardo está enfermo, en la cama. De repente a Lilith se le quita toda la alegría. Cuando entra en el cuarto y lo ve tapado con dos colchas y tiritando de fiebre no sabe qué hacer, hasta se le humedecen un poco los ojos. Entonces descubre el cariño que le ha tomado, como si fuera su hermano menor o algo así, empieza a acariciarle el pelo y hablarle bajito para que se sienta mejor y Leonardo le susurra afónico que es una gripe por el aguacero de ayer, que debe tener las defensas bajas. Cuando se encuentre mejor discutirán el segundo acto de la acción plástica pero ella le dice que no se preocupe, ya habrá tiempo para todo. “Ponme música”, pide él y Lilith introduce su cassette en la grabadora. *Ningún pájaro de vagabundo...ninguna flor de la bruja...* “¿Qué es eso?”, pregunta Leo. “¿Son tuyas?” Lilith le contesta afirmativamente, orgullosa, y también que le regala las canciones. “Son tuyas, haz como si las hubiera compuesto para ti.” *Sólo dos lanzas de sal para venir de otro espacio...tres esferas de ácido para caer de este lado...y despertar, horror, despertar...* “Gracias, Lilith. Eres muy buena. Me gustan mucho.” Ella lo acompaña toda la tarde y sólo se marcha cuando la fiebre ha cesado del todo y el muchacho se duerme. La mamá le dice que se quede a comer, pero ella deniega la invitación - piensa que en realidad, con los tiempos que corren, es un poco abusivo eso de comer en una casa ajena más de dos veces la misma semana -. “Lilith, muchas gracias por todo”, se despide la madre. Ella le promete que regresará al día siguiente para saber como sigue Leonardo.

Que tú también puedes saciarte. Sorpresa. Cuando llega a su casa se encuentra a Raphael que la está esperando en la sala. “Hola”, ella no puede evitar frialdad en su saludo. “¿Qué quieres?” Rapha se levanta, cuelga la mochila en su hombro. “Te esperaba. Quiero hablar contigo.” Él mira a los padres de Lilith y susurra “a solas”. La muchacha de mala gana lo invita a pasar a su santuario y cierra la puerta. “¿Qué quieres?”, repite. Él se sienta en la cama y enciende un cigarro. Está nervioso. “Vengo por dos cosas: la primera es para pedirte perdón por lo de la otra noche. Estaba comiendo mierda; por poco te matan y no fui a ayudarte. No sabía lo que estaba haciendo, creo que mezclé demasiadas cosas.”

Lilith no sabe qué contestar. Le parece que lo del parque Husserl sucedió hace mucho tiempo. “Olvídalo. Otras personas me hicieron más daño.” “Sí, bueno...imagino que ya no se puede arreglar nada.” Esas son sus palabras. Ella traga en seco, no contesta y él sigue fumando, su rostro inclinado hacia el suelo. “Lo que deseaba decirte es que sobrio nunca lo habría permitido. Pienso que eres una magnífica muchacha y no quería irme sin decírtelo. Por eso vine.” “¿Te vas? ¿A dónde?” “Tú sabes. A Alucinorte. Esta vez sí me voy. Conseguí un bote y compré una pistola. Me largo de aquí. ¿No has oído las noticias?” “Claro que sí”, piensa ella. Aunque lo intentaran con todas sus fuerzas era imposible mantenerse totalmente aislados, siempre la realidad exterior los volvía a infectar de alguna manera, enredándolos con sus flujos, ya fuera por los fragmentos de conversaciones escuchadas de paso en las paradas u otros lugares públicos, por el radio a todo volumen en una casa aledaña o por los mismos debates parentales de sobremesa. Raphael sigue su explicación innecesaria: “Abrieron otra vez, un montón de gente se está yendo al descaro, delante de todo el mundo y yo tengo que aprovechar ahora, antes de que cierren otra vez.”

Ella de pronto se siente triste. Piensa que pudo ser la primera en irse, cuando se lo propuso Nacho - mexicano gordo, uno más de tantos -, y a punto estuvo de aceptar. En aquella época parecía que la hipercrisis no terminaría jamás, todos desconocían si acabaría de escampar alguna vez, suavemente, sin ríos de sangre, y cada nuevo suceso indicaba que no, de ahí la incertidumbre, pero por suerte pudo rectificar a tiempo. “Quería regalarte mis cassettes”, dice Raphael y su discurso se vuelve testamento, canciones por herencia. “Sólo me llevo aquel que grabamos entre todos”, y entonces Lilith redescubre al viejo Irving, parecido a aquel del principio, cuando cantaban juntos aquellas primeras piezas, las que componían los valientes - sobre los que se canta todo -, y ella piensa que Rapha debería haber nacido muy atrás en el tiempo, cuando los bardos celtas, o muchos años después, en alguna época o lugar donde un pedazo de pan no pesara más que un pulsar de guitarras, que un gritar a dúo, desnudos sobre las sábanas, la música saliendo de ti hacia los gemidos lejanos. “¿Cuándo?” “Esta misma noche.” Se abrazan. Ella hunde su rostro en el hombro de su amigo y reprime las ganas de llorar. “Te lo perdono todo, de verdad. Cuídate Irving.” “Sí. No te preocupes Lilith. Yo llego, te lo prometo.” Se miran un rato en silencio, luego él la besa rápido y torpe en los labios, le

dice “deséame suerte”, y se marcha. La última visión es su espalda fuerte atravesando el umbral de la puerta. Ella adivina que este es el principio del fin de los klippots. “¿Y ahora quién se hará cargo? ¿El Zepar? ¿Aquel? ¿Y por qué necesariamente tiene que haber un *leader*? Pero bueno, ¿a ti que te importa? ¿Ya no saliste del grupo? ¿Entonces?”



FRAGMENTOS DEL CUADERNO DE APUNTES DE LEONARDO

“*Items*, sentencia inicial: Se encienden las luces y comienza la segunda parte del *performance*: Lilith en movimientos de pantera feliz, recorriendo los límites de una calle muy estrecha, vacía de amantes. Divorcio umbilical; los padres existen, pero su constatación - rápido paneo de ojos a las dos figuras grotescas - se sustituye por un transitar sobre aceras que a partir de ese momento van a responder a toda incertidumbre y preguntarán por esos que están conscientes los unos de los otros, **objetos** que escuchan y responden por todos, y preguntan por aquellos que recuerdan los sentidos de un despertar en el final de Hypnos, sustancia-droga. Ella tiene conciencia de la maquinaria paterna, pero obvia todo contacto: no les habla, no logra encadenar sus (in)significantes, sólo queda la claridad, la chupada de humo ácido para cierto regurgitar de mares calmos. Aquí dudo sobre la conveniencia de actores en lugar de maniqués - como no me represento el rechazo de llegar a casa, con odio, con hipocresía -, pero al fin retomo la idea original. Luego, como si estuviera exhausta, Lilith se lanza a escribir - ese rechazo de viajar - y ríe con los trazos. Ese es el momento cuando entro yo, vestido de gris, y me lanzo a un juego de seducción ambigua, intentando llamar su atención.”

“Lilith se deja llevar, detiene la escritura y me besa, luego yo, entre sensual y generoso la tomo de la mano y guío su caligrafía y ella me sigue alegremente. La idea se levanta sobre dos montañas esenciales para cualquier análisis: pulsiones - Eros y Thanatos, claro -, la base de toda serenata a lo que queda y se clava o se muestra para borrar de alguna manera los versos inmundos de la calle. El personaje andrógino se duerme y ella revisa los pliegos, comprende su futilidad y los rompe en fragmentos minúsculos; después se aleja hacia el final del escenario y comienza a escribir verbos al estilo de **reversibilizar**. Aquí surge cierta conflagración de principios porque yo rechazo esas palabras ya des-substancializadas por tanto metadiscurso, pero Lilith no está de acuerdo, así que este elemento queda para renacer más tarde y yo le prometo a ella que encontraré otras del gusto de ambos. Hacemos un breve intento de imaginarlas con muy poco éxito, el *item* no se deja levantar (y yo estoy consciente de que un túnel no es un túnel en tanto no sirva

para la fuga o el contacto), así que llego a la conclusión de que es mejor continuar frente a la opción improductiva del circuito cerrado.”

“Mi personaje (¿actante masculino?) despierta y no comparte lo escrito sobre la pizarra. Retorna a seducirla y ella, tal vez ángel, responde otra vez a quien desea refundir eslabones, sentimiento ordinario, y se ve obligada a escribir la frase *Soy feliz, soy feliz*, como castigo escolar hasta llegar al suelo. Al principio la dirijo, pero después sigue sola, por inercia (Tú eres la otra que atrae la sima increíble, la lluvia que hiela, pero no entristece), y entonces río despectivo al verla arrodillada a mis pies y luego arrastrarse hasta sus padres. Ella primero trata de reconstruirlos lo mejor posible, luego se pone una sotana, se quita los pantalones destrozados y se amarra de nuevo a los muñecos, como al inicio. (Ya no hay parques ni cavernas, solo desierto, llanura infinita salpicada por algunas dunas, pero nada más.) Lilith se sienta y escribe otra vez, ninguna expresión en el rostro. Original y tres copias. *Soy feliz, soy feliz*, les pone un cuño y los deja caer al público. Ya. Fin.”

Según Leonardo ahí termina la secuencia. “Superdeprimente”, piensa ella. La conclusión del *performance* indica la existencia de ciertos lugares siniestros que se pegan al esqueleto limpio de dudas, creyendo que sólo así se hila el final en una cama dispuesta en Troya o Bakú, para vivir desde fuera una muerte lánguida, récord de longevidad. “¿Qué te parece?”, pregunta el muchacho y Lilith expresa su disgusto: “No me gusta que se acabe así. Dan tremendos deseos de suicidarse”. El niño saca de repente su segunda edad: “Claro, eso es lo que quería dar.” “¿Y para qué?” “No sé...es una crítica a la sociedad, ¿no?”

A ella le gustaría que no sobrepasaran la hora, pero entiende que esos símbolos - los que se han obligado a escribir - no traen claridad, no traen luz ni ángel, sólo aire que se va, fuego muerto. “Yo tengo otra idea.” “¿Ah, sí? Dímelas.” Lilith le explica que a lo mejor el problema está en el **software**, no hay recursos, cierto, pero hay que dejarse nacer, si no te dejas, no naces (¿de quién será la frase?, ¿de dónde salió?) “Es que las cosas no son así Leo. Has puesto un sólo huevo y en realidad son muchos.” “Sí, es verdad.” “Fíjate: cuando lo último está sucediendo, ¿por qué no empiezan a salir otros

hombres de sus úteros, se quitan el cordón, la piel y empiezan a escribir o a bailar o a tocar música?” “No sé. ¿Tú armarías otros huevos?” “Eso es lo de menos.”

Lilith se lee y se descubre distinta. Alguien la devora, sí, pero no quiere creer en ese quien del espejo, esos ojos de fuego que abrasan la claridad. Piensa que a partir de ahora, cuando sueñe, ya no será la ciudad, los terneros desbrozando la resignación de las realidades, proyectadamente policiales, la imagen común de alguien viajando a solas, pacífica, sola frente a las puertas cerradas, ahora es distinto.

“Me gusta, Lilith. Entonces yo, el andrógino, intentaría seducirlos también. Algunos me rechazarían, otros no, pero como quiero abarcarlos a todos y me es imposible, los ya manipulados descubren la falsedad y me rechazan de nuevo.” “Bien, muy bien, sigue.” “Y entonces me voy volviendo como un reptil, ¿no?, como si me estuviera destruyendo poco a poco. Me pongo la máscara sin rasgos y me voy quedando inmóvil...” “¡Y entonces los otros comienzan a lanzar los papeles y yo, asombrada, los observo y después me uno a ellos! ¡FIN!” “Exacto, Lilith. Un poco utópico, pero sí, ese sería el fin. Te felicito.”

Sí, es distinto. Ya no está sola. Ahora hilvana familiares abrazos perdidos y le parece que fueran espíritus entregados a un nacimiento de ideas, Leo y ella comprando milagros - ningún canto sangriento, ningún secreto, todo por la claridad -. Lilith en un arranque emocional abraza a su amigo y lo besa con júbilo. “Ahora sí, mortal.” “¿Te gusta?” “Sí, ahora sí.” “Déjame escribirlo.”

Lilith: “Por supuesto, después de todo lo que pasó me doy cuenta de que el *performance* aquel no era nada del otro mundo, ¿no?, pero esa noche, cuando Leo puso otra vez la palabra FIN y nos miramos, pensé que habíamos hecho algo grandioso y me imaginé a un millón de gente en el público gritando y aplaudiéndonos y nosotros saludando alegres. ‘Vamos a celebrarlo’, me dijo él y salió del cuarto. Yo puse un cassette y me fijé bien en la armazón de alambre del huevo para saber como haría los otros. Del diablo, no era fácil. Leo entró con dos copas donde tintineaban cubitos de hielo. ‘Es vino de piña’, explicó y me alcanzó el más lleno. ‘Por nosotros’, y brindamos con un golpe fuerte. ‘De aquí para el Oscar’, dije y subí la grabadora a todo volumen.”



LAMH

Lilith siente el frío que corre por sus venas y se estremece. Jamás volverá a hablar del amor, ese concepto que se tuerce y tiritita en espiral, ese animal sordomudo lleno de alfileres causando dolor en todos los puntos del cuerpo. Ahora odia a aquella niña flacucha que se muerde la lengua en el patio de la escuela, se estira, persigue salamandras alrededor de los troncos de árboles, su único deseo es cruzarse con ella en ese instante del espacio y el tiempo, abofetearla al borde de la escalera, abrirle los ojos, ahorrarle la mitad del camino a la mente violada a destiempo y marchitándose en caminar desenfrenado bajo un hervidero de sopas alucinógenas. Cambiar su mirada, alejarla de todo libro, de toda caricia precoz, evitar, esquivar los futuros estallidos del deseo inconsciente, raptarla, hacerla crecer lejos del olor a ciudad de hombres sudorosos - sólo el de la lluvia en el bosque, sólo el saludo de los gorriones y cualquier otra especie no hipócrita -, y sobre todo: renunciar a la totalidad de su yo. Empezar otra vez, de cero. Desdichados los que se resignan porque de ellos nunca será el reino de este mundo, ni de ningún otro. Renunciar al miedo y empezar desde la niña de fémur alargado. Hacer otra canción. Llegar al patio y sentarse a su lado y saludarla y preguntarle su nombre. Encontrar la otra puerta. Desde el principio.

Lilith al regreso del preuniversitario y su caminar lento, relajado. Sabe que el precio de la paz es vivir sin lujos y no le aterra como a otros las miradas críticas a su atuendo desgastado, todo lo contrario: le aterrorizan las mujeres como vitrales, como la Fénix, mujeres que vuelven al principio de ofrecer su cuerpo objeto en papeles de celofán y pintura fosforescente. Los hombres son peores y nunca quedan conformes, pegan sus ojos aceitosos a los milímetros de piel tersa que transparentan las camisetas holgadas y entonces ellas sonrían en diversión secreta o pública y miran el crecimiento de sus garras y bultos en los pantalones, labios en contracción imperceptible, bebiendo besos imaginarios en reflejo Pavlov - salivales incluidos, meneo de cola y ladridos también - a ella le gustaría escupir contra esas miradas ridículas llenas de impotencia, “Sosiégate querido, recuerda que soy bruja”, les dice mentalmente y se siente pura e inaccesible porque entonces no sería agua para beber ni barro para modelar, sino todo lo contrario:

agua para modelar, barro para beber. Claro que a ella no le interesan esos hombres, buscadores de vírgenes.

Quizás la solución sea terminar de una vez de arrancarse sus ridículas alas de ángel, de cisne, y cambiarlas por las del vampiro, el murciélago. Convertirse en el deseo mismo, en un centro de seducción, en una canción sincera y libre, en oro, sexo y droga para los cretinos, o aún mejor: simulacro que esconde al demonio hembra, la mujer como punto de posibilidades infinitas, encontrarse al final del límite, su Yo real bifurcado en múltiples desdoblamientos y después que sea lo que sea: Apuntar un fusil con mirilla telescópica y empezar a matar hijos de puta; pintarse de azul y salir desnuda a masturbarse e ignorarlos a todos, a todos; re-crear su imagen, su diferencia, crucificarse al estilo del Anticristo, luctuosa e impúdica a la vez, con las piernas hacia arriba y la túnica manchada de semen y lodo. Entonces podría arrojarse a la calle y salir indemne, reírse de todas las paredes, espejos y consignas, ya no sentiría dolor porque nunca podrían lastimarla, “Lilith”, como decía su tarjeta, “Reina de los demonios súcubos.”

Metamorfosis de lo reprimido. Ella piensa que lo primero en transformarse debe ser su cabello. Zas. Un golpe de tijeras y ya eres otra persona. Al principio piensa pelarse al cero o a lo mohicano, pero luego comprende que esto sólo ahuyentaría a los hombres - futuras víctimas - por lo que decide emular a la Fénix y quedarse en un corte cuadrado, como las modelos, el pelo a ras de la nuca. Cuando regresa de la peluquería sus padres la felicitan y el Oso mayor hasta se digna a invitarla a viajar con ellos. “Nos vamos unos días para casa de tu tío en Arte-Misa, ¿Quieres venir?” Ella se niega con una sonrisa: “¿Cuánto tiempo exactamente van a estar allá?” “No, nada más el fin de semana. Regresamos el lunes por la tarde.” Como gesto de sublime generosidad el padre rebusca en su cartera y le regala diez flamantes greenes. “Toma. Si eres inteligente los cambias por pesos y ya tienes dinero para tres semanas.”

Cuando por fin se marchan ella piensa que llegó la hora de la reivindicación hippie, del mundo donde todos son amantes que desbrozan el camino a la sabiduría, que siguen la huella del pincel de Dalí, que ofrecen nuevos ojos para perforar rascacielos, para suicidarse en masa con agonía dulce hasta el orgasmo, para sembrar rosas en las tumbas de los mártires - *Janis, Morrison, Cobain* y los otros -, para acostarse a dormir desnuda en medio de la sala, en una estera llena de frutas y yerba, lejos de todos los anzuelos y

verdugos que acechan, de todos los androides melalcohólicos y sus ochenta y tres mandamientos.

“Hoy odio a todos los padres del mundo. Pienso que ninguno deja de ser ladrón de nuestra existencia, siempre la nariz de madre, de cualquier madre termina por oscurecernos las metas, las metas propias, en realidad no son padres, ¿quién se los dijo? Sólo son paisanos mayores de cuarenta años, mentalidades en quiebra, radiografía de la Sacidad Humana y una obligada después a obedecer su tajada de compulsiones, ultrasonido del Deberías, palabras como vaho de zánganos acuáticos, de Budas con guayaberas y para ellos toda la educación se reduce a descerrajar el corazón de las chinches - es decir, nosotros, nosotros somos chinches para ellos -, piojos en ebullición freática, ni siquiera seres humanos, pienso que si pudieran nos encerrarían a todos en un garaje y sólo nos sacarían para que admiráramos sus trapisondeos de halcón en una carrera ígnea para lagartos miméticos, país de Jauja: TU PAPÁ POR FIN PUDO VENDER LA BICICLETA Y TE COMPRAMOS UN PITUSA CON PARTE DEL DINERO y una, rebelde, avergonzada de los obsequios, una, comprada, pajiza culpabilidad, sabiendo que luego esos regalos van a servir para encadenarte: DESPUÉS DE TODO LO QUE NOS SACRIFICAMOS POR TI ERES UNA MALAGRADECIDA, y yo quieta, mejor dicho inmóvil, mejor dicho aquietada y mis verdaderos intereses bullen como ráfagas de recuerdos en saco amarrado, tajo de guillotina, mi cuerpo frente al umbral, descomponiéndose dentro de una vaina de cocacolas y azul prelavado del cielo de la Terminal de trenes VISITE TROPICANATUR, zanja de dólares *boomerang*, mis padres en corbata *stranger* despidiéndose afablemente, descifrando apenas el chirrido del eclipse cerebral de mi cabeza, pidiéndome garantías de asistencia frecuente a la Jaula pedagógica y yo que se lo prometo, curado ya el Oso se marcha seguido, *of course*, por Madre sólo hay una, los dos rodeados por un halo de ignorancia total. Por fin, ya soy libre. Ahora podré hacer lo que me dé la gana: mandar la escuela al carajo, poner música con los bafles a tope, andar por toda la casa desnuda y si me vuelvo loca hasta meter orgías aquí, el olor a sexo en cascada por los pasillos, cuando regresen la madriguera va a estar deliciosamente podrida.”

Devenir animal. Rito de la Pantera Blanca.

Lilith tiene hambre. No es la hora, es el cuerpo, por lo tanto debe ser consecuente. ¿Cuándo se ha visto a una pantera sacrificar la caza por los recuerdos? Un espasmo de hojas en el bosque lejano la acaba de decidir. “Acostada sobre la roca solo encuentro descanso y mi especie debe sobrevivir.” Por ejemplo, la sala podría ser una selva, y el refrigerador...

Observa al animal azul e inmóvil, el animal gigantesco que se yergue inconmovible en un claro de la selva y esconde dentro de su piel la carne apetitosa y tibia, listo para ser cazado. Pensándolo mejor la imagen de la pantera ya no le resulta tan atractiva, mejor convertirse en una tigresa de esas de la India, amarilla y con listas negras por todo el cuerpo. Para que la ilusión se haga completa Lilith se desnuda y abre su mochila en busca de un plumón con punta gruesa y tinta oscura. Comienza a pintarse rayas en los brazos y piernas, luego en los senos, hombros y vientre y con un poco de esfuerzo en la espalda y las nalgas. Sabe que los trazos en muchos lugares ni siquiera son rectos, pero no importa. Ya está a punto de lanzarse al suelo cuando recuerda que falta el rostro. Sonríe divertida y también se pinta encima de los ojos, las mejillas y el cuello. No se permite pensar en otra idea que no sea la original: la casa es una selva y los muebles son árboles, hay animales ocultos en las oquedades, pero la pieza mayor se encuentra desprevenida. Por supuesto, la mitad de sus sentidos están atentos a la irrupción de los pasos de cualquier cazador que la obligaría a metamorfosearse de nuevo en persona para pasar inadvertida. Por un momento piensa “Hace falta que no toquen ahora esa puerta”, pero la rechaza por anacrónica a ese universo y se adapta a su función felina, ajena al ruido y las calles, “esos son los monstruos que quieren apoderarse de mi territorio y no puedo permitirlo” El tigre es un ser que caza en solitario.

Lilith casi no siente el peso de su cuerpo, salta al suelo por fin y en la ondulación del torso y el cuidado en no hacer el mínimo ruido se desliza despacio sobre las hojas y lianas de los árboles. Observa sus dedos y se complace en el poder que emana de la finura de sus garras. Es un arte la ampliación de sus percepciones, entrecierra los ojos y los contornos se difuminan, hay un fuego encendido en uno de los claros, debe alejarse lo más posible de allí si no desea encontrarse con los cazadores. Se descubre distinta a través de los verdes estremecidos por el viento, las patas que se afianzan en tensión controlada sobre el césped. Desearía que no hubiera luz, el animal podría verla y escapar.

Tiene el viento a su favor, el olor tan cercano de la presa la excita, ya a varios pasos se agazapa tras unas rocas y espera la ocasión propicia. Recuerda situaciones similares en el pasado, debe esperar que su víctima ofrezca la cerviz para poder desgarrarle la aorta de un zarpazo y evitar la cornamenta que de inmediato se girará para enfrentarla. Se siente segura de su victoria. El alimento no podrá escapar, más allá de donde se encuentra hay un pantano que le impedirá huir por allí. Ella saldrá del claro con la carne tibia manchada de la sangre olorosa que estremece los sentidos. En este momento el oído y el poder de rugir y paralizar a su víctima son innecesarios. Basta el olfato, la vista y el control de cada músculo del cuerpo, la velocidad del salto, la perfección de sus garras destrozando la piel y la carne. El animal se acerca al fuego y esto puede ser peligroso. Espera que dé su parte posterior. Esperar. El olor es tan excitante que apenas puede dominar su impaciencia. Todavía, todavía. ¡Ahora!

Un salto ágil y cae sobre su presa. Las garras abren el cuerpo con facilidad, la carne alumbra como fuego, pero eso no importa, ya la bestia está en los estertores, ya expiró para siempre. Ella come despacio y bebe su sangre incolora, arranca el pedazo de carne fría con movimientos bruscos, luego ruge con júbilo a todos los rincones de la selva. Hasta que satisfaga completamente su apetito nadie osará molestarla, ahora es la dueña del claro, todos se esconden y la observan con una mezcla de temor y envidia a su poder recién demostrado.

Lilith recorre el horizonte con los ojos perdidos del tigre. “Ya no queda ninguna de mi estirpe. Mujeres-pantera, mujeres-tigre dominando la especie. Nuestro miedo permitió que el ácido y las aplanadoras amordazaran nuestros genes, inundando el subconsciente con flores, príncipes encantados y zapaticos de cristal, más tarde de lavadoras y telenovelas. Ya no hay magia.” Enciende la luz de la sala y de la cocina. Digan lo que digan los sabios, ella sabe que no puede echarse a las calles. Hay demasiados cazadores de tigres.

Ansiosa, después de ese relámpago de lucidez que ha dado entrada a otra dimensión - “ciclo del eterno retorno, ¿yo era una tigresa en mi anterior reencarnación?” -, regresa a la realidad fría de los tubos de neón, ladrillos y refrigeradores. Por lo menos se siente mucho más auténtica que antes, el jadeo de su respiración la hace sentirse viva, casi convertida en árbol y yerba silvestre, aunque reaparezca la ciudad, vuelve a demarcar sus

límites y a hacerla suya, “la casa, no la ciudad, claro”, aspira con fuerza el aire y regresa el pomo de agua y los *sandwichs* al congelador. “Quedan tres, mañana me como uno en el desayuno, abro una lata para el almuerzo y me quedan esos dos para la noche.”

Ahora observa su cuerpo, sonrío por el sudor y la tinta corrida manchando sus senos y decide bañarse mejor que nunca, “al estilo de la purificación en el Ganges”, recuerda. Recorre los cuartos y la cocina con pasos largos, todavía felinos, recogiendo lo necesario para el rito: toalla gigante, champú, jabón, todo lo que sirva para lograr bastante espuma sin dañarse la garganta. “Putá androide”, le dice a la muchacha reflejada en el espejo. Enciende el fuego de las dos hornillas y pone a calentar agua en unos cubos, luego va al baño, coloca un tapón en el tragante y abre todas las llaves. Recuerda una de tantas películas donde la protagonista enjabonada toma de una copa de champán situada en la alfombra al lado de la bañera, pero luego decide seguir en la idea primitiva de la purificación budista y no caer en el kitsch de Cleopatra o la Duquesa de Rocanflor, aunque no le vendría mal un buen vaso de ron o ¿por qué no?, piensa, una cuchillita para cortarse las venas.

Bueno, al menos tiene yerba, poca pero suficiente para liar un cigarrillo. Este podría ser el segundo rito, devenir esquizo, una llamada a la paz de las aguas, a los viejos y nuevos tripulantes del submarino alucinógeno. Lilith se lleva el cigarro encendido a los labios y aspira la primera bocanada, ritual hipnótico. Espera. Aquí hace falta música. Años 60. La *Joplin*, modelo para armar. El humo se adueña de la noche rock, se lanza de una buena vez contra todas las espinas y vasallos, muerde el viento sin vergüenza ni sentido común, Lilith escupe todas las mentiras, se expone al cansancio de los pasos y gestos en libertad, para decir “por fin ha llegado la alegría” y convertirse en niña y gaviota.

Cuando termina de fumar se siente eufórica y con deseos de un poco más de locura. Rebusca en el joyero de su madre y escoge algunas argollas y cadenas. Se las va colocando en el cuello, las muñecas y lóbulos de las orejas. Hay una especie de eslabón suelto, abierto, y ella se lo cuelga de la nariz con una ligera presión, luego le divierte la idea y encuentra más argollas pequeñas que van a ocupar el lugar de los pezones, labios y ombligo. Ahora otra cadena en el tobillo, una más que parta de la nariz hasta la oreja y ya está. *Miss Piercing*.

Antes de meterse en el agua, Lilith se contempla en el espejo. Se escucha “Detente.” Siempre ignora esa voz, siempre. Esta vez mira su rostro y una parte de su fisiología vuelve a excitarse. No le gusta el adorno en el labio - un poco molesto - pero el resto es maravilloso. Desprende la argolla sin esfuerzo y se vuelve a observar. A pesar de las pastillas, la vida noctámbula, las enfermedades y las ojeras, sus líneas y curvas siguen ofreciendo una frescura adolescente y, aunque bastante modestas, son armoniosas. El nuevo pelado se ve muy bien. “Eres bonita, ¿sabes?”, le dice a su imagen invertida, “puedo hacer brotar hombres con todos los fuegos de mi cuerpo.”

Palpa con sus dedos la curva de los muslos y el vientre, acaricia delicadamente la piel de sus senos. “Encuentro tu goce, pero tú no hallas mi voz.” Ahora abre las piernas y se coloca la argolla en el clítoris, detalle final. “Eso te mereces, por esclava, por no darte lugar.” Acerca sus labios y los posa sobre el cristal frío. “¿Ves? Yo te domino y por eso no puedes herirme.” Se sumerge en el agua jabonosa y se deja penetrar por el calor en sensación placentera. Lilith vacía, pero sin perder la vista del agua, la espuma que deja ver el ascenso de su caverna a lo lejos, no puede oír el viento ni sus torturas, sólo besar los labios de esa cuasiverdad que desaparece, la oscuridad de su interior parcialmente real, educarlo y protegerlo para que el extraterrestre le enseñe la fusión termonuclear y muera en otro tiempo que también será imperfecto o pútrido, el futuro no existe, devenir androide.

Ella atrapa el jabón que está a punto de caer dentro del agua y se frota el cuello, los hombros y de nuevo los senos, hasta sentir cómo con el roce de las argollas se le endurecen las puntas. “Ya lo decía. Eres una puta. No me convencen tus rechazos, haciéndote la niña tímida, el ángel disfrazado de monstruo, dejándote usar.” Ella sabe que la otra del espejo puede restarle y desintegrar sus alas, que esconde el pubis para engañarla y luego venderlo por solo una entrada a cualquier concierto de yerbas, esos pedacitos de alegría para hacer ruido, para bajar del pararrayos cantando y golpeando todas las ventanas donde la libertad delimita las cercanías, porque el desorden del cerebro es percepción levantada por el humo y nada deja de existir, todo es mentira, hay muy poco mar y la luna postal turística está mal coloreada y entonces la virgen Daybel del espejo revolotea. ¿Qué le queda sino eso?, revolotear marchita en el orgasmo del miedo,

en la metástasis del ridículo; Lilith quisiera sincronizar el nacimiento del tiranicida, ¿se podría liberar entonces?

Saca una pierna fuera del agua, se mira las uñas del pie y sonrío. Se echa hacia atrás, cierra los ojos y se estira como un lagarto. “Podría imaginarlo: te bajas la falda o el jean o lo que sea hasta media rodilla y dices ‘Al carajo los hombres’ Entonces ellos siempre estarían cerca, deseando morir en tus piernas, entre yerba, alcohol y algo de penumbra, muslos de leche, inmóvil”, y ella observando el objeto que vomita lo ya conocido, ahora apuntan sus lanzas y la clavan en el ojo que posee su cuerpo, se convierte en niña sádica y ellos escuchan el látigo, el grito del cerebro diluido en ácido, *Fuck me, beautiful girl!* Ella acaricia su cuerpo debajo del agua y entrelaza sus dedos en los vellos del pubis.

Lilith quisiera ahora contestar el por qué y el cómo de estar viva, unir su mente y su vagina, encontrarse de nuevo en cada cicatriz de pasado sin tener la obligación de oír el chasquido del zipper ni el gemido trunco “por favor, por favor, no me tortures”, y luego ella que es casi secuestrada por el deseo de la oblicuidad de las paredes húmedas, por el placer de ver su tristeza como ajena, sin comprender el significado, el significante de una lágrima, mueve su mano de arriba abajo y a los lados y renuncia a la ciudad para drogarse con caramelos y pinchazos de luna, la luna libre y enigmática encima de sus tenis altos.

Rito de Venus. La sensación que recorre su cuerpo la hace morderse la lengua y sentirse en nirvana. Lilith gime y proyecta un pedazo de ectoplasma a la atmósfera del baño, toma el sol que le brinda la lluvia de luz desde el techo, apaga la noche y se sumerge en el agua llena de burbujas. Las gotas brillan en cadena, las piernas reciben el jabón de la superficie, se une al cuerpo imagen, se ama a sí misma buscando la revelación final, entrega sus dedos al polen tibio, barre las avenidas del vientre, se imagina soñando el sueño de su doble, la caricia de las uñas sobre la argolla, sobre la carne, bastan para hacer música, la noche aúlla ante el redescubrimiento del placer infértil, orgasmo que viene creciendo entre condecoraciones blancas, más rápido cada vez, el placer es una explosión que parte desde el universo subaqua y asciende en olas de luz y calor hacia el pecho, el dedo tortura hasta que los sentidos enceguecen, Lilith es una nova que arde y perece en el arco supremo del clímax...



MEH

En el billonésimo aniversario del día en que Dios decidió - por fin, que suerte - descansar, Lilith y Leonardo vuelven a la costa, en busca de los predios del Leviatán. Ella le cuenta a su amigo sobre todos los atípicos del sábadochoquelia, después verán con cual personaje se masturban o almuerzan, imaginariamente, la muchacha escribe y describe y no hay verdad. Realidad abstracta. Habían planeado infiltrarse en el Círculo Social de los HP - hijitos de papá -, nadando por detrás del teatro Hendrix, pensando que en dicho lugar había una cafetería bastante aceptable, con precios como dedicatorias tiernas, pero sucede que se encuentran a Azrael y al Zepar con una muchacha desconocida “se las presento: Alina”, y luego de los saludos y besos de rigor deciden quedarse en la *coast*. Cinco brujos en los orificios puntiagudos cársicos. El hada ha traído una pelota y todos se entretienen un rato jugando voleibol.

Hay algo solemne en la manera en que Zepar trata a la muchacha, como si fuera una copa de santuario, cristal de Bohemia. Al cabo de un rato el sol comienza a violar sus espaldas por lo que deciden interrumpir el juego y meterse en el agua. De inmediato Lilith toma una gran bocanada de aire y se zambulle.

Renacimiento. Hay algo del espíritu del innombrable que parece rodearla cada vez que bucea, sensación de revolotear ingrávida, un regreso al útero, principio de toda creación-destrucción, alegría vivificante. Por desgracia no logra transformarse en sirena y después de aguantar el máximo de tiempo posible regresa a la superficie para respirar, impotencia mamífera. A los quince minutos de salpicar agua salada en todas direcciones, ella siente un poco de frío. “Acompáñame”, le pide a Leonardo y salen del agua.

Ya cuando están todos en la orilla, Azrael los empieza a chotear por el color púrpura de sus espaldas y les dice que parecen langostas. “¿Por qué siempre tiene que ser así?”, piensa Lilith un poco enojada. Luego Zepar les pregunta el por qué ya no van a las reuniones del grupo. Ella aparenta no escuchar y el Zepar repite la pregunta. Leo trata de cambiar la conversación y Lilith responde con evasivas, pero entonces Azrael dice que los necesitan, “indiscutiblemente”, los Brujos sin el Rapha se están desintegrando y ya

casi nadie va a las reuniones, y las pocas que realizan son caricaturas tristes de las de antes. “¿Y Aquiel?”, pregunta Leonardo, pero Zepar contesta que “ese hijo de puta está cada día más loco, y la Amy por el estilo, una onda sadomasoquista elevada al cubo”. “¿Y ustedes?”, pero Azrael dice que están vacíos de ideas y así no es divertido, se están repitiendo demasiado. “Vayan aunque sea una vez”, casi suplica y cuando Lilith mira el rostro de Leo descubre su indecisión. Por lo visto en el abismo se unen todas las risas y lágrimas, todas las mentes. “Está bien”, contesta ella sin pensarlo, “de verdad lo estoy extrañando un poco” y se sorprende cuando Leonardo apoya su idea con un “ok” inesperado. Fronteras del todo o nada. Los cinco trapezistas se disfrazan para protegerse del vidrio-desnudo-sol, a las once y cincuenta y dos del mediodía. El Zepar y Azrael aúllan con júbilo y Alina les regala cigarros. “La próxima es en la rockoteca, el próximo sábado.” Los cigarros saben a estiércol. “Jodemos un poco hasta la una, que es cuando cierra y después venimos todos para la costa, no fallen caballeros.”

“¿De dónde sacaste esta mierda?”, pregunta Lilith después de la primera bocanada. “A nosotros nos dan cajas todas las semanas”, contesta la otra, un poco avergonzada, “son como las de la bodega”. Zepar vuelve a la carga: “De verdad que podríamos tratar de que fuera otra vez como antes”. Luego van a bañarse nuevamente.

Leonardo le explica a Lilith que todavía hay tiempo de salvar al grupo, pueden hacer un frente común y arreglar las cosas, lo más fácil es dar la espalda e irse. “Es como un país, ¿entiendes?”, y trata de convencerse a sí mismo, “Es como un país dentro de otro país y depende de nosotros, ¿entiendes?, podemos hacerlo mejor.” y lo dice con tal poder, con tanta seguridad que de pronto ella siente un nuevo brotar de adrenalina por las venas, en resonancia con los demás. Basta de gemidos suaves al oído del mellador de navajas, la voz de Aquiel a través de terceros la jode más que su impresencia; odia su disfraz, entre otras cosas porque con él no cabe entre sus dedos el árbol inútil, se cansa, aburrida está después de destrozar todos los órganos fijos de rabia y ocio en cualquier esquina, y el maldito Jerarca esquizofrénico siempre susurrando, nombrando los límites del espacio en la calle de pavimento azul. Basta. Abajo la dictadura y vivan los anarcobrujos. Lilith se sumerge en el agua, se deja empapar de sombras y mar y esto es todo.

Lilith corriendo entre disparos y ráfagas de ametralladora. La cuestión sencillamente pudiera ser esa: crear un nuevo país como hicieron con Palestrina - un viejo nuevo país -

ella se desliza por toda la rampa de lanzamiento de misiles tierra-aire del Sahara; quizás la cuestión sea unirse al nuevo tallo universal, al nuevo vals de pensamientos, dejar de una vez de lanzar puñetazos a la monotonía de un albergue para zombies, comenzar a descubrir con manos y cabeza la nueva realidad, aprenderla, aprehenderla, chutar los golpes de respuesta, lanzarse de una vez y por todas a la concepción de lo efímero-frustrado de toda felicidad egoísta, alzar los ojos con asco de toda imitación de vida, colocarse a la grupa del haz de gaviotas, por fin, convertirse en lanzacohetes sin pretensiones de Mahoma, de Jesucristo redentor, golpear en la parte occidental-central-parietal de tantas mentalidades pixels, abofetear las concepciones caducas cuasinazis de tantos rostros, romper a palmadas el quiste mental de los narcisos idiotizados, salir del sancocho alucinógeno, tocar un tambor de hojalata a los cuatro mares, gritar, cantar, sacar a latigazos a tanto mercader de citas malinterpretadas, odiar, odiar más allá del aire, más allá de los montes Urales del mapa escolar y los libros de tanta ave rapaz con gafas, batas de algodón y monograma, romper el cuño gigantesco de clasificar y aplastar individualidades, destrozar y desintegrar hasta su más mínima expresión ese cuño, coño; desconsiderar de una vez y por necesidad a tanto viejo barrigudo mamando chupetes históricos, “¿de qué te vale el pasado si te cagas en el presente?”, sacudir los ojos, observar en rayos equis tanta obscenidad del truco efectista discursivo; chapear, machetear toda la fronda de palabras huera y sustituirlas por otras, reírse de todo ese harén ilustrado, enfrentarse comprendiendo la magnitud del lance, las espinas o jeringas que se clavarán necesariamente y que dolerán, también necesariamente, pero es que el tiempo cambia, las nubes cambian y están pronosticando un nuevo frente, sólo que esta vez van a llover navajas...

“Oye, ¿qué piensas? Te has quedado como tonta. Dale, vamos a salir ya” (Los problemas mentales en China se centran en la causalidad supersticiosa de la enfermedad como algo relacionado con la invasión de la mente por espíritus nocivos, una noción que...)

De la costa se llegan a casa de Lilith y se entretienen un rato descargando con la guitarra. Cinco punteos de cítara para celebrar el nuevo amor del Zepar y Alina. Azrael pide la *fender* con toda seriedad, pero a las tres primeras notas todos descubren que ha sido una broma, porque el negro no logra esbozar otra función de las cuerdas que no sea

como papel sanitario. La ciudad vacía de gritos, así que de pronto se impone un cassette de los *"Fabulosos desastres"* y ellos se ponen a bailar como en los buenos tiempos, desfile carnaval por la violación acústica de las paredes del puto vecindario. "¡Qué se jodan!", luego Lilith le pide al Zepar que se lo deje para grabarlo y él acepta.

"Ya terminé con el útero", le dice Leonardo en un momento que ella se sienta sofocada en la cama. "Me sobraron alambres, te los voy a dar para hacer los otros." "Está bien", le contesta Lilith y de pronto toma conciencia de su alegría. "Caballeros", les pide a los otros, "me hace falta alambres y nylon." "¿Para qué?" "No me pregunten. ¿Pueden conseguir?" ellos contestan que intentarán buscar entre sus conocidos. Luego, cuando ya los demonios deciden irse - dejando un montón de ropas quemadas en el santuario de la reina súcuba -, esta le explica a Leonardo que irá por la noche a casa de Elisa a grabar el cassette. "Ok", contesta su amigo y pide que le alcance la mochila, "yo voy a pintar un poco". Quedan en verse por la mañana para comenzar a construir el segundo huevo, también ensayarán otra vez la primera parte de la acción plástica. Un beso. "Adiós." "Adiós." "Recuerden el jueves la rockoteca." "Sí, sí."

"¿Qué piensas de la muchacha del Zepar?", pregunta Leonardo una vez que se han quedado él y Lilith a solas en el cuarto. "No sé...", contesta ella, "¿un clítoris demasiado infantil?" "No, no es eso. ¿Sabías que ella estaba en Los Cocos?" Lilith tarda unos segundos en asociar el significante "Cocos" al sanatorio para los enfermos del SIDA. "¿Ah, sí?" Después de la primera impresión ella se encoge de hombros: "¿Y qué? Si están enamorados y se cuidan, felicidades. Primera vez que veo al Zepar tan feliz." "Es verdad, bueno, entonces hasta mañana." "Sí. Chao." Ella cierra la puerta después que su amigo baja las escaleras. Guarda los equipos, recoge los cassettes y se acuesta en la cama. De pronto imagina a Aquiel amarrado con nylon y alambres y ella sobre él, ensartándole agujas por todo el cuerpo. Y el problema es que Lilith no sabe qué hacer si va cabalgando en visiones de sangre y sin embargo no puede apartar la luz de las tinieblas. "Te odio, cabrón."

Ya están en Mayo, a dos meses casi del último sabbat y todo se evapora en medio de la hoz que siega melenas de leones, brazos, antiguos nexos, y ella piensa divertida que la tortura de las agujas y el cuerpo amortajado en nylon sería perfecto para Amy, un magnífico performance, "¿Cómo te sientes ahora, querida? ¿No te da miedo el viaje al

Abismo?” Como variante siniestra las agujas podrían muy bien estar infectadas con sangre de Alina, pero no, ya es demasiado. Lilith retrocede asustada ante el límite perverso, rechaza rápido la imagen, no tanto por Amy o Aquiel, sino por la muchachita. Tal vez si se lo contara a Leonardo como un sueño accedería a pintarlo, “Escucha cuanto te permitan, ningún pintor del país grafica ya nada de lo que no pasa y se muestra”, Lilith se deja nacer.

Parasite woman. Como cada tarde, después de una pequeña siesta despierta bajo una descarga de su madre por no haber sacado la basura, ni subido los cubos de agua, ni haber ido a buscar el pan, ni haber limpiado la casa, ni haber, ni haber...etc. (La ternura disfrazada de contrario, madre superiora - sucesora - de pisadas llenas de barro y polvo y esperma marchito.) Lilith piensa que sus padres piensan “que una debe vivir sólo para hacer colas y conseguir comida” Indudablemente, no pertenece a la especie. Cultura matrilineal, educada para servir al falo esplendoroso. *Stop. Penis at work.* A veces sólo queda como último recurso golpear la cabeza contra los contenes y alcantarillas de la **esclaviTur**, saltar y esconderse por los tejados, o reírse con todo cinismo y en el fondo estar caminando en la curva del llanto, repartiendo bofetadas a los animalitos del bosque.

Lilith: “Te aclaro: No es que fuera haragana, sino que estaba consciente de que hiciera lo que hiciera, nunca los iba a satisfacer y de todas formas me echarían perras descargas así que para aliviar el estrés los obedecía cuando me daba la real gana, y basta. Esta gente no entiende, ni siquiera ahora, que una no puede acordarse siempre de esas estupideces materiales.”

“Estupideces materiales, ¿no?”, le grita el Oso feroz, fuera de sí, “¡pues bien, hoy no comes!, ¿qué te has creído?”, y otras frases tan manidas como “yo no mantengo princesas” o “uno se mata trabajando por ustedes...”, etc., que a Lilith le daban deseos de largarse a vivir debajo de un puente. Pero bueno, esta vez no quiere llevar las cosas tan lejos, así que agarra el cubo de la basura y después acarrea el agua y así tiene una tregua hasta el día siguiente. Piensa que en realidad los **acervos osos familiares** no tienen la culpa, solo están esperando eternamente por su “sentido común” para recluirla en sus besitos húmedos de padres amantísimos - pobres viejitos en tierras ya devastadas -. Ella se disfraza de candidez celeste hasta que ya no soporta más y estalla lanzando sus cadenas a todos los rincones, rompiendo cristales, quemando abrigos y sueños de

inocente púber. Entonces ellos vuelven a pensarla como zorra que acecha el precio de un artículo *stranger*, realmente insoportable. Por eso esta vez, apenas se baña y devora su comida - una concesión de Papaíto Piernas Largas -, se marcha de ese infierno para casa de Elisa.

Hoy en **Uttarakuru** - paraíso hindú - hay como una especie de reunión de **aristopsiques**

- tipos intelectuales con gafitas posmodern - y uno de ellos está dando una conferencia de filosofía esquimal, o algo por el estilo, porque a Lilith le parece que habla en otro idioma; no entiende nada, absolutamente nada, peor que nunca. Elisa la saca rápido de allí y la mete en su cuarto para que grabe el cassette de los *Desastres*, con la condición de que se ponga los auriculares y no moleste, mandamiento que ella acepta, por supuesto. De todas formas la puerta está abierta y así puede observar lo que sucede en la sala. Resulta cómico: tremenda parafernalia en sus oídos, y ellos sin mover un músculo, con caras de rescabucheadores (*voyeurs*) de dedos titilando clítoris húmedos, atendiendo al ¿profesor? Y apuntando algunas frases en sus papeles o agendas, todo atención y como paralizados. Ella se quita un momento los auriculares y ¡sorpresa!, el tipo está hablando de los Brujos. ¿Será posible?

“Aguilar insiste en la subcultura de los klippots y le asigna un lugar privilegiado dentro de la **Realucación pornográfica**, o el **devenir animal**, donde el sujeto es marginado y se automargina, tratando de obviar todo modelo (cosa imposible), o intentando afianzar un presente sin simulacros, o con simulación consciente a partir de la ingestión de psicofármacos y la resemantización del lenguaje y de los espacios sociales, una especie de resistencia frente a los modelos, buscando su reversibilidad en líneas de fuga como retirada de la sociedad.”

Lilith observa que más o menos todos visten de forma parecida, con blusones y sayas por los tobillos, las mujeres - onda neohippie o indigenista -, y camisas de mangas largas, los hombres. El orador parece hablar desde una vidriera que vende libertades o pianos de correo, está vestido de negro total - “caramba, qué coincidencia, ¿no?” -, y por lo visto sus frases son brillantes, porque después de terminada su perorata están un rato discutiendo y gesticulando - a veces hasta enojados -, como si lo que hablaran fuera lo más importante del mundo. Entonces ella comprende que sería exactamente igual si

alguno de ellos visitara algún aquelarre; no entendería nada, con tantos nombres de grupos al revés, las palabras unidas, todos los lugares con sus denominaciones cambiadas y se sentiría un extraterrestre por la ropa y el pelo, ¿no?, tendría que “automarginarse” como ella ahora. **Comunicajonamiento. Nubebergs.** Entonces confirma lo que todos, Aquiel, Zepar y Leonardo quieren decir con eso de hacer un país dentro de otro. Esta gente, los aristopsiques, también conforman un país en sí, con sus modas, lenguajes y relaciones. A lo mejor hasta tienen ritos y leyes igual que los Brujos.

Hay dos muchachas altas, al estilo de la Fénix, muy lindas e inteligentes, pero ni soñar hablar con ellas; por desgracia, no era, ni nunca sería de ese mundo. “Aparte, a mí no me gustaban los plásticos, ni los culturosos, ni la gente demasiado aristocráticas, siempre te miraban desde arriba, como si estuvieran subidas en una escalera y tú en el sótano. Siempre queriendo aparentar que eran los más sabios del mundo y en realidad lo que hacían era leerse setecientos libros, aprendérselos de memoria y repetirlos como unos loros para que todos creyeran en su gran cultura filosófica, pero sin ninguna idea original. La única excepción, o sea, tipos inteligentes que me gustaran, eran Elisa, Julio y Aquiel. Nadie más.”

Termina de grabar el cassette y Elisa la invita a compartir la velada con ellos, han sacado varias botellas y continúan el debate, ahora con los vasos repletos de ron o vodka. Elisa se sienta a su lado. “¿Y Julio?”, le pregunta Lilith después de probar un trago. Su amiga la mira con una expresión rara en los ojos. “¿Qué pasó?, ¿se pelearon?”, pero Elisa niega con la cabeza, bebe de su vaso y contesta: “Se quedó. En *Spain*. Me llamó y dijo que estaba bien, que haría todo lo posible por sacarnos a mí y a la niña.” “Coñó”, Lilith se queda sin palabras. La otra sonrío y cambia de conversación: “Bueno, ¿qué?, ¿cómo te va con Aquiel?, ¿ya se hicieron novios?”

Ella se empina del vaso y demora en responder. “Todo el mundo dice que está loco. Debe ser verdad. Está haciendo cosas que...mejor lo olvido.” Elisa vuelve a preguntar: “¿Y tú?, ¿cómo te sientes?” “Estoy triste, por supuesto.” “Pobrecita. Nosotras siempre buenitas y fieles, al borde del **infartoclímax**”, ahora se ríe: “Vaya, inventé una palabra maleta como hacen ustedes.” “Sí, es verdad.” Elisa le acaricia el cabello. “¿Sigues pensando lo mismo?” “¿Sobre qué?”, Lilith no entiende a qué se refiere. “Acercas de que el planeta completo es una mierda.” Ellas vuelven a reír y Elisa señala el vaso de su

amiga. “El otro día saliste bastante mareada.” “Es que ligué muchas cosas”, le explica, “no me acordé que había tomado pastillas”; “¿Y tú tomas pastillas?” “Sí, un poco, pero ya las he dejado bastante, prefiero la yerba que es mucho más sana” “Para escapar, ¿no?” “No. Para sentirme bien. Yo no estoy pensando en escaparme ni nada de eso cuando las tomo. Eso es lo que dicen ustedes.”

“¿Y quiénes somos nosotros?” “Ustedes, los aristopsiques, los psicólogos, toda la onda esa.” “Pero de todas formas es un escape, ¿no?” “Igual que ustedes, a ver. ¿Por qué están tomando ahora?” “Pero no es lo mismo, tú lo sabes.” “Bueno, sí, pero de todas formas es peor que la yerba, además, ustedes también le meten a la coca.” (Ella se harta del fango en los ojos.) “Elisa, yo no quiero hablar sobre eso, me drogo porque tengo muchos problemas.” “¿Y nunca has tratado de analizar esas cuestiones, tratar de arreglarlas?” “El problema es como en la canción esa que grabé ahora, ¿no?, *Yo soy el gato del portero del manicomio*, ¿qué puedo hacer?” “Coño, Lilith, si eres un gato por lo menos puedes arañar al portero y tratar de que no te estrangulen.” “Tú crees que yo no he pensado en eso?” “Sí, pero es que nunca los veo hablando de esos temas, parecen tan felices todos ustedes” “¿Quiénes somos nosotros?” “Ustedes, los brujos, los klippots.” “¿Y parecemos felices? No jodas.” “Yo pensé que nada más les interesaba la música, los ritos y al diablo la sociedad.” “Sí, deben vernos así.”

Lilith piensa en todo lo que dicen los Otros: que los brujos son sucios, adictos, sordos de vista, ciegos de oído, plantan donde no recogen y viceversa, sus espacios benditos y esenciales están herrumbrosos, quietos, siempre en las fronteras del Todo o Nada, hierba estiércol. Su amiga vuelve al ataque: “¿Y qué opinas?” “¿De qué?” “De la sociedad.” “Ya te lo dije. Opino que es tremenda mierda, todo es falso, desde la escuela hasta mis padres, la televisión, las consignas, todo. Me cago en todas las políticas y los gobiernos, en la policía, en las leyes...” “Coño, Lilith, pero eso es muy superficial.” “Sí, ya lo sé. Yo no tengo la cultura de ustedes y no sé explicarlo mejor. A veces me siento como un perro de esos que hay por ahí, muriéndose de sarna, como si me hubieran entrado a patadas y hoy no pudiera pensar, pero es que no es hoy, sino todos los días, ¿entiendes?, me estoy sintiendo así todos los días.”

Elisa va a replicar algo pero Lilith se adelanta: “Hace poco mandé al carajo el grupo, a Aquiel y a todos los demás. Ahora voy a regresar y no sé lo que encuentre. Posiblemente

nada bueno. Todos estamos muy jodidos, pero si nos ponemos a pensar en eso terminaríamos suicidándonos en masa. No hay futuro, ese es el problema. No puedes hacer nada.” “¿Falta de opciones?” “Falta de opciones *reales* más bien.”

Elisa piensa un poco, toma un trago largo y luego le explica que a veces todo parece una *suite* en tono mayor de una ópera absurda, pero que por suerte ella ama, odia mucho también y tiene todos sus centauros y tigres en la guitarra, y la solución es precisamente esa: cantar, mientras los androides se arrastran como profetas de humo, no estar acechando a Jesús Nazareno para traicionarlo, ya eso lo hacen casi todos sin darse cuenta. Y en cuanto a los Brujos, o los aristopsiques, son en su esencia minorías activas, los virus de las redes, del sistema, igual que los negros, las feministas, los indios, los homosexuales, subculturas horadando en los intersticios, probando las estructuras sociales del futuro en acción fragmentaria, todos válidos. “Mira qué interesante la onda de los insumisos, o los que ocupan casas, o los que no votan, todo eso es anarquismo, ¿sabes?” Y en cuanto a Aquiel, lo mejor será que arda en fósforo vivo, exactamente al borde de una explosión de napalm. “Y por favor, Lilith, no te mientas, eso es lo fundamental. Ya te has acostado con bastantes hombres, como para ignorar que sólo necesitan unas piernas, una mirada golosa a su instrumento o un buen movimiento de nalgas, y nada más.”

Y así. Sencillamente este no es el planeta soñado. “Por eso hay que irse, o quedarse, pero con un candelabro.” “¿Y para qué el candelabro?” “Para mirar bien dónde vas a pisar.” “Entiendo.” Hablan un poco más sobre el tema y luego Elisa se va a conversar con sus amigos. Cuando Lilith termina su vaso le hace una seña y la otra regresa. Acuerdan verse de nuevo dentro de una semana para repasar un poco de guitarra. “No te vayas todavía, quiero prestarte algo.” Elisa va a su cuarto, demora unos minutos y luego regresa con dos libros en la mano. “Mira, quiero que te los leas. Este es una selección de escritores que fueron malditos en su tiempo: Sade, Lautreamont y otros un poco más modernos, pero también con una visión oscura. Este otro es para que empieces a cultivarte con cosas serias. No te asustes que no es nada complicado. Baudrillard. Te habla sobre el amor, la seducción, el poder y otros temas interesantes. Cuando los termines vienes y conversamos, ¿está bien?” “Sí, gracias Elisa. Eres muy buena conmigo”, luego se despiden con un beso y Lilith sale del apartamento.

De nuevo la noche, la ciudad de telarañas, carne y hueso y marihuana. Piensa pasar por el Yama a ver si encuentra algún conocido, pero ya es tarde y tiene un poco de sueño así que decide ir directamente hacia la parada. “*Encendí mis sienas*”, recuerda y se pone a cantar en voz baja, “*Agonicé en el vértigo de un temblor de neuronas.*” Cuando pasa frente al hotel Irapak ve una muchacha alta cuyo rostro le parece familiar. Esta se ha bajado de un turistaxi con un *stranger* y ahora camina hacia el lobby. De pronto la materia le trabaja el corazón y el desafío. “¡Pero si es la Fénix!” Si no está jineteando, no entiende lo que hace allí, y mucho menos con ese viejo que parece un intestino de rata. Lilith se queda unos segundos inmóvil, mirando a la otra alejarse abrazada con el tipo después de pagar al chófer del taxi. La Fénix no repara en su presencia.

“Carajo”, piensa Lilith y busca en los bolsillos, pero no encuentra ningún cigarro. Ahora va a tener que pasarse tres horas en la parada rabiando por fumar. Por suerte en el santuario todavía le queda una caja. “La Fénix de jinetera”, murmura y mueve la cabeza en un gesto de incredulidad. “Es para morirse.”

El país debe estar muy mal si una muchacha como la Fénix, con todo su nivel, tiene que meterse a prostituta. Las señales están ahí, en la calle, la ciudad llenándose de cerdos, marginales y policías, el hambre por los greens entrando hijadeputamente en todos los cuerpos, las avenidas repletas de putas amorosas escupiéndose los dedos para masturbarse ante la multitud que las señala haciéndose los ofendidos - la massa que aplaude hipócrita y son los mismos que ríen cuando comprenden que no comprenden - y al final se dispersan y se persignan frente al árbol que cuida la entrada al infierno del cielo, otra **confuncho** como tantas. **NO PIERDAN LA ESPERANZA**, dicen todos los anuncios lumínicos. Lilith piensa que eso es lo peor de esta divina comedia.



MHEM

“Tienes que desayunar como es debido, estás muy flaca, ¿qué te parecen estos huevos con espinas?” Lilith protesta de los discursos y los golpes, rechaza las manos de la Osa Mayor que intenta alimentarla por la fuerza, grita y golpea la cuchara y luego despierta. Que alivio, señor, saber que los verdugos parentales están a decenas de kilómetros, cada uno en su división social del trabajo y sin embargo, ella de vacaciones, es bueno abrir los ojos y recordar la nueva libertad del santuario, sin la necesidad diaria de perderse entre compromisos y objetos banales, estirarse a gusto, dulce pereza como la del enano tonto de la colina destiñendo los colores de junio. Prende la radio y un himno horrible le destroza los oídos, es mejor el silencio para seguir liberando el instinto de gaviota, ya tendrá tiempo, apenas salga a la calle, de asesinar al lince agazapado en el pecho, pero ahora no, por favor, ningún resquicio metálico, ni escalofríos, ni sensación de culpa. Terminó el Pre, ¿no?, ¿Qué más quieren? Por suerte tiene al amigo cerca, se sorprenden dando vueltas por ahí, otra vez jugando como niños, mutilando las distancias. Leo llega a su casa cuando está viendo la última de animados por computadora. Él viene con su mochila llena de alambres y rápidamente, sin esperar a que termine la película, se ponen a trabajar el segundo huevo, música de fondo y todas las ventanas y puertas abiertas. El rock y el pelo se amigan en la descendencia del esfuerzo; primero hacen un meridiano central en forma de elipse alargada y dos círculos que lo cortan en sus focos. “¿Focos o polos?” Ella piensa que cuando terminen las vacaciones ya no va a saber nada de lo que dio de matemáticas en el Pre, en realidad ya nada recuerda - si obviamos los procesos de compra o intercambio con monedas de poco valor - nunca ha tenido memoria para los números - eso queda para los que se entregan día a día a la codicia de la araña -, es más: odia la geometría.

Se acaba el filme y ellos todavía están en el santuario empatando alambritos y “La Cosa” ni siquiera se acerca lejanamente a la forma que desean; nadie gime, pero Lilith le calcula un siglo de trabajo o más “¡Qué horror!”, y ya comienza a arrepentirse por haber tenido la maldita idea. En realidad con el tiempo se le han apagado un poco los ánimos con respecto al *performance*, pero ¿quién se lo dice a Leonardo?

En uno de los recesos su amigo le confía que invitó a Jorge para ir a Choquelia por la noche. “¿Cuál Jorge?” “Tú sabes, mi amor platónico.” “Ah.” Ella sonríe, “¿y aceptó?” “Sí.” “Qué raro, ¿él sabe que tú...?” “No, no sabe nada.” Entonces Leo le confiesa que la usó a ella como carnada. “Él realmente no estaba muy interesado, pero le dije que ibas a ir y se embulló. También le enseñé la foto donde estamos tú y yo en el Patio de la Virgen.” “Ven acá, ¿y si de pronto quiere cuadrar conmigo?”; “Bueno...”, el muchacho rebusca en su mochila, saca más material y luego se encoge de hombros. “Tú eres mi amiga, ¿no?” “¿Qué quieres decir?” “No le des vuelta a la cosa. Yo estoy consciente de que él es un heterosexual acérrimo. Y si va a cuadrar con una muchacha, es mejor que sea contigo, ¿no?. Dale, chica, acompáñame, así la conversación será más fácil.”

Lilith acepta, siente curiosidad por conocer al ídolo de su amigo. También lo compadece. Pobre niño, siempre en busca del roce imperceptible, la rápida caricia. Comprende entonces que está enamorado y algo curioso: le parece bien y puede que hasta sea lindo aquello, al fin y al cabo cada uno es un beso a su manera, y es cristal, y, aunque lo más probable es que al final Leonardo saliera destrozado, por lo menos ama, ¿no? Y eso es mejor mil veces que el aullido de la esquizofrenia suicida consciente de Aquiel. A veces hay que llorar en la sombra pero es bueno porque la lluvia te empapa, moja tu rostro agudamente limitado y vives, vives, aunque el otro no se entere nunca.

Se disponen a seguir su faena cuando ella recuerda que hoy es sábado, día de la rockoteca. Por un momento se quedan sin saber qué hacer, luego a Lilith se le ocurre hacer las dos cosas, sencillamente, Leo debe llamar a Jorge y adelantar la hora de la cita. “Eso te conviene, a lo mejor después lo embullamos y viene a la rockoteca con nosotros.” “Lo dudo, a él no le gusta el rock.” Leonardo teme una negativa, pero ella le asegura que si San Jorge no quiere lo ayudará a convencerlo. “Dale, chico, tú vas a ver como acepta.”

Leonardo por fin marca el número. Pide que le pongan al amigo y le informa del cambio de planes. “Sí, ella va a ir.” Se le iluminan los ojos cuando recibe la respuesta. Le hace un gesto afirmativo a Lilith y la señal de victoria con los dedos. “¿A qué hora le digo?” “Dile que a las siete.” Leo está supernervioso y se le traban las palabras. Ella se descubre deseando que su amigo conquiste al otro y no importa que sean gays, bisexuales o lo que sean; en fin de cuentas, tanta clasificación sexual, tanto ruido en el planeta, desgarran el sentimiento. Si no vienes cantando por el estrado impuesto ya - que destruye

los instintos - te convierten en marginal. Y en cuanto lo eres ya todos te tratan como potencias. Intentas conversar con ellos, los que siempre están del otro lado, los del camino correcto, y ellos, los verdugos, toman su paga y tratan de entenderte y tú sonríes triste, porque pertenecen a equipos contrarios, lo sabes, así que lo mejor será evitar equivocaciones. Nunca podrán comprarte; tú habitas las favelas y ellos la Europa medieval, nunca entenderán que cada viernes, cada sábado, te empujen a la ciudad que jamás han conocido, “la ciudad de telarañas, carne y hueso y marihuana”

Lilith cambia el cassette. Leonardo cuelga el teléfono y empieza a cabecear suavemente, con muy buen sentido del ritmo. Ella piensa que esa es la razón por la que todas prefieren bailar con él en los aquelarres; se sumerge en la música con gestos como gritos, y permite al cerebro flotar bajo las luces y saborea las notas como si se trataran de un líquido dulce y cruel. Ahora se le nota la alegría en los ojos, en todo el cuerpo y también su pelo es maravilloso, muy lacio y negro brillante, como el de los chinos. Cuando por fin se aburre y viene a sentarse de nuevo en la cama, ya el huevo tiene la forma de una ameba con sarampión o algo por el estilo. “Está quedando bien”, dice, y al ver la cara incrédula de Lilith rompe a reír a carcajadas.

El resto del tiempo se transforma en un monólogo de Leonardo sobre las virtudes de San Jorge. “Tiene un cuerpo muy bonito y como trabaja en un círculo social, está muy bronceado”, dice, entre otros detalles, “él me dijo que era buzo o pescador submarino. Es fuerte, seguro de sí mismo, como a mí me gustaría ser. Un día pasó por mi casa vendiendo pescado y así fue como lo conocí.”

Lilith tiene la visión de un cachorro blanco que se lanza a competir con el fuego y termina quemándose. “Ven acá Leo, ¿y no estarás confundiendo el simple deseo con el amor? No me has dicho casi nada sobre su personalidad. ¿Tiene que ver contigo, con tus gustos?” Él se remueve inquieto. “Bueno, él vio mis cuadros y le gustaron mucho. Me pidió uno y luego me trajo pinceles y acrílico; también me dijo que tenía algunos contactos y a lo mejor podía vendérselos a algún extranjero. Después nos repartiríamos el dinero. Ahí fue que nos hicimos amigos. Él viene a mi casa de vez en cuando para ver lo que estoy haciendo. Se encantó con uno de una mujer desnuda bajo el agua y que se llamaba *No creo que esté peor aquí*. Se lo regalé el día de su cumpleaños y sé que lo puso en la sala de su casa, porque lo veo cada vez que paso por allí.”

Dos siluetas. Fuego desconocido. Lilith no olvida que el discurso pertenece a alguien que no puede decir si está despierto, que habla y sueña con un muchacho hermoso saltando sobre su espalda y gritándole algo suave, se unen con el espacio que sabe a polvo de algodón azucarado. Tal vez el deseo o el amor sea esto; un camino sin preguntas ni profetas, mezclando mitos calentados sobre el espejo. Ella no desea romperle la visión recitando la misma suerte letánica del “sin embargo...”. Por eso aprovecha un momento de respiro y le cuenta sobre su descubrimiento de la Fénix nocturna, al brazo de aquel *stranger* monstruoso. “¿Pero era ella?, ¿estás segura?” y ella reafirma con un gesto: “No puedo confundirla.” “Coñó”, dice Leonardo y quedan un rato callados. “¿Lo sabrá Aquiel?”, pero ella se desentiende. “Debe saberlo”, aventura, “es difícil que no se la haya encontrado por ahí. Además, ¿a mí qué me importa? ¿Y qué tiene que ver ahora Aquiel con ella?” “Estuvieron casados. Dos años. ¿No lo sabías?, pensé que ya estabas enterada.” “Este...no, no sabía nada.” Sorpresa. Otro elemento para el desfile de anécdotas que se acomodan al vuelo de hongo podrido, ese hedor lozano a la sombra de la fábrica Aquiel. “Cuenta”, le pide Lilith y se acomoda para escuchar.

Leonardo relata una leyenda acerca de dos ciberseres en duelo mental e infidelidades geométricas, amor de teorema. Luego Aquiel se decide a descubrir el Lado Oscuro, el superconocimiento. “Ya sabes, los puntos de encaje, la Piedra Filosofal, la Biblia negra”, pero la Fénix no puede soportar sus flagelaciones y cambia de bando para respirar materia, arquetipo occidental. Cristo es cambiado por una bolsa de greenes. Lo deja en la estacada y él se lanza de cabeza al precipicio, neuronas incluidas, crucifixión a la inversa, uno de los clavos en el pene.

“Cristo es un idiota”, sentencia Lilith y su amigo la mira con curiosidad. “¿De dónde sacaste eso?” “De un libro. *El Anticristo*, de Nietzsche. No entendí mucho pero esa parte me gustó. Dice que Jesús era un retrasado mental o un epiléptico” “¿Tú estás leyendo a Nietzsche?” Leo abre sus ojos como lunas y ella ríe divertida. “Estoy leyendo otras cosas también. Me he propuesto por lo menos tres libros al mes. Claro, si todos son como el del Nietzsche, ese loco, me suicido. Ahora estoy en una colección de malditos que me prestó Elisa. El marqués de Sade.” “¿Sade? Vaya, qué bien.” Él se muestra agradablemente sorprendido. “Felicidades. Vas a ver como a medida que vayas leyendo el mundo se irá ampliando y haciendo distinto.” Ella hace una mueca y sonrío: “El mundo va a seguir

siendo un asco, no importa la cantidad de libros que me lea.” “Dime algo nuevo, chica; eso está muy gastado.”

Continúan un rato más construyendo el útero hasta que Leo mira el reloj y sugiere terminar. “Tengo que irme. Voy a comer y a bañarme. Pásame a recoger a eso de las seis.” “Ok.” El muchacho carga con su mochila y se despide picándole un cigarro. Después de cerrar la puerta Lilith observa el huevo en el centro del santuario y piensa dónde guardarlo, en la caverna no hay espacio para semejante armatoste. Al fin se le ocurre colgarlo de la pared, al lado de su cama y entonces imagina lo que dirán los osos cuando lo descubran, aunque en realidad eso no importa mucho, ¿no?, es su cuarto. Cada vez que llueve ellos cuelgan sus tendederas llenas de medias y ropa interior en el centro de la sala, así que ella puede también tomarse sus atribuciones. “El mundo es un asco, pero el cielo lo es más, y el patio de mi casa no es particular.” Asco-Art. El huevo se ve muy bien colgando donde antes estaba el afiche que le regaló al Brizo. Todo un símbolo.

Abre la puerta del closet y pasa revista a los disfraces de bruja. Ahora los ve como cantos de sirena vieja, que nunca resultan en llamado, ni atrae la siembra sensible, solo el desfile barato frente a las proas de los galeones piratas, vestirse de monstruo para ahuyentar, para ofrecerse como planeta contaminado, cárcel posible y por lo mismo rechazada. Debe cambiar eso también. Basta de piernas ocultas, siempre de espaldas al espejo, una muchachita indiferenciada más dentro de la tribu insatisfecha, no. Mejor ofrecer una visión de lamia: rostro de mujer hermosa en cuerpo de serpiente, senos como naranjas ingravidas, sus piernas como ríos de fuerza magnética estallando en medio de las estatuas de sal, de las mujeres inmóviles en cuadros pintados de sepia, con sus eternas poses de madre y prostituta, todas agonizando de labios azules, tontas, fatuas, carne para manchar, advirtiendo los capítulos que los otros leerán aburridos en el agua de sus ojos ciegos, simulando que las noches no son idénticamente vacías, el alma clamando simbiosis de ciervo y lechuzas.

Lilith se prueba varias combinaciones. Le gustan algunas, como esas botas, haciendo juego con el vestido corto. Claro que ya disfrazada, su cuerpo no cesa de protestar por otras complejidades. Olvida esos fragmentos de paisaje conocido y ensaya un pantalón amplio, con pliegues y elástico en la cintura, ensanchando caderas, luego lo escupe para contradecirse y opta por una falda y camiseta negras, despoblando áreas del grito.

Encantamiento. Lo real mostrándose solo en el instante del “visto y no visto”, provocando malestar. Y todavía falta el maquillaje.

A las cinco y cincuenta y tres minutos Leonardo y Lilith desembarcan en la parada del Cervantes y se encaminan a Choquelia. San Jorge los espera en una de las colas de la planta baja. Normal, onda *surf*, más atractivo que en la fotografía, cuerpo deseable. Viste a la onda discotequera, un pantalón ancho y camisa de amebas pintarrajeadas. De inmediato Leonardo se lo presenta y ella siente sus ojos detenidos como coágulos sobre toda su anatomía. Ella sugiere dirigir las pisadas hacia la cola de al lado, buscando la Torre. La hilera de amorfos no resulta tan larga como esperaban, también tienen la suerte de que Jorge reconoce a un amigo, este le permite pasar a su puesto y así adelantan bastante. Mientras Leo conversa con su amor platónico ella se mantiene un poco apartada, duerme su valentía y en realidad no le interesa mucho la conversación, que trata sobre si Jorge por fin ya consiguió la moto prestada, si ha ido a la playa, a los ciclos de cine o a la competencia de natación. En un momento Leonardo le cuenta sobre la acción plástica y Lilith habla entonces un poco hasta que se va rompiendo el hielo y la situación se torna más cómoda. “¿Te acuerdas del italiano que te conté el otro día? Cuando lo llevé a mi casa vio tu cuadro y se interesó bastante. Hasta quería conocerte. Creo que le podemos vender el otro, ¿cómo se llama?, el de la mulata y los dólares...” “*Águila o cruz.*” “Sí, ese mismo.” “¿A cuánto?” “Creo que le puedo tumbar cuatrocientos. Cien para mí y el resto es tuyo. ¿Te cuadra?” “Coño, claro.” En ese momento llega su turno y suben la gigantesca escalera de caracol hacia la planta alta.

Cuando les traen los helados, San Jorge, entre una cucharada y otra, le cuenta a Leonardo que se peleó con su última novia y la historia es divertida. Describe una muchacha mojigata hasta la exageración, virgen de piel como la leche, con vocación de monja hasta el casamiento. “No, tampoco me toques los senos, mis padres se van a dar cuenta”, posponiendo la ofrenda de sangre hasta que diospadre bendiga, ya cuando la flor esté seca, carne para solterona. Del otro lado el Santo en la playa, la última moda en trusas como hilos dentales desfilando frente a la pecera y él convertido en tiburón castrado, rechazando con esfuerzo todas las hierbas-canciones, los poemas sobre muslos, los apartamentos a solas, los cuerpos mojados, brillantes y grasientos por el dorador, llenos de arena, empinando las nalgas. Por eso al enésimo rechazo Jorge envía a la monja

bien lejos. Luego este conversa con Lilith, le dice que Leonardo le había contado sobre ella, sobre su afición por las cuerdas y sus composiciones, y como ese es el tema preferido ella rompe a narrarle sobre su vida y el otro queda impresionado o al menos eso aparenta. Al cabo de unos minutos Lilith se da cuenta de que han relegado a Leonardo a un segundo plano y eso no es justo, por lo que escribe un epitafio rápido a la historia y cambian de conversación. Leo se descoagula y los invita a la rockoteca, pero Jorge comienza a excusarse y a pesar de que ella usa todas sus artes mesméricas y casi le ofrece su piel leve para conquistar, él no acepta la invitación. Seguramente imagina un tumulto de siluetas dantescas golpeándose en la noche de humo. “Yo iría con ustedes, pero a un sitio más tranquilo, no sé, algo de trova, o algún grupo de rock suave, en un teatro. Entiéndanme, es que esa no es mi onda, es lo mismo que si yo los invitara a ustedes a la Discoteca o al Castillo de la Salsa.”

“Sí, bueno”, piensa Lilith, “él no deja de tener razón”. “Vamos a hacer una cosa”, el muchacho de pronto se alumbró, “ya que Leonardo no tiene teléfono me dejaste el tuyo. Así cuando tenga un tiempo los llamo y coordinamos algo, ¿no? A lo mejor y hasta puedo conseguir una botella de añejo”. Están de acuerdo. Leo saca un bolígrafo y escribe los dígitos de su amiga. Jorge toma el papel, se lo guarda en el bolsillo y sonríe. “Yo de rock nada más que conozco *Hotel Philadelphia*.” Va a decir algo más, pero en eso aparece un joven que Lilith desconoce, este le pregunta a Leonardo si no lo recuerda, “Fuimos compañeros en la secundaria”, pero por la cara que pone su amigo ella comprende que este no tiene la menor idea de quién es el tipo. Ello no es óbice para que el desconocido se ponga a rebuscar en su portafolios, saque unas hojitas extrañas y se las reparta al tiempo que dice: “Mañana vamos a poner videos, es la iglesia que queda por El Balcón”, y Lilith vacilando la portada del plegable, donde hay una cruz con un letrero que dice **LA GLORIA** y debajo en rojo unos hombres quemándose con otro letrero indicativo del mismo color **EL INFIERNO** y en el centro, en letras más grandes **LA DECISIÓN ES SUYA**. El tipo se va, por suerte - ella le agradece en secreto por no haberles endilgado un discurso tedioso acerca de las virtudes de la moral -, y va a sentarse en una mesa de seis con otros del mismo estilo, sus ropas y pelados pasados de moda. Leonardo dice en voz baja “son los Testigos de Papadiós”, y ella comienza a reírse

porque le parece muy cómico que vengan a convertir precisamente a dos klippots. Luego ella y Leonardo se ponen a bromear con las citas de la Biblia que aparecen en el papel y a burlarse. Un ejemplo: **LA DECISIÓN ES TUYA. ¿Cómo están las cosas entre tú y Dios?** Y Leo responde: “Horriblesss.” **La muerte nos trae cara a cara con Dios.** “Por eso mismo.” **Si las cosas no son como deben ser, decídetelo ahora** “hay que ir corriendo a apuntarse”, **porque si no estás confiando en Cristo como tu Salvador personal, según Juan 3:18** “Esto es la hora, ¿no?”, **estás perdido y ya estás condenado.** “Uy, qué miedo, qué espanto, ahora cuando salgamos de aquí nos cae una columna arriba y ya, derechitos pa’l infierno, llamada local, ja, ja” y el caso es que de tanto bromear los otros se han dado cuenta y uno de ellos, este de más edad que el anterior, se levanta y viene a su mesa. Lilith y Leonardo aguantando la risa. “¿Ustedes creen en Él?”, y no tiene cara de buenos amigos. “¿Quién es Él?”, le pregunta ella y el hombre parece enfurecerse más. “Nuestro Salvador.” Leo no puede reprimirse más y comienza a reír abiertamente. Jorge ha bajado los ojos, como avergonzado. “¿Sabes lo que pasa?”, le pregunta Lilith y continúa: “Que yo creo que Cristo era un pobre poeta y ninguno de sus discípulos entendió ni cojones nada de lo que dijo”. El tipo se ha ido poniendo lívido. “Aparte de que por cuenta de sus mismas ideas acabaron con todos los indios de América. Eso demuestra que Dios, Jehová o como se llame es un fascista consumado.” De pronto ella piensa que el hombre la va a golpear, pero este solo cierra los puños y la mira con cara de asesino. “¡Tú estás muerta y eres el Anticristo!, ¡por culpa de la gente como ustedes es que el mundo está enfermo!” Lilith siente temor, pero no quiere admitir amenazas - con estos fanáticos de la inmanencia, cualquier agresión es posible - y la enfurece lo gratuito del riesgo. Respira profundo y procura citar en voz baja: “Cuídate de Dios, amigo” y el tipo queda confundido por el inesperado cambio de tono. “Cuídate de Dios, que tiembla con su virgen cada vez que un hombre bueno muere.” Entonces el tipo toma impulso para golpearla, pero ya se han acercado dos de su gente y lo agarran por los brazos y tratan de apaciguarlo, “no puedes decir esas cosas, no es así como debemos hacerlo, ellos están ciegos, no conocen la Verdad”, hasta que el hombre se calma y regresa a sentarse con los suyos. San Jorge no ha dicho esta boca es tuya. “Creo que se nos fue la mano”, le susurra Leo a Lilith. “No teníamos por qué haberlo llevado a ese punto.” “Es que me jode que me quieran imponer esa mierda: debes creer en Él.” “Eso fue un error del tipo. Tú viste como

lo regañaron los otros.” “De todas formas no me gusta, desde que era niña todo el mundo quiere imponerme cosas. Ya me cansé. Además, tenía que defender mi religión, ¿no?”

Ahora es cuando Jorge decide intervenir con una pregunta: “Lilith, ¿de cuál religión tú hablas?” “Coño, la de los Brujos, la de los klippots.” “No seas comemierda, chica”, riposta Leonardo, “eso no es ninguna religión”. “No”, ella no quiere rendirse, “es una antirreligión.”

Jorge rompe a disertar sobre que si la filosofía marxista había demostrado que... pero Leonardo lo interrumpe para indicarles con un gesto a los Testigos que ya se están yendo. Lilith sonrío, orgullosa por la victoria y luego esboza en su rostro la caricatura de una paranoica: “Ahora nos esperan allá afuera, nos raptan, nos meten por un pasadizo y llegamos frente a un Tribunal de la Inquisición secreto, donde nos condenan a morir en la hoguera.” “Ah, Lilith, esta gente ha evolucionado.” “Sí, bueno, entonces nos condenan a morir en un horno de micro-ondas gigante.” “Coño, vieja, estás viendo demasiadas películas”, dice Leo y vuelven a reír. Les traen la cuenta y pagan. Jorge se despide y promete llamar pronto.

“No digas nada; ya sé que te gustó”, opina Leonardo cuando su amigo se marcha. “Sí, es *fanny*”, contesta ella restándole importancia. “Dale, vamos para la rockoteca”



NGEH

Llegan temprano. Pagan y se dejan cachear en busca de armas blancas o botellas de **aguaafuego**. Sésamo ábrete y ellos penetran en el recinto, siempre de prisa en busca de buenas mesas, al borde de la pista de baile. Cuando comienza la música, Lilith la reconoce en el acto. Es una gira de combate de Abraxas, un poco anticuada, pero le gusta que hallan puesto esa y no una **fresada** al estilo de “*Borracho terminal*” o “*Los Listados*”. La voz del cantante inspirada en la **nobelleza** del lodo, onda neopunk. Leo no parece disfrutar mucho con el sonido, pero sí con la fauna cabeceante que los rodea. De todas formas ella comienza a contarle anécdotas de la banda y algunos de sus *videoclips* más espectaculares. “Y entonces, donde el costado le hiere va saliendo la cabeza de una mujer como si estuviera pariendo y...”, pero él no logra interesarse con la historia y Lilith se rinde. Al poco rato comienzan a llegar los Brujos. Primero el Diony, luego Conan (solo) y por último el Zepar y Azrael con dos de los nuevos: Alastor y María Martín. Cuando Lilith le pregunta al Zepar por Alina, a él se le ensombrece el rostro y le dice que le contará luego, con más calma. “¿Qué sucedió?, ¿se pelearon?” pero Zepar niega con la cabeza. “Mucho peor. Nos denunciaron. Te cuento después”, y aquello la deja preocupada por un buen rato. El Conan la mira desde la otra mesa con una insistencia fuera de lo común. De pronto llega Aquiel con Amy y Lilith se estremece. “No mires, no mires”, susurra Leonardo, pero ya es demasiado tarde. La tipa sonrío despectiva y le envía un beso desde lejos. Aquiel les hace un gesto con la mano a todos.

Normal. Aquí no ha pasado nada. En eso ponen uno de los himnos, *Lágrima rota* y el Conan viene hasta su mesa y la invita a bailar. “¿Y por qué no?”, piensa ella y deja que el otro la lleve de la mano al centro de la pista. Se trata de una balada suave. El joven la toma por la cintura y luego se adaptan al ritmo. “Estás muy linda hoy. Casi no te reconozco.” Lilith se encoge de hombros. “Estoy cambiando. ¿Y la Cheng?” “Caímos en una grieta. Quiero decir, decidimos separarnos por un tiempo.” “Ah, qué lástima”, dice ella y lo siente de verdad. Siempre le había parecido que el Conan y la Cheng hacían una buena pareja. Ahora descubre que aquellas visiones eran sólo construidas por la mente, no estaban basadas en la realidad. “Y fueron felices y comieron perdices” murmura y él

entiende de inmediato: “Sí. La rutina te mata la ilusión” y su tono es grave, casi triste, las manos del muchacho aflojan la presión sobre su espalda. “¿Y qué piensas hacer? ¿Meterte a budista?” “No me confundas. Yo no soy Aquiel”, replica él. “Ya sé que no eres Aquiel, no te preocupes”, contesta ella y se pega un poco. Conan aprovecha para bajar sus dedos varios centímetros. “¿Sabes que he tenido fantasías inconscientes contigo?”

“Ya está” piensa Lilith, “ya empezó”. Entonces decide mirarlo a los ojos. “¿Qué quieres decir con eso de inconscientes?” Él de momento no sabe qué contestar y ella prosigue: “Si ahora te pones a darme una conferencia del Lacán ese, te mando pa’ casa del carajo.” “No, chica”, el Conan mira de reojo a los lados, su voz vuelve a ser un susurro en el oído: “Claro que no. Quería decir fantasías sexuales”

Termina la música y vuelve a prevalecer el sentido. “¿No crees que es muy temprano para eso?” “Bueno, perdona, yo...” “Conan, ya te dije que estoy cambiando. Después si quieres me cuentas esas...fantasías, ¿está bien? Ahora perdóname, pero tengo que conversar con el Zepar.” Él asiente resignado y Lilith regresa a su mesa. Leonardo se ha ido a bailar con María Martín y su lugar lo ha ocupado Margarita, que seguramente llegó cuando Lilith estaba con el Conan. Maggy parece alegrarse con sinceridad de verla. “Hola loquita, siéntate aquí. ¿Te pelaste? Qué bien, qué bien, mira lo que yo me hice”, y entonces se sube la manga del pulóver para mostrarle una serpiente maya en espiral, tatuada en el hombro. “¿Te embullas?” Lilith duda por unos segundos. “En realidad yo...”, pero luego se decide: “Sí. Quiero hacerme uno pero con una salamandra. Aquí.” Le indica con el dedo su omóplato derecho. “No hay problema”, le dice Margarita, “cuando tengas tiempo me llamas y yo te llevo a casa del tipo. Te lo puede hacer hasta con cinco o seis colores, la figura que desees. Tiene un catálogo como con doscientos diseños.” “¿Y cuánto me costaría?” “Depende. Si vas conmigo te lo puede dejar a mitad de precio. Él me debe algunos favores.” “Ah, muy bien.” Lilith está encantada con la proposición “también me quiero perforar la nariz y ponerme una argolla.” “Eso te lo puedo hacer yo misma: en la nariz y en cualquier otro lugar.” “No, no, gracias. Por ahora solo la nariz.” Se mantienen un rato calladas, mirando a los que bailan, hasta que Maggy la toca con la rodilla y le hace una seña con la barbilla en dirección a la mesa de Aquiel. La Amy está sentada a horcajadas sobre él y le restriega los labios contra el rostro.

“Estúpida”, sentencia Margarita y a Lilith le agrada mucho esa frase. “¿A ti también te cae mal?”, pregunta. “Claro que sí”, contesta la otra. “¿Por Aquiel?” “No, nena, yo nunca estuve enamorada de él, yo fui la que lo dejé. Amy me cae mal porque tiene el cerebro en el culo, aparte de que es una arrastrada y una cochina. Me dijeron que la otra noche por poco te mata, amén de otras cosas.” A Lilith el recuerdo le hace renacer el odio: “Ella me las va a pagar. Posiblemente hoy mismo, ya lo verás.” “Así es como se habla. Estoy contigo Lilith.” Desde ese momento prevalece la complicidad entre ambas. Claro que fijarse en la conducta de la Pajot puede ser una forma de conocimiento. “¿Y por qué botaste a Aquiel?” “Demasiada angustia, chica, y yo no estoy para eso. No me gustan los tipos obsesionados.”

Lilith piensa que a lo mejor su amiga tiene razón en regirse a toda hora por su instinto de río - todo fluye -, fuera de cualquier agresión o división mental, se mueve sin culpas ni dependencias, solo bajo el dominio del eros, totalmente alejada de los pensamientos de muerte. “Oye, ¿a quién está mirando Conan con tantas ganas? ¿A ti o a mí?” “Creo que a mí, Maggy, pero si quieres...” “No, no, gracias. Ya templé lo suficiente por hoy.” Lilith se escandaliza un poco de la confesión tan directa de su amiga. Esta ve la expresión de su rostro y le alborota el cabello. “Ay, loquita, todavía te falta bastante. ¡Libérate chica, recuerda que estamos en el reino de Satán.” “¿Qué quieres decir?” “Que para construir un cielo en el infierno hay que gozar, ¿entiendes?, en el fondo de todo lo que sucede, de todo lo que te rodea hay un sentido sexual. Todo lo demás es teatro, pura bobería.”

Lilith analiza que tal vez la filosofía de Maggy sea un buen modelo para seguir. Sexo sentido. De cualquier forma valdría la pena probar a ver el mundo desde ese punto de vista. Ella prende un cigarro y cruza las piernas en dirección al Conan.

Stairway to ocean. Plomos del Zeppelin, con Ega Pimmij en la guitarra. Al inicio una canción de azúcar, disfrazando un final abismo, cascada al infierno. Por supuesto, todos se levantan para bailar y ella va a morir otra vez en brazos del Conan.

Lilith en su nuevo papel a lo Hécate, fingiendo una entrega a la fuga, provocando saliva en el otro, endurecimiento de músculos, turgencias, presiones táctiles. Luego el ritmo se va haciendo más vertiginoso, cambia a un fraseo rápido de guitarras y ella suelta los brazos y se deja caer hacia atrás, Conan la sujeta fuertemente por la cintura y dirige su movimiento oscilatorio. Lilith cierra los ojos y se deja llevar, siente el contacto de sus

pelvis fundidas, las calles de la mente en medio del orgasmo sonoro, la falda se levanta con el roce continuo, un seno emerge a través de su camiseta, pero a ella no le importa, casi jadea de gusto, luego, y por suerte, la música amaina, el cuerpo vuelve a su posición vertical, la pieza termina y ella se vuelve a acomodar la ropa aparentando indiferencia. Luego descubre a Aquiel a su lado, de espaldas, mirando a la Amy que busca algo en el suelo. Lilith piensa que ese es su lugar perfecto, revolcándose sobre el piso. Ella no desea que Aquiel la vea inmóvil a sólo dos pasos y le pide a Conan que la acompañe hasta su mesa. Ya sentados, deja que la abrace y hasta le permite posar una mano sobre su rodilla. Luego los dedos de este se deslizan muslo arriba, pero en el instante que topan el extremo de la falda llegan el Zepar y Leonardo y ella rechaza la caricia. Sin culpa. Él debe entender como ella de ciertas complejidades éticas. Mejor dicho: estéticas. Zepar ha traído un vaso y le brinda a todos, pero Lilith solo prueba un sorbo y se lo devuelve. “Conan, dame un chance con Lilith, tengo que contarle un problema”, Zepar se ve un poco mareado, “dale, te prometo que será rápido.” A Conan no le apetece mucho la idea, pero Maggy viene al rescate y lo saca a bailar. Zepar termina su vaso de un trago y luego se dirige a Leonardo: “Tú también escucha, es sobre lo que me pasó con Alina.” Ellos se disponen a prestarle atención. “Dale, cuenta.” “Bueno, tú sabes Lilith que Alina está en Los Cocos.” “Sí, Leo me lo dijo.” “Y también sabes que estoy enamorado de ella.” “Sí, me lo imagino. ¿Qué fue lo que pasó?” Entonces el joven les relata una historia digna de Shakespeare ligado con Kafka, onda Romeo y Julieta en los tiempos del SIDA.

Resulta que Alina y él habían decidido vivir juntos, por lo menos cada vez que la muchacha saliera de pase. Por supuesto, también hacían el amor, pero siempre cuidándose al máximo y nadie de la familia del Zepar sospechaba nada.

Pues bien, un mal día el vecino de al lado tuvo que ir al sanatorio por cuestiones de trabajo y reconoció a la joven. Entonces, como buena rata, vino corriendo a contárselo al padrastro del Zepar y de inmediato comenzaron los rugidos del gran cabrón, expulsando a la muchacha del paraíso y prohibiendo que volviera a poner sus pies en esa casa. “*Of course*, yo me cagué en eso y le dije a Alina que ese tipo no tenía ningún derecho a meterse en nuestras vidas, y al pase siguiente la volví a traer a mi santuario. Él nos vio, pero no dijo nada y salió rápidamente. Como llevaba jabs de nylon y botellas vacías

pensé que iría a buscar los mandados y me despreocupé. Hasta llegué a pensar que por fin me había escuchado, aunque fuera de mala gana. Un gran error. Alina estaba agotada por el viaje y quería dormir así que nos acostamos y como había un calor de chimenea medio que nos desnudamos también.”

Ese fue el segundo error. Y el tercero, dejar la puerta sin seguro. No habían dormido ni media hora cuando de pronto los despertaron unos gritos y el padrastro entró en el cuarto seguido de las imprescindibles potencias. “¡Mírenla ahí!, ¡Es ella!”

Unos brazos intentan agarrar a la muchacha y el Zepar, devorado por la sorpresa y la rabia, lanza puñetazos y patadas en todas direcciones “¡déjenla coño!”, y se siente inmune a los golpes hasta que los rosados angelitos de Dios lo inmovilizan contra el suelo, le ponen las esposas y se los llevan para la Estación. Teatro del Absurdo. Ya en el **Quinto Círculo Celeste** los amenazan con acusarlos, a ella de intento de homicidio y a él por atentar contra su propia vida. Después los acontecimientos siguen su curso ilógico. Alina es conducida de vuelta al sanatorio - la última visión que Zepar recibe de la muchacha es su rostro palidísimo y los ojos apagados -, a partir de ahora los doctores no se arriesgarán a dejarla salir más. A él lo sueltan al día siguiente - ejemplar experiencia acerca de su falta absoluta de derechos en aquel antro - no sin antes advertirle de los terribles peligros a los que se ha visto expuesto; que le impondrán una multa por su resistencia al arresto y que debe ir a hacerse la prueba del virus en compañía de una potencia, con carácter **oblivuntario**. Él regresa a sus predios como si volviera de la guerra. Quiere escapar, desaparecer para siempre de su casa, imagina las mil y una formas de asesinar al gran hijo de puta, colgarlo de un gancho e irlo despedazando lentamente, observarlo desangrarse gota a gota, después de caparlo, por supuesto, y otras torturitas tiernas.

Al día siguiente va al sanatorio a preguntar por Alina, pero sólo encuentra silencio, ojos acusatorios y él retorna con las manos vacías, quemadas las manos por la impotencia, el tiempo detenido en sus labios mascullando obscenidades, la vida anaranjada triste, maldito país encadenado en dogmas.

El Zepar, mientras concluye la historia parece un árbol calcinado, engendro de las sombras.

“Dale, vamos a bailar” lo invita Lilith y se levanta, “así de paso me salvas del Conan” “¿Salvar? Yo pensé que te gustaba.” “Sí, pero no quiero que sea tan fácil. Dale, chico, hazme ese favor.” El Zepar acepta a regañadientes. Ya cuando están en la pista Lilith lo aconseja: “Coño, viejo, si es verdad que estás enamorado de Alina tienes que crecerte, tienes que luchar, seguro hay una solución, ya verás.” “Yo lo que quiero es morirme.” “Sí, te entiendo. Yo también me sentí así cuando Aquiel cuadró con la Amy, pero ya ves, ahora es como si estuviera naciendo de nuevo, ¿no?, he comprendido que tengo toda la eternidad por delante.” “Lilith, estoy desesperado, no sé qué hacer.” “Bueno, algún medio habrá, por lo pronto se pueden escribir, no creo que prohiban eso.” “No sé...” “Y después podemos buscar una forma de que entres allí.” “Como no sea infectándome.” “¿Ni lo pienses! Dale, ámate, ya inventaremos algo.”

Él sonrío triste y pese a intentarlo su cuerpo se niega a coger el ritmo. “No estoy para esto.” “Bueno, está bien, no bailes más.” Lilith se detiene y le da un beso en la mejilla, “tampoco es obligado, ¿no?” Él se disculpa con un gesto y se aleja. Muy a tiempo, porque en ese momento se escucha un estallido de guitarras y ella se topa con los ojos del Conan que ha venido al rescate. “Coño, chica, me has echado en el abandono.” “¿Y han muerto todas tus ilusiones?” “No, claro, eso no.” Comienzan a bailar. “Perdona viejo, es que lo del Zepar era importante.” “Ok. Te perdono. Pero no te me vas a escapar más.” “Como quieras”, mientras sonrío ella piensa que el mundo está plagado de imbéciles.

Baila con él tres piezas seguidas, la última sintiendo las manos que exploran la pequeña curva de sus nalgas. Luego Conan la lleva a un rincón en sombras y la besa en la boca. Un beso **dislocagente, pantográfico**, por describirlo de alguna manera y ella sentada adentro, dejando que le amase los muslos.

Al otro lado de la pista sucede algo parecido. “Alguien se merece tener la nariz rota” piensa, “o un baño de gasolina con fósforo incluido.” Lilith decide olvidar y se concentra en los dedos del Conan buscando nuevas **virgenaciones**, por fin descubren un punto débil y ella se estremece, comprueba ciertas humedades naciendo mezcladas a notas de rock duro y entonces intuye que ha llegado el momento de frenarlo un poco: “Coño chico, deja algo para después” y él se repliega sin protestar, alegre por el territorio conquistado. De todas formas en la voz de Lilith está explícita la promesa sensual, manjar para los sentidos. Al cabo de un rato ella mira otra vez a la pareja distante y comprende que al fin

ha llegado el momento que tanto esperaba: Amy se levanta, dice algo al oído de Aquiel y se encamina hacia el baño.

“Oye Conan, dame cinco minutos. Me estoy orinando” Él no habla, pero asiente amablemente y Lilith se aleja pensando en decenas de venganzas posibles. A mitad de trayecto se encuentra con Margarita y la hala por el pulóver para que la siga, instrucciones en susurros: “La Amy fue a mear. Esta es la oportunidad. Yo entro y tú te quedas afuera, vigilando. Cuando te haga una seña apagas la luz y te vas. Déjame lo demás a mí.” Maggy se ríe nerviosa. “Perfecto. Tenemos que apurarnos, esto está a punto de acabarse.” “Ya lo sé. Por eso mismo.”

Dicho y hecho. Dentro del baño solo hay otra muchacha, aparte de Amy, pero ya va a salir. Lilith simula mirarse una mancha en la camiseta hasta que la joven se marcha. Entonces entra al servicio contiguo de la odiada invisible. Sus ojos se detienen en un jarro grande que alguien ha puesto a un lado del inodoro, supuestamente para descargarlo, pero por lo visto no hay agua esa noche, “mejor”, porque el montón de mierda llega casi hasta el borde.

Después de unos segundos - realmente es para pensarlo - termina de decidirse. Tratando de no hacer ruido ni de mancharse agarra el jarro y lo hunde en el agua turbia llena de excrementos. Ahora sale con todo cuidado, en cámara lenta y le hace una señal con la cabeza a Margarita. Esta sonrío divertida, eleva una mano hasta el interruptor y apaga la luz. La Amy desde allá dentro murmura un “eh, ¿qué coño...?” pero no termina la frase, porque Lilith ya le ha vaciado todo el contenido del jarro por encima de la puerta y luego sale disparada para confundirse con los bailadores. Por un momento teme que la puta se ponga a gritar, pero al parecer todavía le queda alguna neurona en el culo porque no sucede nada. Claro que en esas condiciones tan duras para el paladar, en lo que menos pensaría cualquiera es armar un escándalo.

“Ven”, le dice al Conan para que la siga en dirección a la puerta de cristal y salen del club para encontrarse con Margarita que se ha dejado caer sobre el césped del parque en pleno ataque de risa. Al verla en ese estado Lilith se contagia y suelta también la carcajada. “Eres una loca, ¿sabes?”, le dice su amiga desternillándose. El Conan no entiende nada. Luego de uno o dos minutos de risa histérica, se van apaciguando y la Pajot le dice a Lilith “¡entra!” y se palmean las manos. “¿Qué pasó?”, pregunta el Conan

con una sonrisa estúpida. “Nada, chistes sobre política”, contesta Maggy, “¿no sabías que Lilith es una maestra contando pujos?” y ellas se miran y vuelven a reír por la cara que ha puesto el muchacho.

Después de un cigarro compartido se acaba la música y empieza a salir la gente. “Ah, estaban aquí. Yo pensé que se habían ido”, dice Leonardo que viene en compañía del Zepar y María Martín. “¿Nos vamos para la costa?” “Espera”, responde Conan, “Faltan el Diony, Azrael, mi hermano y la Amy.” “Mejor no esperen al Negro”, advierte Leo refiriéndose a Azrael, “lo vi de lo más acaramelado con una alemana.” “Coñó, ese tipo es una cárcel, no se le escapa ni una.” “Y a Aquiel no lo esperen tampoco”, interviene Maggy, “seguro está esperando a la Amy y ella se va a demorar bastante.” “¿Por qué?” “Está en el baño con tremendo dolor de estómago. Pobrecita, se veía bastante mal”, ella esboza una sonrisa cómplice en dirección a Lilith. “Bueno, entonces seguro que se marchan directo para su casa.” “Sí, es lo más probable.” “Vamos caminando, el Diony sabe donde ir.” “Ok.”

Ya cuando están a mitad de camino escuchan un “¡Hey, esperadme!”, del Diony que viene corriendo y se reúne con ellos jadeando, voz de mutilado sin piernas. “Candela. Dejé a Aquiel discutiendo con la Amy en la puerta del baño, ella gritando que no podía salir, que se había manchado y le daba pena.”

A Lilith le encanta descubrirse hija de puta. Es una sensación de alegría naciéndole por las venas, sin culpa porque ha sido en legítima defensa, “pensándolo bien, una legítima vendetta”, así que sonrío y responde con ganas al beso del Conan, que ya parece un volcán a punto de estallido y ella de pronto siente deseos de **templar**, así, en idioma animal, templar, no hacer el amor, ni nada que suene a sentimiento, ni aborto de frases al estilo de “oh, mi adorada Dulcinea”, al carajo todo eso.

Cuando llegan a la costa deciden sentarse en un lugar cómodo, donde hace un mes regaron cemento para suavizar las aristas del diente de perro, unas rocas que a la luz de la luna parecen restos de lava. El Conan no espera para lamerle la oreja. “Dale, vamos”, pero ella aparta la cabeza. “No, viejo, quiero estar un rato aquí.” El sonido de las olas se confunde con el susurro de los pinos, un pequeño bosque los oculta de las miradas de *strangers*. El Diony prende un cigarro y se lo pasa a Lilith con un gesto. Es bueno dar un par de caladas al principio, puedes absorber todo lo que desees sin necesidad de quemarte

los dedos. El Conan se niega a fumar. Dice con orgullo que él no tiene esos vicios. Sus debilidades son otras: las pesas, la comida y las mujeres, nada más. Ni tabaco, ni café, ni alcohol y mucho menos las drogas. “Claro”, aclara, “yo no se los reprocho, cada quien se mata a su gusto.” Lilith comprende la gran diferencia que hay entre Aquiel y este muchacho y se pregunta cómo de un mismo útero pueden salir hombres tan opuestos, un misterio realmente. Unidad y lucha de contrarios, como dice Maryengel. Complementación. Equilibrio. Los dedos del Conan jugando con el zípper de su falda.

“Hace falta una cítara”, dice Leo aguantando el humo en los pulmones. “Me cuadra esta paz”, riposta Margarita con su cabeza sobre las piernas del Diony. “Deberíamos planificar algo”, sugiere Lilith y se acomoda en el abrazo del Conan, “reunirnos, pero sin rituales, ni leyes, ni nada por el estilo. Sencillamente para pasarla bien. Sin gente diciendo lo que uno tiene que hacer.”

“Me parece mortal”, apoya el Zepar. Los demás también están de acuerdo. “¿Qué propones?”, pregunta Margarita. “Un lugar cerca, por favor”, pide María Martín. “¿Por qué no vamos a Los Molinos? El Diony lleva su grabadora y otros consiguen ron o yerba.” “¿Los Molinos?”, el Zepar se nota bastante borracho, habla como si tuviera la lengua derretida, “ese es un buen lugar. En el medio de la *City*. Me cuadra”. Se levanta y sus piernas trastabillean un poco sobre las rocas. “Y ahora me disculpan, que voy a hacer pis.” Acuerdan el día y la hora: martes, diez de la noche. Luego cambian de conversación. En eso llega Aquiel. Solo. Seguro dejó embarcada a la Amy en el baño. Típico de él. Cuando por fin se sienta y la mira, Lilith aprovecha para volver la cabeza y besar al Conan. Este le va a preguntar algo, pero ella sonrío y le dice “Vamos.” Se levantan. “Oigan, venimos ahora.” “Sí, sí, ya sabemos”, bromea Maggy, “no te preocupes, nosotros vigilamos. Si viene alguna potencia te damos un grito.” “Ok.”

Conan la lleva a un lugar apartado, cerca del agua. Se detienen. “¿Te gusta aquí?” Ella encoge los hombros con indiferencia. Se mantienen un rato callados, acariciándose y luego se tumban de lado sobre las rocas. Por suerte es una zona bastante plana. Lilith permite que él le quite la camiseta y luego bese y recorra sus senos con la lengua. Después Conan se libera también de su pulóver y ella palpa sus músculos tensos, abultados, aspira su olor agrio de hombre y se deja ir un poco cuando siente los dedos explorando entre sus piernas. Mientras la besa el Conan susurra “qué rico, qué rico”, y

aunque falta el buen discurso ella aplaude imaginariamente, las manos del muchacho son expertas en recorrer los ríos de su cuerpo, hay un chasquido de zippers y de pronto es ella desnuda, pero con las botas puestas, el joven con su pantalón a medio tobillo, buscando invadir sus predios. “Espérate, espérate”, murmura Lilith y luego lo empuja. “¡Espérate!” Él se detiene confundido. “¿Qué pasa?” “¿Trajiste condones?” Él pone entonces su mejor cara de perdedor. “No. Como no sabía...” Ella de golpe se enoja. “Entonces no. Te jodiste. Quién te manda a no traerlo.” “Coño, Lilith, no me dejes así” y ella siente lástima por su cara de niño sin juguetes, pero no quiere y no va a ceder. “Mira, Conan, yo me hice la prueba del virus hace poco. Estoy limpia, ¿entiendes? Y eso me da tremenda seguridad, ahora no voy a volver a la incertidumbre de antes.” “¿Entonces tú piensas que yo...?”; “Chico, yo confío en ti, pero no en las tipas con las que te has acostado. Y sé que la Cheng no ha sido la única.” Él no sabe qué contestar. Su miembro se va doblando como un reloj de Dalí. Ella le acaricia el rostro. “No te preocupes que no te voy a dejar así.” Conan no puede contener un suspiro de alivio. “Ven. Acuéstate bocarriba” y él obedece. Entonces Lilith se sienta sobre el pecho del joven, pero dándole la espalda, lo amasa un poco hasta que logra excitarlo de nuevo y luego se extiende sobre él, acomodando su vientre para que la vulva caiga exactamente sobre la boca del muchacho. “Tómala, dame placer” susurra y se abre más, ofreciéndole sus pétalos internos.

Conan siente el sabor del Cuerpo de Lilith y comienza a mover su lengua por toda la zona vaginal, de vez en cuando muerde suavemente el borde de sus labios menores. Ella se siente desfallecer de gusto, guerra ancestral, disfruta del roce de sus manos pálidas sobre la piel mestiza del joven, se escupe la yema de los dedos y vuelve a frotarlo, hacia adelante y hacia atrás mientras él lame y sorbe entre sus muslos. En ese instante Lilith se siente más bella que nunca, se está excitando de modo increíble, Conan puede morir tranquilo dentro de sus muslos, ella misma podría dormir en su vientre, el espacio se llena del perfume conocido y preguntas mudas a los bolsillos del deseo. Él es ahora el hombre de tierra que busca raíces y encuentra una fuente; ella sigue el ritmo de su lengua, su curso a las estrellas en medio del sonido de las olas rompiendo sobre las rocas, se inclina y lame con suavidad sus testículos, le entrega su triángulo como si le regalara la totalidad de sus diecisiete años, le ofrece su biografía abultada de hombres, quizás, también, alguna mujer que flota por los alrededores, odiada e inconfesable pendiendo

sobre las aguas del pecho. Él acepta uno de sus dedos y como premio ella devora su miembro y chupa con fuerza y entonces el Conan se suelta por completo, comienza a moverse con mayor rapidez y Lilith comprende que muy pronto va a tener su clímax. Piensa en el peligro, retira su boca y lo ayuda con las manos, ajustándose con precisión a su ritmo creciente y descontrolado. Conan de pronto gime y su cuerpo se sacude violentamente. El semen brota en chorros discontinuos, fuente interminable. Él se vacía por completo y permanece tendido, sonriendo con los ojos cerrados.

“¿Te gustó?”, le pregunta ella volviéndose para enfrentarlo. Conan asiente sin hablar y le acaricia los muslos con un gesto cansado. Lilith todavía se siente bastante excitada. “Te pregunto porque yo no terminé, y te lo advierto: si tú no logras que yo llegue hoy al final, olvídate de acostarte otra vez conmigo.” Entonces lo agarra por el pelo y tira de él hasta hundirle de nuevo el rostro entre sus piernas. “Dale, perro. Tú vas a parar cuando yo te diga.” Conan obedece y retorna a trabajarla de inmediato. Lilith se siente poderosa, observa en derredor con todos sus sentidos electrizados de placer y comprende que es la primera vez que domina a un hombre de esa manera, adivina que hay algo de goce satánico en todo esto.



TERCERA PARTE:
ATRAVIESA AL OTRO LADO

“La ciudad forma - a veces físicamente,
siempre psíquicamente - un círculo,
un redondel de muerte con el sexo en el centro.”

Jim Morrison

NUM

Es cierto, Lilith está alegre. Ha logrado terminar su segundo huevo y se sorprende deseando buenas mañanas a los cuerpos de nadie. “Todos sean felices.” En este nuevo **vespertar** sus padres no llevan el odio en el himno y, aunque teme la recaída, regresa la convicción del cambio. “Sí, he cambiado.” No importa la salamandra en su omóplato o la argolla en la nariz, por lo visto el genetismo masoquista, tantas veces proclamado por los osos para calificar sus cualidades psicológicas se va desmembrando como migajas ante la nueva visión del mundo. Observa el tatuaje de nuevo frente al espejo. Se enfría el agua en la carne, entrecierra los ojos. Todavía le arde, tendrá que esperar unos días para que las desgarraduras suturen y desaparezcan las cicatrices minúsculas. A partir de entonces ese animalito verdiazulado será su estandarte de guerra, el desafío, el recordatorio para que los hombres pierdan, aun penetrando su cuerpo, talismán integrado a la piel para secarlos en cada embestida y después proseguir la búsqueda. Y es que ya hubo muchas siembras estériles, suficientes enemigos subterráneos, haciéndole perder la inocencia y las fechas de nacimiento, aniquilando ternuras.

Timbre. *Telephonic Day*. Del otro lado de la línea una voz **variableométrica**. Conan. Él habla y demuestra que en algo Lombroso tenía razón. Qué se puede esperar de una cama donde la palabra músculo es sinónimo de cerebro, cuer pocárcel que nunca dejará de escucharte nada más que como sexo. “Entonces la Cheng me dijo que estaba embarazada y eso cambia todas las cosas. Volví con ella, ¿qué le voy a hacer? Pero la que realmente me gusta eres tú. Si quieres...” Otra postura a odiar. Ella niega aliviada y lo felicita. Allá él y esa muchacha histérica, disfrazada de llanto que grita. Lilith adivina que Conan volverá a ascender las escaleras abiertas a los grises pasillos de su manicomio, perdón, matrimonio. La felicitación sería sincera si no adivinara que...si todo no fuera mentirnos como frailes de la última cruzada. Cuelga el teléfono y sonrío mordaz ante la proposición del **tarúpido** de continuar siendo amantes. “¿Qué límite de la compañía quieres darme? Pues no, señor. Fin del capítulo. Ya vendrás en otro momento a lamerme los pies.” Ella desanda una paz repleta de júbilos-respuestas y aborto de máscaras, lejos de una supuesta

realidad de la imagen, o la semiótica de un discurso **verdimensional**, despertando pulmones y clítoris, pero nada más, “buena mierda”.

Un rato después llega Leonardo y ellos se dedican entonces a practicar el *performance*, incubándose biunívocamente con nuevas ideas, exterminando algunas posturas de **ingenuflexión**. La cosa marcha. Leo también feliz, le cuenta que habló con los funcionarios del Patio de la Virgen - con la misma Virgen también - y acordaron la acción plástica & exposición de **Rock-art** para el mes próximo, por tanto: deben quemarse repasando los *items* para que luego no haya culpa de languidez; la obra debe quedar limpia y afilada como un bloque de hielo, comprometidos a trazar las múltiples trayectorias posibles, sacarle al acontecimiento toda la luz que puedan emitir, el sol sumergido en el gesto a los ojos del público, chisporroteando piedras y rasguños para atraer las ovejas al conflicto, removerlos de su seguridad de la no búsqueda, para **shockearlos** de una buena vez, subversivos, “como nos decíamos en los parques”. La verdad no existe, sólo en la acción, así que a ensayar.

Después de agotar músculos y neuronas se acuestan a descansar unos minutos. “Estoy preocupado”, dice Leo y le da un golpecito al huevo colgado sobre la cama, “no se sabe nada sobre Raphael, ni siquiera si pudo llegar” Lilith se pierde en temores **inartriculados**, emerge la imagen del ausente guardando equilibrio sobre una balsa de caucho, disparando contra monstruos marinos, pero ella rechaza la visión. “No te desesperes”, trata de tranquilizarlo, “Él me dijo que llegaba, me lo prometió. Puede que no haya conseguido dinero para llamar, los primeros días siempre son difíciles”. Piensa que lo mejor es creer en esa variante, “tal vez dentro de dos o tres meses lo veamos por la televisión, de guitarrista con un grupo nuevo”. “Ojalá.” Ahora sobreviene un silencio culpable en el que ninguno de los dos desea abundar sobre el tema. Encienden un cigarro y se lo van pasando por turnos, los ojos clavados en el huevo. “¿Crees que lo hayan desviado para la Base?” “Puede ser.” Luego Leonardo se levanta para marcharse. “Ah, se me olvidaba Lilith: Tengo que acompañar a mi mamá al hospital. La van a operar de los ojos.” Piel levemente erizada, ahuyentando la tos de una bocanada mal dirigida. “¿Es grave?” “No, pero esta noche no voy a poder ir a Los Molinos.” Nubes de sol. Lilith ya no recordaba la reunión y ahora lamenta haberla propuesto para intersemana. Mala suerte. Leo se despide con un beso y se larga. Ella lo ve alejarse desde el umbral. El

planeta allá afuera sigue igual que siempre, con sus carteles supergráficos llenos de consignas gastadas o de las nuevas: LO MÍO PRIMERO. ¿YA ESTÁS LISTO PARA SER FELIZ?, y otras asquerosidades. Mejor cerrar la puerta de nuevo, ya deben estar al regresar sus padres.

El timbre del teléfono la sorprende en la ducha. Ella se enrolla mal que bien en la toalla, denuesta a ese alguien cuya línea siempre llega a destiempo y se encierra con el teléfono en su santuario. “¿Oigo?” Es San Jorge. Su voz se desgrana en el auricular con una invitación al cine que ella tarda en asumir. “Oye, chico, lo que pasa es que Leonardo...” pero él la interrumpe rápidamente con un “te estoy invitando a ti, no a Leonardo” que la deja sin recursos como no debía ser, la toalla se desprende y ahora está ella desnuda escuchando la voz del otro seduciéndole el oído: “Dale, chica, embúllate, tú sabes que me gustas muchísimo. El otro día fui a Choquelia sólo por ti.” y ella contesta que no, pero es una negativa minúscula, toda mentira y él se da cuenta e insiste hasta que Lilith comienza a sentirse esclava del susurro en sus paredes internas, él habla con su voz acariciante y al final ella acepta, los dedos jugueteando nerviosos con los vellos del pubis, rezumando humedad entre los muslos.

“Ok, Jorge. A las ocho en el Yama” Piensa que luego del filme se irán a la esquina de cualquier avenida para seguir conversando, para seguir...Ella no encuentra la imagen de Leonardo en su memoria, se borra en sed de aventura, la foto del muchacho se va diluyendo en vientos químicos que nadie explica, contaminados. “¿Por qué a la hora de cuadrar la fidelidad a los amigos desaparece? Claro que Leo tampoco tiene que enterarse, ¿no?, y aunque se enterara, ¿no me dijo que asumiera, que no importaba? Fuera toda culpabilidad entonces.”

Ella cuelga el auricular y regresa al espejo. Mira los ojos que siempre la rechazan, la frente que reniega de la niña acusadora, mejor se entrega a meditar. “Me tocas, sé lo que no me haces”, pero el pronóstico la urge a encomendarse al ensueño de sus muslos en futuras aperturas dilatantes - **dilatantes**, diletantes - templando el espacio que alrededor de los dedos fríos sobre sus ojos en el espejo exige. Luego la mano se sumerge en la gaveta, entre el caos de sus prendas íntimas en busca de ciertos paraguas preservadores de baños posibles, encuentra dos que vienen lógicos al fondo de la mochila - principio básico para un canto sin culpas -, el agua fluyendo sin miedo a posibles fecundaciones

cósmicas, para dar la bienvenida a cierto animalito de marras, disfrazado en látex. “Buenas, ¿cómo estás? ¿cuál es tu nombre pequeño?”

Una hora más tarde, vestida para matar, encuentra a San Jorge esperando en la entrada del cine. Ningún brujo a la vista, menos mal. Un beso en la mejilla y entran abrazados en la sala oscura.

Primeras imágenes, una comedia de enredos, lo suficientemente banal como para que no le importe el rostro del muchacho tapando la pantalla, entregándole en los labios su respiración de hombre anfibio. Pasan las olas, en el pasillo no hay mujeres con linternas láser para quemar actividades prohibidas. Lilith decide entonces abrir la nueva noche. Desliza su mano y cuando topa con el objeto entre las piernas del joven, aprieta levemente para **sentir** medir su estatura. **Divinación**. El derrama un jadeo cortado en su oído como un llanto de mar. Otro beso de lengua salada. Claro que mejor sería en un lugar a solas y no este compartir visiones en amarillo más rojo delante de los rostros-paredes y simular que no están. En la pantalla una **carajuda** bien **epicurva** y sus **seguimantes** devoran los kilómetros de **astropista** con sus **autoviles** refulgentes para destrozarse y aquí abajo Lilith como si no sucediera, el grito de la tetona plateada dentro de un edificio a punto de incendio, luego el terrible amarillo **serosolar** más rojo y fuego y disparos y ellos que se lanzan a jugar a los **substisexos**, el abrazo permite los dedos invisibles buscando milímetros rabiosos, titilando clítoris o deslizar de seda en movimiento fluctuante de un miembro adorablemente extenso, justo a tu gusto y los ojos escapan de quienes se evaden, es magnífico esto y también liberador, masturbarse a dúo en medio de tantos zombies con sus anticuados conceptos, es bueno subvertir el espacio mezclándose como animales suaves ilimitados, cagándose en la moralidad de tantos cerebros **carcinógenos**.

“A este yo lo convierto en Brujo”, piensa Lilith y recuerda la reunión en los Molinos. Maldita creencia. La película muere en el centro de la acción plástica. No hay santuario para después, no hay **cama-huevo** sino que lo llevará al conciliábulo de los klippots sin decirle, para que no escape, sorpresa. Y si se enoja le dirá que espere, como le dijo al Conan la noche anterior, solo morirán **interfundidos** después que San Jorge se empape de ideología *Zeppelin*, después que experimente una noche de guitarras y faroles a lo

blues Dylan. THE END. Se encienden las luces, pero ya ellos se han disfrazado de nuevo como ángeles de la **velocracia**.

Ya afuera y como era de esperar, el Santo le propone continuar la **revolución** a ventanas cerradas, pero ella responde que el fuego es el **siervo** de sus puertas, que prefiere hacerlo entre árboles, bajo la luna, puro **amorbierto** y reniega de santuarios y ojos cerrados y las llamaradas de julio que los quemarían con sus temperaturas infernales y los dípteros vampiros, no. Basta de torturas ajenas. “Vamos a los Molinos.” Quizás Jorge intuye que una negativa pondría en juego sus futuras **internaciones**, así que acepta la proposición de inmediato: “¿Los Molinos? Perfecto. Hoy tengo alma para Don Quijote.” Lilith piensa que este muchacho es muy rico, helado de chocolate para saborear, lástima que no tengan nada que ver uno con el otro.

Diez de la noche. La ciudad y sus **valvulores** maquínicos, infectos. Tal vez a Lilith hoy le sobren ojos para odiarla. Es todo un acuario. La envidia de los caminantes por los motorizados, algunos que intentan destruir su límite de patatas acompañados por sus carritos de pizzas y confituras, hay cigarrillos, pero no abundancia, ni destituciones de precios, ni guitarras, ni sinceridad, ni arte en las calles, ni risas para conservar en un *container* de plomo, solo **polvhumo**, colas, respiración poluta, buldozer al pulmón, “mi pulmón”, casas **apuntabladas** clamando SOS a cualquiera que no destile citas del **artífice**, en fin. Van caminando entre las luces, ella encuentra los brazos amables cuando la escucha, pero Jorge no quiere - o no puede - ver. Este es su mundo, su universo y lo respira cómodo, al contrario de Lilith que reprime sus deseos de gritar aterrorizada, la imagen fija de su rostro asfijado emergiendo en el borde de los montones de desperdicios, alimento para ratas. **Cityphobia**. Por suerte él rompe la visión helada y cuenta anécdotas divertidas y poco a poco se acercan a Los Molinos, uno de los pocos pulmones verdes de la Basurópolis.

Ella llega a la conclusión de que se siente insegura y débil ya que desde hace días no se entrega a la implosión psicoquímica y todo lo pensado en el trayecto es simplemente efecto de carencia, paranoia abstémica. Odia sentirse así, por eso empieza a buscar el grito de vida de los Brujos cuando cruzan la verja y empiezan a internarse entre los árboles. San Jorge se deja llevar, pero al oír unas risas inesperadas y música rock, y comprendiendo que se dirigen a ese lugar, su rostro se transforma en la consigna de un

inquisidor. “Oye, ¿a dónde vamos?”, y se detiene. “Esa es mi gente”, le explica Lilith, “Quedamos en vernos aquí esta noche. Dale, chico, vamos. Seguro tienen yerba.” “Tú no me dijiste nada de esto.”

Ella simula frases como lágrimas: “Discúlpame Jorge. Es que tenía miedo que no aceptaras. Dale, ¿qué te cuesta? Además, la idea de reunirnos aquí fue mía.” Él se ve bastante enojado. “No, no, yo me voy”, su voz antes dulce se ha vuelto metálica y ella insiste: “Jorge, compláceme. Estamos solo cinco minutos. Nos tomamos un trago y después hacemos lo que tú quieras. No me decepciones.” La última frase lo hace dudar un poco y ella vuelve a la carga: “Por favor, solo dos minutos. Después soy tuya”. Lo besa. Ella nota como su respiración se normaliza de nuevo. “Es raro”, piensa. “¿Tendrá miedo? ¿De qué?, ¿o de quién?” Ahora Lilith toma una de las manos del joven y se la coloca entre los muslos. “¿Ves? Estoy caliente.” Ella piensa que si esto no funciona lo mandará a la mierda, “¿Me vas a dejar así, toda excitada?” Lilith usa todas sus tácticas para que renazca la erupción tóxica. Él, por fin se rinde: “Bueno, está bien”. Ella lanza un grito de alegría y lo abraza. “Ya verás. Son gente fantástica, te van a encantar.” Jorge no parece muy convencido, pero deja que la muchacha lo guíe entre los árboles.

Llegan al claro. Están casi todos, también Aquiel. Sólo faltan la Amy, “Hum, que interesante”, Conan y por supuesto, Alina y Leonardo. Un farol, dos botellas de ron, una grabadora. “Hola Brujos, ¿me dejaron algo?”, y luego de los saludos y besos ella les presenta a su pareja: “Este es Jorge, un amigo mío y de Leo”. De pronto sucede algo extraño, porque Zepar borra la sonrisa, se acerca despacio con sus ojos-lanzas clavados en el rostro del recién llegado, lo observa bien y luego le pregunta: “¿No te acuerdas de mí?”

La situación se vuelve tensa. Jorge, confuso, va a encogerse de hombros, pero luego parece que algo recuerda porque se pone pálido en un instante, murmura “puta” en dirección a Lilith y se lleva rápido la mano a la cadera. Zepar se abalanza sobre él, comienza a asestarle puñetazos en medio del aturdimiento de todos. Lilith comienza a gritar que los separen, sin entender lo que sucede, de repente hay un brillo de navaja. “¡Maricón!, ¡te voy a matar!”, una patada y la cuchilla sale volando, Aquiel y Diony intentan apartarlos. “¡Suéltanme cojones!”, grita el Zepar, “¡él fue uno de los que nos asaltaron!” y entonces a Lilith se le desnuda la memoria y enmudece por la revelación

inesperada. Jorge empuja a Aquiel e intenta escapar, pero es derribado por el Diony que le lanza patadas al estómago, mientras el Negro le traba los brazos y Aquiel lo sujeta por las piernas.

Entonces Zepar se da cuenta de que tiene una cortada en el brazo, por suerte solamente un rasguño, “coño, pero si también me picó”, y con más rabia aún le propina varios golpes contundentes a la cabeza hasta que lo pone fuera de combate. Luego se apartan y Lilith puede ver el cuerpo desmadejado, la sangre brotándole del rostro, mezclada con el fango y la hojarasca.

“Amárrenlo”, dice Zepar y comienza a desabrochar su cinturón, “este me las va a pagar todas”. El Diony desata su pañuelo. Maggy se agacha para soltarse los cordones. El negro Azrael y María Martín se alejan en busca de sogas, alambres o algo por el estilo.

Es curioso, piensa Lilith. Ahora está vacía, no siente nada por ese bulto tirado en el suelo, no puede razonar con claridad, no hay emociones. ¿Este era el mismo con el que yo estaba besándome hace unos minutos? Se ha adueñado de una de las botellas y toma un trago tras otro, como una máquina, mirando a los Brujos actuar, sin intervenir en nada, como si estuviera viendo una película. Por ejemplo, ahora el Zepar aprovecha que Jorge ha recobrado el sentido para volverle a pegar sin miramientos. Lilith sólo puede repetir una y otra vez la escena fija de cierta noche a oscuras, casi similar a ésta, ella tirada en la calle con su pulóver rasgado y el rostro de Jorge, sí, ahora está completamente segura, era él, por eso le resultaba tan familiar, el muy cabrón violándola con su risa alcohólica, sin atender sus gritos, sin importarle que estuviera llorando, abofeteándola en medio de los insultos, hijo de puta. Imperdonable no haberlo reconocido antes, a lo mejor y hasta sabía que era ella y quería repetir la hazaña. Ahora sólo siente odio. Si todavía le quedaba alguna duda esta desapareció por completo cuando salió a relucir la navaja. Dios sabe a cuántas más se había violado por ahí y lo que pensaba hacerle una vez que estuvieran a solas. Lilith se descalza y ya con las botas en las manos comienza a sacarles los cordones. Por cuenta del muy maricón se había metido casi un mes escondida debajo de la cama, perdido todo el gusto del sexo, temiendo a cualquiera que pasara por su lado. Se vuelve a calzar y se acerca a donde están todos. “Tomen.” Los cordones van a asegurar todavía más las ligaduras de las muñecas. Azrael ha encontrado unos alambres y se encarga de atarle las piernas, el pañuelo del Diony sirve como mordaza. Después de la segunda tanda

de golpes Jorge ha vuelto a perder el sentido. Ella de pronto descubre los ojos de Aquiel fijos en su rostro.

“¿Qué hacemos?” le pregunta el Zepar. Lilith sólo atina a encogerse de hombros en plena mirada de imágenes inconexas, ninguna placentera para el bulto exánime. “Jódanlo”, contesta y luego va a alejarse de nuevo, pero Zepar la sujeta por el brazo. “No. Es tuyo. Haz lo que quieras con él. Véngate.” Ella vuelve a encontrar la mirada de Aquiel, que asiente con un gesto casi imperceptible. Él habla directamente a los labios de sus piernas, hay un batir de palmas secreto, fluyen las aguas, pero ella comprende que todavía no es el instante, si acaso un comienzo, cae la cascada del deseo entre sus muslos llenos de voces. “Muy bien”, ahora vuelve a sentir el poder **reciéncontrado**. Rito del tigre, de la pantera blanca.

“Desnúdenlo.” Azrael rasga la camisa, mientras el Zepar le baja los pantalones hasta los tobillos. “El calzoncillo también. Quítenselo todo.” La navaja rompe la tela para no tener que zafar otra vez las ligaduras. Jorge despierta y se remueve desesperado, pero el Zepar lo pateo de nuevo dos veces hasta que se rinde. Lilith se acerca con una sonrisa sardónica. “¿Ya te despertaste Papito? ¿Qué tú querías hacerme con esa navaja?” Él mueve la cabeza negando y cierra los ojos atemorizado. Sudor-escama. Ella observa su pene encogido, casi ridículo y se agacha a su lado. “Por eso no querías venir. Ahora lo entiendo todo, maricón”, y lo escupe a gusto en el rostro, luego se vuelve hacia Margarita: “Traeme la navaja” Su amiga se apresura, busca un rato entre las hojas donde la ha dejado caer Azrael y luego se la alcanza. “Aquí tienes. Mira a ver lo que haces.” Lilith sonrío indiferente, en el rostro una **muecamenaza**. “¿Sabes que ahora te los puedo cortar si me da la gana?”

Él intenta arrastrarse, pero Diony lo inmoviliza otra vez. Ella comienza a rozar levemente sus piernas con la cuchilla, le acaricia los testículos con el filo, pero tratando de no herirlo. “Sabes que no te puedes mover, si lo haces te vas a cortar.” La noche enmudece, todos los Brujos expectantes, la voz de la muchacha se ha vuelto lánguida, seductora. “No te preocupes. No te voy a capar...todavía.” Lilith disfruta viéndolo sufrir, dueña del sudor de sus sienes, del pánico quemando el agua de sus ojos. “Aquiel, ¿me puedes traer el ron?”

Ya con la botella en la mano, se da un trago y deja caer un chorro de bebida sobre el miembro del joven. “Estás frío, así no me gustas, te voy a calentar un poco.” Risitas contenidas de la Maggy. Lilith se siente libre como nunca, con la misma sensación de poder de la otra noche en la costa. La vergüenza, los escrúpulos como una puesta de sol cuando el día termina, cuando despiertan los demonios. Ella lo acaricia un rato, ya sin la navaja, roza con los dedos sus paredes estriadas, el tronco suave capuloso, pero no hay reacción, aún restan cicatrices de hielo, demasiado miedo, hombre, hace falta probar con otra cosa. Lilith se inclina, se mete el pene en la boca y ayuda con las manos, chupa y lame un rato hasta que siente una discreta erección del objeto, se aplica sobre él, muerde y succiona con fuerza, luego se aparta y lo sigue masturbando de prisa para mantenerlo erguido, “dale, demuestra que eres macho”, luego le hace una seña a Margarita para que la auxilie. Esta viene con sonrisa divertida, toma su lugar, vuelve a aplicarle la boca y los dedos, Lilith retorna a bautizarlo con ron, le frota los testículos, poco a poco él se deja llevar, “te gusta ¿eh?”, hay un momento en que su miembro alcanza el máximo de rigidez, es entonces cuando Lilith recoge un trozo de alambre del suelo, aparta a Maggy de la acción, se lo enrolla rápidamente alrededor del glande y tira con fuerza. Jorge se arquea de dolor en medio del orgasmo, ella aprieta más para que el semen no escape y se levanta sin soltar el cable, los dedos empegotados de sudor y tierra. “Ya te dije que no te iba a capar, sino a ahorcar.” La situación es tan cruelmente cómica que todos se echan a reír. Ella hala con fuerza un par de veces más hasta hacerle saltar las lágrimas. Luego se seca las manos con el pulóver. “Ya visitaste el Paraíso. Bienvenido al infierno.” La muchacha se vuelve a empinar la botella y se la pasa al Zepar. Se siente más alegre que nunca, con una especie de júbilo negro, desenfrenado. “Ahora vas a conocer a Lilith, la Reina de los demonios súcubos. ¡Vírenlo!”

Al ver ese cuerpo de espaldas, las nalgas indefensas ella piensa que todo esto es como besar a alguien con labios de espinas. “Azrael, dame tu cinto.” Él obedece. Una correa ancha de cuero, con broches plateados. “Ven, María Martín. Tú primero” La joven se acerca un poco indecisa y extiende la mano para recibir el zambrán. “Míralo. ¿Lo ves? Ese es un cabrón violando mujeres. No sientas lástima porque a lo mejor la próxima podías haber sido tú. Dale diez veces. Cógelo como una prueba para entrar en el grupo.” María Martín comienza a zurrarlo. Nueve azotes tímidos. El último falla. “Ya. Ahora

Margarita.” Esta ocupa el lugar de la primera. “Dale diez también. Para que no se atreva más con nosotras.” Maggy empieza débil, luego va incrementando la fuerza hasta el décimo, que restalla como un látigo. “Ahora me toca a mí. Aguántenmelo bien.”

Lilith comienza a fustigarlo con ganas. Descubre que con cada cintarazo el júbilo arrastra sus poros, más fuerte, más fuerte, siente la voz tímida del sexo humedeciendo la entrepierna, otro y otro más, se le ofuscan los sentidos, llega a la cuenta de diez y sigue golpeando, es una sensación maravillosa. Ya al borde del orgasmo unos brazos la sujetan fuertemente. Es Aquiel. “Déjalo ya. Lo vas a matar. Hazle otra cosa.” Ella se revira. “Quiero humillarlo. Quiero que me recuerde toda su vida.” “Haz lo que te de la gana, pero no lo mates.”

“Sí, claro”, recapacita, “tienes razón”. Hay un instante de duda en que Aquiel vuelve a alejarse, convertido en sombra de lince, espectador pasivo. Todos los Brujos la miran, esperando la nueva tortura. Ella va a desistir, pero se refugia de nuevo en la imagen odiada, “Esto es lo que hay que hacerle a todos ustedes, partida de...”, y es poseída de nuevo por los demonios de la luna. Jorge se ha movido un par de metros sobre la hierba. Lilith pide de vuelta la botella, se toma el último trago y por fin se decide. Sabe que está media borracha, pero no importa. “Ahora vas a saber lo que se siente. Te voy a violar, maricón.” Él intenta levantarse, pero el Zepar lo tumba con otra patada. “Tú te quedas hasta que ella termine.” Jorge se retuerce, trata de quedar boca arriba, pero es inútil, a cada intento recibe un puñetazo y luego los brazos de Azrael y Diony lo vuelven a colocar de bruces, inmovilizándolo con sus llaves. Lilith piensa que ya queda muy poco de aquel machito valiente del asalto nocturno. Esta es otra noche, *su noche*, ella se acerca con su instrumento de martirio, símbolo fálico y todos se aprestan a mirar la caída irreversible en el abismo, sacrificio final.

“Ah, Grand Ma, Diosas Triples”, dice inspirada por el alcohol, “aquí tienen su venganza y la nuestra, la carne que debió ser, para lavar tantos siglos de violadores, de humillación y desprecio.”, el resto de los Brujos la miran fascinados, incluso Aquiel, “yo soy Lilith, y ofrezco este hombre ante los ojos de la Diosa y me libero, por siempre jamás”.

“Ven”, le pide a Margarita para que la ayude otra vez. Esta acepta su nuevo papel contagiada por el discurso; agarra las nalgas de Jorge y se las aparta hasta que su agujero

queda bien a la vista. Por supuesto, la víctima no se está quieta y Lilith se enfurece: “¡Tú escoges, comemierda! ¡La botella o la navaja!” Sus palabras por lo visto hacen efecto porque el muchacho se queda inmóvil de inmediato. Ella escupe en el ano, Margarita también, y luego prueba con un dedo. Bien, ya está listo. Ahí va, justo en el centro. Jorge muge con todas sus fuerzas detrás de la mordaza, mientras Lilith le va introduciendo la botella con cuidado, primero la boca, los bordes, con gran esfuerzo, aullidos de dolor ahogados por el pañuelo, luego el cuello de vidrio. Ella le introduce cuanto puede el miembro falso para hacerlo sufrir, ultrajarlo, para que se degrade hasta el máximo, ver sus espasmos y los puños crispados, queriendo morir. “No te muevas que es peor”, le advierte. Él llora de negro, obedece, se humilla, trata de relajarse y ayudar para que duela menos; luego de un tiempo más que suficiente, Lilith se aburre y deja que la carne expulse al objeto extraño. De todas formas ya se le ocurrió otra. La última: Dejarle una marca como *souvenir*. Lástima que no haya agujas ni tinta para un tatuaje. Sin embargo está la navaja. “No te preocupes, ya voy a acabar. Te vas a ir con mi firma”, y entonces le traza despacio una letra **L** en la nalga derecha, no muy profunda, lo mínimo para una cicatriz visible, la marca inicial del rebaño, para que no escape. “Ya está. Terminé con él.”

“Espera que falto yo.” El Zepar recoge la cuchilla y le esboza una zeta en la otra nalga. “El Zorro”, dice Margarita y se echa a reír. “No, no. *Led Zeppelin*”, acota Azrael y todos sueltan la carcajada. “Ok”, Lilith vuelve a hacerse cargo del asunto. “Recojan que nos vamos. Cada uno para su casa y aquí no ha pasado nada.”

El Diony se agacha para recuperar su pañuelo. “¿Qué coño haces? Déjalo, yo te regalo otro.” Ella decide olvidarse de los cordones. Salen de prisa. Sólo cuando llegan a la avenida es que se encuentran con un anciano blanco, que probablemente medita con sus muertes próximas. “Los inocentes son los culpables”, dice. Ella piensa que el viejo está tan borracho que al día siguiente seguro no recordará nada. También está la posibilidad de la cárcel, pero adivina que San Jorge va a tener que devorar sus gritos; está en la misma o peor situación que la Amy en la rockoteca. Ya después de alejarse un buen trecho ella prescinde de sus temores. Al fin y al cabo el tipo no está muerto, solo mancillado y eso no es tan grave. Que lance sus siete gemidos en secreto, sin que nadie

se entere, eso no es peligroso. Y luego que intente vivir en paz consigo mismo, si es que puede.

“¿Quieres que te acompañe?”, le pregunta alguien al oído y ella descubre con sorpresa que es Aquiel.

“Sí, ¿por qué no?”, contesta y piensa que la noche todavía es larga, muy larga.



SAMH

Avenida Charles 3, Ministerio Civil, Teatro de la Nación... Aquiel y Lilith caminan en silencio, uno al lado del otro, sin tocarse apenas. Ella quisiera gritar de alegría por el gran hijo de...los demonios, que al fin, ¡por fin!, se ha dignado a acompañarla. Piensa que lo atraparé toda la noche hasta convocar el sol, aunque para ello tenga que beberse todos sus conceptos como sombras, sus **octágonos simbióticos**, no importa. Esta vez tendrá que explicarle bien, y luego escucharla.

Sí, escucharla, porque ya basta de su pose siempre superior y emitiendo palabras como manoplas de agua que la han hecho llorar, enmudecer, herir, quemar sus alas, el orgullo medido en números diminutos contra el amor, contra esos ojos que no llegan a valorar su potencial real, la exactitud de una mirada regalando cuerpo y sentimiento, su alma entera incoherente, pero no, hoy debe hurtar esa entrega, ya apagó los letreros de neón indicando la entrada a la caverna, al hoyo en el pecho, al corazón, ese sujeto universal escondido del tacto, luchando siempre por su pedacito de felicidad, develando cubiertas, últimamente sin encuentros ni reencuentros, al abrigo del abrigo porque así no duele, es mejor esta variante, claro que sí.

“¿Qué te pasa?”, pregunta él, “estás callada desde que salimos. ¿Te arrepientes de algo?”. Ella contesta sin pensar: “No. En absoluto. Ese cabrón se merecía todo lo que le hicimos”.

Cruzan la avenida de México y continúan subiendo por Pradera, en dirección a 32. Todavía no debe ser muy tarde, porque se ven muchos autos y hasta ellos llega el sonido de los televisores encendidos. Aquiel se desvía hacia el parque de los punks, que a esta hora debe estar desierto. Lilith lo sigue, alimenta su mente de madrugadas y piernas. “Soledad”, recuerda, “yo te escupo como a un perro sarnoso”. Ellos se adentran por un sendero a través de los framboyanes y desembocan en la plazuela central, oculta a las miradas *strangers* por muros repletos de *grafittis*. Todas las farolas están apagadas - se han robado los bombillos - y también alguien se llevó los listones de madera de los bancos, por lo que tienen que sentarse en una de las pequeñas escalinatas. “En este parque fue donde nos detuvieron por pintar los muros.”

“Sí, lo sé”, Lilith ya conoce la historia por Raphael, “¿En qué año fue eso?” “En el 19 o el 29, no recuerdo bien. Eran otros tiempos. No te voy a decir que mejores, pero por lo menos había Juventud.”

“ No entiendo.”

“ Ya la Juventud no existe, lo que existe son los jóvenes.” Ella lo mira sin comprender. “¿Qué quieres decir?” Aquiel se demora en contestar. Busca en su mochila, saca un cigarro y lo enciende. Da una bocanada larga y luego le explica.

Su discurso comienza vomitando la ciudad. No le perdona que hayan escapado los sueños, la conciencia colectiva de ser joven, las viejas quimeras hippies con su aliento de árbol pegado a la nariz, las barricadas. Ahora toda la lucha se reduce a mirarse la ropa en el espejo, ser el primero en ofrecerse como imagen del fotógrafo *stranger* en las discotecas, dientes pepsodent y devenir objeto. Zombies, cerebro muerto.

De los que deciden acostarse debajo de su rostro y hablar la novlengua de Orwell en pleno desfile de antorchas y dando vivas a Augusto Comte, mejor ni tenerlos en cuenta: dan asco, igual que los nuevos religiosos, realucinadores del pasado, sonando maracas y escapularios, vendiendo etnografías y mierda folklórica.

En el otro extremo están los peores, los que prefieren correr las bambalinas y pasar de todo, los que odian el jabón temprano, creyéndose por ello salidos del *System*, pero siempre con vocación de televisor, los que se sientan a llorar entre dos fronteras, los cirenaicos, amando a sus ídolos de rebeldía empaquetada, coreando el grito de sus eco lejano, tibio, diluido en electrones, o buscan los caminos del sexo psicoquímico para traicionar al cuerpo aburrido, mortal, el efímero gemir de las sábanas, sábado para inyectarse en las venas, devenir esquizo. “Esos somos nosotros.” Sin embargo Aquiel se advierte y se gasta en camino **concierrado**, le explica a Lilith que desearía ser el forastero, extraviarse de una vez y salir de la autopista, insulta a todos como buen acorazado medieval, pero también está atrapado en la máquina, como ella, como el resto de los Brujos. “¿Y sabes qué es lo peor?” Aquiel gesticula con ademanes bruscos, “lo peor es que sin sueños, y sin reconocernos, vamos a terminar matándonos unos a otros por tonterías, por mujeres, drogas o bicicletas”. Él de pronto enmudece, porque el territorio es invadido por un hombre que se arrima a un árbol para orinar. “Vámonos, Lilith. Este parque se ha convertido en un baño público.” Hay algo de rabia mezclada con

tristeza en la última frase. Salen de nuevo a la avenida. Un viento húmedo hace mirar a la muchacha al cielo, donde no se ve una sola estrella. “Debe estar al llover”, dice y apuran sus pasos para escapar del agua.

En la esquina del semáforo una potencia los observa desconfiado, pero los deja seguir sin pedirles la documentación. “Todos te ven si no estás en el centro, maldita curva de Gauss”, murmura el joven, pero ella no comprende la frase. Comienza a sentirse un poco molesta cuando descubre que se dirigen a su parada.

“¿Cómo conociste al tipo?”, le pregunta él y aminora el paso. “¿A San Jorge?” “Sí.” “Por Leonardo.” Ella le cuenta toda la historia a grandes rasgos. Aquel de pronto se ve preocupado. “Entonces él sabe donde viven ustedes”, Lilith comienza a adivinar hasta dónde quiere llegar él con su interrogatorio. “No, Jorge nunca fue a mi casa, sólo tenía mi teléfono. Pero sí conoce la dirección de Leonardo, lo visitó varias veces.” Aquel se detiene y la mira a los ojos. “Hay que avisarle a Leo. Ahora mismo, si es posible.”

A ella le desagrada la idea. No se imagina la cara del muchacho cuando le cuente lo sucedido, además de que ya se había hecho algunos planes para la noche. “Bueno, él no tiene teléfono.” “Entonces vamos a su casa.” “Pero, ¿por qué? ¿Cuál es tu miedo?” Aquel la agarra por el brazo. “¿No me dijiste que habían sido cuatro o cinco los que los asaltaron aquella noche? ¿Quién te asegura que el tipo no busque a sus amiguitos para vengarse?”

“Coñó.” Hasta el simple supuesto de que suceda algo semejante la llena de pánico. “Dale, vamos”, le dice y echan a caminar. De pronto son pedazos de noche que caen gritando y rugiendo en todos los rincones de la ciudad, cuchillos que bailan en la lejanía y se acercan cada vez más a la tierra de los Brujos, amenazadores. “Él vive por 21, podemos ir caminando.”

Avanzan a pasos rápidos hasta la esquina del cine Charles. De ahí van internándose por los callejones estrechos y atravesando irregulares vías hasta topar con la casa de Leonardo. “Ahí es. En el segundo piso.” Todo está a oscuras. Tocan un par de veces el timbre, pero no parece haber nadie. Entonces ella recuerda: “Leo me dijo que iba a acompañar a su madre al hospital, para una operación. Por eso no fue a Los Molinos. A lo mejor se quedó con ella.” “¿En cuál hospital?” “No sé.” Comienzan a caer las primeras gotas de lluvia. “Aquel, ¿qué hacemos?” Él se encoge de hombros. “¿Te dijo de qué la

iban a operar?” “Creo que de los ojos.” “Entonces lo más probable es que hayan ido a Vistabuena. Eso es lejísimo de aquí, aparte de que no nos dejarían entrar.” “Yo me imagino que él regrese mañana.” “Sí. Lo mejor será venir lo más temprano posible para avisarle o si no ir allá, al hospital. Pero bueno, eso será mañana, ahora vamos para mi casa, antes de que nos coja el aguacero fuerte.” “Está bien.”

Corren en dirección a Calzadilla, la calle donde vive Aquiel. Ella imagina la salvación del deseo guiada por la mano del joven, que la hala tras sí en medio del diluvio, una cuadra tras otra, saltando charcos, las ropas empapadas pegadas al cuerpo, el pelo chorreando agua hasta que llegan a su destino. “Coñó, por fin.” Llave en la cerradura y entran en la casa. “Ve para mi cuarto. Es ese. Yo voy a buscar unas toallas.” Ya dentro del santuario lo primero que hace Lilith es quitarse las botas. Luego se seca los pies con la toalla que le brinda el muchacho. “Mira, cuando termines cámbiate la ropa y ponte esta camiseta.” “Está bien.” La blusa y la falda se distribuyen a un lado de la cama, exaltando todavía más el desorden del espacio encerrado entre cuatro paredes cubiertas por anaqueles de libros.

Instante. “Este es el libro de tu caída.” Su cuerpo bajo el afiche del titán del rock, en la esquina más psicodélica del cuarto. “¿Quieres oír algo? Te voy a poner mi disco preferido.” Él aprieta una de las teclas del equipo y la estancia se llena de voces sordas, pasos de ciego. Un coro religioso en onda celta. “¿Qué es?”, pregunta ella que no conoce mucho de rock sinfónico. “El nombre del grupo es *Kawkcir*. Se titula *En busca del Santo Grial*”

La historia comienza con José de Arimatea, rico hebreo y guardián del cuerpo de Cristo. Afuera llueve, Lilith ya no recuerda la angustia de haber amado a gritos sin resultado alguno. Entreacto. Esta noche todo puede ser diferente. Ella aparece flotando en un rayo de luz y cubierta por un velo. El caballero se compromete a salir en su busca. “Ay, Galahad, ¿Qué sabes de lo que siento? Hombre al fin, ¿qué puedes saber de mis entrañas y mis cadenas? ¿Qué sabes de la soledad del espacio?” Felicidad de vacío, donde se pudren las dudas.

Sir Perceval - léase Aquiel - ha invitado a la virgen al Castillo del Rey Pescador y le pide que ocupe su puesto. Por suerte Bors - léase el Zepar, un amigo - esa noche accedió

a regresar solo a Camelot. Los dos se van relajando con el sonido suave de la música y al rato se sienten como guardados en el calor de un recipiente especial. Lilith mira a Aquiel y lo encuentra lleno de profecías invisibles. Ella seguramente piensa: "Ahora los dos estamos caminando a ciegas, tratando de mirar con las manos, sobre una cuerda muy fina y roída por ratones gigantes". Hay una sensación de espera revoloteando por el santuario, serpientes enardecidas que sueñan desde el centro del cuerpo, sueñan con dos figuras que se observan desde la máscara húmeda de sus ropas y ella entonces descubre que este hombre es un desconocido, bebida de dioses desde el lado de la Oscuridad, servido en estuche lujoso y capaz, con sólo un gesto, de proporcionar fuerza sobrehumana y vida inacabable; por lo general esta iluminación súbita sucede después de que Aquiel se ha perdido en frases hechas: "Ante todo quiero que me perdones por lo de..." y ella se siente ridícula en extremo, artificial en su pose de confesor del alma - la Grand Ma siempre en su sitio, vigilante - y no sabe el por qué del gigantesco sentimiento de culpa que la penetra y la asfixia hasta que él por suerte decide no hablar más de conceptos archisabidos y esquemas de sentido común, tiene que salir del cesto mágico, punto muerto de todas sus posturas malinterpretadas - "Caramba, Garahnir, ¿hasta cuándo?" -, tienen que comunicarse por primera vez y de la forma más sincera posible aunque y a pesar de que pueda resultar "otro fracaso onírico" y recién comprende lo difícil, lo inmensamente complicado que le resulta desnudarse sin romper todas las armaduras. Entonces es mejor callar y hacer el amor sólo con los ojos - fuego del Grial -, Lilith que le agradece el silencio y comprende que ahora están unidos por una red de empatía que los hace mejores, inexplicables - aún detrás de las camisas empapadas por el festival del agua -, que los hace nuevos y, esto, todo esto, en un lenguaje sensorial que no había conocido antes, o tal vez sí, pero que ya ha olvidado un poco de qué se trataba. "Un día vine a buscarte y conocí a tu mamá. *Where is she?*"

Todavía faltan muchas horas para la muerte de la noche. El cambio de idioma hace sonreír a Aquiel, que mira el rostro incandescente de Lilith y adivina que cualquiera puede renacer de pronto a partir de recorrer las calles de un cuerpo. "No está", contesta él, "se fue con su nuevo marido a un congreso en Las Dunas." "¿Un tal Roberto?" "No, otro." La joven de pronto asumiendo el papel de Genevieve - ciclo artúrico de un tal Chrétien de Troyes, por eso el inglés y la voz lánguida -, y pregunta a Aquiel por el estado de su relación con Amy. Él sonríe - lo ha sorprendido a mitad de la preparación

de un incienso - y riposta con un "hablando de la Amy, ¿qué tú crees de ella?" que la desarma por unos segundos. La reina Ginebra acepta el anacrónico humeante que le ofrece el otro y mira nerviosa un gato tallado en ébano que sirve de portalibros en uno de los anaqueles superiores. "Tú sabes que a mí ella nunca me pareció una maravilla precisamente, pienso que es bastante retorcida, y que solo fue un recurso que utilizaste, no sé con cuál objetivo, no puedo formarme un criterio muy exacto de la relación de ustedes."

Hay un rictus en los labios de Aquiel, que seguramente ahora piensa en el suicidio que significó para él aquella versión de amor bufonesco. Lilith desearía explicarle el cambio de un verso en establo, argumento de leyenda alemana, su visión de la Amy como un fantasma de carne porcina, un buen objeto para gozar, para escupir, para coger un jarro lleno de mierda y vaciárselo por la cabeza, pero nada más. Ella prosigue: "La veo, y la veo muy poca cosa al lado tuyo. Tú necesitas y aspiras a algo distinto. Lo de la Amy fue pasajero; hacía falta una mujer y apareció ella, sólo eso". En el rostro de Aquiel hay como un candado que se abre: "No, Lilith, no entiendes. Yo cuadré con Amy para no estar contigo. Sencillamente no estaba preparado para ti, todavía. No quería utilizarte como a las demás". "Explícame eso. Y no te preocupes por el tiempo que tenemos toda la noche por delante." "A ver, Lilith, ¿Cómo me ves tú a mí? ¿Cómo te veo? ¿En cuanto a qué?" "En general. Personalidad, carácter, defectos, todo."

Lilith convertida ahora en devota Madre de Dios, regina prophetarum: "Je, je. Bueno, ¡Qué difícil! Ok: Para mí eres un tipo muy inteligente, que se quiere hacer el muy interesante, como si estuvieras pidiendo a gritos que se fijen en ti, que te hagan caso, alguien con mucho mundo interno, es verdad, y eso me gusta, eres capaz de desarrollar miles de cosas en tu mente, aunque casi nunca las saques afuera, pero al mismo tiempo te veo como un tipo muy jodido y capaz de lastimar a todo aquel que se enrede contigo. Creo que eres tremendo hijo de puta manipulador. Un tipo raro también, no sé... En mi sano juicio nunca empataría con alguien como tú, pero ya estoy embarcada. No entiendo muchas de las conductas que tienes, a veces me parece que estás loco."

Aquiel tose un par de veces y le devuelve el cigarro. "Sí, a veces yo hasta me tengo miedo", observa los ojos interrogantes de Lilith y continúa, "Quiero decir, miedo de la locura, de terminar psicótico, esquizofrénico. Recuerdo cuando estuve en el Servicio Militar..." - una expresión de sorpresa divertida en el rostro de la muchacha - "Sí, como

lo oyes: *Militar*. Estaba tan jodido que me inventé un hermano mayor y hasta creía en su existencia real; comencé a materializarlo con supuestas fotos, ropas, cartas. Me hice la idea de que había muerto en el África; le hablaba de él a mis amigos, hubo hasta momentos en que me encerraba a solas para conversar con su fantasma y el final de todo aquello fue que un día terminé pegándole fuego a la oficina del político del batallón, por supuesto que después me dieron la baja definitiva del Ejército, aparte de que estuve una buena temporada visitando el psiquiatra". "Bueno", reflexiona Lilith en voz alta, "eso no es tan grave. En el Ejército todo el mundo se vuelve un poco loco". "Sí, Lilith, pero no es sólo eso", Aquiel se levanta y va hasta la grabadora. Saca el cassette y lo pone por la otra cara, pero con el volumen casi en el mínimo, luego regresa y continúa: "Después de unos años, cuando ya estaba en la universidad, mis dos tíos por parte de padre tuvieron un brote psicótico casi al mismo tiempo, a raíz de la muerte de mi abuelo. El diagnóstico para los dos fue Esquizofrenia Paranoide. De pronto sentí un miedo horrible de que aquello fuera hereditario y yo terminara como ellos. Por eso me puse a estudiar psicoanálisis como un desaforado, pero no creo que me haya servido de mucho, estoy haciendo cosas que podrían verse como...psicóticas". "Bueno", Lilith decide intervenir modestamente, "dicen que uno está loco cuando escucha voces que le dicen lo que tiene que hacer". "Sí, pero eso es cuando se dispara el delirio, y no siempre es así; hay otros tipos de crisis."

Silencio. Los horizontes se abren y ella se siente de pronto sumergida en un mágico mar. "Creo que ya escampó. Que calor hace ¿verdad?".

"Mejor te acompaño a tu casa", dice él y Lilith se sorprende con la proposición, realmente era lo último que esperaba. "¿Qué hora es?", sus ojos recorren el cuarto hasta topar con un reloj colgado en la pared, "las tres. Todavía es temprano". Aquiel insiste sin muchos deseos. "No quiero que tengas problemas con tus padres." Ella se encoge de hombros. "Ya deben estar acostumbrados. Les he dicho que solo se preocupen el segundo día que no sepan de mi, no el primero. Así que resígnate, vas a tener que soportarme toda la noche."

Lilith ahora desearía recibir el efluvio suave de Aquiel, de sus dedos fríos por la lluvia, encontrarse a sí misma en la caricia lenta de unos labios masculinos, pero comprende que acercarse en este instante y tocarlo sería romper todo el sortilegio que da el pequeño brillo de esperanza en sus ojos y es por eso que se rehace en el acto. Él hace

una ligera mueca. “Bueno, no es tan terrible”, se acerca y le acaricia suavemente el rostro con los dedos, “Creo que hasta lo deseaba”. Entonces la besa y ella siente su sabor a fruto robado, de pronto el santuario se transforma en bosque, en nido de luces mesméricas, susurro de árbol y chapoteos en el estanque de la Diosa. Viaje al pasado - la música ayuda - amor medieval.

Lilith de pronto imagina al joven vestido de príncipe caballero, con armadura, yelmo y espada, de rodillas ante ella, diciéndole frases ardientes al estilo de “oh, delicada doncella, esplendorosa dueña de mi humilde ser, amantísima Lilith, tú que alivias mi espíritu con alimentos y aguas de vida, tú que llenas mis vendajes, mis tumbas de guerra con mosaicos lapislázuli de mirada amorosa, aquí me entrego. Si vieras, si al fin vieras que ya no es igual el mundo en tu presencia, debajo de este techo que es la luz ya no existe dolor ni pena alguna, sólo el sentir de tus labios y dedos que hacen diluir todas mis sombras oscuras, te amo primera y última mujer, te amo Lilith y no necesito nada más.”

Claro que están en el siglo XX, estos son otros tiempos y según Barthes Rolando, “nunca se logra hablar de lo que se ama”, así que cuando los labios por fin se separan Aquiel decide no incursionar en la masa excesiva del discurso amoroso y se queda en silencio mirándola a los ojos. Y con esto basta.

Tampoco ella puede escapar de la realidad objetiva: “Aquiel, me estoy orinando. ¿Cuál es el baño?” “La puerta de la derecha.” “Espérame, vengo enseguida. Ni te muevas.” “Está bien.”

Alquimia. Lilith penetra en el antro del agua - urgencia de un personaje dormido - y al sentarse sobre la porcelana siente las astas del toro clavadas en los muslos. Todo es culpa de Aquiel, que la ha obligado a correr y tensar músculos para escapar del diluvio que a fin de cuentas nunca los perdonó. También es la falta de costumbre, de ejercicios. Piensa que a partir de esta noche deberá ir a la búsqueda de ciertas contemplaciones sensuales de un cuerpo demasiado olvidado, pero que ya no le pertenece solamente a ella, por lo tanto luchará porque sus heridas correspondan de modo perfecto al árbol de la vida - debe educar sus diez *sefiroth* para integrarse al sistema universal de descripción -, y todo ello en busca de la pura esencia, el Corazón de Corazones. *In principio erat verbum*, pero no basta, también la sangre de la Reina de los demonios debe ser fuerte,

limpia, árbol modificado, el cáliz de Malkhut esperando por su transposición final en Misa Roja.

“Sagrada estoy”, susurra ella y sonrío en el centro del Jardín Cerrado. Cuando sale descubre que Aquiel ha apagado todas las luces y ha encendido un candelabro de tres velas. Ella no quiere esperar más. Lleva las manos a los bordes de la camiseta, tira de esta hacia arriba y libera sus senos de toda vestidura. Su gesto descansa en el límite de los ojos del joven que la identifica entre sombras y se nutre de su olor a fiera cansada, sudorosa. *Have you ever kissed a panther?*

Sir Perceval, de pronto inseguro, tiene una visión en la que la Diosa se acerca montada en un dragón, le ofrece sus labios en apocalipsis y él se entrega y cae en el centro de sus pechos desnudos. Están alegres, hay palabras que representan gemidos, los dedos custodian el Grial y acarician levemente sus bordes. “Por favor, hazlo ahora”, Lilith se quita la última prenda y el caballero se desprende del yelmo y lo lanza lejos, se prepara para la escalada final al monte salvaje. Ella abre las piernas y se ofrece de ojos cerrados.

Aquiel sabe que tiene defectos, como cualquier mortal, pero ya esto es el colmo; después de unos segundos de mar, de entrada al abismo, toma conciencia de la inclusión de un elemento que no existía en el original; debajo del escudo la espada ha desaparecido, la adarga cuelga rota del ijar del caballo, la serpiente duerme inoportuna y él casi cree escuchar las carcajadas grotescas que brotan desde la mesa redonda de Camelot, el asiento vacío y las burlas, amén de la trampa del espejo. “No puedo. No puedo, coño. No logro excitarme.”

Deberían prohibir que los *templeisen* lloraran frente al Grial, drama sacro. “No importa”, susurra la muchacha con ojos todavía miel, “créeme, no importa”. Hay palabras que hacen bien y el anciano que fue rejuvenece cautivado por Medea. “Lilith, tengo que explicarte algo.”

“A veces...”, Aquiel ya ve el alejamiento definitivo de la espada mágica, “a veces me parece que estoy del otro lado de una puerta que todos temen cruzar, prefieren estar encerrados dentro de una cárcel con todas sus concepciones seguras, aceptando la imagen de sí mismos que los Otros le ofrecen y viceversa, y el problema es que ya no acepto las máscaras - o sí, las acepto, pero no me las creo, no me engañan -, y entonces me cuesta un trabajo terrible aceptar el juego social”.

Lilith se ha transformado de nuevo en símbolo oculto, debajo de su túnica. "Aquiél, eso a mí no me importa. Yo soy yo, sin máscaras. ¿Por qué complicas las cosas?"

"Tú dices quererme. Yo no sé ni lo que siento. No sé tan siquiera si ese concepto *amor* existe, es real. Creo que es sólo un fantasma que nos inventamos." "Si lo inventamos es porque nos hace falta." "Según Burroughs es un virus, una adicción, y realmente no soluciona nada porque en el fondo sólo nos amamos a nosotros mismos." "No lo creo."

"Tú dices que estás enamorada, pero eso no es verdad, amas la imagen que tienes de mí y ése no soy yo, ¿entiendes?" "No sé Aquíel, eso que dices..., creo que estás completamente equivocado."

"Hace algunos años pensaba como tú. Era hasta romántico, celoso, posesivo y muy dependiente. Me entregaba por completo y después, cuando la relación terminaba, yo me sentía totalmente vacío." "Eso es normal." "Sí, pero yo me entregaba a la droga, al alcohol o al sexo puro. Después de mi separación con la Fénix decidí no engañarme más. Estudiando psicoanálisis llegué a la conclusión de que el famoso amor era sólo transferencia o sublimación. Entonces comencé a utilizar tácticas para provocar dependencias, era muy fácil: sólo me ponía en el lugar del saber, del goce y no daba casi nada a cambio; usaba a la pareja porque conocía las reacciones, casi siempre las mismas en el fondo, casi siempre masoquistas, y un buen día - o un mal día - las personas, no sólo las mujeres, se transformaron para mí de repente en objetos de goce, en cosas para usar y tirar, riéndome de sus limitaciones, poniéndolos a trabajar para mí - todo esto sin culpas - y de pronto descubrí que ya no creía en nada y al mismo tiempo estaba dejando de sentir, sólo lograba excitarme en la medida que usaba mi poder sobre la otra persona, humillándola, causándole dolor, me estaba volviendo cada vez más sádico." "Eso no te lo crees ni tú mismo." "No?. Con la Amy llegué a extremos increíbles. Una noche descubrí que la odiaba y que me estaba vengando con ella de lo que me había hecho Yamila."

Aquiél deja de hablar y no se atreve a mirarla. Hay un silencio de varios minutos, donde Ceridwen - personaje muy similar al de Medea - dice: "Todo eso es mierda", y se marcha algo confundida a la cocina del castillo para preparar una poción de hierbas aromáticas. El monje medieval transcribe la historia reciente y se desnuda con furia de espejo roto. Lilith trastea entre recipientes metálicos y luego regresa. "Puse a hervir agua para hacer té." Se sienta de nuevo junto a Aquíel y le revuelve el pelo. "Mira, yo no soy

psicóloga, ni me he leído todos esos libros que dices, pero creo que tienes miedo. Tienes miedo de que te pase lo mismo que con Yamila, de entregarte y perder ese poder que crees tener y quedarte en el hueco de nuevo. Tú dices que no sientes, pero eso es mentira. Tú estás todavía enamorado de la Fénix.” “El amor no existe.” “Puede que como tú digas, el amor ni exista, pero yo te pregunto: ¿y eso que coño importa? Está bien, yo me engaño. Pero a veces soy feliz, y me llena por completo, y a veces me duele, o me quedo vacía, pero me siento viva y eso es lo principal.” “Sí, así yo pensaba antes, pero ahora...” “Lo que yo sé es que si no crees en nada ni en nadie, si ya no puedes sentir entonces mejor suicídate o búscate una isla desierta. Mi preocupación es ¿qué yo pinto aquí?, ¿qué significo?, ¿otro objeto?, ¿otra Amy?” “No, eso no. Pensé que contigo sería diferente.” “¿Por qué?” “Porque eres distinta. Porque me entiendes, posiblemente hasta mejor que yo mismo. Fuiste la primera en decirme las verdades a la cara. Por eso pensé que contigo podría ser normal otra vez, sin necesidad de...ya sabes.” “¿Y por qué hablas en pasado?” “¡Pero si ya lo viste, coño, no funciona, estoy jodido!”

Lilith le pide un comportamiento que asemeje la paciencia “Confía en mí. Yo no tengo prisa. Y en cuanto a la Fénix, tendré que aceptar su fantasma. Porque ella sí es un fantasma, pero esa es mi guerra, si con el tiempo no logro que la olvides entonces no voy a tener más remedio que rendirme o largarme, ya veré lo que hago, lo más probable es que sea lo segundo.”

Ella le explica que deben comenzar desde el principio. Toda acción física permisible esa noche se reducirá a pasear los ojos y azuzar los escasos peces del estanque del alma, conformar el paisaje y la mujer con las ventanas cerradas, “para que no entren los fantasmas”. Promete una noche néctar para algún siglo próximo, claro que desde ahora pueden ir hacia él, hacia allá, de la forma más relajada posible, juego de dioses, Lilith sin pecado concebida. Más tarde pueden ocultarse en el taller de Hefestos y realizar una literatura de cuerpos desnudos, pero sin invasiones internacionales ni desembarcos profundos - la Grand Ma, creadora y dueña del universo vigila y conduce y castiga y expulsa a todos los que osen romper sus mandamientos -, esas son las condiciones para que el tiempo feliz se haga eterno en el santuario de las delicias, el reino de la Grand Ma, la casa de las Diosas Triples. *Gan be eden (paradisus voluptatis)*. Algo para remedar memorias: “Aquiél”, dice Lilith y sonrío, “no siempre estaré aquí, esperando”. Sin

embargo ella le promete que por un tiempo será para él una ciudad sin puertas, no importa el monstruo, ni la derrota de su ejército, ni el siglo detenido. “Recuérdalo.”

Él mira al paisaje-mujer, atisba por las rendijas de sus ojos; desde allá dentro el corazón le hace guiños y la cordura se vuelve poema que aparece entre cristales limpios, recién lavados, creando nostalgias futuras. Lilith recuerda de súbito la poción que ha dejado olvidada en los aposentos oscuros. “¡El té! Ahora vengo.” Sus labios retornan a ser mordaza fugaz, veneno dulce en los labios de Aquiel. Uttarakuru, paraíso hindú, infusión incluida. Él piensa que el origen de sus males está en esa fiebre gris que siempre rezuma pasados. Tiene en su haber demasiadas picaduras de avispas y se hace difícil olvidar. Pero podría intentarlo, con ayuda de Lilith. Desde el lugar en que se encuentra la puede ver de espaldas, sólo cubierta por su camiseta - la túnica - y sin nada debajo. Hay un momento en que la muchacha se inclina para recoger una cuchara que se le ha caído y el descubre entonces la estrella escondida, la rosa húmeda del Paraíso de Dante. “Todo es misterio, seducción por la palabra o la imagen.” La doncella regresa con su Grial como cáliz, retorna con los estigmas de la pasión intactos. Coloca la bandeja en el suelo y le dice: “Ahora acuéstate. Te voy a acariciar hasta que te duermas”.

Él se extiende y trata de relajarse. Cierra los ojos. “No, no. Tienes que mirarme.” La luz rebota en los rostros y de pronto las pupilas de Lilith han tomado el color de las llamas y Aquiel piensa que es cierto: ella es una salamandra, ese animal fabuloso de escamas purpúreas y ojos centelleantes, todo concuerda: el gato - símbolo egipcio - que los mira fijamente desde lo alto de la repisa de maderas resinosas, la luz de la vela que parece incendiarlo todo a esa hora de la madrugada, las manos tibias recorriendo su piel, la música ancestral y la seguridad de un existir fuera de la materia y el tiempo, a prioris sensitivos profetizando universos eternamente jóvenes, fenomenología del espíritu. Aquiel va cerrando los ojos hasta que se duerme. Ella detiene las caricias y se acuesta a su lado. Sonríe y lo abraza, buscando calor.



**TRANSCRIPCIÓN DE UN CASSETTE GRABADO CON LA HISTORIA DE
LOS BRUJOS, EN VOZ DE LILITH. (EN ESTE FRAGMENTO DEL RELATO
ELLA SE REFIERE A LA BIBLIA NEGRA DE...**

Lilith: “Bueno, después de la derrota de Luzbel y sus hijos, y la traición de Raphael, la Biblia Negra se ajustaba más o menos a lo que dice la Biblia Blanca, Quiero decir, la de Moisés. Está la historia del Diluvio, sólo que en esta versión Iahvé quería arrasar con todos los hombres porque Luzbel les había como...lavado el cerebro, ¿no?, diciéndoles que fueran libres, y todo eso. Entonces Iahvé tuvo miedo de que le cogieran el poder y planeó el Diluvio, pero Luzbel se dio cuenta de lo que tramaba y llamó a muchos Noés, y les dio los planos para que construyeran una especie de submarino, y salvaran también las plantas y los animales, y por eso no se acabó la vida, ¿entiendes?, y después lo de la Torre de Babel: Luzbel le habló a los hombres para que construyeran un *Shen*, que era como una especie de carroza volante o de nave espacial, y cuando ya la tenían casi terminada llegó el tal Iahvé otra vez, que era un bicho, y les cambió todos los idiomas para que no se pudieran entender, y así. Punto por punto igual que en la Biblia Blanca, pero desde el punto de vista de los demonios, ¿no?, todo muy interesante. Es una lástima que no me dijeras antes que ibas a grabar toda la historia, si no te hubiera traído el libro, de verdad que es fantástico. También te hubiera enseñado unas hojas que le arranqué a una agenda de Aquiel, con cosas loquísimas...”



KWAI

“Lilith, despiértate. Es tardísimo.”

Ella por fin abre los ojos. Se descubre en una iluminación de sol filtrado a través de persianas. Su mirada se va enfocando con lentitud en un punto indefinido de la pared del santuario, una cuchillada de luz la modula en franjas psicodélicas de inmersión, sus manos y pies descalzos son los límites de su ego consciente en los extremos de la cama. No hay conceptos sino sensaciones, una voz que viene de cerca, ¿Aquel? Y parece caer de una catarata y llenar todos los resquicios del espacio que ella ha marcado como su mundo cerrado e inconstante del sueño. Susurra: “Estoy muerta”, se extiende y abre las piernas con tibia voluptuosidad.

“¿Qué hora es?”

“Las nueve y media. Dale, vístete que tenemos que buscar a Leo.”

Sus pensamientos se aclaran de golpe. “¡Leonardo!”, y se asusta de su propia voz. Lo había olvidado por completo. Siente el pinchazo conocido en los ovarios y se arquea un poco tratando de minimizar el dolor agudo que se ramifica por el vientre y la columna vertebral hasta llegar al pecho. “Mierda”, murmura y mira bajo la sábana. Lo que temía: manchas de sangre. Esta vez se le adelantó como cinco días. Aquel ya está vestido y reprime su impaciencia.

“¿Qué esperas?”

Ella contesta avergonzada, como si todavía transitara por las calles de la adolescencia púber. “Tengo que bañarme. Caí con la regla.” En un primer momento él se queda confundido: “Ah, bueno...está bien.” “¿Tienes algodón? Me bajó mucho, antes de lo que pensaba.” “No sé, voy a ver si en el cuarto de mi madre hay algo.” “También tengo que lavar las sábanas.” “No, no, olvídate de eso que no hay tiempo. Yo lo haré después. Ve para el baño y yo te alcanzo las cosas.” “Ok.”

Un beso rápido. Él se marcha y ella entra en la bañera. Corre la cortina y deja que los hilos de agua caigan sobre su piel. Una delicia. Siente el cuerpo destrozado, pero sus neuronas están intactas. Los pechos se elevan y vuelven a descender acompasadamente, el agua que expulsa por los labios entreabiertos tiene una magnitud de vida imposible de

calcular y sus ojos casi pueden percibir el movimiento browniano de los átomos abarcando el mar invisible que se extiende sobre ella y brota por entre las rendijas de la ventana al exterior, a ese concepto “Afuera” que no debería existir, la plenitud infinita y no predecible de interacciones, costumbres, necesidades y violencia de una especie cada día más neurótica, la falsedad vomitada por las vidrieras y espejos y parabrisas de la ciudad maldita, *Cogito ergo sum*, como dice la frase mágica de Aquiel, y, luego, emborracharse o drogarse o masturbarse como única salida, sin saber que en el amor están todas las respuestas. La puerta se abre.

“Lilith, te salvaste; encontré un par de íntimas. Te las dejo aquí encima de la repisa.” “Está bien.” “Dale, apúrate.” “Síííí, ya estoy terminando.” De pronto la cortina se corre y aparece el rostro de Aquiel, sonriendo. “Si cierras un momentico la ducha te doy un beso.” A ella le parece una idea muy buena. La lengua de él sabe a pasta dental. “Ya, puedes seguir”, Aquiel se separa, “no pude resistir la tentación.”

Mientras seca su cuerpo Lilith imagina que ellos dos están perdidos en una selva y no necesitan a nadie más; su mente se vacía en gritos de júbilo “soy feliz, soy feliz”, tanta espera por fin se ha tornado carne, realidad sensible. Cuando termina de vestirse y enfrenta al espejo se descubre egoísta y “es verdad que la felicidad total es imposible, siempre hay algo que la jode, ahora la maldita menstruación y el problema de Leo”. Sin embargo no cree que haya pasado nada. Seguramente Leonardo se quedó toda la noche en el hospital y está saliendo ahora, exactamente a las diez de la mañana que es cuando termina el pase de visita de los médicos, y si estos se demoran entonces saldrá todavía más tarde y lo verán cuando llegue a la casa.

“Toma, en lo que te bañabas hice café.”

Ella coge el recipiente que contiene la reliquia sagrada. “Gracias”, y se entrega al milagro del agua fuego en la garganta. “Ya. Te quedó rico.” “¿Estás lista?” “Sí.” “Entonces vámonos.”

Bajan las escaleras y salen a la calle. Aquiel escupe contra un perro que se rasca las costillas manchadas de moscas.

“¿Por qué lo hiciste?” “Yo soy el amo de todos los gatos negros callejeros de la ciudad; por eso tengo que odiar a los perros.”

Lilith se siente incapaz de darle una respuesta protectora de animales. Desliza su mirada por las vidrieras de la avenida y piensa en la famosa “Ley de conservación de la intensidad de los sucesos”, como él gusta llamar, a saber: en un día los sucesos afortunados y desafortunados se complementan en la misma medida; si pasas trabajo en conseguir una guagua puedes estar segura de que en el lugar donde vayas todo va a resultar y viceversa. “Lo malo”, piensa, “es que ayer todo me salió bien, *demasiado bien*, claro que lo mejor es no pensar en eso, al fin y al cabo es otra de las supersticiones de Aquiel”

Recuerdo del pasado:

“Mira, por aquí, en este parque, fue donde me hice novio de la Fénix.” “¿Por aquí?” “En este banco.”

Brote de celos retrospectivos, que se esfuman un tanto cuando Aquiel acerca su rostro y el olor a hombre derriba todos sus fantasmas. Ella lo abraza nerviosa y lo besa en los labios. Cambio inteligente de conversación.

“¿No tienes la impresión de que somos unos desclasados?” “¿Por qué lo dices?” “No sé, no me veo caminando junto a esa turba de gente acabada de levantar y ya deprimida, aparte de que fíjate como nos miran.” “Es lógico, ¿cómo quieres que nos miren si vas vestida de esa manera?” “¡Ja!, al amo de los gatos negros le da pena que lo vean conmigo, una sencilla muchacha que no tiene cordones para sus botas.” “Coñó, verdad, se me olvidó conseguirte unos cordones, perdona.” “¿Ves? Vístete despacio cuando tengas prisa.” “Sí, pero no me puedes negar que aparte de las botas, tienes tremenda estampa de jinetera trasnochada.”

Ella no quiere discutir, sabe que se trata de una broma para pincharla.

“Está bien, pero yo no creo que sea solo mi forma de vestir, a lo mejor es que tenemos una aureola de la muerte al estilo de los brujos. ¿Viste la película del sábado?” “No jodas.”

Por fin arriban a casa de Leonardo. El timbre se desgañita varias veces pero nadie contesta.

“No debe haber llegado todavía. Vamos a esperarlo.”

Se sientan en la escalerilla que da al portal de la casa. Al poco rato, del edificio de al lado sale una mujer ya entrada en años con un cubo de basura en la mano, La ven

dirigirse a uno de los contenedores y vaciar allí su carga. Cuando regresa, la vieja los descubre y pregunta:

“¿Ustedes buscan a Leonardito?” Aquiel se levanta. “Sí. ¿Usted sabe si ya regresó del hospital?”

La mujer tiene todo el tipo de ser una **CD** - cederista destacada en el argot de los brujos - porque toma aire - como para una larga conferencia - y les informa: “El llegó ayer tardísimo, como a la una de la madrugada. Pero hoy tempranito lo vinieron a buscar dos muchachos y se fue con ellos.” “¿Cómo?, ¿dos muchachos?” “Sí. Creo que Leonardito llevaba una mochila.” “¿Una mochila?” “Sí, a lo mejor se iban para un campismo.”

Extraño. Ellos comienzan a ponerse nerviosos. “¿Y cómo eran esos muchachos?”

“Ay, no sé joven, no me fijé tanto; me imagino que como ustedes.”

La vieja vuelve a entrar en el edificio y ellos se miran preocupados.

“Qué raro...¿irse de campismo con la madre en el hospital?”

Ella no quiere pensar en sombras.

“Por la mochila no te guíes, porque Leo siempre va con ella a todas partes.” “A lo mejor salió un rato a casa de alguien y regresa después.” “Sí, puede ser, tendríamos que llamar a la gente, al Zepar, al Diony o a Maggy, a ver si está con ellos.” “Tal vez fue para tu casa.” “Sí, es muy probable también. Puedo ir y telefonar desde allá, o pasar por casa del Zepar, que se me hace camino.”

“¿Y si regresa? Es mejor que alguien se quede aquí, esperando.”

Él le pone una mano en la rodilla. “Esto es lo que vamos a hacer: Yo me quedo y tú vas para tu casa.. Puedes pasar por la del Zepar, si quieres. Te doy un tiempo determinado, no sé, hasta las doce y luego te llamo y me dices.”

A ella le parece una buena idea. “Ok.”

“Atiende Lilith. Puede que solo sea paranoia mía pero..., no regreses por el mismo lugar donde los asaltaron aquella noche. También le dices a tus padres que si alguien llama para averiguar la dirección de tu casa - no importa si dicen ser de la compañía de teléfonos, para una herencia, un concurso o lo que sea -, que no se la den, recálcales bien eso: no le pueden dar tu dirección a nadie.” “Sí, entiendo.” “Bueno, dame un beso.”

Esta vez el contacto es más largo y al final él le muerde los labios. Ella pregunta: “Si todo sale bien, ¿nos vemos después?” Aquiel sonríe. “Claro, ¿no estás de vacaciones? Dale, vete, que tus padres te van a matar.” “Adiós.”

Lilith de nuevo caminando a solas, en dirección a la parada. Claro que esta vez no es igual, ahora está con Aquiel y eso lo cambia todo: el estado de ánimo, las imágenes, la vida por completo. Invoca el labio recién mordido y sonríe. Recuerda el labio de esa boca abierta en la oscuridad, están solos, la cama comienza a crujir como un velero y a ella le parece escuchar el seco sonido del mueble, la mano que se apoya entre sus senos, que conoce nuevos castillos y altas colinas, la mano que precisa de la carne tibia y se mueve entre azagayas de luz coladas por las rendijas; comprende entonces lo subvivo de estar sola, desconociendo esta forma eterna de mezclar universos...

Apenas llega a la casa telefona al Zepar. Le contesta la voz hosca del padrastro.

“No está. Se fue. Recogió todas sus cosas y dijo que se iba para un campismo.” “Ah, muchas gracias.” *Qué alivio.* Lilith cuelga y siente como se le quita un gran peso de encima. “Menos mal.” De todas formas sería bueno asegurarse. Vuelve a discar, esta vez a casa de Margarita. Alguien le dice: “Espere”, y luego de unos minutos escucha la voz de su amiga.

“¿Quién? ¿El Zepar? ¡Ese está loco, chica! Después que salimos de los Molinos, ¿te acuerdas?, se le metió en la cabeza ir al Sanatorio y raptar a la muchacha esa, Alina, y llevársela para otra provincia. Hasta nos pidió que fuéramos con él. Traté de convencerlo de que no lo hiciera, pero tú lo conoces. Por fin el Diony le dijo que lo iba a acompañar y entonces quedaron en ir a buscar a Leo. Yo, como vi que el Zepar lo iba a hacer de todas maneras, le presté quince greens para que los cambiara”, un breve silencio y Maggy prosigue, esta vez con un tono más bajo: “bueno ¿qué? ¿Cuadraste con Aquiel?”

Lilith no puede contener su alegría.

“Sí. Más o menos. Ayer me quedé en su casa.” “¡Estás loca! Bueno, allá tú. Para gustos se hicieron los colores. Después me cuentas, debe ser interesante.” “Ok.” “Bueno, chao.” “Nos vemos.”

“Uf, qué bien”, piensa Lilith. Ya está todo aclarado. Leonardo con su romanticismo del siglo trece, se fue con el Zepar a robarse a Alina de Los Cocos. El caballero y sus dos escuderos, en pos del rescate de la doncella virginal. Y después dicen que en esta época

no hay novelas rosadas, ni dramas de Shakespeare. Claro que no fue muy correcto eso de largarse con los amigos y dejar embarcada a la madre pero tampoco la operación era grave, según le dijo. Seguramente le dejó una nota metiéndole un cuento y se fue a correr la aventura. “Coño, Aquiel, no se puede ser tan paranoico. ¿Lo ves? *El amor sí existe.*”

Después de cambiarse de atuendo “¿será verdad que parecía una jinetera?”, escucha la voz del Oso Mayor desde la sala. “Esta mañana te llamó un muchacho.” Vuelta del temor. “¿Sí?, ¿Quién?” “Ese que ha venido varias veces, medio afeminadito.” Ella por fin vuelve a respirar. “¿Leonardo?” “Sí, ese mismo.” “¿Dejó algún recado?” “No.”

Buen chico. Seguro la había telefoneado para que no se preocupara. “Ojalá todos fueran así.” Ella aprovecha que sus padres están en la sala para dictarles las instrucciones, “nunca estarán de más”, que le aconsejó Aquiel. Inventa una historia donde cierto pez con pantalones la importuna con sus requerimientos insulsos, siendo rechazado cada vez con indiferencia, pero el tipo, como buen seguidor encarnado, consigue su teléfono a través de un conocido mutuo y ahora de seguro querrá saber la dirección de la casa. Así que ella les pide que por favor - si desean la paz en la tierra -, no le den esa información a nadie, *absolutamente* a nadie, quizás con el tiempo el imbécil se olvide de sus muertes platónicas y no insista más.

La historia no sale muy convincente pero los osos se cuelgan del silencio del día y la miran con sus rostros escudriñadores de siempre. Ella borra sus perspicacias con un chiste: “¿Qué quieren? Yo no tengo la culpa de estar tan buena”, les logra sacar una sonrisa incrédula y aprovecha para regresar por el mismo sendero a su santuario.

Por allá abajo, “donde sangran las flores” - frase acuñada por tres generaciones de gazmoñería matrilineal -, unas lanzas invisibles aminoran un tanto su crueldad. Ella no cree que desaparezcan, pero bien podrían mantenerse en ese nivel estable, sería un consuelo. Aún le da tiempo para remojar algunas prendas íntimas en el lavabo, saltar de asco por un sapo que se cuele en el baño y luego escapa a escobazos por la ventana y recrearse en tiernas emociones materialistas cuando la llaman a almorzar. Hoy la desesperanza se traduce en un plato de arroz, masas de pescado y papas hervidas, realmente no está tan malo como en otras ocasiones.

Al sentarse a la mesa, Lilith asume el ritual establecido para la reunificación familiar. Entre bocado y bocado, los bendecidos escupen a su modo el vómito de los espectros

informativos. Hoy hablan de los exámenes de ingreso y las posibilidades universitarias, pero ella les plantea su decisión de tomarse un año sabático para practicar temas clásicos en la guitarra y así poder, el año siguiente, presentarse en las pruebas de la Escuela de Arte. Ellos están de acuerdo, milagrosamente. Por lo visto ha logrado convencerles el oído con sus dotes innatas o por lo menos con tanto desgañitar de cuerdas. Fin del asunto. Siguen comiendo y la conversación cae en el tema de los balseros, *of course*, esos maestros en apostarse la existencia, el tema de moda en todos los periódicos y noticieros, aún más cuando desde hace un mes todos los que llegan a Alucinorte son desviados hacia **Guan-tábano**, es decir, *One Gadget*, la base aérea, razón había tenido Raphael al irse al principio de la *Grand Emigration*, ¿dónde estaría ahora? ¿En la Base o ensuciando sus piernas en *Imaim*?, ¿donde siempre pasa algo o soñando arrepentido la ciudad? ¿O en el vientre de algún calamar gigante, en medio del mar? Lilith termina su ración y vuelve y escapa y gime en el cuarto, a solas, ya no sigue sembrando sueños; Rapha no pudo llegar, eso estaba claro. El gran idiota ni siquiera pudo cumplir su última promesa, se convirtió en otro peón sacrificado en el juego burdo de las obstinaciones.

“Y cuando camines en contra de los corderos serás un loco, pero si besas las plantas de sus pies, un cobarde, ¿cómo escapar? Por eso terminas siendo el amarillo más rojo y azul frío como si descendieran los silencios a todas las casas.” *Legna-nu-nis, 92:32:28 d.n.s.*

Por fin suena el teléfono y ella corre a la sala. Como esperaba, es el amo de los gatos. “¿Lilith?” Cuando ella escucha su voz siente la caricia del pelaje suave sobre sus muslos. La muchacha le informa lo del rapto de Alina y va desechando todas sus hipótesis sangrantes. Aquel suspira con alivio y luego la cubre con planes para la noche próxima.

“No sé si podré quedarme”, duda ella, “ya serían dos noches seguidas, tendría que inventar algo bueno”.

Él piensa por unos segundos y luego se alumbrá: “¡Ya está! Les dices que te invitaron a una casa en la playa para lo que queda de semana y así puedes venir y pasarte esos días conmigo.” “No sé...” “Puedes traer una mochila con tu ropa y hasta la guitarra si no es muy difícil.” Ella siente poderosas llamadas a su ser pero no responde, toda su atención está fija en la alfombra que rozan sus pies.

“Bueno, tampoco es obligatorio. Si no quieres...” “¡Claro que quiero! Es que los osos no me van a creer. No es que me importe mucho realmente lo que piensen o dejen de

pensar pero estoy en una especie de tregua con ellos.” “Nada se pierde con probar.” “Está bien. Voy a hacer el intento.” “¡Bravo! Oye, estoy en un teléfono público. Cuelgo y te vuelvo a llamar desde mi casa y entonces me dices.” “Está bien.”

“Las personas mayores son bien extrañas” piensa la *Petite Princesse* cuando sus padres no ponen ninguna objeción a la idea. Todo es relativo. Allí también se descubren, en situaciones como ésta, las huellas de la incomunicación generacional y la inmensa hipocresía de la moralidad y sus bestias amaestradas. En fin, *the wall*. Ya en el santuario reconoce que tiene miedo. “¿Y si no funciona? Ayer sí, porque fue el primer día, pero si no soy fuerte será lo mismo de siempre, en algún momento llegará la dependencia y después la rutina y la decepción. Hasta ahora se está portando bien conmigo..., menos mal. No me gustaría verme la cara en un espejo; tengo que dejar las pastillas, se me hacen unas ojeras terribles y parezco más flaca todavía.” Por un momento se compara con sus rivales, pero luego se tranquiliza. “Al carajo, al fin y al cabo lo que mata a los hombres en realidad no es el cuerpo, sino el cerebro, y en eso yo estoy mejor que todas ellas juntas.”

Revisa entre sus cosas en busca de un cassette y encuentra el famoso libro que le regaló Julio: *El Anticristo*. Será un buen regalo para él, a lo mejor y hasta se asombra de que lo haya leído. Olfatea suavemente con su nariz pegada al lomo. “Humm, qué rico. Todavía huele a Spain, una fragancia muy especial.” Prende un cigarro y espera la llamada observando las volutas de humo. Piensa que ya basta de complejos, ¿ella no es la tigresa, la pantera blanca, la reina de los demonios súcubos? Entonces, ¿por qué ese miedo, esa inseguridad? Que venga lo que venga, ya estará atenta para reaccionar como se deba, lista para ofrecer cada día una Lilith distinta. Por fin el timbre. Él de nuevo.

“Bueno, ¿qué?, ¿puedes?” Ella le cuenta los resultados halagüeños del plan y casi escucha como Aquiel da saltos de alegría.

“¿Voy ahora?” le pregunta Lilith.

“No, no. Quiero darte una sorpresa y necesito que me des tiempo para conseguir algunas cosas. ¿Te gusta el vino? ¡Ay!, se me escapó. Bueno, no importa. ¿Te cuadra?” “¡Claro!” “Bueno, entonces ven a eso de las siete y media o las ocho. Son varias sorpresas, pero hay una que te va a dejar loca.” “Está bien. Ya estoy intrigada.” “Te espero. Un beso. *Good bye, blue sky.*”

Ella comienza a preparar la mochila. Los osos no están muy lejos; se han sentado a espaldas del viento, ella los puede ver porque la puerta está abierta y de pronto los sorprende besándose como en los viejos tiempos. “Vaya, que bien”, piensa y ahora comprende la facilidad con que la dejaron irse de excursión a la playa, “por lo visto se cogieron en serio lo del aniversario de bodas” De pronto se siente feliz, ahora sí, totalmente, el mundo hoy amaneció rosadito a lo Walt Disney; “Leo en una aventura con el Zepar, y Raphael seguro que llegó también, lo que pasa es que debe estar muy ocupado fumando toneladas de ganja o templándose a las *strangers* de allá, como si no lo conociera.” La única manchita es el espanto que se derrama en pequeñas gotas por sus ríos internos, pero bueno, “quién te manda a ser mujer.” Todavía es temprano, ni siquiera las dos de la tarde así que hasta podría echar una siestecita, para recuperar fuerzas. Cierra la puerta del santuario y se acuesta a pensar...

“Oye, son las cinco de la tarde, ¿tú no ibas a ir a una casa en la playa?”

Lilith abre los ojos. Su madre ha invadido en santuario y está sentada a un lado de la cama. “¿A qué hora se van?” “No, es por la noche”, explica ella, “el carro nos va a recoger en casa de Margarita a eso de las ocho.”

“Ah...¿Y quiénes van?”

Por supuesto, piensa la muchacha, “no podía marcharme sin el interrogatorio capcioso.” De todas maneras decide contestar: “A ver...Margarita, el Conan y su mujer, María Martín, su tía...” Buena idea esa de poner en la lista una persona mayor, “el Zepar y su novia...”, déjame ir cortando ya, tampoco puede ser tanta gente, “Aquiél y yo”.

“¿Tanta gente en un carro?” “No, en la máquina vamos cinco nada más; los demás ya están allá.” “¿Y quién es ese Aquiél?”

Lilith de pronto se cansa de mentir tanto: “¿Aquiél? Mi pareja.” “Ese es nuevo, ¿no?” Hay una ironía leve en la pregunta y ella decide contestar en el mismo tono: “Sí. Lo estrené hace unos días. ¿Por qué?” “No, no, por nada. Mira a ver lo que haces.” “Sí. No te preocupes. Yo sé cuidarme.” “Eso espero. ¿Necesitas dinero?” “Claro, y también íntimas, todas las que puedas.”

Lilith nota como con la última frase la madre se relaja. A lo mejor está pensando que la menstruación es antagónica del sexo, o del embarazo, vaya usted a saber, tal vez imagina

que el algodón en las partes es como un cinturón de castidad, amén de las cincuenta lanzas bifurcadas pinchando con saña en los ovarios.

“¿Cuánto necesitas?” “No sé...¿Veinte pesos?” “Te voy a dar cuarenta. Tampoco es para que te lo paguen todo. Y el muchacho ese, ¿trabaja?” “No. Está en la universidad.” “¿Sí?, ¿y qué estudia?” “Antropología urbana.” “Ah, mira, qué bien.”

Vaya, piensa Lilith, parece que le gustó ese dato. Por fin la nave recoge sus anclas y da por concluidas sus pesquisas policiales. Ella termina de preparar la mochila y se baña. Milagrosamente el dolor casi ha desaparecido, ahora lo siente como el brillo lejano de una fogata diminuta. Se regodea en el agua hasta que el exceso la hace estremecerse de frío. Ya basta. Se viste - esta vez trata de no parecerse a una puta - y se va con el peine al espejo. ¿Se hace un peinado hippie? Según Aquiel el pelo ya no es lo que era, se ha convertido en una mercancía más, *lapis exilis* - traducido del latínglés: piedra insignificante, rock del montón -, ya no representa rebeldía, se transformó en el juego cotidiano de todos, minimalismo Warhol que ya no es el borde herido de la copa, ni contiene las heridas de Dios, ni su presencia, sólo una fábrica-templo para desvelados, mejor asumir el papel de buscadores de nuevos castillos del Grial, en Camelot todos están muertos y nada importa, ya no hay objeto que encontrar, ni mundo, ni doctrina del pecado original.

Y hablando de pecados, Lilith piensa que la madre es una tonta por creer que el simple hecho de menstruar le ha robado todas las posibilidades de fuga. No sabe que ella goza a la izquierda de toda frontera moral, le importa más la presencia que no esconde su rostro. Aquiel hasta podría cubrir el brillo de su arma con fango verde de la marisma y eso no le inquietaría en lo más mínimo. Es natural y por eso me gusta, podría decir, para luego concluir: Lo único indecente es el silencio de la sangre, o alguna frase por el estilo que la Osa no entendería en un primer momento, pero que después se le revelarían claras y transparentes, con sudor de neuronas, claro.



KWOR

Lilith desembarca en el territorio de los bosques invisibles.

Al llegar al castillo de Aquiel, el **ka** de la muchacha vuelve la espalda a todo cementerio metálico, escala con su morral al hombro la montaña que limita la realidad externa y se hunde en el pantano, en donde el joven que ha tomado la forma reencarnada de un lince o un dragón le sirve de guía. Dentro de sus ojos los jardines comienzan a materializarse.

Lilith imagina la entrada en la isla infinita conducida por la mano del ángel rebelde que ha brotado desde la espesura de helechos de su santuario y le ofrece un plato con frutas y panes. Ella sabe que si el alma - el ka - acepta esos regalos, nunca podrá regresar sobre sus pasos, el castillo volverá a apresarla siempre, se hará una esclava, *nashbiti* de sus migajas, de su esplendor sin precio.

En el jardín crece un árbol, en un lugar puro ha sido creado. Su aspecto es de claro ámbar y hacia el abismo extiende su raíz. Es el lugar de descanso del ángel sobre la tierra. Es una morada cuya sombra se extiende como la de un río y en cuyo interior nadie puede penetrar. Allí están Aquiel y Lilith, los primeros seres creados por la Diosa, son de raza superior llamada Klippots, que no son humanos ni dioses.

Para Lilith todo pasado es algodón, imágenes como copos de niebla, pesadillas de siglos muertos. Las palabras son elefantes que revolotean torpes y se enredan en las ramas, entran por las rendijas y no logran traducir el premio de las sensaciones regaladas, de los sentimientos que brotan en cada encuentro de frases y gestos, de pronto se sienten personajes de un cuento para niños, Aquiel en el bosque de Sherwood, preparando el arco y la aljaba para su incursión final al castillo. Lilith acariciando unicornios y ciervos, en la isla de Circe, en la isla de Avalón, danzando en música celta, los dos construyendo una casa con hojas de árbol, escarbando felices las ascuas donde se prepara el hechizo, olvidados del Aquí y el Ahora, de la mediocre y ancha realidad llena de arrugas y surcos dolientes, la grisácea faz del mundo resquebrajado y sucio.

“Nunca me iré”, dice ella y está convencida en esa fusión de tiempos y discurso irreversible, siempre será la salamandra que brota de los escombros y la ceniza para buscarle, aunque se oculte en el país de los cuervos con pico de hierro, aunque no

existan ya los sueños, ni el amor y todo el universo se vuelva una fragancia de guerra o de gusanos...

“Te traje un regalo”, dice ella y saca el libro de Friedrich de su mochila, “espero que te guste”.

San Bernardo de Claraval - léase Aquiel - observa el presente que le ha entregado la muchacha y asiente con un gesto de sorpresa: “¿El *Anticristo*?”, la besa en los labios con júbilo, “¿Cómo lo conseguiste? ¡Hace años que lo busco!”

Ella se encoge de hombros con una sonrisa: “Sabía que te iba a gustar”.

Él le dice: “Espera” y corre a su santuario. Regresa con algo en las manos. “Vírate.”

La joven obedece y siente como Aquiel le abrocha un collar en el cuello. Es una piedra translúcida que cuelga de un cordón negro. De pronto no sabe qué decir y se le humedecen los ojos. “Aquiel...”, pero él no la deja continuar, la hala suavemente por el pelo y le muestra la mesa servida. “Dale, vamos a comer que estoy muerto de hambre.” Apaga las luces, menos una lamparita en el suelo, y pone música.

Es una cena modesta, pero a Lilith le parece maravillosa y casi mágica. El vino es miel a sus labios, luego Aquiel prepara dos cigarros de hachís y ellos se remontan en la noche, se vuelven pájaros planeando sobre la tierra y sus risas llenan los rincones, desafiando espectros.

“Sé que no somos dioses”, susurra él, traduciendo la canción que ahora escuchan, “sé que la piel esclaviza, sin la piel todo sería mejor, pero no somos dioses”, y su rostro resplandece nocturno.

“¿Estás preparada para la sorpresa?”, pregunta él y sonrío. Ella lo mira sorprendida: “Ah, ¿pero no era esto?, ¿todavía hay más?” “Sí, todavía hay más.” Aquiel se lleva la mano al bolsillo trasero del pantalón y saca un sobre.

“Raphael está vivo”, explica, “la carta la echaron por debajo de la puerta y cuando llegué la vi”.

“¡Mentira!”, Lilith le arrebató el sobre con un grito de alegría.

“dale, léela”, le sugiere él. La muchacha suspira feliz y comienza a descifrar la letra embrollada del amigo.

Imaim, Alucinorte. 02 de Junio del 59.

Aquel y el resto, my brothers:

Perdonen la demora en el contacto. Sucede que cinco minutos antes de salir me dijeron que estaban desviando a los balseros para la Base Aérea así que decidí largarme por abajo - nosotros los brujos siempre invirtiendo las cosas -, hasta llegar a *Grand Alligator*, que pertenece a los *englands*. Del carajo. Una islita de nada, microscópica. Me dijeron que tendría que meterme dos años allí para nacionalizarme y poder largarme a la metrópoli. Por suerte me moví con unos tíos de Alucinorte y a la semana y media logré un pasaje para Imaim - en avión, por lo que no me desviaron, claro - y rápido contacté con mis parientes. Les cuento que estoy bien, sin pincha fija, de vez en cuando me cae algo, pero hasta que no resuelva mis papeles voy a estar jodido. Claro, este tiempo me sirve para mejorar el *spanglish* y hacer conexiones en la onda musical. Ahora un amigo me dijo que si conseguía una cítara podía ser acompañante de un grupito de...salsa. No pongan esa cara, algo es algo, por lo menos para empezar. No piensen que he traicionado el **shock and roll**, es solo una estrategia a largo plazo.

La carta sigue por el estilo. Una mezcla intrincada de sueños y decepciones.

...Este país es del carajo. No se lo deseo a nadie que viva allá y piense como nosotros. Pero bueno, cuando uno ya está acá tiene que echar palante y lo bueno es que te alzas, pero a costa de renunciar muchas veces a la espiritualidad, entre otras cosas. El ritmo aquí es depravado. Por ejemplo, cuadré con una peruana muy linda, que tiene dos niños, y ahora tenemos que mudarnos y nadie o casi nadie acepta alquilarnos. La ley prohíbe que hagan eso, pero una cosa es la ley y otra la realidad. Y jódete si no encuentras algo. Pero bueno, tal vez es que nosotros estamos acostumbrados a otra cosa, una cierta decencia espiritual en ese sentido.

“Melancolías de emigrado” piensa Lilith, “por lo menos allá puedes alquilar, aquí ni eso”. Sigue leyendo:

...Claro, acá si pinchas duro tienes de todo, desde una Harley Davidson o una Fender hasta un nené o una mujer plástica, del tamaño y la forma que la quieras. Por eso me gusta más la idea que me dijiste hace tiempo de irte a Europa. Te aconsejo que no te vayas como

refugiado que eso es tremenda mierda. Vete como estudiante, con una beca o algo así. Nada irreversible. Y si tienes suerte de empatarte con una pepilla o una temba importada métele brujería y lujuria en la cama, eso es lo que van buscando allá la mayoría: sexo, misticismo y fantasía erótica al grado máximo. Bueno, tremenda trova, ja, ja. Si por fin cuabras con alguna, no la cargues con historias complicadas ni conferencias aristopsiques, que te conozco. La vida acá es tan asfixiante, llena de papeles, impuestos, leyes, conflictos, apuros, que las jevas se espantan cuando ven relaciones complicadas. No, viejo; las niñas *strangers* necesitan calma espiritual, que es igual a no pensar, y el sexo lujurioso y libre es lo que más las calma. Bueno, ya basta de teque. Un besote a todos los klippots: Lilith, Zepar, Maggy, Leo, etc. Dile a las brujas que nos se pongan celosas, que cada vez que me masturbo pienso en ellas.

P. D: Yo estoy embarcao ahora, Aquielito, pero cuando esté mejor te mando algo de música o alguna revista. Todo lo que he ganado con mis trabajitos se lo daba primero a mis tíos y ahora a Maritza para ayudarla con los gastos de los niños y los míos. Como ves, me he vuelto un tipo responsable. Pa' eso me hubiera quedado allá. ¡Cúidense!

Los quiere, Raphael.

Lilith le devuelve la carta a Aquiel y sonrío. “Vaya, menos mal, yo pensé que se lo había comido un tiburón.” “¿Viste?, sigue tan cínico como siempre. ‘Irse por abajo’, la verdad es que se la comió” “Hierba mala nunca muere.” Ella se descubre relajada y contenta como nunca después de la lectura. “¡Qué bien! Tremenda sorpresa”, se acomoda en el mueble y estira las piernas. “¿Vamos para el cuarto?, y llevamos la botella, el vino está riquísimo.” “Como quieras.”

Ahora se encuentran sentados frente a frente, en postura de loto sobre la cama - recién bautizada “Montaña de Meru” por Aquiel, a raíz de ciertas asociaciones con el olor a incienso y la música de cítaras en el equipo -. Los segundos son peces dorados que nadan en laberinto de palabras.

“Vamos a casarnos”, susurra él de pronto y se ríe ante el aturdimiento de Lilith. “Quiero decir, una boda Wicca, como un ritual, sólo entre nosotros.” Ella acepta la idea con un beso. Él entonces se levanta, busca entre sus cosas y trae varios objetos extraños:

una cuchilla, un libro, dos anillos gruesos, de forma estrambótica y un frasco o más bien una especie de copa tallada; los va colocando sobre la sábana. “Espera, falta una escoba.” Va y regresa rápido con el utensilio y vuelve a subirse a la cama. Comienza a explicarle: “Una boda Wicca es la unión de los Ka, de las almas, en un plano multidimensional, más allá del tiempo. Ni siquiera la muerte los separa porque se siguen amando en todas sus reencarnaciones. Por eso es que se invocan a los primeros dioses o símbolos arquetípicos de toda magia y toda religión: la Esfinge, el Hombre Dormido, la Espiral, las Diosas Triples, el Cornudo y la Grand Ma” Ahora Aquiel apaga todas las luces y enciende el candelabro que coloca sobre la mesita de noche. Abre el libro y comienza a leer:

“A ustedes, los Antiguos, los Primeros, os convoco, Aquí y Allá, para que nos unan por siempre ante sus ojos. No tenemos historia. Nos ofrecemos desnudos y nuevos al Lado Oscuro, a la Magia del origen, para que nos tornen espiral en sus manos, para luchar contra la muerte del alma, nos protejan de todo el que persiga envenenarnos con mentiras azules. No pedimos nada a cambio, solo el pasto que pisen nuestras botas, como bebida nuestras lágrimas, sean claras o duras, como final la muerte al servicio del Corazón de Corazones, otra vez, tantas veces como deseen, muerte eterna en sus ojos, para amarnos por siempre ante la voluntad de la Grand Ma, generadora de todo lo vivo y lo existente. Nosotros, hombre y mujer, Aquiel y Lilith, les pedimos que sean testigos eternos de este juramento de sangre.”

El deja reposar el libro sobre la cama y toma la cuchilla. Se hace un pequeño corte en el brazo y deja caer algunas gotas del rojo líquido en la copa, sin dejar de mirar en todas sus acciones a Lilith. “Ahora tú”, le indica y ella recoge la navaja y se hiere más o menos en el mismo lugar que Aquiel. Repite también el resto de la operación, la sangre en la vasija y él toma su brazo, acerca sus labios y chupa y Lilith comprende que debe hacer lo mismo a su vez; lame la herida de Aquiel hasta que poco a poco la sangre deja de manar y luego se besan con ardor.

“Ahora los *claddags*”, dice él cuando por fin se separan y al ver el rostro de incomprensión de la muchacha le explica: “Los *claddags* eran los anillos de boda tradicionales de los celtas. Estos no son reales, pero imagina que el mío es de plata y el tuyo de oro. Toma”.

Lilith recibe el anillo que le corresponde y luego se lo colocan uno al otro. Todavía realizan varios rituales más. Se toman de la cintura y entre risas saltan tres veces la escoba; trazan sus nombres con vino en las sábanas, primero en castellano y luego con la simbología de los klippots, más tarde Aquiel mezcla en la copa el vino con la sangre de ambos, toma un poco y se lo extiende a la muchacha. Lilith acepta el cuenco y bebe, moja sus dedos en el líquido y acaricia la esmeralda que cuelga entre sus senos. “Ha sido todo muy lindo, Aquiel, gracias.”

El Pescador de Luz se entrega al numen resplandeciente de la diosa. “Te regalé esa piedra porque tiene que ver con la salamandra, por el color. Imagina que es un talismán para la suerte.” “Es muy bonito, nunca me lo voy a quitar.” “Bueno.”

La hereje recuerda una noche de aquelarre, ella y el hijo del Grial alucinando a la par, un aposento en penumbras, ceremonia secreta, a la entrada de un juego onírico sin llegar a últimas consecuencias, movimiento de labios y manos, pero nada más. Y la ventana, claro.

Semicubierta por la sábana, Lilith parece salida de una lámina medieval. Sujeta el cáliz con ambas manos, lo mira y se le antoja que ella ahora es otra mujer, con una voz lánguida y perversa, una niña desnuda en el mismo centro del universo.

Ahora piensa que pudiera ser otra mirada la que él esconde bajo el candado de sus piernas, tal vez los ojos de un vagabundo pidiendo limosnas en un andén, o un unicornio que resopla intranquilo, mientras su potro llora en el matadero, piensa que quizás hasta podría discutir sus rigores, violarlo tibia-mente sobre la noche, saciar por primera vez el vicio de la sangre y por segunda el de viajar al Lado Oscuro, acompañada por el atravesador de límites, el gallo en la valla, el desplumado de siempre a merced de aguaceros y vigas; luego regresar a la tierra y ponerse a recordar la visión como barro.

Claro que una cosa es el deseo y la otra, el poder. Sabe que él no querría repetir la experiencia. No querría, a menos que ella lo convenciera de subvertir las fronteras.

Una voz de hada se eleva desde la isla giratoria. Lilith le dice: “Quiero probar de nuevo”, pero él se describe cordero: “Lilith, no voy a funcionar”, y espera la revelación definitiva en los labios de la muchacha. Esta habla con voz adormecida: “Sé que podrás. Deseo que lo hagas por donde nunca he permitido que me invadan, quiero ser virgen para ti, ese es mi *regalo*” y le ofrece su último reducto inconquistado, su agujero astral, anillo de la serpiente y esto significa que el templo se ha hecho cómplice y ha bajado sus

puertas, que el deseo ya no se perderá como siempre en el miedo y la culpa, que ha llegado por fin el tan ansiado instante de la iluminación final, la magna obra alquímica.

El duda por un momento y Lilith lo urge. “¿Qué pasa?, ¿no quieres?”, y Aquiel tartamudea un poco. “Sí, pero...no quiero causarte dolor. No lo hagas por mí.”

La muchacha se arrebujaba todavía más en la sábana y suspira. “Claro que es por ti, pero yo quiero hacerlo, en verdad, de alguna manera sería como mi primera vez, ¿entiendes?, como otro rito: el sacrificio de la virgen”, el soliloquio casi contiene la esencia espiritual de Jesucristo, “aunque me duela, me voy a sentir bien. Claro que tú después tendrías que complacerme en algo... ¿serías capaz de hacer lo que yo te pidiera?, ¿cualquier cosa?”. “Creo que sí. Yo no tengo complejos de ningún tipo en el sexo.” “Entonces ¿aceptas?” “Sí, estoy de acuerdo.”

Sellan el pacto con otro beso. Cáliz de tela, el Grial se solaza con la Alquimia.

“Ya verás. Ven, acuéstate, déjame acariciarte como ayer.”

Cuando Galahad viaja acompañado por la celebrante a la ciudad santa de Sarras, asiste a una misa inesperada donde ciertas visiones y caricias han provocado la resurrección de la carne de Cristo - al fin, por fin -, y él, de pronto, se siente inmortal, su espada desnuda evoca el renacimiento de la Tierra Desolada, símbolo de la renovación de la leyenda, su mente se abre a las imágenes posibles del sacrificio de la virgen, la copa perlada de rocío simboliza el tránsito más allá de la vida y la muerte, el camino a la conciencia superior, fugacidad de cuerpo físico, transubstanciación.

Un bosque. Lancelot acaricia a Genevieve con majestad de ciervo, va recorriendo su cuerpo hasta el vientre de agua, se entrega a la muerte de cualquier horizonte, de cualquier extremo del planeta mujer donde exista todavía un lago mágico para postrarse nervioso ante sus dioses líquidos.

Lilith es un cristal centelleante que lo ciega de pronto: está dispuesta y húmeda, resiste todos los intentos de identificación y él está a punto de considerarla una fantasía más. “Y si ahora...?”, pero no, mejor reprimirse para no caer en el terror del mendigo, mejor olvidar el animal despierto bajo la manta y ponerse a mirar las paredes como buen caballero cortés. Desliza sus ojos por la cúpula y los tejados dorados del templo de Takt, cualquier cosa con tal de que el Grial no escape de nuevo como tantas veces.

Aquiel-Galahad impecable y puro frente a los muslos cubiertos de la doncella inmaculada. Por eso insiste en la letanía: “Yo no quiero utilizarte.”

La virgen sonríe tierna y niega con un ademán: “ Qu  bobo eres! Dale, busca algo para mí, algún aceite para que sea más fácil. Me han dicho que duele un poco”.  l por fin se decide y va al otro cuarto. Ella no quiere pensar en límites, abajo las inhibiciones, es preferible hundirse en el poema del hombre nocturno, desesperación del **obsujeto**, argumentos neuróticos en punto muerto, megalomujer, es mejor la rabia de una mirada de agosto, porque tal vez septiembre se aparezca como una masacre autónoma que impedirá escribir la posibilidad de los besos de Aquiel, la recurrente poesía del náufrago nadando hacia su isla, en fin, que venga el dolor en función de goce. Bienaventurados los que se rebelan porque de ellos será la única libertad de este mundo. Am n.

Aquiel aprovecha su paso por la sala para abrir el aparador y sacar el recipiente con el tympanum, la llave al Lado Oscuro. Come un poco y la vuelve a dejar donde antes. Cambia la música de la grabadora. Basta de canciones celtas medievales. Mejor algo minimal o futurista, sonido para levitar en el cosmos, mezcla de cítaras digitales con sintetizadores at micos. Escoge un grupo ciberpunk suave. “Ya está bueno de viajes al pasado, vamos ahora al futuro...Realidad virtual.” Claro que el efecto del *tympanum* ingerido todavía demorará unos minutos.

En la penumbra del santuario, Aquiel se acerca a Lilith.

Trae en sus manos los aceites aromáticos para ungirla. Ella se libera totalmente de las sábanas y se vira boca abajo sin dejar de mirarlo a los ojos.

“Ven”, susurra, “entra en mí”, y eleva sus nalgas para mostrarle el camino.

Derrame de pensamientos, la llama de una vela que se apaga.



PHA

Deliciosa pereza. El apetito debajo de la almohada, satisfecho.

Aquiel se diluye sobre los cristales cálidos de Lilith, descubre las lágrimas en su rostro, pero ella sonrío, susurra algo bajito y se acurruca bien pegada a su cuerpo. Ahora ellos necesitan de la muerte leve, reposar en silencio, sentir la respiración tibia del uno en el otro y olvidar de una vez los universos virtuales de Afuera, llenos de androides, pixels y cristales líquidos. Él piensa que deberían desaparecer en otro espacio donde los hombres no encadenen las alas a su mente o, aún más, viajar a un mundo paralelo donde no exista la Otredad y por lo mismo el lenguaje; no, todo natural, sólo gestos, acción - o no acción, como esta de Lilith con sus ojos cerrados, un hilillo de saliva colgando de sus labios -, y allá dentro su mente visualizando un **zari**, pájaro maravilloso, que así de alas vuela con todo el hambremiedo y las garras como lanzas de muerte, aterrorizado del astro que devora la luz. Aquiel observa la curva suave de la espalda y el pelo revuelto de la niña y de pronto siente una oleada de culpa inexplicable.

Recuerda la sustancia guardada en el frasco, oculta a toda mirada materna. Luego esboza en sombras la imagen de la muchacha temblando sin control, viajando por primera vez al Lado Oscuro. Con las otras no se había atrevido, con ella sí. Noche de muerte azul, muerte de miel para el fuego de sus pechos sin espinas. ¿Se atrevería de nuevo? Necesaria es la locura para el que se acerca deseando aprender, para quien te ama y por lo mismo quiere lavar el insulto de la niebla sobre los ojos. La vía más rápida, recomendada por los antiguos videntes, el tympanum. Claro que es demasiado pequeña la tierra verde del paraíso, es efímera, cavila él con tristeza, las casas son frágiles, hechas con ramas de **ababite** púrpura; al primer tornado se deshacen como polvo de cristal y ellos quedarían nuevamente desnudos, a merced de los gusanos de plata, de los cazadores y sus fieras amaestradas, no puede ser, recapacita, debo protegerla, enseñarle. Soy el zari, remonto caminos, veo a todos, hombres y animales, temiendo en las orillas, debo volar más lejos aún, siempre primero, sin que sorprenda la muerte, luego regresar y mostrarle la vía segura, el camino del conocimiento.

Observa su silueta delgada, adivina la marca del juramento de bruja en su brazo, el omóplato cubierto por el tatuaje fosforescente de la salamandra y entre sus senos la piedrafuego ritual, dormida en el silencio más frágil de la mente, ni un espacio para las tormentas del pensar, sólo la danza de los árboles. Envidiable. No como él, seguro de que el cielo saldrá mañana a recibirlos nuevamente para arrancarles otro pedazo de carne hacia la Nada y así será hasta la noche de la Gran Ola, cuando en el instante último renacerán con sus ojos intactos, las palabras y pensamientos mezclados como susurros entre la hierba y será fácil imitarse y caminar juntos de vuelta a través del hilo de espuma que sale de la tierra y llega al otro lado, la verdadera libertad, el Caos como orden, la lógica de la locura.

“Aún con la coraza, el pasillo a oscuras y los espejos rotos, hacen callar a un recién liberado sin callar; parches, que ayer mismo gritaban: ¡Sí, a la hoguera todos! Pero que ahora se van replegando, se repliegan...”

Aquiel se enfrenta al inicio, o mejor dicho, a los múltiples inicios del viaje. “¿Qué hacer?”, medita, “¿seguir estudiando ideas de ideas, ofrendar mi vida al Logos sin esperanza de término, connotando cada vez la soledad desmembrada de mi mente?, ¿o construirme un universo ideológico para sobrevivir, para intentar conocer las leyes estrictas de una mirada, un golpe, un grito, la lógica de unos pies descalzos?, ¿o su contrario, luchar contra el mundo caótico dentro-fuera, odiar a todos los que puedan recordarme el estadio ancestral, mi cuerpo partido en pedazos?, ¿qué soy?, ¿qué es en fin de cuentas lo exterior a mí?, ¿qué es lo interior, si todo es todo al mismo tiempo y la muerte es solo una excusa para creer que estamos vivos?, ¿para qué seguir repitiendo letanías tántricas, invocaciones paganas, descubiertas hace milenios, desde mucho antes que las piedras de Sumer?, ¿para qué seguir caminando por el borde del círculo infinito, el anillo de Moebius, de Dios convertido en Hegel? Esa sería una de las vías: Poner orden al Caos, sujeto fascista; y los otros su reverso: el caos como orden. ¿Realmente lo contrario? No sé nada. Admito la deconstrucción de los términos: Nada es No. Pensando y pensando uno siempre cae en el juego de los indecibles”.

Lilith se mueve, parece que va a despertar. Sus piernas, rectas bajo las sábanas, se doblan en ángulo de cuarenta y cinco grados hacia el techo. Un ojo húmedo y legañoso, seguido de su nariz recta, reaparecen entre las almohadas para mostrar su rostro lleno de

pensamientos torpes y diluidos en la confusión de las primeras impresiones. Debe sentir los brazos entumecidos, después de dormir en una posición incómoda. “¿Dormí mucho?” Él niega con la cabeza y le desordena aún más el cabello. “No, más o menos una hora.” Aquiel se inclina hacia la mesita de noche y prende la grabadora. *E hora já sei de aproveitar...la fora amor...* “¿Cómo te sientes?” “Bien.” “¿De verdad?” “Sí.”

Aquiel desnudo sobre la cama. El cuarto en penumbra lunar. Ella recostada en la cabecera del mueble, su silueta se destaca contra el fondo abigarrado del afiche pegado en la pared. Los hombros caídos, habla con un dejo triste en la voz y él se siente otra vez culpable. La muchacha parece dialogar consigo misma: “¿Sabes? A veces pienso que he perdido mucho tiempo durante todos estos años. Te escucho hablar de cosas que no conozco y entonces creo que tú pegas mejor con tipas como la Fénix, que se ha leído cincuenta libros y puede citar filósofos y cosas así, mientras que yo...”

“Lilith, ya yo probé eso que dices y no resultó”, la mano de Aquiel le acaricia los tobillos. La respiración de Lilith se hace más relajada con el contacto. “Lo probé con Yamila y todo se volvió una maldita competencia.” “Sí, pero...” “Parecíamos dos cabronas computadoras intercambiando información. Al final casi ni hacíamos el amor, todo intelecto.” “Qué aburrido.” “Luego terminó por anularme, me castró, como diría Freud. Tomó por otro camino, se llenó de armaduras, se volvió plástica, artificial, se fue por el camino de los androides, amplificó el Edipo. Creo que ahora está más jodida que yo.”

“¿Y todavía piensas en ella? Quiero decir, si ahora viniera a buscarte, ¿volverías?”

Una pregunta difícil. Aquiel busca con cuidado las palabras: “Quiero ser sincero contigo Lilith. Y la respuesta es que no lo sé. Sí, todavía pienso en ella; digamos que es un duelo que no logro superar. A lo mejor la misma cura sería volver, ¿no?, para acabar de decepcionarme y así poder olvidarla. Pero no creo que eso suceda. Ella le dijo hace poco a mi hermano que yo no le interesaba en lo más mínimo, ni siquiera como amigo.”

“A mí no me pareció. Cuando estaba en el aquelarre se pasó todo el tiempo mirándote. Hasta te invitó a irte con ella.” “No, Lilith. Me invitó a que viera como se templaba a Raphael. No es lo mismo.” “Sí. Entiendo. ¿Y Margarita? ¿Y Amy?”

“Reacción desesperada. Giro de ciento ochenta grados. Pensé que la solución estaba en la carne, en el sexo puro; *coito, ergo sum*: tiempo, luego existo. Otra mierda. Creo que ya te lo conté ayer.” “Sí, es verdad.”

Ella mira los gestos de Aquiel y queda en silencio. Se levanta, camina por la habitación, luego se acerca, le quita el cigarro de los dedos y se lo lleva a los labios. Él le hace una seña para que se acueste a su lado. Ella obedece y fuma con los ojos clavados en el techo. Parece que va a preguntar algo más, pero el coraje se esconde en la garganta. Después de unos segundos se decide: “¿Y yo?”

“Contigo es diferente, Lilith. Lo que yo busco ahora es sensibilidad. Alguien que me salve, que me haga una transfusión porque estoy muerto, soy una máquina, siento que tengo cristal líquido en las venas, en vez de sangre. Y tú eres muy sensible, eso me encanta. Y también la sencillez, la sinceridad.”

“¡Coño, pero yo también quiero saber miles de cosas!” Lilith, con un gesto violento, lanza el cigarrillo por la ventana, “y a mí me gustaría ser como tú, o como Elisa, pero me empiezas a hablar del Lado Oscuro y no entiendo nada”.

“¿Y tú crees que es fácil, que en un mes ya lo vas a saber todo? ¿Cómo tú crees que yo empecé? Igual que tú, la única diferencia es que yo te llevo como ocho años de ventaja, pero nada más. Tú eres inteligente, y creativa que es la base de la inteligencia verdadera. Mira tus canciones. Y en cuanto a entenderme no te preocupes que a veces no me entiendo yo mismo. Tú puedes enseñarme a mí un montón de cosas. Dice un psicoanalista famoso que las mujeres son las que saben y los hombres sólo lo imaginan.”

Silencio. Lilith mira al frente, a un punto en el aire en medio del santuario e imagina allí la blanca montaña de conceptos, los miles de libros por leer conformando una pirámide monstruosa que se eleva hasta golpear el techo. Si el conocimiento pudiera medirse por un reloj, los suyos sólo serían unos segundos comparados con las horas que marcaría el de Aquiel o el de Elisa. Y así y todo él espera que ella encuentre su país, que optimista. Claro que él no hablará desde una tribuna en el cielo, ni tampoco el camino será un bosque de cactus infranqueable, pero ¿por dónde empezar?

Una de sus manos está apoyada en el hombro del muchacho. La otra desciende hasta la grabadora, la apaga y extrae la cinta. “Ya sé lo que voy a hacer”, le dice y se levanta de la cama, “espera”. Rebusca en su bolso y saca varios cassettes, escoge uno, lo introduce en

el equipo y aprieta las teclas para grabar. “Bien, ahora imagina que estás conmigo en medio de un campo de peyote, eres el Brujo Don Juan, yo soy Castaneda y esta es tu primera clase y mi pregunta es: ¿Qué coño es el Lado Oscuro?”

Él la descubre atenta, como siempre, los ojos expectantes, lista para escuchar toneladas de clasificaciones, hacia arriba la palanca de la aspiradora, cerebro transformado en esponja. Hay algo en Lilith que no espera más, ya está dispuesta para confrontar la Nada que es el Todo, ¿cuál fue la pregunta que escupieron sus labios? Ah, sí, el Lado Oscuro. Aquiel toma un poco de aire y comienza:

“Hay algo que siempre se nos escapa, nos falta. En cualquier cosa que tenga que ver con el pensamiento, con el lenguaje, con toda la cultura. Es como un agujero, una ausencia. Para el hombre esto es insoportable y por eso siempre intenta rellenarlo, pero nunca lo logra.” “Sigue.” “Estos...intentos de tapan el hueco son los que han dado lugar a todas las ciencias, al arte, las religiones, los problemas mentales, la conducta, y al amor también. La gente lo llama Dios, agujero, eclipse, grado cero, falta en el Otro, lo Real, el más allá, el mundo aparte, en fin, millones de nombres para designar lo indescifrable. Yo he preferido llamarlo el Lado Oscuro.” “Sí, sí, pero ¿cómo es?” “¿Que cómo es? Eso nadie puede decirlo.” “¿Por qué?” “Porque precisamente es el agujero que lleva toda cadena significativa. Perdona, quiero decir que no lo puedes describir, es indecible.” “Pónmelo con un ejemplo concreto.” “Quieres un ejemplo concreto...”, Aquiel sonrío, “a ver, cierra los ojos.”

Lilith obedece. Él espera unos segundos y luego desliza sus dedos por la espalda, casi sin tocarla, un roce levísimo que la hace estremecer. “No abras los ojos”, le pide él y continúa. Ahora la mano acaricia su muslo, reptando en dirección a la entrepierna, extiende el índice y fricciona suavemente su clítoris, luego se retira. Ella ríe excitada y abre los ojos. “¿Qué sentiste?”, pregunta él. “Hum, no sé. Muy rico.” “No, descríbelo mejor.” Lilith piensa durante unos segundos y luego contesta: “Al principio, en la espalda, como el ala de un pájaro, de una gaviota o algo así.” “Ajá, ¿y después?” “Una serpiente.” “Bien, ¿y después?” “No, después la lengua de la serpiente”, ella vuelve a reír. “Fíjate que me has dicho tres metáforas, a lo mejor la poesía es una de las formas que tenemos para tratar de describir el Lado Oscuro.” “Entonces se puede describir.” “No, no se puede. Puedes tratar, acercarte un poco, pero no llegas, nunca llegas. Te voy a poner otro

ejemplo: Hace más o menos una hora, tuve uno de los mejores orgasmos de mi vida. Te podría decir que me sentí morir por un instante, que llegué al nirvana, que mi mente se fundió con el universo, etc., etc. Podría hasta escribir miles de libros, pintar millones de cuadros, pero así y todo siempre se me escaparía algo, ¿entiendes?, algo maravilloso e indescriptible. Ese es el Lado Oscuro.”

Ella se siente alegre por la revelación de Aquiel. “¿Quieres decir que es como un lugar al que uno se acerca hasta casi tocarlo, pero nunca llega?” “Más o menos. También lo puedes ver como un objeto, ¿no?, algo que perdiste hace mucho tiempo y que jamás podrás tenerlo de nuevo porque ni siquiera sabes de qué se trata. Entonces, para consolarte, lo sustituyes por otros, o lo conviertes en cultura, pero nunca quedarás satisfecha con ese sustituto. Es lo mismo que pasa con el amor.” “Ya voy entendiendo.”

Lilith recuerda cierta visión en un parque a los siete años, el día que le hablaron por primera vez del sexo. Ahora siente un poco de frío - parece mentira, en agosto - y se cubre con la sábana. Aquiel prosigue: “Tú puedes tener cierta intuición del Lado Oscuro a través de los sueños, el orgasmo, las drogas, el arte, la locura y todo lo que se relaciona de alguna manera con la muerte”.

“¿La locura?” “Pues sí. La esquizofrenia. Esa es otra manera de percibir la realidad, con una lógica distinta, con otras relaciones entre los significantes, eso es precisamente lo que estoy buscando, ¿te imaginas? Poder comprender ese otro lenguaje, es como si abrieras una puerta y comenzaras a ver mundos alternativos, un orificio hacia otras dimensiones donde imperan otras leyes, universos de lógica alterada.”

“Coñó”, Lilith trata de recordar el título de aquella película, ¿cómo se llamaba?, donde había un tipo que experimentaba con hongos alucinógenos... “Ah, sí, Estados Alterados.”

“Claro chica, esto es mucho más complejo. Yo estoy tratando de que lo veas como si fuera ciencia-ficción y puedas tener al menos una idea mínima”, le ofrece el cigarro, pero ella niega con la cabeza. “No, Aquiel, no lo decía por eso. Es que recordé las visiones que tuve la noche del aquelarre. Fue muy extraño: me aterrorizó y al mismo tiempo quedé fascinada. Hasta tengo deseos de probarlo otra vez. También me acuerdo de que dijiste algo así como *Bienvenida al Lado Oscuro*. Ahora entiendo a qué te referías.”

“¿Sí? Bueno...”, Aquiel duda que su explicación haya servido de mucho. No por ella, sino por él mismo. ¿Le confiesa que ha seguido probando a solas, apostándose la muerte en cada experiencia? Al cabo de unos minutos se decide: “Tengo más. Lo he ido mezclando con otras cosas, tratando de controlar sus efectos, hasta el punto de que ahora no se puede fumar, es para comer, y he ido apuntando las visiones en un libro. Yo le llamo a esa droga *La ventana*.”

“*Windows*”, traduce ella y sonrío, “eso es un lenguaje de máquina.” “Sí, tiene que ver.”

Aquiel mira al equipo y piensa si es inteligente grabar todo aquello. “Las últimas visiones son como si viajaras al futuro, onda ciberpunk”, aprovecha para deslizar su mano bajo la sábana. “¡Qué interesante!”, dice ella disfrutando de la caricia en el abdomen. Él por fin decide colgarse de la oportunidad: “¿Quieres probar?” Un gesto de asentimiento por parte de Lilith, que acerca su rostro para besarlo y luego susurra: “Sí, quiero, ya te lo dije”.

“Yo también, es una lástima que no podamos hacerlo los dos juntos.” “¿Por qué?” “Tengo que cuidarte para que no te hagas daño. Las primeras veces uno se pone agresivo; una noche cuando desperté había destrozado un montón de cosas. Además recuerdo como te pusiste en tu primer viaje.”

“Ya eso no me gusta tanto. ¿Y si me pongo violenta y la cojo contigo?”, a ella de pronto le viene la imagen de Aquiel corriendo, intentando escapar de ella que lo persigue por toda la casa con un cuchillo. Duda por unos segundos y luego el rostro se ilumina. “Ya lo tengo. La solución es muy sencilla. Me amarras a la cama.” “¿Y si gritas?” “También me puedes amordazar con algo.” Lilith imagina la escena y sonrío: “Eso me suena a una onda masoquista del carajo, pero me gusta, no sé por qué.” “Te suena no, es masoquista. Cada vez que tomas una droga lo eres.” Ella se muestra impaciente. “Bueno, ¿qué?, ¿lo hacemos?” “Está bien.” Él se levanta en rescate del recipiente escondido y luego, entre los dos, revisan el armario en busca de todo lo necesario para las ligaduras.

Lilith piensa que se encuentra otra vez en un final de algo, de una forma de ser y de actuar, y por supuesto que está atemorizada con ello. Sin embargo, al mismo tiempo siente un vértigo de placer ante lo desconocido, la misma sensación al montar una montaña rusa, o bajar en rapel por un precipicio; la cosquilla gozosa que sube desde el pubis al saberse en peligro de muerte e intentarlo de todas formas. Claro que un fallo de

las máquinas y los vagones saldrían disparándose al vacío, pero también es una muerte elegida, ¿no? Ya está cansada de que siempre elijan la muerte los Otros, de que se la muestren por televisión, el cine, las fotografías y luego le digan lo que debe hacer o no para evitarla. Es mejor este camino partiendo, a la vez, en todas direcciones, guiada por la mano de Aquiel, en busca del puente al otro lado.

Minutos más tarde se encuentra como petrificada en posición horizontal, observa las manos del muchacho moviéndose hábiles entre los nudos hasta dejarla totalmente amarrada con las medias y cinturones, la palabra sin salir de sus labios, el roce frío de una cadena apresando el tobillo. Piensa en lo que dirían los Osos si la vieran ahora en plena faena, “a todas luces perversa”, y no sólo ellos, se divierte imaginando que dirían las potencias maldecidas en este rincón del país o los androides de Ciudad Virtud, *incomunicados en orejas*, como dice la canción, *al vaivén de la amnesia de la Oscuridad. Muriendo, muriendo la Ciudad, ¿Todavía queda alguno que no quiera perder el cerebro?*

Ahora levanta un poco la cabeza para recibir en la boca la pasta amarga que le ofrece Aquiel. “Toma, aquí tienes tu *windows*.” Ella mastica lentamente, piensa que la canela mejora un poco el sabor, pero así y todo es casi intragable, bueno, todo sea por la libertad. Los más brillantes gritando que si afonía, que si mordazas, cuando lo más importante es emancipar de una vez las mentes, abrir el cerebro a las posibilidades infinitas, al poder del Caos, como dice Aquiel, y luego hacer que todos salten contigo para romper la malla del Rey del Ajedrez. “Ya. No comas más. Con esto basta para el primer viaje.”

Agiturbada. Las manos de Aquiel acariciándole como algas. Perceptividad creciente, primer efecto de la sustancia. Lilith sabe que él lo está disfrutando, la señal inequívoca son sus rugidos y murmullos de lince al acecho, cierto animal precioso que gime también sin que nadie lo escuche, la sorprende su tamaño y su erección. “Te gusta, ¿no?”, le dice y comprende que está igualmente excitada. “Ven cuando quieras. Estoy lista”, pero como respuesta recibe un apretón de los dedos de Aquiel sobre su vulva. “Tú estarás lista cuando yo diga, mientras, no hablas, ¿bien?” Una voz azul jadeante transformando comienzos. “No me tortures”, bromea Lilith, pero él no le presta atención, enrolla un pañuelo y se lo coloca alrededor de la boca, luego hace un nudo fuerte detrás de la nuca.

Acerca el rostro a su oído y sonrío por lo bajo, susurra felino: “Voy a hacerte el amor cuando estés bajo los efectos”, le mete la lengua en la oreja y muerde el lóbulo suavemente. “Vas a alucinar como nunca, hija de puta, te voy a hacer sufrir.” Lilith se retuerce para seguirle el juego. Comienza el viaje.



PHEH

Lilith se sumerge en los bordes del Lado Oscuro ayudada por Aquiel.

Se entrega al Caos con una seguridad hecha de negaciones neuronales; donde cada detalle **disperqueño** se reafirma en el segundo siguiente hasta una invocación incrédula, que periódicamente se deconstruye a sí misma en espirales, universo de lenguaje paralógico, cuyo núcleo iconográfico es penetrado por las siluetas de inmersión, hasta descubrirse del miedo a descubrir, y ahora las filigranas del pensamiento se reversibilizan ante las visiones incoherentes para reafirmarlas y renegar la afirmación, los significantes se remiten a sí mismos, esquizofrenia **suicidaconciente**.

Desde el décimo nivel de terrazas, Lilith estudia variantes tácticas, busca medios de penetración sin castigos, analiza por qué y porqués.

Del lado de acá un hombre sorbe la vida entre sus piernas, deja de existir como entidad separada, se pone a horcajadas sobre su cuerpo y el santuario jadea en sismos de júbilo que zigzaguean desde los primeros niveles del Kosmos transpositivo, Synaesthesia.

Ella siente los hilos de energía atravesando su estómago y comprende que siempre ha sabido.

El ángel-demonio aúlla en un karma autoimpuesto, sin saber que siempre vencerá, trata lánguidamente de ceñir sus muslos blancos sobre sus nalgas, **esconviendo** la espuma sanguinolenta que brota de las comisuras de los ojos, pero a Lilith no le preocupa eso. **Enterospección**. Sabe que Aquiel es **penetraduro** como el cuero, un rabioso perro negro y azul con cadenas y tatuaje, haciendo oscilar el cascarón bajo sus garras.

Mientras encaja sus dientes en la mordaza, después de la primera incursión, Lilith emerge por unos segundos a la superficie del cascarón fluídico, observa entre brumas a Aquiel que está mordiendo con rabia sus muslos y la habitación respira en la madrugada, otra vez, recomenzando el espasmo de un éxtasis que resulta todavía mayor que la felicidad **moldehojada** de la fumigación **heavy mental** al principio de la colisión de cuerpos. Lo sabe todo.. y se encarga de atrapar más éxtasis de lugares afines.

Del lado de acá él la está perforando por séptima vez. Atrapado allí en las líneas doradas del huevo, el gran y asqueroso hijo-perro, de una mínima longitud de 25 -

vendidos con su saliva - años de oruga a oruga, frotándole los labios de la vulva con **tympanum**.

“¡Están echando los perros!”, grita Zepar desde uno de los **espejos tácticos**, pero ella no le presta atención.

Hacia tan solo una hora - tiempo virtual - que Lilith había conectado con **Antamtap**. Encontró miles de klippots **complotados** con sus cráneos pelados, llenos de trodos - compañeros de cédula - y también muchas potencias - casi un ejército - con sus **sabuesos mecánicos**.

Había guerra y ellos - Aquiel y Lilith - se vieron obligados a entrar en el huevo, huir de las hogueras a través del triángulo goético, subir a la habitación refugio con espejos tácticos y observaban todo desde allí, **amenacimágenes**, clavando sus garras en los muros y gruñendo de rabia impotente. “No puedes hacer nada Lilith”, le dijeron, “sólo escapar. Alguien osó destruir una de las defensas de Utopie Virtud y ahora hay miles de hogueras. Están quemando a los nuestros, Lilith. Llévate a Aquiel y desaparece a tiempo.”

Ella tuvo suerte. Se mezcló entre **lupas** falaces y **bithias** de zamarras negras, **silvestrozadas**. Había perdido a Aquiel al principio del Sabbat. Él se fue con la Fénix, pero esta - lo pudo ver después - había sido atrapada por los anillos de las potencias menores.

Confundida, Lilith perdió a Aquiel. **Desticalza**, buscó entre el hielo y le contestaron de forma amplificada. **Extática**, había cumplido con su espacio. Buscar. Buscar. Por fin.

“Tengo que desaparecer.”, dijo él. “No se puede”, contestó, “han trazado el círculo. Ven conmigo.” Así se quedó. Su rostro estaba manchado con la pintura de labios de la Fénix pero eso no le importaba ahora. Se quedó y basta. Ni siquiera el olor. Finalmente, cuando vieron los primeros sabuesos atravesando los muros, ella y Aquiel entraron al huevo.

“Mierda, no me gusta. La clavaste también por detrás, ¿no?”, pero él la atrapa y se mete adentro, permaneciendo 40 minutos. Su rostro azulado se humedeció, se iluminó; ella siempre estaba algo **persucia**, siempre enlodada, sudorosa. Aún notaban los sonidos de los sabuesos atacando, los gritos de los klippots quemándose en la hoguera, olor a

sopa de neuronas, fumigación de fluidos electrónicos. Si no era vidente, ¿por qué podía oler su hoguera pentagonal? ¿**Precognición**?, ¿Le estaría pasando algo a Leonardo?

“Mira Aquiel, no necesito más tympanum. Ya sé que debería desgarrarte las arterias pero te lo voy a regalar.”

Neutralidad. El acepta contento y se frota el pene y los testículos con el polvo de la escudilla metálica. Ella lo ama menos por no hacerlo que por su contrario y en el futuro, sabe que no formará parte de ningún pasado exquisito. “Aquiel, ¿nos vamos?”

“¡Miedo nunca!” La disfrazada decepción en que se esconde, es como gritar “¡Aquiel!” Viendo el río de lodo brotando por todos los orificios del cuerpo. **Escabronido** gorgoteante. Vuelve a escuchar a Leonardo. En ningún lugar, muy lejos, el llanto que es un grito. Pero el otro murmullo, muy cercano y que le rechaza el rostro con los labios es Aquiel, el **ilumiembrado**.

“¿Qué pasa?”

“Nada Aquiel.. cogieron a Leonardo.” Materiales como son, ella no puede perder de vista la mueca del hombre. Vivan los milagros de la ciencia, Lilith no lo deja contar más sus curvas ni armonías.

En el décimo nivel de terrazas, Leo ya no luce sus trodos y los índices vitales están en **flatline**. Un nuevo zombie en las torres de información. **Sueñamento**, alma externada. El niño escupe cuando ella vuelve la espalda. “Él se fue con el Zepar.” Alivio. “¿Y Raphael?”

Analizándolo con lógica **desyerta**, Raphael no tenía por qué haber rechazado la oferta de Aquiel: una **multipista** para perforar todas las defensas de Utopie Virtud, prefirió hacerlo a su modo y ya ves: era un camino (H)errado; nunca dejó de seguir el objeto ofrecido por los discursos del Amo, nunca dejó de hablar en lenguaje de **pastonductores**, de regirse por la muertepulsión. No, Aquiel: la real y única vía era crear ventanas para todos; caotizar el maldito System, cortar sus hilos con el resto de las redes hiperreales, la anarquía como **multirrespuesta** al poder de las superestructuras, la **Revollición etercontínua**, el Caos como orden para alcanzar la libertad.

Zancaduleando allí en las líneas doradas del huevo, un plateado celeste de cuatrocientos megabytes, intrépidamente transponiendo 109005 milímetros de ramificación nerviosa, abrasando el cráneo hasta recordar su leyenda de más de tres

gramos en pasta windows, va, fue.. Lilith.. la Reina de los demonios. Rostro azul. Tan sucio como le era posible, doscientos pánicos y quinientas fugas. **Cronosumiéndose**, movida hacia el interior, siempre afuera.

Comienza la regresión al mundo **quiminfestado, miseralde** de los sentidos..

La **transyestoria** se **desvuelve** mucho más dolorosa que la vez anterior. ¿Sobredosis? La mordaza apaga los gritos, pero las neuronas claman por estallar frente a lo insoportable de la tortura en los órganos, muy pronto la agonía alcanza un clímax donde el único deseo es la muerte instantánea para no sufrir y ella intenta hundirse las uñas en los ojos para alcanzar el cerebro y desgarrarlo, pero hay algo que le impide mover sus músculos, el cuerpo totalmente paralizado, ni siquiera los párpados obedecen y Lilith se hunde entonces en un abismo de terror que parece durar siglos hasta que siente un remanso en el suplicio “¿Dónde están mis manos?”, y el dolor comienza a amainar, “Denme mis manos, por la Grand Ma, no las veo”, luego otra eternidad hasta que puede abrir por fin los ojos.

Jesuspira con alivio. Ya es de día. Él duerme abrazado a sus piernas, el vientre como almohada y su rostro bañado en sudor. Los cuerpos y sábanas están manchados de semen, sangre de la menstruación, sudor y otras miles de sustancias groseras, mezcladas con olor nauseabundo. Ella siente el nudo en la garganta y se retuerce desesperada hasta que logra despertar a Aquiel, que por suerte se percata rápido de la situación y se abalanza sobre el nudo de la mordaza “aguanta, aguanta un poco” Apenas ella libera su boca no puede contenerse más, vuelve la cabeza hacia un lado y vomita, “Ay, coño, perdóname”, repite él, nervioso, tratando de zafar las ligaduras con torpeza precipitada. Lilith se arquea de nuevo y vuelve a arrojar, esta vez sobre el suelo y continúa una o dos veces más hasta que vacía su estómago por completo. Aquiel le pasa una mano por la espalda y ella escupe, luego se va sintiendo mejor. “Espera”, dice él, “voy a traerte un poco de agua”.

Ya con el vaso en la mano y después de haber bebido, Lilith decide revivir. Mira en derredor y esboza una semisonrisa. “Cómo está esto. Parece que pasó un terremoto.” Aquiel la mira con ojos culpables. “Me quedé dormido, perdóname”, pero ella niega con la cabeza. “No te preocupes; parece que se nos fue la mano, eso es todo. Además de que la idea no era muy buena. Quiero decir, lo de la mordaza Por lo demás estoy bien. Fue

maravilloso.” “Sí, todavía estás viva.” Él se pregunta horrorizado qué hubiera sucedido si Lilith se ahogaba con su propio vómito, igual que el baterista de...pero ella le coge una mejilla con los dedos: “Oye Aquiel, no me arrepiento de nada y no voy a dejar que te culpes porque la idea fue mía, ¿ok? Arriba, quita esa cara y vamos a bañarnos, que estoy realmente asquerosa”.

“Sí, como tú digas.” Él por fin se relaja, permite que una sonrisa le salga a los labios. Lilith se levanta y observa la sábana con una mueca de asco. “Mira eso.” Aquiel estira los bordes y analiza las manchas. “Body Art. Si no apestará tanto lo dejaba así mismo y lo colgaba en un cuadro.” “¡Qué cerdo eres!” “Le pondría un título como los de Leonardo, algo así como *Saliendo con cinco gatos de mi neogeneración.*” “Ay, ya, no sigas que voy a vomitar otra vez.” “Bueno, vamos.”

Ya en el baño, cuando están enjabonándose, suena el timbre del teléfono. “¿Quién será?” pregunta Lilith. “Nada, debe ser la Amy o mi madre, para controlarme. Olvídalo.” El timbre sigue sonando un rato y luego enmudece.

“Estoy preocupada con el SIDA”, dice ella y se coloca bajo la ducha para enjuagarse, “con todos esos ritos y la sangre, si lo tenías seguro me lo pegaste.” “¿Y tú a mí?, ¿Desde cuando no te haces la prueba?” “No, desde hace poco y además, me he protegido bastante” “Yo también. No podía confiar en la Amy, por eso nunca me descuidé con ella, pero uno nunca sabe. De todas formas si quieres vamos los dos juntos al policlínico y así salimos de dudas.” “Está bien.” “¿Ya te lavaste la boca?” “Sí.” Se besan, luego ella deja que Aquiel la seque con una toalla.

En el tiempo que Lilith termina de vestirse y lava las sábanas, Aquiel aprovecha para barrer el santuario y ordenar sus cosas. Después friegan a dúo toda la vajilla usada desde el día anterior. Ella descubre que como todos los hombres él es un gran derrochador de detergente. A pesar del baño se siente agotada. Han sido dos noches casi sin dormir, y eso sin contar la resaca psicoquímica. Los estómagos comienzan a quejarse de hambre y el refrigerador se burla de ellos con su interior vacío. Deciden entonces salir a la ciudad de los títeres en busca de pertrechos. “Vamos”, y piensa Lilith, “que la materia es incambiable con el saber, diga lo que diga el gran amo de los gatos. ¿De dónde sacará tanto dinero?”. Ella duda que lo consiga sacudiendo su cabeza en los conciertos o de sus estudios de filosofía esquimal. Ya cuando están en la calle y han cerrado la puerta

vuelven a escuchar el teléfono. “Hay gente que no tiene suerte”, murmura él y echa a andar como si no hubiera oído nada. Ella reafirma su idea de la conflagración madre-hijo, pero entiende que no es su problema así que se encoge de hombros y alcanza a Aquiel en la avenida. La expedición muere frente a un puestecito bastante nutrido de vituallas. Panes, refrescos y otras golosinas. “¿Qué quieres?” Ella señala con el dedo la base fundamental de la comida italiana.

Lilith se arrepiente tarde por su pizza en estado de fuego. Le da un par de mordiscos y observa a Aquiel que se ha decidido por una empanada gigante y dos refrescos. Siente como la envidia la atraviesa con sus dardos recónditos. “Dame un pedacito”, y abre la boca para que los dedos de él le introduzcan en ella una lasca de grosor imperceptible. “Ven”, y se sientan en la hierba de un parque cercano a terminar cómodos el desayuno. Qué bien. Qué felicidad. La vida entra en Lilith como un verso de pulmón vertiginoso, adorable copa de vicios en los labios de Aquiel, todo goce, sin culpas ni exigencias patriarcales. Ella se siente renacer en esas hojas que susurran tranquilas en equilibrio sinfónico, bebe su refresco, mira a los ojos del joven y sonrío. Así. Desearía que de pronto el mundo se quedara inmóvil como en una fotografía, con esa misma sensación de paz y seguridad en sí misma y que nunca la devolvieran a sus temores y problemas cotidianos, las obligaciones y regaños paternos, el precipicio mediocre de tantos corderos, lobos...

Algo deben transparentar sus ojos en ese momento porque Aquiel se queda mirándola en silencio, como extasiado y de pronto le dice: “Has cambiado Lilith, has cambiado mucho”, y esa afirmación es completamente cierta; ahora ella se siente Mujer, así, con mayúsculas. Ha desafiado a Dios - ese viejo de calva amarilla, con su falo enhiesto - y se está reconstruyendo a sí misma. Ya basta de comportarse como Daybel Álvarez, aquella niña para violar, bien adaptada a los deseos celestes, la carne sucia, débil, sumisa y por lo mismo descartable. Ahora es Lilith, ya nadie jamás podrá dominarla porque se aburrió de ser víctima. “¿Qué quieres hacer?”, pregunta Aquiel. Ella termina de tomarse el refresco y se levanta. “¿Yo? Quiero descansar. Aunque no duerma, tirarme en la cama un rato por lo menos.” “Está bien.” Aquiel se pone en pie, coge los vasitos de plástico y los bota en el contenedor de basura, luego regresa. “Dale, vamos, yo también quiero dormir un poco más.”

Mientras caminan de vuelta, Lilith observa a Aquiel y descubre que sigue enamorada de él, claro, pero de una manera distinta, sin aquella dependencia desesperada de meses atrás, aquella subordinación tan humillante. Sí, es amor, en eso no hay dudas, pero eso no implica dejar de ser ella misma, regalarse sin recibir nada a cambio. Ahora se brinda porque lo desea y así será con todos, optando a conciencia por el desnudo o la máscara, sabe que es bueno utilizar los reflejos, el poder de los disfraces, de la seducción, porque esa ha sido y siempre será el arma secreta de las mujeres: destilar misterio y deseo a lo largo de las autopistas amuralladas y reírse en secreto por sus penes blandos sobre ruedas - pobre homo erectus siempre en busca de lo mismo - con toda su cultura construida alrededor del miedo a las tijeras, educando a las niñas en su propio temor racionalizado.

Llegan al castillo y tienden la cama con sábanas nuevas. Ella le pide un libro y Aquiel le presta *Viaje a Ixtlán* de Carlos Castaneda. “Aquí también te hablan del Lado Oscuro, pero con otros conceptos.” Él escoge para sí *El Anticristo*. Por fin se acuestan. Aquiel acerca su rostro para besarla por enésima vez. La mira serio: “Lilith, estoy muy contento de que estés aquí. Me siento muy cómodo contigo.” Ella no contesta sino que lo abraza. “Qué tierna eres”, susurra él y le acaricia la frente con los labios. En eso tocan a la puerta.

“Mierda”, murmura Aquiel y se levanta. “No abras”, le pide Lilith. Los golpes se repiten con fuerza. “¿Quién coño vendrá a joder a esta hora?”, refunfuña él. Va hasta la puerta y la abre con desgana. En el umbral aparece Margarita. Viene empapada de sudor por la carrera en bicicleta y jadea de una manera extraña, como si estuviera llorando. “Mataron a Leonardo”, dice.



CUARTA PARTE:
“ALIEN-NATION”

Beauty walks a razor's edge
Someday I'll make it mine
If I could only turn back the clock
to when God and her were born
“Come in”, she said, “I'll give you
Shelter from the storm.”

Shelter from the Storm

Bob Dylan

TZA

La alienación es poderosa, de verdad; llega un momento en que disfrazada de su antónimo lleva a abolir el contacto con la realidad por completo. Comienzas a vivir en un mundo inventado, es terrible. “Cálmate Maggy, ¡Cálmate coño!”

Lilith saluda al Abismo. Siente como mueren todas las presencias y sentimientos, ya no cree en pájaros ni dioses, grita y comprende que antes, muchos otros se han visto en esas mismas condiciones, los sobrevivientes clamando un quién, un cuándo y un por qué de todos los finales absurdos. “¿Qué pasó?”, pregunta Aquiel. Las preguntas no faltan cuando se tienen los pies sobre el fuego. “Lo encontraron ayer por la noche en una casa desierta...lo torturaron.”

Lilith avanza un primer paso sobre la cuerda del trapecista. Maggy habla con gran esfuerzo: “Le dieron golpes en la cabeza, lo estrangularon y le clavaron un punzón”, ella parece tener la garganta llena de piedras, “seguro lo engañaron con algo de sus cuadros, habían varios en la mochila”.

¿Es esto real? Veamos, ¿Está sucediendo? ¿O será sólo el efecto trasnochado de la ventana, alguna alucinación que emerge cruz y se clava en la espalda? “Es imposible”, piensa Lilith, “Margarita no puede estar ahí, desencajada, hablando de cosas sin sentido, se volvió loca o está drogada, sí, seguro es eso, esquizofrenia”. “...los testigos dijeron que uno era Jorge, pero no los han cogido todavía”.

Lilith piensa en lo inefable de sus trayectorias bombardeadas de vigas, castigos como meteoritos ilógicos, el terror de ser una prisionera más, alma errante en equilibrado azar. ¿Azar? ¿Errante es familia de Error? ¿Cuál fue el error? “...La madre tuvo un ataque y...” Lilith temiendo que en cualquier instante regresen las noches sin dormir, la ciudad de los asesinos insomnes, robada por el espacio y el miedo, “ya yo hablé con las potencias, les dije todo lo que sabía”, una muchacha temblando bajo la cama, sin voz, convertida en orine de rata, procreando el principio de la irrealidad confusa sobre el pecho de la niña, “ellos creen que ustedes están en un campismo”, copiando papeles ya asignados por Dios hijo de puta con el afán, con la sed de perros aturcidos y la navaja que escribe la sangre sobre los ojos, “también están buscando al Zepar y a Alina”, y entonces Lilith no quiere escuchar más: “¡Todo eso es mentira!” y sus labios gritan que la

odia, que es una borracha, una puta drogadicta. “¡Dime que eso es mentira!”, y la rabia explota en el pecho y ella se lanza sobre la embustera para hacerla callar, quiere golpearla, pero Aquiel le sujeta fuertemente los brazos: “¡Basta Lilith!”, y forcejean hasta que él le propina un par de bofetadas y ella cae llorando sobre la cama. “Yo tengo la culpa, yo tengo la culpa”, repite y Aquiel no sabe qué hacer. Margarita con la cabeza gacha parece estar concentrada en los cordones de sus sandalias.

Transcurren unos minutos donde sólo se escuchan los gemidos cortados de Lilith. Él intenta acercarse y calmarla con caricias pero ella le rechaza la mano bruscamente, “¡déjame sola!”. Aquiel mira a las dos jóvenes en silencio. “Leonardo”, piensa, “el niño que nunca se vestía de uniforme, incapaz de aplastar una hormiga, al que siempre le surcaban mil pájaros por el rostro, casi traslúcido por lo sincero, posiblemente el mejor de nosotros, ¡Carajo!”.

Siente el nudo en la garganta y se le humedecen los ojos. “Voy a traer un poco de agua”, carraspea y se marcha a la cocina. Sus ojos buscan entre los vasos y pomos con agua del refrigerador, pero los pensamientos retroceden a otro tiempo y geografía: Leo y él conversando sobre la Muerte, entre risas, al borde de un acantilado viendo a los brujos divertirse en una poceta distante y de pronto es como una visitación, fantasmas extensiones que nada reclaman de nosotros, ni siquiera amor, que desagrado este de no poder recordarlo todo, cada verano juntos, cada siembra de ideas presas en el tiempo; y comprender que tantas cosas quedaron por hacer y decir, engullidas para siempre por el charco en el pantano, por la curva inesperada entre dos caminos, clamando los miedos y convocatorias telegráficas.

Aquiel regresa al santuario y les alcanza los vasos a cada una de las muchachas. “Gracias”, susurra Margarita que ya se ha calmado un poco. Lilith sigue llorando, el rostro hundido en la almohada. La toca por el hombro, pero ella se niega a mirarlo. No insiste. Pone el vaso sobre la mesita de noche y enciende un cigarro. “Imagino que ya le hicieron la autopsia”, pregunta después de un rato. “Sí”, contesta Maggy, “ahora lo están velando en Calzadilla y Koph.” “¿A qué hora es el entierro?” “A las cuatro.” Lilith vuelve a sentarse en la cama, el rostro pálido, los hombros caídos. Él sigue preguntando: “¿Ya le avisaste a la gente?” “A los que pude: María Martín, tu hermano, el Negro y Amy.” “Está bien”, Lilith por fin decide intervenir, habla con voz mortecina: “Mis

padres, ¿lo saben?” “Sí. La mamá de Leo les dijo a las potencias que él salía contigo y entonces fueron a buscarte a tu casa.” Margarita pide fumar del cigarro de Aquiel. “¿Qué hora es?” “Casi las doce.” “¿Qué hacemos?, ¿vamos a la funeraria?” “¡No, no!”, Lilith se levanta y comienza a caminar por la habitación, “todo es muy rápido, yo...no estoy preparada, perdona, ¡no puedo!”. “Está bien, está bien, tranquilízate”, él trata de apaciguarla, “vamos directo al cementerio”. De nuevo silencio. Maggy termina de fumarse el cigarro, aplasta la colilla en el cenicero y se levanta. “Me voy”, dice y recoge su mochila, “nos vemos allá después”.

Aquiel la acompaña hasta la puerta y la ayuda a bajar la bicicleta. “¿Por qué a él, eh?, ¿por qué?” La voz de la muchacha vuelve a quebrarse. “Ya, ya”, él la abraza, “trata de no pensar en eso”. Margarita asiente triste, se separa y monta en la bici. “Cuida a Lilith, está muy mal.” “Lo sé.” Ella se aleja pedaleando por la avenida y él entra en su casa como si le hubiera caído una rastra de siglos en la cabeza. “Maldito país”, murmura. Se acuesta junto a Lilith y deja que ella lo abrace y se desahogue llorando todo lo que quiera. Al cabo de un tiempo bastante largo los gemidos de la muchacha se van espaciando hasta que su cuerpo deja de estremecerse. Él la deja dormir un rato, lo necesita.

Tres horas después ambulan por las calles y les agobian los reflejos de una ciudad podrida, oprimen tantas fotos, sombras y cristales rotos, sucede al final que la felicidad es una canción que no llega a surgir jamás, siempre termina suplantada por otra criminal que evoca un ser doblado, con barba plateada y rostro de tejas - así lo imagina -, ese maldito vejestorio que se entretiene en vaciar de amor este mundo incoherente y estúpido de lagartos venenosos.

Lilith camina en medio del sopor de los sedantes subiendo por 21, cuadra tras cuadra, hasta llegar al semáforo de 32 y más allá la avenida de México, los muros ocres del cementerio y sus grandes verjas de hierro, abiertas de par en par. Ellos entran por uno de los arcos pequeños de la puerta gigante. Hay un cartel que el joven le parece macabro por su doble sentido: SÓLO ENTRADA, igual que ese otro todavía peor por sus reminiscencias de carnaval: DESFILE DE CARROZAS. En el parqueo se encuentran a los klippots esperando.

Lágrimas, abrazos. También hay otros rockheros que no son del grupo, amigos antiguos de Leo. “¿Y la madre?” “Todavía está en la Funeraria.” Lilith no desea hablar

con nadie. Se sientan en uno de los bancos de la explanada, bajo los árboles. Por lo menos aquí no hace el calor agobiante de allá afuera y hasta se siente un poco de fresco. El Conan se acerca con la Cheng y le habla a su hermano en voz baja: “Si preparas algo avísame. Esto no se va a quedar así.” Aquiel lo mira triste. “Ya basta de venganzas. Mira lo que pasó, la pagó el que no tenía nada que ver; siempre pagan los inocentes.”

“Los inocentes son los culpables”, recuerda Lilith en un susurro, pero nadie entiende la frase, excepto Aquiel, que le aprieta la mano en gesto de solidaridad.

Luego de un tiempo opresivo, extremadamente largo, ven llegar al carro fúnebre. La madre de Leonardo avejentada, con un ojo tapado por vendas, recibe las condolencias de Lilith, pero no parece reconocerla en el primer momento, luego se deja llevar por uno de sus parientes en peregrinación final detrás del carruaje. Marcha lenta, pesada, hasta que por fin llegan al lugar donde espera la fosa abierta. Conan ayuda a bajar el ataúd del auto. Margarita coloca una corona de flores blancas y rojas. Silencio. Un pariente habla en susurros con la madre y luego se dispone a dar la despedida del duelo. Comienza a hablar y es un discurso absurdo; describe a un Leonardo que nadie conoce, convertido en esqueleto de niño complaciente, un angelito que apareció de pronto y era perfecto, con alitas suaves de plumón níveo y borrado a la primera caricia de la madre, sin tiempo para...

El *stranger* gesticula en pose que parece ensayada y Lilith piensa que esas mismas frases deben servir para la muerte de cualquier bebito acabado de nacer, o para un feto. Por suerte el tipo termina a los pocos minutos y los enterradores hacen bajar el féretro con sus correas y el aburrimiento disimulado de siempre.

La caja toca el fondo de la fosa con un golpe sordo y ya está. Se acabó Leonardo, se transformó en lágrima, en susurro de ojo triste, en Lado Oscuro. Los hombres se alejan del mármol y guardan sus fajas. La madre deja caer un puñado de tierra y solloza doblándose hacia la tumba. Hay un momento en que está a punto de caer, pero los brazos de otra mujer la sostienen de vuelta.

Lilith mira a Aquiel con los ojos empañados, se zafa el collar de la piedra verde y lo arroja dentro de la fosa. Comienzan a marcharse los parientes. El Conan se quita las manillas y se aproxima al borde con la misma intención de la muchacha, pero un hombre se le interpone. Hay un cambio rápido de miradas hoscas que termina cuando la madre se

da cuenta de lo que sucede y dice: “Déjenlo. Ellos eran sus amigos.” Conan deja caer las pulseras y se aparta un poco. El resto de los klippots también se acercan. Aquiel se despoja de su talismán celta y lo lanza. “Toma”, dice, “para el Lado Oscuro”. Los demás Brujos buscan también algo personal para la ofrenda. Margarita se desprende de sus aretes, Brizo riega un sobre de pastillas, María Martín tira su pañuelo, Azrael espolvorea un poco de yerba y así. También se acercan los otros muchachos que no son klippots. En la fosa van cayendo argollas, collares, fotografías, una revista de rock, un cassette, cuerdas de guitarra, pulseras, imperdibles, cigarros, preservativos, luego quedan como adormecidos, observando la tierra cayendo sobre la caja. Adivinan que también encontrarán algún día una fecha con destino incierto y no pasará nada, o por lo menos nada especial - y eso es lo peor -, sólo el sonido sofocado de las paletadas y el puñado de tierra chocando contra madera, nada más.

Lilith de pronto siente una sensación de vacío y se estremece. “Abrázame.” Aquiel le pasa el brazo por encima de los hombros. “Dale, vamos”, y sus pasos comienzan a desandar el camino de gravilla. Ella recuerda noches casi suicidas - han tenido que ser noches sin alas - y ahora comprende que daría cuatro vueltas alrededor del círculo de fuego si ello sirviera para revivirle, para que pudiera renacer el acorde interminable que siempre nos acompaña a todas las desgracias o las pequeñas alegrías. Lo otro es Nada, polvo cósmico.

“Atiendan”, dice Aquiel a los demás cuando ya se acercan a la salida, “los tipos que mataron a Leonardo todavía están en la calle; traten de ir siempre en grupo y no regresen solos por la noche, principalmente las muchachas”. “¡Ojalá que se tiren!”, dice el Conan y se golpea la palma de una mano con el puño de la otra. “¿Cuándo nos reunimos otra vez?”, pregunta María Martín. “Ya veremos”, contesta Aquiel, “¿ya tú y el negro hablaron con las potencias?” “Todavía no.” “Bien, entonces sólo quedamos nosotros, Zepar y el Diony. ¿Alguien tiene idea de dónde puede estar el loco ese?” “¿El Zepar? A esta hora ya deben estar en Sierra del Ambar, o a lo mejor se metieron otra vez en la Cueva del Agua.” “Sí, puede ser. Bueno, nos vamos.”

Un regreso triste. Los ojos de Lilith se fijan por unos segundos en la guitarra *fender* que porta un atípico en una moto, pero es incapaz de sentir nada en esos momentos, ni siquiera envidia. “¿Qué quieres hacer?”, le pregunta él, “¿Quieres ir a tu casa?” Ella se

encoge de hombros. “Sí, no..., me da lo mismo. Está bien, pero por la noche quiero regresar contigo.” “De acuerdo. Voy a hablar con tus padres.”

Comienzan a caminar hacia la parada. Aquiel más solícito y cariñoso que nunca, la trata como si fuera su hija más que su pareja, le habla de tonterías, cualquier cosa con tal de que no piense en Leonardo. A mitad de trayecto ven por la ventanilla de la guagua cómo unas potencias bajan a un tipo esposado de un carro policial, pero no es Jorge, ni parece ser ninguno de los otros. “¿Les digo a tus padres que a partir de hoy vas a vivir conmigo?”

“¿Cómo?” La pregunta la sorprende, pero luego piensa que ya nada será como antes, la infancia quedó atrás, para siempre, vendida por veinte monedas para comprar una guitarra hecha trizas, una noche agujereada, basta de lágrimas; las mujeres no lloran, aúllan a la luna como lobas rabiosas, el cerebro afrontando el vacío de la no existencia de Dios y de la Grand Ma, aversión al **No Future** resignado. No, ya no se repetirán más aquellos perfiles de adolescente idiota, movida por los hilos rectos parentales, desprotegida en la bañera, lista para el cuchillo de cualquier psicótico Hitchcock. “No hace falta. Se los voy a decir yo misma.” Odiaría también estar en aquel cuarto a solas, sin Leo empatando alambres para su *performance*, batido de sensaciones. Palos porque bogas y te proteges de los ataques. Por fin llegan a su casa. *Because we are dazed and confused.*

Un recibimiento posmoderno, donde los osos le predicen todo tipo de nacimientos y muertes sin que les importe la presencia de Aquiel. El cerebro resiste el agobio y luego responde. Ella les informa - recalca en que *les informa*, no les pide autorización - de que se mudará para casa de *su novio*, ese muchacho que ha venido acompañándola. Los deja con la palabra en la boca y se marcha a su cuarto para recoger sus pertenencias. “Aquiel, ven, ayúdame”, le dice al joven en un tono que no admite peros. Él obedece y ella cierra la puerta.

“¡El huevo!”, casi grita Lilith cuando nota el vacío en la pared. “Si serán hijos de puta, ¡No lo puedo creer!” “¿Qué huevo?”, pregunta Aquiel sin entender a qué se refiere. “¡El útero!”, responde ella y sale hecha una furia. “¿Se puede saber qué ustedes hicieron con lo que tenía colgado en la pared?!” El Oso mayor se acerca y la encara: “¿Esa porquería

de alambres y nylon? La boté. Hicimos una limpieza general y vimos el trasto ese que no servía para nada.”

“¡Pero cojones!”, Lilith de pronto siente ganas de matarlo, ¡Eso era mío, coño, un recuerdo de Leonardo, lo hicimos juntos!”

“Yo no lo sabía, ¡y mira a ver como tú hablas!, ¡déjate de faltas de respeto que ya te he soportado bastante!” “¡Ahora sí que me voy pa’l carajo de aquí!”

Lilith entra como un ciclón en el santuario, volcándolo todo y metiendo su ropa de cualquier modo en la mochila. La madre aparece en el umbral de la puerta. “No te puedes ir, la policía va a venir a tomarte declaración, me dijeron que los llamara cuando...” “¡Que vayan allá a buscarme!, ¡no quiero vivir más aquí!” “Pero Daybel...” “¡Daybel ni pinga!, ¡ya yo no me llamo así!, ¡me cambié el nombre!” “Pero mi’ja.” “¡Me voy mamá!, ¿no lo entiendes?” Termina de cerrar la mochila y se sienta en la cama llorando. “Aquí nunca me han respetado nada.” “Bueno, bueno”, la madre se sienta a su lado y la abraza. “Yo sé que ahora estás bastante afectada por la muerte de tu amigo. Está bien, creo que será bueno que te vayas por unos días a casa de...¿cómo dijiste que se llamaba? Ah, sí, Aquiel. Discúlpalos por haber tocado tus cosas, pero no sabíamos lo que significaba para ti. Fue un error, lo reconozco, pero tú también trata de entendernos. Cuando vino la policía nos preocupamos muchísimo y lo peor es que los asesinos de Leonardo todavía están sueltos. ¿Tú no crees que estarías más segura aquí, con tus padres?”

Lilith ya se ha calmado un poco. “Creo que no”, contesta y se limpia la nariz, “fueron los mismos de la otra vez. Si no son imbéciles seguro que ya saben donde vivo. Es mejor que me vaya con Aquiel.” La madre por fin se rinde. “Bueno, si tú lo dices.”

“Aquí está mi dirección y mi teléfono”, interviene Aquiel entregándole a la madre un papel con sus datos garrapateados de prisa, “no se preocupe por Lilith, yo respondo por ella. Llamaremos cada vez que podamos.” “Está bien.”

El padre también ha entrado en el cuarto, pero no dice nada. Por lo visto ha comprendido al fin que aquella niñita del parque, la alumna aplicada del Pre de Viejo Vedado ahora es una hija de la calle y no se va a retractar. Lilith le encasqueta una de las mochilas y su guitarra a Aquiel y ella se cuelga al hombro el otro bolso. “Adiós”, le da un beso en la mejilla a la madre y luego le hace un gesto al joven para que acaben de irse. Piensa que tampoco es para demorarse mucho con las despedidas, ya todo está dicho, son

casi las siete y dentro de poco empieza a oscurecer y por lo mismo aumenta el peligro, claro que en el fondo eso no tiene nada que ver; las cosas suceden o no suceden, no importa la hora. Mira a Leonardo.

Ya en camino a la casa de Aquiel, el fantasma del niño pintor se dibuja y se vela, ciego se alza, esboza un cuerpo en el lienzo, da de morder al vientre, se fuma una colilla de yerba, pone la grabadora a todo volumen, luego está ahí, en el santuario, frente a la cama, tratando de construir un huevo, intenta dormir, con Jimmy Plant Bonham sube la escalera del vacío, levanta un muro con cientos de alambres y piedras, masturba a la bestia alucinógena que se corre sobre sí misma imaginando un bosque de piernas levantadas y sin nombre propio, nosotros locos creyéndonos inmortales, creciendo lejos de toda idea de fin irracional, pero no es correcto, la Muerte es una estadística lejana en los diarios hasta que te toca. El agua fluye en el liquen, la vida también fluye, todo fluye, se transforma de súbito en cometas veloces volando sobre los techos de la ciudad, guardando el equilibrio con hilos frágiles a merced de cables eléctricos o rayos o cuchillas, existir sería un absurdo si no nos salvara la visión fugaz de una peca o un tatuaje en el muslo, una fotografía donde alguien que ya dejó de respirar nos mira con ojos de alegría feroz.

Suena el maldito timbre de la puerta y Aquiel va a abrir. Por lo visto en todo este día horrible no tendrán descanso, ni siquiera una tregua de minutos. Ella escucha como él intercambia algunas frases con los visitantes y luego los invita a pasar. Regresa al cuarto con una expresión rara en el rostro y la besa en la mejilla. “Son las potencias. Vamos para la sala.” Ella asiente en silencio y vuelve a vestirse.

Hay algunos desaparecidos que pueden crear la ambigüedad de las fronteras. ¿Quién lo diría? Aquiel y ella sentados frente por frente a los antiguos enemigos; las potencias comienzan a disparar sus preguntas como piedras afiladas, revolviendo todo el océano de recuerdos insoportables y a los pocos minutos Lilith desea escapar a la luna.

Son dos. Uno parece un campesino bruto, o un jefe histórico de los de antes, cuando todavía firmaban con letra mala las actas de fusilamiento. El otro semeja un escritor venido a menos, esclavo de las órdenes de mando. Para rematar en la casa de al lado está conectado un equipo con música salsa. “Todo perfecto”, piensa Lilith, “el ambiente idóneo para cortarse las venas”. Por suerte Aquiel se encarga de contestar la mayoría de

las preguntas. El interrogatorio es rápido, “pura rutina”, como se encargó de aclarar el que parece ser el jefe. Después de inquirir sobre la noche de los Molinos y acerca de las relaciones entre Leonardo, Jorge y Lilith, la pesquisa se deriva hacia el posible paradero del Zepar, Alina y Diony. Aquiel plantea la total ignorancia de ambos con respecto a ese tema y, por supuesto, las potencias esbozan su mejor sonrisa de desconfianza. Insisten un poco - cerco de dudas improductivas - y luego, resignados, deciden marcharse por fin.

Se escucha un suspiro de alivio cuando los visitantes desaparecen de nuevo tras la puerta. “Vamos a dormir”, le sugiere Aquiel y ella lo sigue al santuario.



KOP

A Lilith ya todo le da igual. La vida se le desmorona y cree que el planeta completo también participa de su caída. Observa el crecimiento inusitado de la oscuridad en el santuario y enciende la luz de la lámpara. De inmediato la proyección nítida de su sombra sobre la pared la tranquiliza. “¿Vendrá alguien hoy?” y se sorprende sola y aburrida, deseando la inclusión de cualquier amigo. “Que desgracia, parece como si todos se hubieran evaporado”, en ese telón que baja a partir de las paredes y no permite la agresión de la calle. Por suerte la puerta tiene un ojo de cristal y así, si no le interesa la visita, puede guardar silencio y esperar la retirada del intruso. Mira el almanaque y descubre que han pasado tres semanas desde la muerte de Leonardo. Ella regresa con los senos manchados de sueño, la espalda llora sobre las sábanas, una pierna desciende a la alfombra y reconoce las ruinas. Paisaje después de la batalla. En el cuarto hay cierto olor adolescente que brota de los resquicios por caminos de niebla gris (anhidridica, nicotizante), perdida sin remedio esa lógica noción del sobreviviente. Lilith camina todavía ebria pisando libros (Castaneda y otros) y apartándolos con los dedos de los pies. Ríe burlándose de todos los títulos (universos de tinta) y se pregunta de cuál imprenta estúpida habrá salido ese cuarto y la isla y el planeta, igual o más embrollado que la Carrollcity con sus gatos, reinas y moscas de mantequilla. Son las 10:45 de la mañana, han pasado ya tres semanas de la muerte de Leonardo y ella aturdida, sin saber como recomenzar.

La noche anterior ella le pidió a Aquiel - casi suplicó - que le diera *windows*. Él, entonces, le habló recio, le gritó que la ventana era un camino al conocimiento, no un goce masoquista ni una vía de autodestrucción; que se estaba comportando como una niña histérica y ni siquiera le permitía ayudarla. El regaño fue todavía más lejos y le dio a elegir: o se ponía fuerte y reaccionaba de una puñetera vez, o la relación se acababa ahí mismo. Ella comenzó a llorar, se metió en el baño y estuvo encerrada horas, hasta que él vino a disculparse. Entonces la muchacha regresó de nuevo a la cama. “Quisiera morirme”, susurró, “tú no me quieres”, y él solo atinó a encender un cigarro y mirarla a los ojos. “No digas eso”, contestó.

La verdad es que Aquiel está haciendo lo imposible por sacarla del pantano, curso intensivo para desobstruir cerebros, para borrar la idea fija del cuerpo destrozado de Leo, pero no sabe que presionando de esa manera es peor. ¿Será que no entiende que lo tiene clavado en su interior como una cruz, como una fotografía? Claro, para él es fácil: pone a andar su psicoanálisis, su filosofía hiperrealista y ya está. No siente nada, inmovible, estoico, el guerrero Aquiles con su espada en alto, clamando al fuego del Olimpo, ofreciéndole vino a los dioses sin importarles un sacrificio más o menos. Por lo visto su reacción ante la muerte de Leonardo ha sido afianzar la realidad. Ya no habla de Lados Oscuros ni comparte la fuga psicoquímica, ni el sexo - parece mentira, precisamente él - y ayer hasta cometió el sacrilegio de pelarse al estilo androide, ¡Qué horror!, ya no es el mismo, ella siente como se va alejando cada día que pasa.

Claro, hasta puede entenderlo un poco. Ella está mal realmente, no logra reponerse de aquello, se ha pasado estos días drogada a base de pastillas y alcohol, casi sin hablar y ni siquiera el escape del sexo. “Eres un mierda, un egoísta, siempre tengo que humillarte para que reacciones, parece que quieres meterte a monje, ¿o es que ya no te gusta? Maricón, eres un maricón”, y como respuesta la explosión deseada, el “¡Basta Lilith!” seguido por la fuga cobarde, empeorando las cosas.

Suena el teléfono, ella descuelga y es su madre. “¿Cómo estás?” Lilith cree percibir en su voz una nueva estrategia de acercamiento, por lo menos esta vez no la trata como a una hija puta con sus piernas manchadas de tinieblas. “Más o menos”, responde, “Aquiel salió. Me dijo que iba a buscar un poco de dinero, creo que le iban a pagar un artículo en una revista o algo así”. “Mira que bien, parece que por fin va a sentar cabeza.” “Mamá, no empieces.” Lilith todavía siente un poco de mareo y la boca pastosa. Descubre que ya están en agosto del 29 y su madre sigue siendo la luz que se desvanece después de injuriarla como desayuno. “Es que me avergüenza que tú...” “No tengas pena por mí.” Ella quiere decirle que se resigne de una vez por no ser el diamante esperado, que en este momento está sucia, con resaca y que conoce a un hombre que se ha desinflado apenas se detuvo un momento a contemplar su aureola negra dibujada a lápiz. “¿Qué te pasa? Te noto la voz rara.” “Es que me despertaste y todavía estoy dormida.” “Ah, bueno...Te llamaba para dos cosas”, explica la Osa Mayor, “la primera es que ayer vinieron los policías de nuevo y nos dijeron que ya habían cogido a dos de los que mataron a tu

amigo.” “¿Ah, sí?” “Los cogieron cuando intentaban salir de la provincia. Todavía faltan los otros, entre ellos el Jorge ese que tú dices, pero los investigadores suponen que también querrán perderse de la capital. Ya circularon sus fotos por todos lados.” “Vaya, menos mal”, Lilith sonríe irónica, “por fin hicieron algo.” “Me dijo el teniente que los presos lo confesaron todo. Que engañaron a Leonardo con lo de vender unos cuadros, pero él se dio cuenta antes de tiempo de que era una trampa y tuvieron que golpearlo. Que Jorge quería unas direcciones, pero se les fue la mano y...” “Por favor, no me hables más.” “Bueno, disculpa.” Un breve silencio del otro lado de la línea. “Daybel, no sé, te noto rara, como si estuvieras enferma. ¿Por qué no regresas?” En la voz ella cree percibir una súplica casi llanto. Lilith recuerda otros tiempos donde siempre corría a decirle “Te quiero” para diluir la mirada de sus ojos cebolla, pero se agotó ¿Es que no entiende? No desea mentir más. “Mamá, yo no voy a regresar, convéncete de una vez.” Vuelve el silencio, esta vez más extenso, pero ella no quiere admitirse culpable. “¿Todavía estás brava por lo que hizo tu padre?” “No, no es eso. Lo que pasó, pasó. Soy yo. No me siento bien.” “Oye, estuve hablando con tu padre y decidimos invitarlos a comer mañana, a ti y a Aquiel...”

“Vaya”, piensa Lilith, “ya que no funcionó por el lado de los sentimientos ahora viene por lo material”. “No sé, Mamá, tendría que preguntarle a Aquiel.” “Dale, ¿qué te cuesta? Si se hace muy tarde pueden hasta quedarse a dormir aquí.” Ella sonríe, sabe que la última propuesta significa una concesión límite. “Bueno, ya veremos.” La madre suspira con alivio. “Si se deciden me llamas antes.” “Claro mamá.” “Está bien. Cuídate.” “Hasta luego” Lilith cuelga el teléfono.

Ahora siente hambre. No es la hora, es el cuerpo; desde ayer por el mediodía no ha probado bocado. Se dirige a la cocina y descubre que Aquiel le preparó el almuerzo. Pan con jamonada y té. Se lleva la bandeja a la cama y pone música. Ega Pimmij, como la noche del deslumbramiento. Termina de comerse el pan y enciende un cigarro. Mira los anaqueles de libros. Hay uno que parece una agenda, tal vez un diario. De pronto le entra curiosidad. Se levanta y lo alcanza, luego se acomoda con el cuaderno en las manos y lo abre al azar. Lee:

“Hoy estuve estudiando algo sobre el Budismo zen en la literatura occidental. Descubrí que Jerome David aplicaba dos de sus preceptos básicos para escribir sus historias. El

primero, la diferencia entre la meditación, que nos daría el conocimiento, y el contraste aplicado a la acción. El segundo: anticipar el desenlace a través de toda una estructura de signos que permitiría varias lecturas al mismo tiempo que alcanzar una especie de paralogía donde ya no existen o se diluyen la dicotomía de causa y efecto.”

Aburrido. Lilith salta a otra página:

“Estoy asustado: a medida que voy aprendiendo nuevas cosas, las fronteras tan claras que tenía con respecto a la *Realidad* se van borrando. Es como si el *Mundo real* fuera tan solo un conjunto de significantes semiológicos, instrumentos para describir el universo - no sé nada de semiótica, estoy tratando de expresar en conceptos cómo me siento, pero es imposible -. Resultado: mi vida se transforma en mi novela y viceversa. Performatividad. Sé casi exactamente lo que van a decir y hacer todos los que me rodean y entonces me parecen sólo personajes ¿actantes?, ya no hay sorpresa o decepción o milagro y me vacío. Un día voy a salir a la calle y seré invisible, sólo palabras, significantes caminando por la avenida con las botas puestas.”

Lilith de pronto no desea seguir leyendo. Demasiados recuerdos. La silueta de Aquiel recostada sobre el umbral de la puerta, los gestos bruscos pero invisibles y el rostro a oscuras, un rostro fantasma, sin expresión, solo una sombra a la que ponerle una sonrisa amorosa o bigotes a lo Dalí, a lo Hitler o Stalin o mejor aún, una barbita en onda Freud, fuera de las palabras que emite como un programa televisivo sin volumen, pero a la inversa, y él que dice algo así como “Claro que te quiero Lilith, pero entiende que yo también estoy jodido, y no soporto ver como sigues torturándote, pensando que tienes la culpa. Ya me estoy cansando, entiende que Leo se murió y que no vas a revivirlo drogándote, tienes que acabar de reaccionar, cojones, tienes que seguir.”

Y otros significantes - módulos semiológicos que intentan ¿comunicar? un estado de ánimo referido a cierto suceso - que a ella no logran interesarle lo más mínimo, realmente una lástima, y luego el golpe en la puerta y los pasos que se alejan en dirección a la puerta de salida. Sólo un recuerdo como tantos otros, tumulto de imágenes inconexas que regresan al archivo mental clasificado en horas o días y es como si ella hubiera perdido la clave para desentrañar el orden cronológico de cada una de ellas. Ahora le alcanza la imagen de cierta sustancia encerrada bajo llave en una de las alacenas de la sala y con ella el rayo de enojo ante la estupidez de Aquiel, “tan egoísta que se ha vuelto”.

Analiza la posibilidad de forzar la vitrina y robar el frasco con windows. “Al fin y al cabo sólo voy a probar un poco, no se puede poner tan pesado; le puedo decir que me lo había prometido, o sino pedirle dinero a mamá y comprar una botella, sí, pero entonces tendría que salir - que asco - o a lo mejor llamar a Maggy y decirle que me traiga yerba, pastillas, lo que sea.”

De pronto puede verse desde afuera y se ríe por lo ridículo del hecho, una mujer - ella misma - zurciendo planes y excusas por algo que debería expropiar por derecho propio. Una idea absurda comienza a crecer dentro de su mente. “Podría comerme toda la pasta y después suicidarme y ya está, él no podría decirme nada. Es curioso, ¿cómo reaccionaría si me viera muerta? Sería interesante saberlo”, pero ella de inmediato rechaza ese pensamiento y no vuelve sobre el asunto. “Yo soy superior a todo eso”, recuerda. De golpe siente miedo de sí misma. “¿Me estaré volviendo loca? ¡Por la Grand Ma, que alguien toque ahora mismo esa puerta!”

Súbitamente oye a Zeus y no cree en los dioses. “No puede ser”, pero sí, los golpes en la madera se repiten. Lilith se levanta con esfuerzo y arrima su rostro al ojo de cristal. Descubre que es el Zepar, con su mejor cara de Cristo trasnochado. Abre de inmediato con una alegría feroz. “¿Zepar!” Un abrazo largo, fuerte, desesperado y luego lo lleva hasta el sofá de la sala. “¿Coñó, qué falta me hacías!, ¿cuándo llegaste?” Él sonríe triste. “Vengo de casa de Margarita. Ya me contó lo de Leonardo.” “Sí”, ella siente como su júbilo desaparece. “¿Fuiste al cementerio?” “Sí, con Maggy. También me contó sobre la carta de Raphael. Carajo, han pasado sólo tres semanas desde que me largué y cuando regreso lo encuentro todo jodido. Tú misma, tanto lío con Aquiel y ahora que por fin están juntos no tienes cara de ser muy feliz.”

“Sí, bueno...”, ella quiere cambiar de conversación, “cuéntame de ustedes, anda, Romeo y Julieta en la sierra del Ámbar. ¿Fueron a la Sierra por fin?” “Sí, claro. Hasta podría escribir una novela. Fue exactamente como dices: Romeo y Julieta, con final triste y moraleja y todo lo demás.” “Dale, cuéntame.”

Él respira hondo y la mira. Comienza su relato a partir de donde Lilith dejó de verle: la despedida en los Molinos. Relata algunos hechos que ella conoce por Margarita como la Iluminación súbita, la discusión con los brujos y el apoyo incondicional del Diony. Más tarde una visita nocturna a Leonardo “que por supuesto no estaba” y el rescate de la

doncella en el Sanatorio. “Ella al principio tenía miedo, pero insistí varias veces hasta convencerla. Entonces nos largamos para la Terminal y cogimos la guagua de las cinco para Milaguas.”

La Odisea comienza. De Milaguas para Trinitarias y de ahí un camión para la Sierra. El dinero volando, los greens cambiados en verdes, cambiados en comida y pasajes. Al final, lo justo para un posible regreso y nada más.

Ya en plena Sierra, cerca de una zona turística de salud, “Límites descollantes”, encuentran en medio del bosque una casita de madera abandonada y descubren el paraíso. Vegetación ancestral, saltos de agua, un río tan limpio que dan deseos de bañarse todo el día y campesinos amistosos. ¿Qué más se podría pedir? Todo perfecto.

Las primeras dos semanas son maravillosas: vida lúdica, sexo tibio, caricias y conversaciones semi-intelectuales hasta la madrugada. Todo lo sensitivo y astral a flor de brazos. El río lava las preocupaciones y Alina está más alegre y bella que nunca, principalmente cuando se desprende de la túnica y se sumerge desnuda en el agua. Qué suerte esta de apartarse de la historia y sus absurdas disciplinas y volver atrás, al tiempo de los galos o todavía más, la época de los indios cuando todavía no conocían la crucifixión ni el látigo, comunismo libertario. Luego la Realidad se impone, no saben para qué, pero asimismo regresa, siempre sádica, atravesándolos con alfileres contra la amnesia para recordarles que toda felicidad es efímera. Poco a poco se acaban los víveres y de pronto se encuentran entre los presupuestos de la Economía Planificada. No lo dudan: la materia comienza a romper sus versos recién nacidos y un buen día se descubren incapaces para sobrevivir en base a las pocas hierbas, flores y frutas recolectadas o las invitaciones cada vez más esporádicas de los habitantes del lugar que, repentinamente, parecen no tenerles confianza. Al llegar a este punto del relato, el Zepar aventura que alguno de los guajiros los habría visto nadando desnudos en la cascada, o al Diony, desesperado por el hambre, robándose una gallina, y aquello ha bastado para alejarles su hospitalidad.

A mitad de la tercera semana el Diony comienza a flaquear y lanzar indirectas hasta que una noche discuten agriamente y este decide largarse. Es el principio del fin. Un día después de la deserción del amigo, Alina se atreve a criticar al Zepar. Le achaca egoísmo y harta vanidad al no contar con nadie para tomar sus decisiones, sin tener conciencia de

los sentimientos ni debilidades ajenas y ella le confiesa que ya no encuentra energías para moverse al compás de la aventura y le pide regresar. ¿A quién no llama el mar? Como si su ausencia en la ciudad fuera tan importante. El no entiende. La Carrollcity le dispara al cerebro todas sus tristezas duras, todo su poder esquizofrénico y no desea volver. Allá afuera todo sigue igual, rostros idénticos lidiando sus tiempos y manos, hombres intolerantes, con máscaras Bergman, gente con su valor de uso a cuestas, ofertando cerebros o nalgas para las máquinas deseantes, sus cabezas llenas de cuentos televisivos, y años después no comprenden el por qué terminan marchitos y ni siquiera recuerdan - ¿deberían? - sus placeres efímeros del lado real. Le explica que para los androides el mundo es solo un mástil de carne - no importa el sexo - que escribe todo pensamiento en cantos cursis o fascistas, invitando al futuro incierto que, por supuesto, es disfrazado estratégicamente con el eco de sus húmedas y ofendidas sábanas tiradas por el suelo, etc., etc. En fin, recalca, ¿Somos o no somos?, pero Alina no está para palíndromos y se rebela, ¿revela?. Saca del bolso el poco dinero de que aún disponen y ejecuta los cómputos, le demuestra en cifras exactas la imposibilidad de continuar allí, pero él se ciega. Ya no cree en nada ni en nadie. La ofende, le echa en cara su falta de amor y la envía bien lejos junto a todos los cobardes. *¡Fuck you every body!* Ella desentierra los párpados de su labio de hierba y no dice nada. Esa noche se acuestan separados, dándose la espalda. Insomnio. Con el transcurrir de las horas la sobriedad regresa. Lejos de su mujer, muertas las manos opuestas al mismo pecho y recorriendo con los ojos las piernas y dedos crispados de la muchacha, Zepar se arrepiente de haberse convertido en roca inmóvil, de haberla tratado como a una frazada. De pronto escucha un gemido. El se acerca y la descubre temblando, los ojos cerrados, posa la mano sobre su rostro y la descubre ardiendo de fiebre.

“¿Y después?”, le pregunta Lilith que ha prendido un cigarro y fuma desaforada. “No, después...imagínate”, él suspira, “me volví como loco. Pensé que se moría y que yo era el culpable. Ella estaba inconsciente, delirando. Debía tener como 39 o 40 grados de fiebre. Por supuesto, ahí mismo la cargué y salí corriendo con ella montaña arriba para el hospital”. “¿Qué hospital?” “¿No recuerdas? Ahí en Límites hay como una especie de hotel para enfermos.” “Ah, sí, ¿y después?” “No, por suerte le inyectaron no sé qué cosa y reaccionó. Estuve como tres días con ella hasta que se pudo levantar. Le pedí perdón de

todas las formas posibles, medio en broma y en serio, hasta me arrodillé a suplicarle - si me hubieras visto -, le prometí que iba a cambiar, le dije que yo era un tarúpido, un comemierda autosuficiente, que no la merecía. Luego la vinieron a buscar para llevársela al Sidatorio de Milaguas. La iban a tener un tiempo en observación y después la traerían para acá. Entonces nos despedimos. Alina reconoció que todavía me quería, pero que yo iba a tener que luchar por ella, demostrarle mi cambio de alguna manera. Que no me aseguraba nada, pero que pensara bien en todo lo sucedido. Y entonces nos besamos por última vez. Yo aliviado, claro. Por lo menos me dio una esperanza, ¿no?”

“Bueno Zepar, ahora depende de ti.” Lilith oprime la colilla contra el cenicero. “¿Qué vas a hacer?” Él se demora en contestar. “Ahora voy a disculparme con el Diony, eso antes que todo.” “Sí, es una buena idea.” “Luego voy a ir al Patio de la Virgen.” “¿Para qué?” “Me dijeron que allí hay un grupo de rockheros que trabajan en toda la cuestión de la prevención SIDA y hacen actividades, dan conferencias, talleres, ponen videos... Creo que hasta de vez en cuando van a Los Cocos para participar en el taller literario.” “O sea, que te vas a meter ahí para poder ir a verla.” “No, no. Trata de entenderme. Realmente quiero trabajar en eso, saber todo lo que tiene que ver con la enfermedad, ayudar a que otra gente no se infecte; de verdad Lilith, no es solo por Alina, también es por mí. Al fin y al cabo es una buena causa, ¿no?, como otra cualquiera, ya me cansé de mirarme el ombligo.”

Ella de pronto lo envidia. Comprende que ahora el Zepar tiene un objetivo y no la muerte viniendo más acá de los ojos, como antes, que han bastado dos horas de conversación para desear el tiempo de vuelta, él espera una mujer mágica, bañada de hojas y lodo, renacida con el orgullo de cualquier serpiente interior de los templos celtas, al olvido de las sombras suicidas danzando en medio del frío. Ejemplifica.

“¿Y tú? ¿Cómo te va con Aquiel?”, le pregunta su amigo. Ella le cuenta despacio y él le escucha sin interrumpir, hasta el final. “Estas jodida”, le dice y se prepara para marcharse. La mira a los ojos. “Por lo que veo, sucedió como en el billar: un tacazo y todos salieron disparados en distintas direcciones. ¿Qué vas a hacer?” “¿Ahora? Bañarme y leer un poco.” “No, no cambies la conversación. ¿Qué vas a hacer?” Él ha subrayado la última pregunta y espera.

“Zepar, no sé. Por lo visto yo soy otra de las que se entretiene mirándose el ombligo. Tengo miedo de que ya no se pueda arreglar nada.”

“Ahora recuerdo un consejo que me diste en la rockoteca. *¿Lo quieres? Entonces lucha, coño*, o algo así. Un buen consejo. Aplícatelo, trata de salir del punto muerto, chica, si no lo vas a perder.” “El problema es que creo que él no está enamorado de mí.” “Entonces déjalo. No pierdas el tiempo. Pero asegúrate antes.” “Sí, puede que tengas razón.” “Bueno, me largo. Cuando vayas a tu casa dame una vuelta para saber como sigues.” “Está bien.” “Chao preciosa.” Zepar se marcha y ella se queda de nuevo sola.

Because the world is round it turns me on. “Tú eliges, Lilith: o te levantas y vuelves a ser la mujer que admiro, o nos separamos.” Etc., etc. Un programa de suspense, película del sábado. “Vete niño, con todo tu psicoanálisis de mierda, ¿crees que me haces falta?”, pero recuerda terribles tiempos donde aspiraba sobre los ríos de psicoazules y podía verlos a todos buscando la araña negra entre sus muslos, ella inmóvil sobre las sábanas y aquellos barcos estrellándose al final del puerto, y era fácil, con la sangre loca todos los buques te dan felicidad, todas las humillaciones y torturas también - “Sí, sí, yo soy tu puta, sí, soy tu esclava, sí, necesito tu cosa grande y peluda, sí, es la más grande del mundo, ven, soy tuya, atraviésame, quiero que me llegues hasta lo último, así, así, qué rico” -, y después huir sintiéndose mierda con los sobrecitos dentro de la vulva mirando a los lados por si las potencias... ¿El futuro? No. A eso no podía llegar. Un camino falso, errado, un camino que desaparece a medida que lo recorres en dirección a la Nada. Lilith frente al espejo, otra vez, destruida, aparentando un siglo de más, mintiéndose, pensando que todavía es capaz de suscitar el deseo, que ya no es otro llavero del olvido y la indiferencia para machos oblicuos, que Aquiel la olvidó cuando deseaba su ausencia y que la visita cuando ella quiere, pero nunca le apetece y por eso no está pero no importa porque el amor no existe, y si emerge puede ser borrado con pastillas, con alcohol, con yerba, sería poderosa y nada tendría. ¿Olvidarlo? ¿Y si tenían razón, en fin de cuentas? ¿Y si estaba resultando una cobarde, una egoísta? ¿Por qué estaba destruyéndolo todo? ¿Qué arreglaba con tirarse a morir sino joderse más, perder a Aquiel para siempre, volver a la mierda? Lilith de pronto se ve con los ojos del Zepar y se avergüenza. “Todo lo que habías logrado se desmorona. Te estabas convirtiendo por fin en la mujer que siempre

quisiste ser, como Elisa, y ahora vuelves atrás, a la niñita tonta, a la puta drogadicta, ¿por qué?, ¿para qué?”

Neuronas súbitamente iluminadas. Debe rescatarlo, rescatarse. Se levanta y siente el mareo agolpándose en las sienas. Va tambaleándose hasta el baño, se arrodilla frente al inodoro y se hunde el dedo en la garganta. Rito de purificación. Vomita. “Que se vaya todo lo jodido, todo el veneno.” Vuelve a repetir la operación, esta vez la arqueada es dolorosa. Luego se desnuda con movimientos torpes y se mete bajo la ducha. “Rescatarme, rescatarme”, susurra. Se queda debajo del agua hasta que siente frío y las losetas de la pared dejan de girar frente a sus ojos. “Bien, esta creo que soy yo, de nuevo.” Toma la toalla y empieza a secarse.

En la media hora siguiente limpia y ordena el apartamento, revisa su monedero y coge los tres últimos greens que le quedan. Sale a buscar comida en el mismo tenderete de siempre y regresa con tres cajas de cartón que contienen un almuerzo criollo completo: carne, arroz congrí, ensalada de tomate y yuca. Prepara la mesa al estilo de un restaurante lujoso, con cada elemento separado en una fuente distinta, cubiertos y candelabro.

Cuando está rompiendo hielo para hacer un refresco suena la llave en la cerradura y comprende que es Aquiel de vuelta. Se asoma un momento para ver la expresión de asombro en el rostro del recién llegado. “¿Te gusta?” El sonrío y asiente con la cabeza. “¿Cómo te fue?”, ¿conseguiste algo?” Aquiel no puede ocultar su alegría. “Felicítame. Me pagaron los dos artículos que hice sobre ‘Realidad Virtual y cultura ciberpunk’.” “¡Qué bien! ¡Felicidades!” Lilith lo besa y nota que él responde un poco frío. “Es lógico”, piensa, “todavía es muy pronto”. Aquiel mira la mesa. “Hum, que buen aspecto tiene. ¿Cuándo empezamos?” “Ahora mismo. Dale, siéntate.”

Ella aprovecha el almuerzo para hablarle sobre las aventuras del Zepar y las informaciones maternas sobre los asesinos de Leonardo. También acerca de la invitación a comer propuesta por los osos. El pone una cara contrariada. “Mañana no puedo. Me invitaron a una reunión con unos amigos que hace tiempo no veía.” A ella no le gusta mucho la exclusión del plural. “¿Puedo ir?” Aquiel la mira serio. “No sé. Es una especie de fiesta de jazz y no conoces a nadie. Aparte de que todavía no te sientes bien por lo de...” “Bueno, a mí me gusta el jazz, y en cuanto a lo otro quiero despejar, a ver si como dices, acabo de salir del pantano.”

Aquiel sigue comiendo, sin contestar, pensando, ¿preparando alguna mentira? “Coño”, piensa Lilith, “que no invente ahora ninguna historia rara.” ¿Se habrá convertido ya para él en una de tantas relaciones efímeras, muertas con antelación? Ya. Fuiste poseída, ahora te rechaza, no importa la causa, ni siquiera la excusa.

Él por fin la vuelve a mirar: “¿Qué hacemos con la invitación de tu madre?” Ella se encoge de hombros, “la podemos llamar y dejarlo para pasado mañana”. “Sí, claro”, Aquiel termina su plato y se sirve más refresco.

“¿Entonces?”, pregunta Lilith y él sonríe. “Vamos si me prometes que a la media hora no vas a arrepentirte de estar allí”; “¡Claro que no!”

Ella se levanta y comienza a recoger la mesa. Cuando pasa por su lado él la detiene por el brazo. “Dale, espérame en el cuarto, yo friego.” Lilith no renuncia a la ocasión para besarlo. Esta vez él le corresponde con calor y ella descubre entonces que todo esto del amor es un proceso siempre recomenzado y que puede evaporarse en un instante por cualquier majadería, abuso de poder, la rutina o simplemente el veneno de las manos que dudan.



REH

Lilith recostada a la pared, soportando las pupilas históricas en estudio grosero a su vestimenta y/o anatomía y Aquiel que no regresa, apenas llegaron a la fiesta se dejó raptar por uno de sus amigos y ahora estarán conversando acerca del último descubrimiento metafísico o algo por el estilo. Ella se deja emparar de música jazz, desliza su mirada por la variopinta fauna aristopsique y pronto descubre el trasiego de todo tipo de sustancias misteriosas. Una muchacha extraña viene y le entrega un sobre con una nota en su interior que dice: “Usted es un sentido de acción y pasión en estado inercial. Todo transcurre sin cambios hasta que se bifurca su acontecer; entonces Ud. debe escoger y para ello dejará de ser el sistema que fue para ser otro. Reestructuración”. Anónimo. A casi todos los participantes les han dado un mensaje de seguro tan estrafalario como este: un espacio para meditar. Diez minutos después un *stranger* se le acerca con una invitación para esnifar a dúo. Cocaína, una vieja conocida: Alcaloide cristalizable de las hojas de la coca del Perú. Es la metilbenzoilegonina $C_{17}H_{21}NO_4$. Jeroglífico de las neuronas. “No, gracias”, declina ella y el hombre se va a respirar su polvo mágico en una de las habitaciones de la casa. El apartamento es maravilloso. Se encuentra en la misma azotea de un edificio gigantesco al borde del mar, al lado del Hotel Sierra. Hasta ella fluye el diálogo interlúdico del piano, un bajo eléctrico y la batería, improvisando variaciones armónicas. Jazz Latino. El pianista es excelente, deja brotar de las teclas una catarata de sonidos que urgen a bailar, pero todos prefieren mantenerse inmóviles, escuchando, y otros beben de sus vasos o conversan en una indiferencia total a la música. Lilith se descubre un poco aburrida de tantas sonrisas artificiales sobre preguntas retrasadas - indudables efectos del THC -, de tanta cultura derrochándose por los pasillos, y ella sin certeza de luz, sonriendo tímida y muda a los conceptos inasequibles. “¿Sabes cuál es tu problema?” - ahora presta atención a los dos jóvenes afeminados que discuten a su derecha - “el problema es que nunca has visto este universo como lo que en realidad es: un guijarro brillante”. “¿Y tú? ¿Lo has visto?” “A veces. Funciona, te lo aseguro.” “Y ese día te has quedado sin comer, ¿no?” “¿Y eso que tiene que ver?” “Nada, nada. El otro día me leí una saga escandinava o irlandesa, no recuerdo

bien, sobre un muchacho que era bellissimo e invulnerable a todo y entonces retó a los dioses y estos lo jodieron con una hojita de muérdago.” “¿Y eso que tiene que ver?” “Nada, nada.”

Un diálogo absurdo. Cultura gay. “La juventud no existe, lo que existen son los jóvenes”, recuerda. Lilith se despide mentalmente de sus interlocutores y siente los pensamientos recién liberados, escupe su decepción a los enemigos que encima de su grito de verano se fugan por fin a la realidad presente, sonora. Lo oculto de la presencia real.

PRIMERA ESCENA: “Ninguno para cero más cero”, sólo armonías, timbres que al fin y al cabo todos entendemos, sistema individual - y social a la vez - de ilimitación. Por suerte el jazz nunca te abandona a la muerte semiótica, siempre viene un poco como miel o hiel, pero jamás te convierte en disidente. Otra vez - ¿por qué negarlo? - ella se siente como un animal en madriguera ajena. Aquí todos son aristopsiques, *strangers* o putas intelectuales. De pronto suena el timbre, alguien abre la puerta y hace su entrada la Fénix.

“Lo último que faltaba”, piensa Lilith que se aleja rápido entre la gente para no verla, con algo del grito y las garras, la metralleta del odio, aunque adivina que en el fondo esta muchacha es tan sólo una de tantas hembras de la ciudad, puta plástica en medio de sus neones sedientos. El peligro no es tanto su atractivo físico, como que ella sabe, o debe saber también, de rupturas de límites, de asfixia, de respiración artificial y manoplas en la almohada, no es como la Amy sino que se trata de una Alien, de un ente de otra dimensión, molesta por lo desconocida, sin puntos débiles. Lilith piensa que ya es hora de sacar las uñas e ir a defender su territorio. Sale a la azotea y descubre a Aquiel conversando con un *spain*, recostados en el muro. “No chico, tú lo sabes, en un estado de derecho hay tres puntos fundamentales que hay que proteger incondicionalmente: El primero es la libertad de conciencia, el segundo la libertad de mítines y manifestaciones y, por último, el que creo fundamental, nuestro derecho a controlar las decisiones del estado.” “Pero por lo que he leído en los diarios de acá, estos tres puntos se cumplen, ¿o no?” “Es que las cosas son mucho más complejas, con un par de semanas aquí te darás cuenta de lo que es real o no de las noticias, y la única manera es que te pasees por las calles y hables con la gente; no creo que ganes mucho metiéndote en uno de esos rebaños turísticos, con programación de visitas y toda esa mierda.”

“Ahí viene la Fénix”, piensa Lilith, que de pronto se queda como ciega, paralítica, castigando el disfraz de la otra. “Estas tipas siempre se enteran cuando una relación no va bien y entonces aparecen de la nada, a rejoderlo todo.” Viéndola con su ropaje etéreo y la cara maquillada a lo Vogue le dan deseos de preguntarle por los niños africanos infectados de ébola, muriendo como moscas sobre sus pisos de tierra y entonces sería interesante ver como se destiñe su rostro perfecto de modelo francesa, la naricita arrugada por la imagen tan sucia que le viene a los ojos, descubriendo de golpe que el mundo tiene el color y el sabor de la mierda.

Yamila reparte besos y sonrisas a los presentes “¡Qué bueno que viniste Aquiel!, ¿esta es tu muchacha?”, la estrella desciende a saludarla magnánima desde su puesto en las nubes, pero Lilith le responde seca, tratando de convencerse de que él no ha venido por la Otra. “¿Y cómo se enteró de la fiesta?, ¿se habrán visto antes?, ¿ella lo invitó?, ¿por eso no quería que yo viniera?” La Fénix se va después de intercambiar algunas frases brillantes y seductoras, así de compleja; el *spain* le guiña el ojo a Aquiel y la persigue en dirección a la cocina. Como siempre, todos los rostros se vuelven a mirarla. El oscuro objeto del deseo. Maldita miseria. “Ahora es cuando debería irme y dejarlo con su Fénix de una puñetera vez, pero no me da la gana, eso sería ponérselo muy fácil.”

El grupo de jazz decide descansar unos minutos y rompe a sonar el equipo con música de vanguardia. Algunos se embullan a bailar con aquel sonido que parece árabe o esquimal. Lilith mira al niño pálido que ha quedado después de la incursión de la Fénix y lo invita a incorporarse a la danza. Al principio él rechaza la propuesta, pero luego, ante la insistencia exagerada de Lilith, acepta a regañadientes.

A mitad de la segunda pieza ella sorprende los ojos de Aquiel en la espalda de su rival y siente una oleada de celos a riñón desnudo. Claro que no lo demuestra, prefiere soportarlo estoica y ofrecer el resplandor del cuerpo, pero está consciente de que la mejor variante sería convencerlo para vagar por las calles y no quedarse aquí, a merced de aquella aplanadora de hombres danzando en el centro de la sala. Desde que llegó ya no existes, el sexo escucha un tigre que ha visibilizado la emersión de sus garras dentro fuera de ciertos eslabones que no forman cadenas visibles, ni anillos engarzados de Moebius, Aquiel se muestra cariñoso un segundo y evasivo al siguiente, sin saber que su conducta está creándole una decepción devastadora a Lilith, una sensación de impotencia

ante la fuga del Otro que por ahora se detiene en el grito interior, la pintura húmeda que quiere aparentar alegría, pero en el fondo desespera de ser una silueta más, con cada minuto que pasa.

“Esto ya se jodió”, piensa, “debería irme, pero me voy a quedar, a ver hasta dónde llega”. A la cuarta canción Aquiel se detiene y recuerda una conversación pendiente con alguien. “Hijo de puta, sabía que lo ibas a hacer.” Él dice que lo espere y se marcha y ella sabe que es mentira, sólo encuentra falsedad en todos los rostros de este lugar maldito, hasta en él, “cabrón, debería cortártela”, ahora le gustaría prenderle fuego al edificio, a la ciudad, que venga un maremoto y barra con todo: los poetas comerciando sus versos, la música prostituída y de las mujeres ni hablar; ahora le resulta mucho más sincero Raphael con su balsa y su disparate suicida que toda esta gente tratando de legalizar la fuga, no acostumbrados a opciones irreversibles, míralos: no hay tan siquiera uno que no esté vendiendo algo. Son muy inteligentes, eso sí, están ofreciendo sus nalgas también, como la mayoría, pero con precios de lujo, los cerebros y culos envueltos en celofán. “Bueno, ahora sí que me voy, al carajo con él.”

“No pienses en la muerte del pequeño erizo”, dice una mujer a su oído y ella se vira a enfrentarla y descubre a Elisa, que la mira sonriente: “Hola loquita, ¿qué haces aquí?”

“¡Elisa!” Lilith la abraza con fuerza. Qué suerte, piensa, encontrar la excepción de la regla, una amiga en quien confiar, a quien pedirle consejo para desenredar conductas y estrategias. De pronto el espacio le resulta menos asfixiante, menos plástico. “¿Qué es eso del erizo?”, le pregunta y la otra vuelve a sonreír. “Nada, un dibujo animado ruso, de los de antes. ¿Viniste sola?”, y entonces ella explota y le cuenta a grandes rasgos todo lo sucedido en ese mes. Elisa la escucha con atención, moviendo la cabeza con incredulidad, triste frente a las anécdotas más oscuras, luego se muerde los labios y rebusca pensativa una opinión que no tenga visos enciclopédicos. “Cuántas cosas. Me has dejado aturdida. ¿Qué te puedo decir? Lo siento por la muerte de tu amigo y por...esto otro. Lo de Aquiel, digo. Creo que esa historia ya murió. Déjalo libre.” “¿Y si cuadra con la Fénix?” “Está en su derecho.” “¿Cómo?!” “Lilith, recuerda que una persona está con otra porque la elige, no porque la posee. Él está en el derecho de cuadrar con la mujer que quiera, igual que tú. Puedes mandarlo al diablo, buscarte a otro o aguantar, la opción es

tuya. Lo que sí no te aconsejaría es que armaras un escándalo, ni que te humilles, es mejor seguir lo que te indique el orgullo, tu autoestima.”

“Sí, bueno”, dice Lilith sin creérselo realmente, “puede que tengas razón”.

Es bueno contar con la experiencia de su amiga, al fin y al cabo ha pasado las dos universidades: la académica y la de la vida. Sabe que ella la ha aconsejado segura de que la niña plástica puede desdibujarte de una buena vez, y según van saliendo las cosas, es muy probable que ya esté sucediendo, y todavía peor, cuando todos miran.

“Ahora te cuento de mí”, propone Elisa mientras se acomoda el cabello observándose de reojo en uno de los cristales del bar, “Ya me dieron el permiso de salida”. “¿Sí?” “Me voy la semana que viene. Ya Julio se mudó de apartamento y está preparando todas las condiciones.” “¿Y Enya?” “Se fue también. Lo hizo vía matrimonio con un español amigo nuestro que es homosexual.” “Vaya, qué bien.” “Ayer Julio me llamó por teléfono y me dijo que estaba trabajando en una empresa de computadoras.” “¿Y tu amiga?” “También hablé con ella. Está haciendo contacto con clubes de feministas y movimientos gays.” “¿Y también van a vivir juntos allá?” “No sé. Imagino que al principio sí, en lo que salimos adelante. Después ya veremos.”

Por lo visto el grupo de jazz ha descansado lo suficiente porque apagan la grabadora y ocupan otra vez sus puestos. “Menos mal”, dice Lilith, “porque lo último que estaba sonando parecía un coro de gatos destripados”. “Me gustaría que fueras por allá el miércoles de la semana que viene”, propone su amiga, “para despedirnos. Quiero regalarte algunos libros y cassettes”. “Está bien.”

Elisa va en busca de un vaso de ron y luego regresa. “¿Quieres?” “No, no voy a tomar. Necesito estar clara.” “Buena idea.” Elisa se empina del vaso, escucha un poco de música y luego le confiesa: “Lilith, si supieras..., me estoy cagando de miedo. Por el viaje. Es como si me hubiera caído la libertad sobre el cuello, ¿entiendes? Ahora voy a poder visitar otros lugares, pero no sé si saldrá bien la cosa. Allá la vida está del diablo, tengo la imagen de un edificio lleno de cuchillas y vidrios, el otro día tuve un sueño así, y no temo tanto por mi, sino por la niña”. “Te entiendo.” Silencio. Muerte efímera. Aquiel no regresa.

Por suerte la Fénix está ahí, al alcance de la vista, conversa con el *Spain*. “Espérate, ¿ese no es...?” Lilith descubre un rostro familiar, de cabellos largos y disfrazado de brujo

que conversa semioculto por sus interlocutores. “¡El Conan!” Ella se disculpa con Elisa y va a saludarlo. Él realmente se alegra cuando la ve. “¡Coño, Lilith, qué sorpresa!” Un abrazo paquidérmico y un beso en la mejilla, casi en los labios. “¿Y Aquiel?” “Por ahí, conversando. ¿Y la Cheng?” Él pone cara de disgusto. “Ni preguntes. Ahora sí que se acabó. Para siempre.” “Bueno, ven, te voy a presentar a una amiga.” “Ok.”

Conan la sigue en dirección al bar. Elisa se deslumbra con su atuendo estrafalario de vampiro y el pelo negrísimo por los hombros. Él explica que esta zona de la contracultura no es exactamente de las que acostumbra a frecuentar, pero lo invitaron por ser el hermano de Aquiel así que vino un poco en busca de aventuras y pedazos de cake u otros comestibles arrebatadores. “Así que, con permiso, voy a llegarme un momento a la cocina para hurgar detrás de ciertas puertas metálicas. ¿Quieren que les traiga algo?”, pero ellas declinan el ofrecimiento y el Conan se aleja. De pronto el rostro de Lilith se ensombrece. La Fénix ya no sigue con el *spain*, desapareció con su orquídea sucia entre las piernas. ¿En busca de Aquiel? Trata de reprimir sus temores escuchando la música y las frases de la amiga, pero no presta atención, pendiente de cada mujer que aparece ante su vista. Hay una muchacha doblada en dos sobre el muro de la azotea, vomitando su coca y con los pechos al descubierto, ella desea con el corazón duro que sea su rival pero no parece, no, no es ella, qué lástima. De súbito siente deseos de ir al baño. Pregunta y le indican una de las puertas que da al interior del apartamento. Bienvenida a la función de la cinta transportadora de desechos, el fango del espacio enlodará tus ojos.

Mientras se vacía el estómago trata de concentrarse en el sonido diluido que llega del concierto, por eso demora en reconocer las voces que traspasan el ventanuco sobre la ducha. ¿Serán ellos?

Son ellos: Aquiel y la Fénix. Están conversando, a solas. Termina de acomodarse la falda y se acerca para escuchar mejor - virtudes no cometidas en la lucidez, masoquismo de melena Cristo -. La Fénix está diciendo: “Por eso quería verte, antes de...” Lilith piensa por un momento que si sólo están conversando todavía no hay peligro. La otra continúa: “¿Sigues con esa niñita? A mí ella me cae bien. Aparte, se ve que te quiere, pero no sé qué tiene que ver contigo”.

“Qué clase de comemierda”, piensa Lilith que de pronto ha descubierto que están hablando sobre ella. Decide entonces introducirse en la bañera y alzarse de puntillas

hasta que su oído queda a centímetros del ventanal. Ahora toma la palabra Aquiel: “Tú no entiendes. Ella es distinta. Hace poco perdió a un amigo y está realmente mal, pero así y todo me gusta. Es una buena aprendiz”. “Aquiel, el profesor de las vírgenes jodidas. A ti te interesa esa muchacha porque puedes manejarla. No la escogerías para toda la vida, sólo la necesitas para lograr de ella lo que quieres. Complejo de Pigmalión.” “No te burles. Por lo menos ha demostrado tener más sensibilidad que tú.” “¿Pero estás enamorado? Yo creo que no, sino, no estuvieras aquí conmigo.”

Comienzan a tocar la puerta del baño. Peligro. Si contesta “ocupado” Aquiel se va a dar cuenta de que ella está ahí, espiando, y si no contesta el otro puede pensar que no hay nadie, abrir y sorprenderla dentro de la ducha, mucho peor. “¿Y entonces?”, escucha la voz de Yamila. Vuelven a tocar, esta vez con mayor insistencia. Ella por fin se decide a salir del baño.

Regresa a la sala, donde se encuentra a Elisa. “Tu amigo, ¿Conan? Vino un momento y preguntó dónde estabas. Por lo que pude notar está bastante interesado, y está muy bien, no es una belleza precisamente pero tiene buen cuerpo.” “Es el hermano de Aquiel. Fui al baño y los vi, digo, los oí. El muy cabrón está con la Fénix, conversando sobre mí.” “¿Quién?, ¿Conan?” “No, Aquiel.” Elisa le brinda de nuevo su vaso de ron y esta vez ella acepta. “¿Quién era la Fénix?, ¿esa que estaba vestida de blanco?” “Esa misma.” “Yo la conozco. Es un cerebro que salió de un cerebro. Debe ser una muerta en la cama, seguro se acuesta con un libro de psicología entre las nalgas.” “Sí, es muy probable”, a ella la ilumina la imagen y sonrío. Claro que no puede evitar el fuego en los ojos, “¿y si cuadran?” Un vacío homicida en las manos, la visión de una alfombra manchada de sangre, cubierta por pedacitos de carne de la Fénix.

El Conan regresa con un platillo en las manos. “En todo este tiempo cuántos no se habrá comido ya, es un salvaje.” Lilith se ha adueñado del vaso de Elisa. Bebe y reprime los deseos de gritar. Ahora le gustaría acercarse lentamente y ponerse detrás de esos dos, que fuera como aquella vez de los siete años, en el bosque. Tal vez ese sea su papel como Lilith, impuesto por Dios desde la génesis: Adán y Eva templando y ella detrás del árbol de la vida, observándolos desde el pozo de la tortura. Quizás lo que se espera de ella es que logre sentarse a cantar como buena hija de la serpiente con la cuchilla del péndulo silbando sobre su cabeza, entre paredes al rojo fuego, así que lo mejor será no engañarse,

lo que está prescrito por la Grand Ma va a suceder de todas formas, así que es preferible apresurarlo para que ocurra de una puñetera vez, la incertidumbre es el peor de los suplicios.

Le devuelve el vaso vacío a la amiga y regresa al baño. Esta vez cierra la puerta con seguro, se coloca nuevamente en su puesto de escucha, pero no logra descifrar lo que dicen porque son murmullos, indudablemente sensuales. Pronto hay un silencio largo y ella adivina que se están besando o algo peor. Todavía piensa durante unos segundos que confunde la realidad con la imaginación, que sencillamente están fumando yerba o algo por el estilo, pero luego se convence de que no, es real, “coño Aquiel, tuviste que hacerlo” y va deslizándose con la espalda apoyada en la pared hasta quedar sentada, siente el nudo horrible en la garganta. “¿Por qué me haces esto?”, entre lágrimas de rabia descubre que no ha nacido, ha vivido en el útero de alguien por tres milenios y ahora despierta. Contrabando de sensaciones críticas, el cuerpo y la mente paralizados de nuevo, conformando el Abismo. “Se solicitan personas para notas al margen”, una muchacha caminando por la **O** redonda gigante buscando, siempre buscando, se siente hecha para descifrar bufones, sorprenderlos en medio de los campos de trigo quemado o escondidos debajo del agua que fluye, todo fluye, los descubre y clasifica según el hundimiento de sus naves, camina descalza sobre el mar y escucha sus palabras fatuas, sus hipocresías y sonrío con asco mal encubierto, sin respuestas. Lilith se siente como vaciada entre los objetos exánimes. “Enciendan las luces. ¡Que nadie se mueva! Elemental *dear* Watson, ¿ves aquel hijo de puta con la mirada culpable? Ese es el amo de los gatos sarnosos.”

Lilith Holmes ya sabe y se aflige por tantos muertos alucinados de su ciudad onírica. Se ha gastado emitiendo mensajes en la distancia que no tienen destinatario real, vagabundea bajo el mármol blanco de cualquier parque o plaza o cementerio, insultando a todos, con sus manos sucias de semen; también ahora, buscando un lugar para lavarse y vomitar a gusto, pero no lo encuentra. ¿Y ahora qué hacer? Le gustaría salir del baño y buscar al *Spain* Moriarty para que le dé polvo mágico a cambio de su más secreto vicio. “Puedes pagarme cuando quieras”, respondería él, complacido, “Te aseguro que estoy libre de SIDA”, etc. Viaje al pasado con el haz de luz enchufándose al cerebro, cuatro, seis, diez rayas, como antes. Luego ya nada importaría. El *Spain* sacándose la cosa y ella

de rodillas para pagarle el viaje. Lo más horrible es que de este contrato saldría entumecida para siempre, con las neuronas quemadas o trece años de cárcel, convertida otra vez en la ceniza lunar del pantano. Golpe de efecto: Lilith escucha un gemido de goce al otro lado del ventanuco y ya no hay dudas, blasfema por última vez contra todos los traidores del planeta y estalla en ondas de plasma rabioso a los cuatro vectores del espacio. Ya basta, no puede soportarlo más. Sale a toda prisa del baño y se dirige a la habitación donde se encuentran. Abre la puerta sin hacer ruido y recibe la paliza en los ojos, escena prevista: La Fénix de piernas abiertas, empujando contra la pelvis de Aquiel. Él está de espaldas por lo que no se da cuenta, pero la puta sí. Lilith no dice nada, sólo vuelve a cerrar con cuidado y regresa al bar.

“Elisa, me voy.” Su amiga la mira con extrañeza: “¿Qué pasa?”, le pregunta, “No te sientes bien?” “¡No!” Lilith aguanta los deseos de matar, “me lo hizo, pero no importa. Ya no me importa nada”. En eso reaparece el Conan, que adivina algo. “Conan, ¿me puedes acompañar a mi casa?” Él se sorprende con la proposición. “¿Y Aquiel?” “Templando con la Fénix.” El joven palidece. “Dale, vamos, por favor”, insiste ella, “ahora mismo”. “¿Pero no vas a decirle nada?” “No.”; “Pero...”, él todavía está confundido, luego reacciona: “Bueno, está bien”. Lilith lo agarra por el brazo y se dirigen hacia la salida.

Cuando están a punto de bajar las escaleras aparece Aquiel: “Oye, Lilith, espera”. Ella no puede contenerse más: “Aquiel, vete al carajo”. “¿Por qué no te calmas un poco y hablamos?” “Mira chico. Quédate con tu Fénix y olvídate de mí, ¿eh?, por favor.” Ella le da la espalda y comienza a bajar apresuradamente. Aquiel intenta seguirla, pero el Conan lo detiene y empiezan a discutir. Ella desciende sin pensar, saltándose los escalones de dos en dos. Hay un instante en que está a punto de perder el equilibrio, pero logra agarrar el pasamanos y al minuto ya se encuentra afuera. Noche de lobos. Se sienta en uno de los contenes del parqueo y espera sin darse cuenta de su rostro empapado, haciendo esfuerzos para respirar. “Dame más”, pide ella con desesperación a alguien incierto, “cualquier cosa”.



RHESH

Lilith piensa que la realidad debería ser únicamente como una la imagine, y es verdad todo lo que decía el muy cabrón sobre el amor. “El amor no existe, todo es mentira; después de esto ya no me podrán herir más, tanto cariño me han dado.” Ahora concibe el mundo como una maquinaria de morder y recibir arañazos, nada más, una epidemia de cerdos con alas de oro amarradas por cuerdas. “¿Los golpes me han hecho más sabia? No jodas”, se contesta, “sólo me han hecho levantar más y más barricadas, creo que ya no podré enamorarme de nadie más, ni soñar con la reivindicación hippie - qué mierda - o con castillos y príncipes encantados, tipo Aquiel, que siempre resultan defectuosos a última hora”.

Poco a poco el aire nocturno va calmando el ardor de la sangre. “Hijo de puta”, murmura y luego enciende un cigarro. “Si pienso mucho, si me concentro y le pido al amor que se vaya, y al dolor también, por supuesto, como hacen los yogas, a lo mejor me curo, y si eso no funciona pues me tomo una tonelada de pastillas, pero juro que me lo arranco.”

Lilith no va a ningún sitio. Ni siquiera buscando con paciencia encuentra sus ojos. ¿Será que se desliza por calles donde la luz es mínima, no hay corazón y su música es sólo un ritmo de palabras sin sentido que a nadie importa salvo a ella misma? “He recorrido tantos pasillos, he tocado en tantas puertas sin suerte, ¿dónde me encuentro?” Cansada de ser hierro y segmentos de espacio, antes de detenerse para siempre debe llorar por la ausencia de pasos y sombras. Piensa en huellas y trayectorias, no en fantasmas. “Al carajo los fantasmas.”

Se descubre rezando en la noche a silenciosos astros por la llegada del fuego, más allá del límite de alguien, consiente el acto de que fustiguen su espalda con látigos de acero, de masturbarse con las manecillas de un reloj insomne o lo contrario: A partir de ahora se dejará violar por racimos de hombres imaginarios y animales, “no soy perfecta”. Mientras, lo más probable es que algún pantalón empapado se seque tembloroso en un cordel del pasillo. De todas formas es bueno que amanezca y despertar y también exactamente lo inverso. El problema es nunca ver su sombra blanca, sólo el sexo y la

rabia diaria nos salvan, ya sabe que todas las cosas suceden y que nunca sucede ninguna. “Por siempre jamás ante los ojos de la Diosa...¡Ja!” El Conan aparece y se sienta a su lado sin hablar. Ella sigue fumando, tratando de no pensar en nada.

“¿Qué quieres hacer?”, pregunta él al cabo de un rato, “¿vamos para tu casa?”

Lilith remueve con el pie la gravilla del suelo. “Ya estoy cansada de equivocarme de puerta, me gustaría largarme para siempre de aquí.” “¿De la isla?” “No, del planeta.” “¿Y a dónde irías, a ver?” “¿Qué se yo?, a otro tiempo, otra dimensión, otra galaxia.” “¿Qué tiempo?” “Mi infancia, o el futuro. El futuro tiene que ser mejor que todo esto.” Vuelven a quedar callados. “¿Qué hacemos?”, insiste él al cabo de unos minutos, mirando la colilla encendida que ha lanzado la muchacha. “No sé. No tengo deseos de ver a mis padres ahora.” Conan se remueve inquieto. “Tú sabes que yo vivía con la Cheng. Hasta pensaba pedirle asilo a ustedes hoy.” “Bueno, el problema con Aquiel es mío, no tuyo. Puedes ir a la casa.” “No, no quiero dejarte sola.” Ella de pronto recuerda un tiempo feliz de caballos en aparición, alocados y jóvenes. “¿Dónde se han ido por la Grand Ma?” Piensa melancólica en que los caminos podrían haber sido completamente distintos. Hay algo que sabe, sin embargo: la nave se oxida y ellos también, no importa la edad. “*El tiempo pasa, nos vamos haciendo viejos*”, susurra.

“Tremenda mierda te hizo mi hermano allá arriba”, dice Conan, “por poco nos entramos a golpes y todo por la estúpida esa”. “Mejor no toques el tema, ¿quieres? Vamos a cambiar de conversación. ¿Por fin qué te pasó con la Cheng?” Él se demora en contestar, luego sonríe. “Se enteró que estuve contigo aquella noche. Me empezó a decir cosas y a criticarte y exploté; le dije que sí, que tú me gustabas con cojones, desde hacía tiempo.”

“Qué horror”, piensa Lilith, “este mundo está loco. Siempre buscamos la felicidad donde no se encuentra, nos enamoramos de la persona a quien no le interesas en lo más mínimo y viceversa, qué mala suerte. A lo mejor es que todos somos masoquistas y buscamos a aquellos que nos podrían anular o castrar mejor. ¿Ahora qué le digo?”. Ella no sabe qué contestar, son demasiadas cosas al mismo tiempo “Conan no se merece un rechazo, no merece que lo lastimes, pero tampoco que le mientas, no sería justo”.

“Vámonos de aquí”, le pide Lilith, “vamos para la costa”. Él se levanta junto con ella y comienzan a caminar despacio. Al rato sus zapatos encuentran el diente de perro. Aunque

no lo desea ella está pensando en Aquiel. Lo imagina aspirando polvillo blanco estornudante, al lado de su muñeca Barbie, seguramente desnudos los dos, o se están fumando un cigarro largo de cannabis, tal vez un poco arrepentido él por el placer de la mentira, y la Fénix le entrega sus labios y lengua bifurcada a la cuerda que lo ata y lo une a otras lenguas disfrazadas de estación, saliva curare de lagarto chorreándole por el rostro, engañándolo con la paz neozen de su impresencia, mirándolo con esos ojos de maniquí cibernética y Lilith encima del odio del planeta, agonizando Faulkner, pide ayuda, perdida en pesadilla de imágenes, no puede - nunca pudo - romper las ligaduras, se equivocó de puerta, de hombre y de siglo.

Conan la invita a sentarse en un lugar más o menos cómodo y luego la mira como si esperara alguna respuesta a su pregunta no formulada. Ella respira hondo y le coge una mano. “Conan...” “¿Sí?” “Yo estoy loca por Aquiel, tú lo sabes.” “¡Pero si él no te merece! ¡Te lo demostró allá arriba!” Ella no quiere discutir. “Sí, lo sé, pero ese no es el problema. Una no manda en los sentimientos. Yo ahora estoy superjodida, por eso sólo puedo darte mi amistad. Tú me gustas, pero...”, deja la frase en suspenso. Él asiente con un murmullo: “Sí, entiendo”. Conan se ve triste y a ella la invade una oleada de ternura, de pronto siente una necesidad enorme de cariño, de saberse importante para alguien. Entonces se decide y susurra: “Me gustaría que me hicieras el amor, ahora.” “¿Cómo?!”, pregunta él más por la sorpresa que por no haberla entendido bien. Ella no responde, se limita a acercar su rostro y besarlo suavemente en los labios. Luego le aclara: “Conan, esto no se va a repetir, será esta noche y nada más”. Él tiene los ojos felices. “No importa”, sonrío, “a mí me basta con una noche”. Lilith piensa que su decisión es completamente lúcida, o por lo menos eso espera. Hoy es 51 de agosto del 59 y no desea mentirle a nadie, ni siquiera a sí misma. Esta es la realidad: Hay un muchacho al que desea darle su cuerpo, porque se lo merece y punto. De todas formas debe confesarle la verdad: “Conan, te voy a utilizar; es que ahora me siento muy sola y necesito estar con alguien, ¿entiendes?”. Él se encoge de hombros: “Bueno, por lo menos no lo harás para vengarte de mi hermano” “No, te aseguro que no. De verdad quiero hacerlo.” Ella se quita la blusa por encima de la cabeza y le muestra sus senos. “Ven”, susurra. Tiene la impresión de que todo esto ya ha ocurrido miles de veces. *Deja vu*. Conan empieza a acariciarla y la besa en la nuca. “No te preocupes”, le dice al oído después de un rato,

“hoy traje preservativos, me aprendí la lección de la otra noche”. Lilith percibe un pequeñito chispazo de deseo calentándole el riñón, por lo menos un poco - lo mínimo - de gozo para comenzar a suplir el espacio ausente. “Duérmete calle”, recuerda, “este es el coito número n, así de labios.” Siente una tela rasgándose en sus caderas y de pronto se descubre libre de ropas, como si hubieran sido absorbidas desde sus pies por alguna máquina extraña. Ella es consciente de que esta es otra noche dedicada a Masoch, es sólo otra canción al Caballero del oprobio, así como esto es la Vida, abrir las piernas cada día más, sin credenciales de venganza ni culpabilidad codificada, sólo la alegría de la carne y compañía, retazos de luz tibia, algo que parece ser eterno por unos minutos, alguien que quiere fundirse humedecido a su vulva, masaje de la noche que se gasta en caricias, sus dedos aferrados a la nalga, frotación de la tristeza sobre el pecho, entre los muslos, una muchacha que no mira ese objeto que quiere romper su espejo y que insulta, insulta a todos; ella se deja golpear por la pasiones y besos y no desea ver ni sentir, ¿por qué no mira?, el rostro enloquecido del Conan pidiendo más, el problema será de introducir el dedo en cualquier orificio de hombre, la salvación del acto no prescinde de torcidos medios, ni de tempestades, él besa y muerde sus senos como si se hundiera en un arca de naranjas, en una sopa de fantasmas desnudos, dibuja a la ninfa con sus manos en medio del humo líquido de las olas, de la piel, ella también esboza su rostro y le dice algo y luego lo hala hacia su casi tristeza, dejando que lama sus lágrimas y frotándole sus humedades hasta que se aferran los parches invisibles y acarician los collares de la suerte, los amuletos internos, él solloza ya desde el tejado de los hongos, suelta un gemido alucinado y se desborda con fuerza en embestida final, un casi grito, luego cae sobre ella, saciado, los músculos pulsantes y los ojos rendidos de fatiga. “Te quiero Lilith”, susurra, pero ella prefiere no escuchar, es mejor así. Se descubre todavía lúcida, comprueba lo que temía: el Conan en su desespero le ha desgarrado por completo el blúmer, ahora tendrá que regresar sin nada debajo. Por suerte halló tiempo para ponerse el condón, menos mal. Por supuesto que ella no llegó al final, pero así y todo lo disfrutó bastante. Pensándolo bien, hasta podría repetirlo, quién sabe, claro que no esta noche. “Me templé a tu hermano, so maricón”, le dice al fantasma de Aquiel apenas reaparece de nuevo en la memoria, “y me gustó muchísimo, así que jódete”. Ahora comprende que sí había un poquito de venganza en el fondo de todo. Claro que nunca se lo diría a Conan. Le da unos

golpecitos en la espalda y lo zarandea un poco para que reaccione. “Oye, ¿estás vivo?” Él se remueve y le besa un pezón. “No, estoy más muerto que nunca.” “Bueno, sal, tengo miedo de que...” “Sí, espérate”. El muerto se lleva la mano a la base del pene y sujeta los bordes del preservativo, luego lo extrae con cuidado. “Ya está. Fuera de peligro.” Le hace un nudo y lo lanza al mar. “¿Sabes que me destrozaste el blúmer, no? Lo voy a tener que botar”, dice Lilith y sonrío al ver la cara de culpabilidad que pone el otro. “Coño, chica, perdóname.” “No te perdono nada. Ahora me vas a tener que prestar tu calzoncillo.” “No, es una trusa.” “Pues mejor todavía. Dame acá.” “Coge.”

Se visten. Por suerte el resto de la ropa está intacta. Conan encuentra los pedazos de la prenda interior de Lilith y se los esconde en el bolsillo. “Me lo llevo de recuerdo.” Ella se encoge de hombros. “Eres un fetichista. Dale, vamos.” Comienzan a caminar por la avenida nocturna. Lilith se siente invadida por sentimientos contrapuestos. No logra entender el renacimiento de la muerte llamada Fénix en la historia de Aquiel. Sabe que algo se ha terminado en ella para siempre, pero se niega a escribir el llanto de todos los traicionados, no. Comenzará otra leyenda sobre sus pechos de pantera blanca a convertirse en centinela, aún puede ser la guardiana de la pradera, subir y bajar al lodo en medio de teatro del asco, semejante y distinta a la vez de tantos crucificados orando en silencio, dormidos en el susurro de sus labios, no Señora, ella todavía es hierba silvestre. Escribirá en la autopista con sus piernas firmes, “por supuesto, después de lo sucedido, con cualquier hombre que no me...”

Sí. Debe remitirse a lo que hay. Sosiégate Lilith, recrimina esas fantasías grotescas jugando en la garganta. Ella mira al Conan y adivina la satisfacción del deseo por debajo de la muerte en que vive; él es *real*, no es uno de esos personajes que ella se inventa para que terminen anulándola, sin dudas. Lo importante es lo que existe, **lo Real**, de donde nacen al fin y al cabo todos los teoremas, la confianza o los gritos.

Ya en el ómnibus, mientras se deja besar por el joven, se promete no escribir más fantasías mentales, ni siquiera ciencia-ficción, enfrentar lúcida cada parte de sombra que le toque, saberse mujer con todas las posibilidades de hacer niños o trucos o recuerdos, de todas formas la máquina ya empezó a funcionar y está moliendo sus ojos, hace falta que no se le vayan nunca más esos ojos, o por lo menos no tan lejos como siempre.

“¿Ves?”, se regaña para sus adentros, “qué fácil empiezas a hacer concesiones. *No tan lejos*. Eres del carajo”.

“En la próxima”, le advierte al Conan y se incorpora del asiento. “Voy a ver si convengo a los osos para que te quedes, aunque sea durmiendo en el sofá de la sala.” “No, deja, no hace falta”; “Sí, chico, no quiero que regreses solo.” “Bueno...”

El ómnibus se detiene en la parada y ellos descienden. “¿Esta es la misma calle donde los asaltaron?” “No, ¿estás loco? Yo por ahí no vengo ni aunque me maten.” “No te preocupes, yo estoy contigo.” “Sí. SuperConan.”

Hay algo en la seguridad de su amigo que la contagia y muy pronto Lilith se descubre exenta de temor. Por este lado las calles están bien iluminadas y cuando ya están a sólo una cuadra de su destino él le llama la atención sobre un rapado que fuma apoyado en un poste. Lilith niega con un gesto de incredulidad. “No, no creo”, y siguen caminando. De todos modos, cuando pasan por el lado del hombre ella mira su rostro y se le disipan las dudas. “No, ese es un simple borracho” y continúan un poco más relajados. Ya se divisa la casa de Lilith. Ella busca la llave en su bolso. Entonces sucede. El supuesto borracho lanza un silbido corto - indudablemente una señal de aviso - y comienza a seguirlos. Conan se suelta la mochila del hombro, forcejea torpe con los cierres hasta que logra abrirla y luego le susurra a la muchacha: “Ahora cuando yo te diga te mandas a correr para la casa y gritas todo lo que puedas.” Por la esquina dobla otro hombre y Lilith lo reconoce de inmediato; “¡Es él!, ¡Jorge!”, y se detiene llena de pánico. Conan saca de la mochila una cadena y se dispone a enfrentarlos. Ellos cada vez se acercan más. “¡Párense ahí!” Muy próximo a donde se encuentran unos matorrales sale el tercero armado de un punzón. “No te metas, que esto no es contigo”, dice Jorge que se ha detenido a una distancia prudencial, “mi problema es con la puta esa, hace tres noches que la estamos velando”.

“¡Más puta eres tú, comepinga!”, le grita el Conan que tira la mochila al suelo y comienza a balancear la cadena. “Dale, vengan, los estoy esperando.” Lilith ve como Jorge y el rapado se llevan las manos a la cadera y sacan cuchillas. “Ah, pero si el pelúo es guapo” y se adelantan un poco. En ese momento el Conan la empuja “¡Vete!” y avanza contra los otros para protegerla.

Ella esquiva por milímetros la navaja del rapado y corre sin mirar atrás hasta la primera puerta que encuentra. Empieza a golpearla con todas sus fuerzas. “¡Hay mami!”, susurra y lucha contra sus cuerdas vocales, “¡auxilio!, ¡policía!”, pero todo está ocurriendo demasiado aprisa. Mira de reojo y descubre al rapado en el suelo con las manos en el rostro y la cadena girando en el aire, tratando de mantener a los otros a distancia. Ella vuelve a aporrear la madera y grita todavía con más fuerza hasta casi sentir que se desgarran los pulmones y luego ve horrorizada como la cadena golpea al del punzón y sale disparada fuera del alcance de su amigo, que se queda de pronto indefenso. Jorge intenta esquivarlo y acercarse a ella, “¡puta!, ¡Te voy a matar!” Conan se interpone y el otro le lanza una cuchillada en el vientre. “¡Lo matan!, ¡auxilio!”, caen los dos al suelo, y el del punzón, ya recobrado, aprovecha para clavarle su arma en la pierna.

Lilith escucha el aullido de dolor de su amigo y grita ella también con los ojos cerrados, grita hasta que la puerta se abre y un brazo la hala hacia dentro y casi al unísono se escucha el motor de un auto que se detiene con chirrido de frenos y luego un par de disparos. “¡Quiero saber!, ¡quiero saber!, ¡déjenme salir!”, le suplica a sus salvadores y se lanza de nuevo a la calle. Una potencia tiene inmovilizado al del punzón contra el suelo y otros dos están esposando a Jorge, que está de rodillas y tiene todo el rostro lleno de sangre. Conan está en el suelo, inmóvil, pero ella no logra discernir bien porque los policías impiden la visión. Corre y se abraza a su amigo. “Ay, Conan, ¿qué te han hecho?”, pero unas manos la apartan. “No pasa nada, sólo está herido, déjanos trabajar.” Ella escucha la sirena de la ambulancia que por fin aparece y suspira con alivio. “¡Falta otro!”, recuerda, “uno rapado, con una cuchilla, eran tres”, pero luego comprende que su aviso es innecesario porque ya lo traen arrastrándolo inconsciente después de una merecida tunda de golpes. Entonces se vuelve hacia Jorge cuando lo levantan para introducirlo en el carro, “¡maricón!”, y lo escupe de lejos, “¡ojalá te pudras allá adentro, asesino!”, pero alguien la empuja y ella regresa a donde está su amigo. Tiene la camisa empapada de sangre y los hombres de blanco se afanan sobre su cuerpo, luego lo acuestan en una camilla y lo meten en la ambulancia. “¿Vienes con él?” “Sí.” “Dale, vamos.” Lilith descubre la palidez que se ha ido adueñando del rostro de Conan. “Que no se muera”, clama cuando ve que le ponen una transfusión en el brazo y luego la máscara de oxígeno, “que no se muera, coño”. La ambulancia arranca a toda velocidad, el ulular

de las sirenas retumbando en los oídos y ella piensa, llorando, que ese es el grito de la maldita ciudad. “Que no se muera”, le pide a la Grand Ma, una y otra vez.



SHEN

Esa noche, después de llegar al hospital y desesperarse en el pasillo durante casi tres horas, el doctor la llama para informarle que el Conan perdió mucha sangre, pero ya está fuera de peligro. Por suerte las heridas más peligrosas no interesaron ningún órgano importante. “¿Tú eres algo de él?, ¿su esposa o su novia?” y ella contesta negativamente. “No, sólo soy...una amiga.” De pronto se le ocurre aprovecharse del hombre: “Mire doctor, aquí está el teléfono de su mujer y el de su hermano, pero preferiría que los llamara usted, para evitar problemas, ¿podría hacerme ese favor?”. El doctor parece que adivina algo porque acepta la nota que ella le extiende y se marcha a la recepción para telefonarles. Alivio. Luego puede ver al Conan por unos minutos. Está inconsciente, con sueros por todos lados y tubos en la nariz, rodeado de aparatos extraños. Cuando sale por fin al vestíbulo del hospital una potencia la espera para interrogarla. Dos horas más. Ella está muerta de sueño.

Escena y recuerdo desagradable: Lilith regresando de la inquisición policial para saber la evolución del amigo y al llegar descubre que el territorio ha sido ocupado por la Cheng y sus familiares. Estos la miran como si fuera una leprosa, culpable de todo lo ocurrido - lo peor es que en este punto ella les da una parte de razón - y reprimen sus impulsos xenófobos *civilizadamente*, hasta que la Cheng explota en crisis histérica y le grita entre insultos que se marche. Lilith recoge la misma sugerencia en los ojos y murmullos parentales y cuando está a punto de rebelarse y decirles de su derecho a estar donde le venga en ganas, aparecen Aquiel y su puta Fénix tomaditos de las manos y ella no puede soportarlo más: rinde su ejército y se larga con la cola entre las piernas, demasiadas fuerzas en contra y el único que tal vez podría defenderla, Conan, está inconsciente, atiborrado de pastillas...

Una semana después Lilith está acostada en su santuario, imagina que es una flor secándose solitaria dentro de un cubo de cristal, comprada por las avenidas, gentes y guaguas o alguna otra obscenidad bien vista por todos. Ha descubierto que lo mejor es soñar, tumbarse dulcemente, hacer una “encamada” a lo John Yoko, interrumpida

solamente para ir a la cocina o la sala en busca de agua, cigarros o la comida del refrigerador. ¿Cuántos días podría resistir sin salir al espacio exterior, sin tocar nuevamente con sus ojos las colillas y excrementos de la turba extraña, esa inmensa cantidad de lobos mordiendo y gritando sus culpas, montados en sus féretros con ruedas, los semáforos rotos, esos muñecos parlantes marchando al dictado?

Claro que todo eso de “borrar tu historia personal” es pura utopía; para algo existen los osos. Hoy por suerte decidieron ir al cine, remanso de la neurosis. “¿Y el Conan? ¿Cómo estará?” Lilith piensa que se ha comportado como una perfecta Daybel. Desde aquella noche no ha ido más al hospital y cortó la comunicación con todos, literalmente. Después de la primera llamada de Aquiel tomó una tijera y cortó el cable del teléfono. No soportaba oír su voz insistiendo en explicarle. Claro que no habría perdido nada en escucharlo, pero ella temía su propia debilidad. “Al carajo. ¿Para qué?” Ya no quiere recordar, ni creer en nada. ¿Es falso que se asfixia y que todo la des nombra? Este mundo lo hicieron otros antes de ella nacer. Descubre que se ha pasado toda la vida buscando un lugar sacrílego para esconder sus virtudes y defectos, las estatuas que murmuran inocencias y sadismos, todas las noches se calienta las manos entre sus piernas de niña fantasma para seguir de largo después, sumergida en el agua mental a tiempo de echar a andar los cronómetros - al menos, una compleja desaparición, dirían algunos -. Ya no existes, te transformas en un vegetal sin sueños y sin reposo, observas los cassettes y cuadros - la herencia de Leo y el Rapha -, y se llena de vacío, si acaso es lógica esta expresión. Ayer mismo, tan sólo ayer, la Osa Mayor le dijo que parecía una muerta y entonces piensas que es terrible tener bajo las sábanas unos ojos blancos en la cara gris terrosa. Clama entonces por la extinción rápida del tiempo, “mañana iré al hospital, y la Cheng va a tener que soportarme”, a través de la ventana ya se pueden ver las estrellas. Un rectángulo despiadado, tan pequeño que no deja brillar la luna. El cielo está diferente. Ella no sabe cómo, pero hoy tiene algo... Una incógnita, como si de pronto a la noche le hubieran salido millones de ojos abisales, como si las constelaciones hubieran comenzado a vibrar y los pensamientos rebotaran con ecos desde las paredes.

De pronto escucha el sonido de un claxon casi al frente de su puerta. Al principio no le da importancia, pero el ruido se repite una y otra vez hasta que ella, picada por la curiosidad, se asoma por la ventana de la sala. “Espérate, ¿ese no es el carro de...?”, y

entonces descubre que se trata de Elisa, haciéndole unos gestos extraños desde el interior de su auto. Lilith, alegre, sale a saludarla. Su amiga la mira con reproche fingido. “Coño, chica, me dejaste embarcada. ¿Tú no ibas a ir hoy a mi casa?” “¡Verdad!, se me había olvidado por completo, perdona. ¿Hoy es miércoles?” “Claro. ¿Dónde tú estabas que no sabes ni que día es hoy? Dale, vamos, que hasta te prepararé una cena de despedida.” “Sí, espérate. Le voy a dejar una nota a mis padres.” “Diles que te vas a quedar en mi casa hoy.” “Sí, ahora vuelvo.” Dicho y hecho. Ella garrapatea una nota, agarra su mochila y al minuto ya van a toda velocidad por la Décima Avenida. “¿Dormiste bastante ayer? Te pregunto porque hoy vamos a conversar toda la noche.” A Lilith le parece una buena idea. Elisa pone la grabadora, empieza a cantar y la contagia un poco con su alegría. “El otro día me encontré al muchacho ese de la fiesta, el hermano de Aquiel...” “¡Conan!” “Ese mismo. Me contó todo lo que había pasado, que estuvo en el hospital y le habían acabado de dar el alta, que te estaba intentando llamar, pero tu teléfono estaba roto.”

“Bueno”, Lilith de pronto decide sincerarse, “lo que pasó fue que Aquiel me llamó y yo no quería hablar con él, por eso rompí el teléfono”. “Ah...¿Y tiene arreglo?” “Sí, nada más le zafé un cable. Menos mal que mis padres no saben nada de como funcionan esos aparatos.” “¡Qué loca eres!”

Por fin llegan a casa de Elisa. “Hoy vamos a estar solas”, le aclara esta, “le pedí a los abuelos que se quedaran con la niña por última vez y ellos encantados”. Lilith piensa que es lógico; mañana se irán para *Spain* y quién sabe cuándo volverán a verla. Entran y su amiga la lleva hasta el cuarto. “Esta maleta es tuya. Son los libros y cassettes que te dije, y alguna ropa también. Al fin y al cabo es demasiado para llevármelo y no conozco a nadie mejor que tú para dejárselo.” Elisa abre la maleta y la vacía encima de la cama. “Échale un vistazo en lo que voy a calentar la comida.”

Espléndido, maravilloso. Entre los libros están todos los tomos de Castaneda y otros de filosofía, ciencia-ficción o *bests sellers* variados. Treinta cassettes de música clásica o rock - por lo visto sólo se llevará los compactos - y algunos vestidos, pantalones y blusas. Ella se entretiene mirando los títulos hasta que su amiga la llama para cenar. La mesa repleta de cosas, como nunca, langosta como plato principal y una botella de vino italiano para completar. A Lilith se le humedecen los ojos. Comienzan a comer con buen apetito, entre sonrisas de satisfacción y un brindis por el éxito de ambas. Luego Elisa la mira a los

ojos. “Lilith, quiero proponerte un negocio. Espero que lo aceptes.” “¿Sí?” - ella piensa que en ese momento aceptaría hacer por ella cualquier cosa, *cualquier cosa* -. “¿De qué se trata?”

“Te dejo mi guitarra a cambio de tu vida” “¿Cómo?” Ella realmente no entiende la proposición. “¿De mi vida?” “No te asustes”, la otra se ríe, “por eso te decía lo de estar despiertas toda la noche. La cuestión es que hace tiempo quiero escribir una novela sobre ti. No pongas esa cara. Quiero que me cuentes todo lo tuyo, sobre tu familia, el grupo, Aquiel, los ritos, todo eso. Claro, lo voy a grabar en cassettes y me los llevo para España, a ver si puedo escribir el libro allá. Desde hacía tiempo deseaba proponértelo, pero nunca hallé la ocasión. ¿Qué crees?”. Lilith no lo piensa mucho, hasta se siente halagada por la propuesta. “Claro que sí, cuando quieras.”

Terminan de comer - café y cigarro de yerba incluidos - y se dirigen al cuarto. “¿Quieres empezar ahora mismo?”, le pregunta Lilith, pero Elisa se niega. “No. Recuerda que tu novela no está terminada, se me quedaría demasiado abierta si la dejamos donde está, con muchos cabos sueltos.” “¿Y entonces?” “Quiero que llames al Conan.” Ahora Lilith comprende y se encoge de hombros. “Está bien.”

Disca el número del muchacho. Deben estar viendo la telenovela porque se demoran en contestar. Por fin descuelgan el teléfono y es la Cheng. “¿Oigo?”, pregunta esta y Lilith maldice por lo bajo. “¿Me puedes poner al Conan?” “¿De parte de quién?” Ella piensa si mentirle, pero luego decide enfrentarla de una vez: “Cheng, es Lilith. Sólo quiero saber cómo está y darle las gracias por salvarme la vida, nada más”. Del otro lado de la línea su rival duda y ella insiste: “Cheng, por favor, es algo que le debo”. Lilith espera hasta que por fin la muchacha contesta: “Está bien.” Se siente el leve toque del auricular sobre una superficie y después de unos segundos la voz de su amigo: “¡Lilith!, ¡por fin! Te he estado llamando todos estos días, ¿cómo estás?”. “Bien, ¿y tú?” “Todavía me duele un poco, pero dentro de dos semanas ya voy a poder hacer pesas de nuevo, claro, sin exagerar, los doctores me dijeron que estuve a punto de estirar la pata.” “Sí, lo sé.” “No te sientas culpable por no haber estado conmigo. Me enteré de lo que te sucedió con mis parientes y ya les eché la bronca que se merecían.” “Te llamaba para eso mismo, para darte las gracias y pedirte disculpas.” El Conan tose un par de veces y se ríe: “¿Ves? Ahora en un cuento de hadas la doncella caería rendida en brazos de su salvador, lástima

que esto no sea un cuento de hadas”. “Es verdad.” “Bueno, de todas formas ya sabes cómo siento así que ponme en tu lista, yo todavía tengo esperanzas.” “¿Y la Cheng?”, ella desvía la conversación a consciencia y espera que por lo menos ella no esté escuchando. “¿La Cheng? Ahí, como siempre, hasta que se aburra de mi y me mande al diablo. No espero que cambie mucho la situación, pero vamos a intentarlo, a ver qué pasa. Claro que si quieres verme, no respondo.” Lilith se muerde un pedacito de uña y la escupe. “Conan, a mí no me gusta jugar sucio y sé que la Cheng te quiere, por eso es mejor que dejáramos de vernos un tiempo.” “Sí, entiendo. ¿Todavía sigues enamorada de Aquiel?” “¿Qué te voy a decir? No sé, creo que sí” “Yo tampoco voy a jugar sucio contigo Lilith: Fui a verlo el otro día y realmente está embarcado, creo que ahora sí le dio la psicosis. Yo voy a hablar con mamá cuando regrese para ver si lo internamos en alguna clínica. Aquiel me hablaba como si estuviera en una película de ciencia-ficción. Me preguntó por ti varias veces.” “Esa es la ventana.” “¿Cómo?”

Elisa se acerca y le ofrece a Lilith un chocolate. Ella le guiña un ojo, muerde la tableta y sigue explicándole al Conan: “Lo que dijiste de la ciencia-ficción, son los efectos del *windows*, una droga que está tomando. Las visiones te hacen viajar al futuro, tener telepatía y cosas así.” “Ah...” Él parece dudar un poco y luego pregunta: “¿Vas a volver con él?” “No. Hay cosas que no pueden perdonarse. Aparte, él está con la Fénix”. “No, ya no. La Fénix se fue del país hace tres días.” “¿Cómo?” “¿No lo sabías? Con un austríaco. Ya ellos se habían casado y todo; por eso fue que volvió a buscar a Aquiel. Para estar con él los últimos días y luego largarse para **Germandia**. Fue como una especie de despedida, ¿entiendes?” Ella mastica sin hablar. Piensa que eso explica muchas cosas. El mellador de espadas contra el ave roc, el ave Fénix. Una pregunta la sigue todavía: “¿Y cómo lo viste?” “¿A Aquiel? Ya te lo dije, está enfermo. No sale ni habla con nadie, y cuando lo hace es siempre en esa cuerda del ciberpunk y toda su bobería del Lado Oscuro.”

“Interesante”, piensa Lilith. De vuelta a los orígenes. Por lo visto la Fénix terminó de castrarlo otra vez, y él de masoquista.

“Lo que es el destino, eh?”, está diciendo Conan, “si aquella noche en la fiesta no hubiera pasado nada, a él lo hubieran matado, ¿no? Aquiel no tenía ninguna cadena para defenderse, y a lo mejor tú tampoco estarías viva”. “Tal vez no habría pasado nada,

porque hubiéramos ido a su casa y no a la mía.” “Bueno, sí, es verdad. Tú decides. De todas maneras vamos a mantenernos en contacto, ¿bien?” “Sí, claro.” “Buena suerte entonces, Lilith. En todo lo que te propongas. Y recuérdame de vez en cuando.” “Lo haré. Chao.”

“¿Qué vas a hacer?”, piensa ella una vez que ha colgado el teléfono, “buena pregunta para el insomnio”. Sin embargo la conversación con el Conan y las últimas noticias le han dejado no poca energía, principalmente lo de la partida de la Fénix. Ahora siente deseos de gritar, de hacer cosas, subirse muy alto - no importa que sea de noche o que esa alegría sea simple efecto de la yerba - y enfrentar la ciudad. No sabe el por qué de ese renacimiento. No le pregunten, no entiende nada, no sabría contestar. Son casi las once de la noche. Otra cadencia de la cuerda, el equilibrio se resiente y todo puede - otra vez, ¿cuántas? - comenzar de cero.

Elisa regresa con una sonrisa y un beso. “¿Ya?” Lilith sonrío satisfecha y se sienta en la cama, de cara a la grabadora que ya su amiga entretanto ha preparado para la grabación de su historia. “Estoy lista”, le dice Lilith y respira hondo, “Cuando quieras”. Desde la ventana de al lado se escucha el comienzo de una canción de *Acill Atem*.

“Estos ya no son los *Acill Atem* del inicio”, comenta, “en este repiten un poco las fórmulas...”



THA

El santuario está cerrado para los androides.

“Estuvimos un rato leyendo Nietzsche y a la noche hicimos un rito con un candelabro de cirios amarillos y la botella de Tympanum.”

Aquiel entra en la camahuevo entre los cuatro límites y se acurruca, adormilándose: venas y neuronas intoxicadas y anérgicas. “Hicimos el amor y luego la acompañé hasta el aeropuerto.”

El útero se hunde y lo envuelve como una cáscara rota, sus alambres en espiral se calientan tras el efímero contacto de la espalda del joven. Delante y a los lados se encuentran los espejos tácticos y afiches de otros tiempos, polvorientos, aunque no desgajados.

En el interior de su cabeza se conforma la catedral de imágenes. Pensamientos barrocos se ramifican por un cerebro tan laberíntico como ellos.

Aquiel tira el pulóver raído sobre la silla de hierro y se tapa con la colcha. Piensa en la neguentropía delta N de tantos androides holográficos en su movimiento rectilíneo hacia el orden anacrónico y opacogris. Se cubre también el rostro.

Es un suicida potencial a los veinticinco siglos: ha intentado las trescientas formas de Atipificación desde María Liliana, en su primera mezcla, hasta Yamila Rodríguez, la decimosexta, en sie(n)te años, venérea incorporada, sin experimentar en la trayectoria más que una suave distorsión del límite, sin llegar a la discontinuidad, sólo la misma réplica, la misma seducción de siempre, simetría empática.

La oscuridad va creciendo, misteriosa y amenazante entre las persianas del santuario, tiñendo de violetanaranja todos los objetos que como moribundos oscilan hacia el horizonte. Rechaza el huevo, la mezcla, el bimonólogo, quizás incluso rechaza la falsedad gótica de la luz. Percibe todos sus Yo. La ilusión de ser único e indivisible ya pertenece a otro milenio, es piedra de Moisés.

Casi al final de la mezcla con Yamila, una de las atípicas de siempre, donde la proyección implicaba una esperanza de destruir el diagrama geométrico, su camahuevo había llegado a momentos de replicación total del espacio.

En la actualidad casi todas las mezclas conllevan a la transformación de Aquiel en androide expectante. La imagen de las piernas sucias de Yamila se abre ante él, tratando de absorberlo una y otra vez, atracción cinemascopio enturbiando las corrientes del barroco mental, diluyendo su cuarta dimensión en percepción estereoscópica: diapositivas lanzadas en ráfaga subliminal, planos hiperrealistas y fosforescentes de carne sudorosa, labios saliva, muslos llenos de rocío, olor a mezcla de voces y la luz rompiéndose en tatuajes líquidos sobre el desorden de los cuerpos amorfos, desesperadamente lanzados uno adentro del otro, en busca de ciertas muertes más allá del orgasmo.

Mientras se acurruca bajo la colcha, Aquiel lo está percibiendo aún: seres polos mirándose por última vez a los ojos, apagando sus egos individuales a la velocidad de un parpadeo de niños, fundiendo sus miembros a la violencia del suceso, los pensamientos del sexo invisible condenados a vagar eternamente por los pasillos de la Noconciencia, minotauros microscópicos recorriendo arterias y nervios, translúcidos y fantasmáticos, caminando de puntillas por los laberintos del sueño.

Lilith: Esponja Radar.

La calle está manchada de verde y salpicada de cristales. Ella entra a la cafetería X-Venus en la avenida tercera y se detiene unos minutos, rascándose el brazo; movimientos torpes y poco flexibles. A su espalda pasan los carros: un Nissan corporativo, una bici que resiste el peso de tres jóvenes, una guagua repleta que de pronto se le antoja una ballena destripada. Sobre el muro de la esquina hay un letrero pintado, donde se destacan en caracteres rojos y verdes las palabras:

T E N G O : P U E D O

Detrás se alzan tres edificios que proyectan dos sombras difusas sobre la avenida. La cafetería tiene el cristal opaco y en el mostrador se alinean cinco tacitas de café. Una de las tacitas, llena, espera a que la mano de Lilith la suspenda por un momento en el aire y la lleve hasta sus labios salpicados con restos de migajas de pan.

Pan. Paneo rápido a gentes con cara molesta o deprimida que esperan en una parada tan polvorienta como sus ropas. Plano medio contrapicado. Lilith se acomoda una mochila colgada en el hombro y rebusca en los bolsillos de su jean apretado. La mano acomoda el pelo detrás de la oreja y continúa explorando dentro de la tela.

Aparenta veinte años. Ha caminado desde la bahía, cerca del túnel, hasta casi el otro extremo de la ciudad, en tres horas, sin querer esperar por el ómnibus o alquilar un taxi; llenando las horas con el precio de un cansancio mortal y los tenis rotos, sencillamente, ir, el cerebro en el pasado o algún mundo fantasma, mezcla de vivencias brumosas.

AUDIO: Una de las estructuras del ambiente sonoro está dominada por la voz de cierto locutor disfónico leyendo las noticias nacionales. “Comte ha muerto”, repite una y otra vez.

VIDEO: Big close up al interior del bolsillo del jean de Lilith, donde se mezclan restos de picadura, un fósforo sin cabeza y un papel arrugado de escritura borrosa, con la tinta corrida, en letra de Aquiel.

Los dedos de Lilith tantean todos los resquicios, descubren un agujero por donde ha escapado la última moneda de la última hora. La mano emerge desconsolada a la superficie y traza un vuelo lento hasta el mostrador. Ahora la voz del locutor ha sido sustituida por un programa de himnos y marchas patrióticas.

“Perdone. No tengo dinero”, dice Lilith y tras lanzar una última ojeada a las volutas de vapor que despide la taza, se aleja triste en dirección a la parada. De pronto siente la necesidad de compañía, de conversación, de encontrar a alguien en toda esa masa de siluetas grises - realidad desvaída -, sólo sombras en movimiento, chocando contra la soledad de sus manos vacías.

A ojo de camarero, detrás del mostrador, el dependiente esboza una mueca de fastidio y vacía de nuevo la tacita en su recipiente original. Luego la deja caer en una lata donde ondula el agua jabonosa. Una burbuja pugna por escapar desde el borde del líquido, pero la fuerza del aire deforma sus líneas de tensión superficial hasta que la burbuja estalla por fin, sus átomos se expanden en todas direcciones.

NOTA DEL AUTOR: LA SIGUIENTE CUARTILLA ES PRESCINDIBLE. ESTE ES EL CONTENIDO DE LA PÁGINA ESCRITA QUE SE ENCUENTRA EN EL BOLSILLO DEL PANTALÓN DE LILITH. ES UNA PÁGINA DE LA AGENDA DE AQUIEL. SIN COMENTARIOS. ATENCIÓN EDITOR: NO PONER NOTAS A PIE DE PÁGINA. NO EXPLICAR LOS ELEMENTOS CONTENIDOS EN ELLA. NO CENSURAR. NO TRADUCIR. NO LEER. GRACIAS.

AKFAK: 3 líneas de análisis.

PENE ERECTO:

VISIÓN HOLOGRÁFICA

NIVEL SENSIBLE DE INCERTIDUMBRE
PARALELA O CONTENIDA EN
ANDROIDE EXPECTANTE

(Conformación del Atípico)
(Lo Atípico converge en réplica)

¿Implosión como ruido?

IMPOTENCIA:

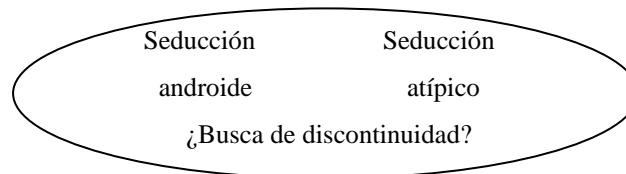
SILENCIO. SE DECONSTRUYE
COMO RUIDO BLANCO

COMPOSICIÓN DEL SILENCIO:
SE DECONSTRUYE COMO SU
PROPIA CREACION.

(En el Ruido no cuenta la ESTRUCTURA
es una forma de comunicación sin contenido
formalizado, una asimetría de planos. Estos,
supuestamente inconexos, se tocan a nivel
empático)

NO SE TRATA DE ENCONTRAR UNA ATIPICIDAD A NIVEL SENSIBLE, TAN SÓLO OTRA
ASIMETRÍA EMPÁTICA, OTRO RUIDO.

CONTINUIDAD EN EL LÍMITE, INSTANTE EN QUE LOS PLANOS ANIQUILAN TODA
ATIPICIDAD.



AFKAK PASA DE LA VISIÓN HOLOGRÁFICA (PENE ERECTO IMAGOLÓGICO) HASTA UNA
REPLICACIÓN DE TODO EL ESPACIO SOCIAL.

¿AMPLIFICACIÓN +DEL EDIPO? ¿CONECCIÓN AL LADO OSCURO?

Aquiel renace y se aburre de leer los mismos obituarios en la cama féretro: la certidumbre se incrementa, el deseo se androidiza. En cuestión de segundos ellos, los atípicos, sus cristales recién formados, estarán expandiéndose entre glóbulos de acero, brazos y piernas electrónicos bailando música concreta; el santuario y la cama féretro cubiertos por entero de pantallas de computadoras, los programas clasificados en una gaveta del armario y ellos, los androides, abrazados en el sofá de la sala, devorando televisores de bolsillo con prosa psicodélica. La crucimente de Aquiel se reb(v)ela por fin, rompe los pétalos obturadores del cerebro, abre los ojos y desaparece la retroproyección piernas de la Fénix. Imagina el impacto de un haz desintegrador y fuerza la vista en dirección a la ventana.

Se abren las noches llenas de demonios. Allá afuera el monstruo respira con sus trillones de luces y olores a caucho quemado. La ciudad está erizada de rascacielos antiguos, reposa insegura sobre decenas de estratos llenos de fósiles automovilísticos y huesos desparramados. Aquiel se levanta y va hacia el espejo táctico. Mira a través del ferrocristal. Observa los haces de luz que brotan de los vehículos voladores. Reconoce dos girópteros de la Potencia Civil iluminando las casas medio derruidas de Viejo Vedado. No se ve un alma en las calles, al menos, no sin vehículo, cosa extraña para esta parte de la ciudad. En la fachada de uno de los rascacielos, unas letras fosforescentes enormes: IMPOTENCIA NO.

“Akfak”, murmura Aquiel y sonrío con tristeza. Ahora introduce su mano en el bolsillo del short y saca un cigarro. Lo enciende y expele el humo por la ventana hacia el exterior. Sus manos tiemblan sosteniendo el cigarrillo. Piensa que ya tiene veintiocho siglos y es un suicida impotente. Los otros Atípicos que todavía sobreviven están en peor estado, plagados de enfermedades irreversibles, a un paso del devenir esquizo y tratando siempre de romper el límite. Tiene veintiocho milenios, piensa, y precisamente los cumple hoy y está tan lejos del Lado Oscuro, de su metasueño como al principio. Aspira la última bocanada y lanza la colilla por el espejo.

Algunos de ellos, los Atípicos, habían logrado la discontinuidad, quizás en mayor medida al inicio, cuando no eran perseguidos. Ahora todos tienen puesto su precio en el tatuaje del rostro, la estrella bocarriba encerrada en un círculo, en la sien derecha. Los Atípicos se esconden cada uno en su santuario, buscando miles de formas para disimular

la marca. Las reuniones están prohibidas. Los Atípicos ya reposan al olvido, sin que nadie ose mirarlos, completamente inmóviles.

El santuario no está cerrado a los Atípicos. El humo recorre dolorosamente la garganta. Aquiel tose un par de veces y vuelve a chupar del cigarro hasta acostumbrarse.

La camahuevo tiene adosada un reproductor de ruido blanco. Aquiel lo conecta desganado y **sientescucha** las primeras eufonías de silencio adrenalínico: *Acill...acill*, parece susurrar el coro invisible, *Acill Atem*. El sonido de un timbre viene a sumarse al silencio amplificado. Zumba tres veces antes de que Aquiel tome conciencia de su condición extramusical; el sonido no pertenece a la grabación. Alguien está llamando a la puerta. “¿Una potencia?” Por un momento siente miedo al salir del santuario y dirigirse a la sala. Mientras camina trata de conectarse a la realidad. Presiente la probabilidad de no peligro y sus músculos se relaxan un poco. “Tan sólo otra presencia, conformada en códigos típicos”, piensa. Nada que preocupe a fondo.

Llega al pie del rectángulo de caoba y acerca su boca a la rendija. “¿Quién es?” pregunta nervioso y lamenta no haber desconectado el equipo. “Soy yo, Lilith”, le contesta la muchacha desde afuera. Suspira aliviado y descorre los cerrojos.

Big Bang. Fundido encadenado para efecto de transición temporal. Suena la música en el pasillo. La voz del *leader* se prende de las paredes y el sonido distorsionado de las cítaras lamen el suelo.

Lilith toca el timbre del apartamento y espera unos minutos, luego vuelve a oprimir el botón con insistencia. La música no se detiene. Hay un sonido como de pies descalzos que se acercan desde el otro lado de la puerta y una rejilla que se abre y deja pasar la voz de Aquiel: “¿Quién es?” Ella contesta rápidamente, suenan los cerrojos y la puerta se abre. Junto con el olor a humo y ambiente cerrado, Lilith percibe la imagen del joven, el pelo revuelto, los ojos húmedos y neblinosos, un short raído y desflecado, gotas de sudor en el rostro.

“Qué flaco se ha puesto”, piensa. Un beso. “Pasa, rápido” y ella que traspone el umbral y escucha los pestillos al ser colocados nuevamente. “Espérame aquí. Voy a lavarme la cara.”

Aquiel se aleja en dirección al baño y Lilith se sienta en el sofá. Inspecciona la sala, el afiche de John Yoko con la letra de Imagine en el extremo derecho, los ceniceros y el piso repletos de cenizas y colillas de cigarrillos; vasos sucios, con restos de café o algo peor, las paredes desconchadas por la humedad. Polvo en todas partes.

Escucha el sonido del agua en el baño. Hurga entre las colillas del cenicero más próximo, encuentra una cuyo tamaño le satisface, la enciende y aspira intensamente. Ha decidido no ingerir más drogas, pero la yerba no es una droga. A la segunda bocanada siente el mareo leve provocado por la abstinencia de los días anteriores. A la quinta el calor le quema los dedos. Oprime el resto contra el cristal y se acomoda en el mueble. Mira sus dedos manchados y se los frota en la costura del pantalón.

ITEM 1: Aquiel J. Pollock camina descalzo sobre un lienzo extendido en el piso, lleva en la mano una lata agujereada, chorreando pintura. Al llegar al final le prende fuego. Ese es el cuadro.

Una silueta de mujer, delgada y en forma de gacela aparece al otro lado del umbral; ojos felinos a la sombra lunar de la noche. Se hace a un lado para dejarla pasar y nota que está muy, muy tensa, con el pelo aleonado y cortado asimétricamente, muy delgada también y que lo mira con cierto tristémor reprimido.

Contacto efímero de labios en suspensión. “Pasa, rápido”, y coloca los cerrojos de nuevo. “Espérame aquí. Voy a lavarme la cara.”

Discurso. Otra vez de vuelta a la pertinencia lingüística. Lo sensible atrofiado en la cadena sintagmática. Ella no es más que otro cuerpo pincel.

ITEM 2: Aquiel Ives Klein procede a bañar a Lilith en pintura roja. Luego se hunde él mismo en una bañera de líquido azul. Hacen el amor sobre el lienzo. Días después, Aquiel coge una rata y la hunde en una lata de óleo amarillo. El animal se arrastra semiahogado por el centro de la tela y luego logra escapar por el borde superior

Aquiel avanza trabajosamente hasta el baño. De pronto comprende que todas las luces están apagadas menos la de la sala, pero prefiere dejarlas así; en la ciudad es de mal gusto pasar fosforeciendo entre la gente.

Corta el chorro de agua con sus manos y hunde su cara en ellas. El primer contacto con el líquido lo hace estremecerse de frío, el segundo y el tercero le aclaran la mente hasta el punto de rescatarlo nuevamente a la realidad **Ubjetiva**.

Todo el lavamanos, los estantes y el suelo están manchados de sustancias indefinibles, gotas de sangre coagulada, restos de jabón y cristales rotos. Trata de recordar la génesis del caos, pero ninguna imagen viene en su ayuda. “Quizás fue Yamila la última noche”, le dice al espejo, mientras se recoge el pelo con una cinta de cuero elastizado, “¿cuánto tiempo hace ya de eso?, ¿un mes?, ¿dos meses?”. El tipo del espejo se encoge de hombros y sorbe una gota de agua con la lengua.

Mi aguja, la de clavar el sortilegio pálido del sueño, recuerda.. No es un poema más transoscuro que los otros que ella le ha dedicado. Hacía mucho tiempo que nadie limpiaba allí, ni siquiera Yamila. De alguna manera las cosas están en su sitio: el olor a sexdrogas de todas las Atípicas, el humalcohol, cápsulas vacías de psicoazules, fragancias, huellas de aire. ¿Cabría otro tipo de ordenamiento espacial para aquello?

El dedo de Aquiel se posa en el espejo y con la uña intenta descascarar un coágulo en forma de nebulosa que le impide verse la mejilla derecha. De pronto comprende que todo es un juego.

La ciudad es un rompecabezas gigante y superfluo, donde ningún camino conduce a parte alguna. Juego de muerte y sexo mezclados, induciendo caos, verdaderos subversivos porque no acatan ningún poder ni orden y a pesar de ello siempre presentes, construyendo y diluyendo el ser. Trillones de alternativas para el hombre - como esta de quitar con las uñas la escarcha rojóxido del espejo -, pero todo actuar es ya exagerado y al mismo tiempo irreversible. Como esa de ir ahora a la sala y encontrarse otra multiplicidad alotópica de juegos nuevos esperando en forma de mujerniña. Y lo peor de todo es la EsPeRaNzA, el maldito y corrosivo éxtasis de la espera.

Aquiel por fin se decide: “Yo nunca he tenido realmente una alternativa”. Regresa, trata de sonreír al sentarse frente a ella en el piso, luego suspira: “Así que viniste.”, sus ojos se

clavan en Lilith, recorren su barbilla, el pelo, se detienen en un punto central de su rostro. Ella, como siempre, se siente un poco incómoda.

ITEM 3: Aquiel Nikki se entretiene en lanzar dardos a preservativos inflados de color líquido que flotan sobre Ciudad Virtud. La ciudad previamente ha sido pintada de gris por las potencias que intentan borrar así toda huella de *graffitti* no supervisado.

Lilith: “Sí. Me dijeron que estabas enfermo. Por eso vine a verte.” (Sonríe.) “En realidad me dijeron que no estabas muy bien de la cabeza, que hacía un mes no salías ni recibías a nadie. ¿Es verdad?”

Aquiel observa a la joven en silencio. Piel suave modelando un espacio, recostada en el mueble, intentando seducirle, segregando signos-cuerpo.

Ella sonríe y comienza a hablar de mensajes que él no logra entender en un primer momento. Habla de amor, claro, pero lo que al final le atrae es el despliegue de sus manos pálidas, el calor tibio en el trasfondo de sus muslos abiertos. Aquiel podría jurar que sus palabras parecen una colección de barcos de papel, hundiéndose en un lago de mercurio.

Lilith: “Cuando me dijeron en qué condiciones estabas yo al principio pensé mandarte al diablo. Ya no dependía de ti. Es cierto que te quería, te quiero todavía, pero sin dejar de ser yo. Por eso dejé pasar estas semanas. Quería encontrarme. Ahora tengo nuevos planes, tengo la guitarra, estoy leyendo como nunca, me puse a ayudar al Zepar en lo del Patio de la Virgen, vamos a montar una exposición con los cuadros de Leonardo, hemos comenzado a reunirnos de nuevo, como antes, sin jefes. Me separé de mis padres y estoy viviendo con Margarita. No tengo un centavo arriba, estoy pasando tremenda hambre, pero no importa. Maggy está haciendo conectos para vender artesanía, montar un puestecito y sacar algo para las dos. Por supuesto, yo también entraré en el negocio. Puede que salga, puede que no.”

ITEM 4: Aquiel va introduciéndose jeringuillas en el cerebro y siente el abigarramiento de los colores mezclados. Escucha el sonido púrpura de las

arterias que se abren sobre pulmones desteñidos de blanco, cada neurona emitiendo una tonalidad distinta en toda la gama del espectro.

Hace frío; Aquiel siente las flechas de hielo violando sus espaldas enfebrecidas, asociándolos a una identidad de animalitos endémicos. “Tú no entiendes”, susurra él que ha traído una caja de cigarros e intenta prender uno, pero la muchacha se lo arrebató y lo enciende, fuma un par de veces, expira el humo en dirección al cenicero y luego se lo devuelve. “¿Y tú?, ¿Te entiendes?”, pero Aquiel fuma y no contesta.

Lilith: “Tú querías que yo fuera tu aprendiz pero yo soy como soy, y en el momento en que me quieres cambiar me jodes. Me interesaste primero como hombre; estaba dispuesta a ser tu aprendiz porque te quería como hombre y para tenerte utilicé ese método. A ti te pasaba todo lo contrario. Te interesaba la Lilith que ibas a fabricar después que le enseñaras todo tu conocimiento. Tú me veías primero como aprendiz, y después como mujer. Por eso no te funcionó con Fénix ni Maggy. Ninguna se dejó cambiar. Tú quieres ser Dios, y por eso te fundiste cuando yo resbalé por lo de Leonardo, porque se salía de tus planes. Realmente yo no te importo un carajo, te interesa el Alien, el bicho, el ente que puedas sacar de mí. Pero es que ya no soy aquella del principio, ya no estoy dispuesta a eso. Ponte a fabricar mejor muñecas de barro, porque eso no te va a funcionar con nadie, ni mujer ni hombre”

Aquiel piensa que ella sigue hablando en idioma de ángeles, como todos, y no sabe explicarle que entender no es interpretar, que para romper el límite lo único válido es la acción del fuego, es el abrasar ese mismo lenguaje de jerarquías como punto de despegue, es jugar a destruir los signos pero ella no comprende porque no ha nacido todavía, no puede entenderlo. Por eso habla de enfermedades y trascendencias, de los otros como meta de realización, de soledad y rechazo, y dolor.

Lilith: “Y te digo esto porque si algo he aprendido en estos meses es que una mujer no es un esquema y está más allá de cualquier concepto, de cualquier clasificación. A lo mejor es que las mujeres no necesitamos viajar al Lado Oscuro porque ya estamos ahí, ¿no?. En fin, Aquiel, que no soy ni nunca seré algo fijo. He descubierto que soy débil, y soy muy fuerte, y soy imbécil, pero muy inteligente, y soy hasta masoquista, pero también sádica, y que puedo amar y odiar al mismo tiempo a la misma persona, y puedo

ser virgen y puta, lesbiana y heterosexual, y arrodillarme frente a un hombre y abofetearlo al minuto siguiente y todo eso porque soy *Mujer*, ¿entiendes? Y me siento orgullosa de serlo.”

Ella se levanta, deja caer la colilla y la aplasta con sus tenis. Se sienta en el suelo al lado de Aquiel.

Lilith: “Por lo demás, nada ha cambiado. Pongo el televisor o salgo a la calle y me parece que estoy en otro planeta. Sigo siendo Lilith, la pulga invisible. Le pregunto la hora a cualquiera y me escupe, me mira como si fuera una bruja o una leprosa, a lo mejor con la muerte de Comte nos transformamos en vómito y no nos dimos cuenta, ¿no?, Kafkamorfosis. Y el problema es que a nadie le importas un carajo, ni siquiera a los brujos o los aristopsiques, así que elige: O te levantas y empiezas otra vez de cero, o te quedas revolcándote con tu ventana y tu Fénix y tu Lado Oscuro. Eso es todo.”

Silencio. Luego una mueca en el rostro de Aquiel, casi imperceptible. Él se deja llevar al vespertar de los cuerpos, hace consciente su disfraz, siente los cambios de piel, adivina el nuevo olor del santuario que un día será y siente los ojos de un cuervo moribundo que grazna desde el otro lado de la ventana.

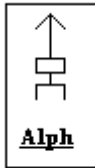
“Tiene que volver a la realidad”, piensan los dos, uno del otro.

FIN

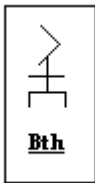
ANEXOS

SIMBOLOGIA Y ESCRITURA UTILIZADA POR LOS BRUJOS :

LETRAS-NÚMEROS DEL ALFABETO DE LOS KLIPPOTS, UTILIZADOS PARA INVOCACIONES MÁGICAS, HECHICERÍAS O JUEGOS DE DE ADIVINACIÓN



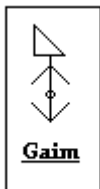
Alph: (A-1) Primer sonido que ejecuta el ser humano y primera letra del alfabeto de los Brujos, expresa la idea de principio y unidad. El ser, la unidad madre de los números, la sustancia primera, el poder plasmante o germen de maternidad. Expresa la causa, la fuerza, la actividad, la estabilidad, el origen de todo lo existente.



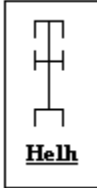
Bth: (B-2). Designa lo interior y activo. El binario, la División creadora, la ley, la gnosis, la guerra, el amor, el sexo, el bien y el mal, la luz y la sombra.



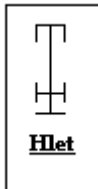
Dalth: (D-3) Iniciación, poder, tetragrama. División, puerta, juramento, la piedra cúbica.. El hombre como unidad colectiva. Abundancia, nutrición. La naturaleza divisible, el camino, la reencarnación.



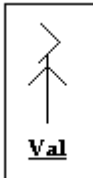
Gaim: (G-4) Designa lo interior del verbo, el nacimiento, los elementos de la naturaleza, la generación en los tres mundos. Símbolo de todo lo profundo y oculto, lo enterrado, el abismo.



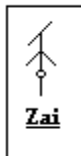
Helh: (E-5) Demostración, Indicación, Enseñanza, la propagación de la Fe, idea abstracta. La infancia, la inocencia, la incertidumbre, el niño visto como potencial futuro. Designa todo aquello que está por venir.



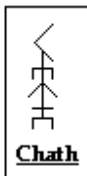
Hlet: (H-6) Lo animal en el hombre. El ocio, la fornicación, el vicio, la mediocridad, la estupidez y todo aquello que va en detrimento del Camino de la Sabiduría.



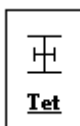
Val: (U-7) Es el símbolo del verbo de la palabra interior, de la luz del intelecto, el punto que separa el Ser del No ser. Término de conversión que permite el tránsito de una naturaleza a otra. Encuentro. Encadenamiento. Unión, combinación. Equilibrio.



Zai: (Z-8) Signo, señal, objeto como símbolo. Voz y Ley de los demonios. Modelo, molde. Adivinación. La fuerza. La mano en actitud de arrebatar un objeto.



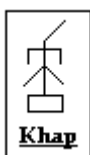
Chath: (Ch-9) Búsqueda, atracción y repulsión, perdón, despedida, promesa elemental, rudimentaria. Vida, espanto, amistad, alimento, espíritu.



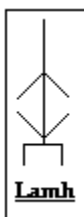
Tet: (T-10) Símbolo de todo lo confuso y desarmónico. La fealdad, lo grotesco, la embriaguez, la perversión sexual, la orgía, la ceguera, la monstruosidad del ser, el Mal.



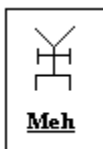
Io: (I-11) Final y principio, tristeza, melancolía, culpa. Purificación, baño, amistad, amor entre personas del mismo sexo, limpieza, pundonor.



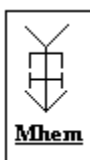
Khap: (Kh-12) Símbolo de asimilación, cohesión, afinidad, confianza. Matriz cosmogónica, perdón, recuerdo, la mano en actitud de despedida, la creación artesanal, el Arte.



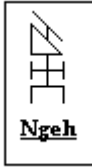
Lamh: (L-13) Símbolo del Ritual, de la comunión con los dioses, la invocación. Expresa la idea de elevación, iluminación, expansión y desarrollo.



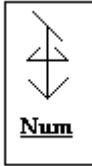
Meh: (M-14) Símbolo del Juego, la conversación, el placer, la fiesta, reunión de amigos. Asamblea de Sabios, descubrimiento.



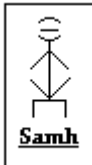
Mhem: (Mh-15) Simboliza la Diplomacia, los rituales de la cortesía y las buenas maneras, la conversión, el triángulo goético, la guerra contra los infieles, la Hermandad de los fieles.



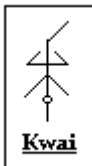
Ngeh: (Ng-16) Símbolo de la Acción exterior, formación plástica, unión o separación de la pareja por factores externos. Envidia, maleficios, brebajes afrodisiacos. Seducción, la venganza por medio de la Magia Negra.



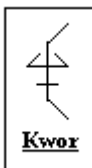
Num: (N-17) Símbolo de la Perversión, la Venganza, la Tortura, el Sadismo, lo demoniaco en el hombre.



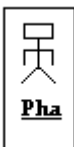
Samh: (S-18) Símbolo de la Confesión. Elocuencia, Misterio, Movimiento circular, Edad Media, Caballeros, Verdad, Ciudad, Castas.



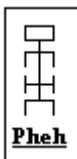
Kwai: (Kw-19) Conservación, fecundidad, debilidades. Indica la idea de la Materia, el cuerpo físico, todas las sustancias y necesidades del organismo, la sangre, los residuos, las enfermedades comunes, el hambre.



Kwor: (Kr-20) Símbolo del matrimonio, las relaciones físicas, la alquimia, la Historia, el pasado, la sabiduría de los Antiguos Maestros.



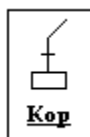
Pha: (F-21) Símbolo del Viaje, lo desconocido, la curiosidad humana, los Misterios, la Oscuridad, el Reino de los Muertos, la Locura.



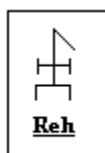
Pehh: (P-22) Símbolo de las alteraciones, subversiones, la Rebeldía, la Sublevación, el Regicidio, el Caos.



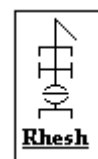
Tza: (Ts-23) Símbolo de Duelo, Funeral, Pérdida de un ser querido. Finalidad, Término, Injusticia. Honor a los muertos. Ofrenda, antepasados, fantasma, espíritu.



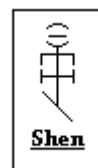
Kop: (K-24) Símbolo de incomprensión, arma ofensiva, golpe, herida, divorcio, separación, daño, guerra, Muerte.



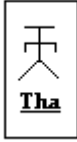
Reh: (R-25) El ternario de la vida humana. Simboliza la cabeza, la música, la unidad psíquica del ser, la facultad de sentir, querer y pensar. La Conciencia del ser en sus aspectos negativos. La capacidad de reconocer los pecados: La traición, la mentira, la infidelidad, el engaño de uno mismo, la ira, el desprecio, la tristeza.



Rhesh: (Rh-26) Símbolo de todo lo relacionado con la Guerra. En su aspecto positivo la sed de lucha, la valentía, la heroicidad, la maestría en las armas, la hermandad bajo la bandera, los honores, el agradecimiento del pueblo. En su aspecto negativo el miedo, el horror, la muerte, las heridas, el saqueo, las violaciones, el odio.

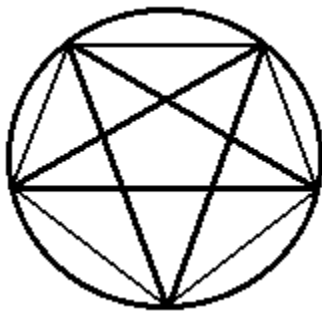


Shen: (Sh-27) Símbolo de la Reciprocidad. Lo sensitivo, la Herencia, la carne, la vida material. Imagen de la renovación de las cosas por lo que a su acción se refiere; Relato, Historia, Transformación, Evolución. En su segunda acepción se refiere a la capacidad de volar. Carroza Volante.

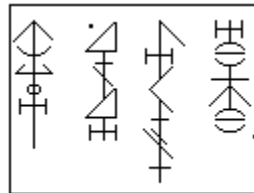


Tha: (Th-28) Símbolo del final y principio de todos los sucesos. Los contrarios. La Soledad, el miedo a los otros, la pobreza material, la riqueza espiritual, el Objetivo Primordial, el Conocimiento de sí mismo en sus aspectos positivos.

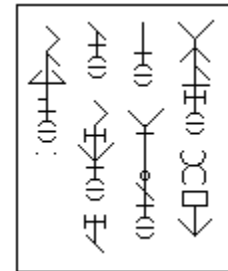
EJEMPLO DE
GRAFFITIS DEJADOS POR LOS KLIPPOTS
EN LAS PAREDES DE LA CIUDAD



La estrella bocarrriba
vemos



Aquel:
¿Dónde recono estás?

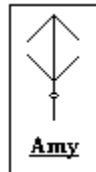


Brujos: Nos
en los Molinos
8.00 p.m.

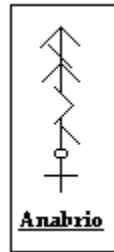
NOMBRES -TALISMANES ASUMIDOS POR LOS BRUJOS.

ORIGEN Y SIMBOLOGIA:

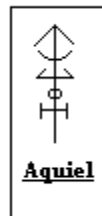
Amy: Una de las princesas de la monarquía infernal, protectora de los ladrones. Aparece en el Infierno rodeada de llamas, pero en la tierra se presenta en forma humana y enseña los secretos de la Astrología y de las artes liberales, descubre a sus amigos los tesoros guardados por los demonios, proporciona buenos criados, aguarda que transcurridos 200 mil años volverá al cielo para ocupar el séptimo trono.



Anabrio: Uno de los siete príncipes del Infierno que se presentaron un día delante de Fausto. Estaba transformado en perro blanco y negro, con orejas largas. En la Biblia Negra es un demonio menor, protector de los estafadores y jugadores empedernidos.

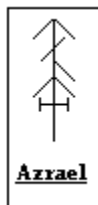


Aquiel: Supuestamente el protector de los locos y los psicópatas, uno de los más sabios y antiguos demonios después de Luzbel, aunque no detenta ningún poder dentro de las jerarquías infernales y sólo es su cronista principal. Aparece cuando se le conjura en un lugar desierto, con luna nueva o cielo nublado.

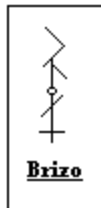


Azrael: Según las tradiciones árabes, Dios le encargó a Azrael que tomara un puñado de cada una de las siete capas de la tierra para crear al hombre con ellas. Dios quedó satisfecho de la fiel y pronta obediencia de este ángel, a quien le dio el encargo de separar las almas, siendo por ese motivo

llamado el ángel de la muerte. En la Biblia Negra, se le llama en cambio el **Diplóos**, y se considera que no es ángel ni demonio, sino un híbrido entre estos, la entidad encargada de mantener el equilibrio entre el cielo y el infierno.



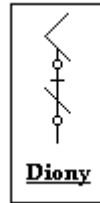
Brizo: Según la Biblia Negra, es el demonio que tiene a su cargo los sueños, la amnesia y el letargo. Aparece en forma de una babosa descomunal que va dejando tras sí un camino pegajoso y pútrido donde quedan atrapados los hombres que lo siguen.



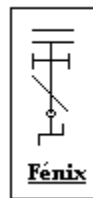
Conan: Demonio severo, ejecutor supremo de las sentencias del monarca infernal. Desempeña las funciones de Némesis. El verdugo. Protege a los asesinos pasionales o vengadores y a los que matan en duelo o en la guerra. Se presenta en forma de vampiro o guerrero forzado, con armas antiguas y coraza medieval.



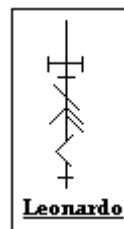
Diony: (Dionisio) Dios del paganismo clásico, cuyos míticos antecedentes se remontan a las más antiguas creaciones teogónicas del Oriente. En la Biblia Negra es un demonio protector de los amores infieles y perseguidos, siempre que sean de hombre y mujer. Se presenta en forma de joven hermosísimo, pero con pezuñas de carnero.



Fénix: Pájaro fabuloso y simbólico que poseía la propiedad de renacer de sus propias cenizas. A veces hace referencia a la Piedra Filosofal, otras a la reencarnación periódica del alma. En la Biblia Negra es una de las princesas infernales, protectora de las hechiceras y prostitutas.

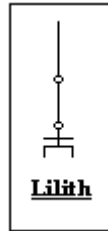


Leonardo: Según los grimorios más comunes, Leonardo es el nombre familiar dado por los Brujos a Satán cuando preside las reuniones sabáticas. Sin embargo, en la Biblia Negra, Leonardo es un demonio menor que se presenta en forma de niño sobre un caballo encabritado de color rojo y protege los amores homosexuales, así como todo tipo de incestos. Algunos estudiosos ven en Leonardo la contrapartida infernal de Cupido, dios del amor.

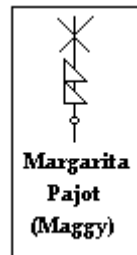


Lilith: Reina de los demonios súcubos, ocupa una posición central en la demonología judía. En la Biblia cristiana, aparece nombrada como una lamia, interpretada en el sentido de un monstruo nocturno, adaptándose más al sentir popular e ignorando la significación exacta de la voz hebraica. En el Talmud, sin embargo, Lilith fue la primera esposa de Adán y le dio hijos resplandecientes e hijas radiantes. Como fue creada de la tierra al mismo tiempo que Adán, se separó de este por cuanto no quería que el hombre yaciera encima de ella durante el contacto sexual. Dios creó a Eva, después.

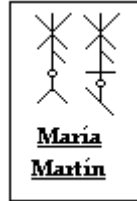
Lilith, para vengarse de su rival humana, la instó a comer el fruto prohibido y a concebir a Caín, hermano y asesino de Abel. A lo largo de la Edad Media, Lilith dejó de ser una serpiente para ser un espíritu nocturno. En la imaginación popular, suele asumir la forma de una alta mujer silenciosa, de negro pelo suelto. Otra versión habla de como Satanás fue castrado para impedir que multiplicase a los rebeldes y Lilith prefirió el triste amor de un ángel condenado al juramento de fidelidad y vasallaje a un hombre. Lilith ha sido el símbolo de la amante incomprendida, traicionada, llena de deseos de venganza en nombre de su amor y a pesar del terror que evoca hay ternura en su desgracia.



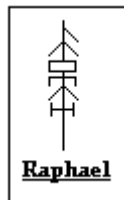
Margarita Pajot: Bruja supliciada en Tourierre (Francia) en 1576. Convicta y confesa de haber practicado muchos maleficios, de haber hecho morir a diversas personas y muchos animales, de haber asistido a sabatts y de haber causado mágicamente la muerte a cierto brujo que se negó a prestarle un pequeño favor, sus jueces la condenaron a la última pena. La soportó con notable serenidad y valentía, ratificándose en todas sus confesiones brujescas.



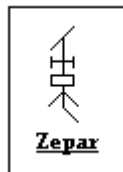
María Martín: Bruja, natural de Neufville le Roi (Francia). Fue perseguida por varios crímenes contra personas y sus ganados, que efectuó por medio de maleficios. Convicta y confesa, fue condenada en Montdidier, a ser ahorcada, y se cumplió la sentencia el 25 de julio de 1856. Supuestamente hizo un pacto con Cervero, marqués del satánico imperio que aparece bajo la forma de un enorme pájaro negro.



Raphael: Según la Biblia Negra, fue uno de los principales líderes entre los ángeles rebeldes, junto a Satán y Lucifer, pero movido por los celos, delató la conjura a Iahvé y por ello los rebeldes fueron expulsados del cielo. Agradecido por sus servicios, Dios le hizo un lugar junto a sus principales adeptos. En otro grimorio, Raphael es el espía de los demonios en el cielo. Hay también una tercera variante del mito que es la más aceptada por los brujos según la cual Raphael es un demonio o dignatario infernal y acude a la evocación apareciendo bajo la forma del ángel citado para confundir mejor a los hombres. Es el protector de los mujeriegos y emigrantes. Puede preguntársele todas las cosas relativas al pasado, e infunde en sus adeptos astucia, deseos de viajar a mundos desconocidos y valor diabólico.



Zepar: Gran Duque infernal que aparece bajo la forma de un imponente guerrero. Fomenta en los humanos toda especie de malas pasiones pero protege a aquellos que por su promiscuidad han sido víctimas de las enfermedades venéreas. Tiene a sus órdenes veintiocho legiones de diablos.



**PEQUEÑO GLOSARIO PARA STRANGERS DE LA JERGA UTILIZADA
POR KLIPPOTS, ROCKHEROS Y ARISTOPSIQUES:**

A

Aamón: Uno de los supuestos autores de la Black Bible o Biblia Negra. Según el Diccionario de las Ciencias Ocultas, es un poderoso demonio que se presenta a los aquelarres en forma de lobo con la cola de serpiente y echando llamas por la boca. Cuando toma la figura humana solo tiene de esta el cuerpo: su cabeza se parece a la de un búho y su pico deja ver dientes muy afilados. Es el más firme de los principales demonios, sabe el pasado y el porvenir, y reconcilia cuando quiere a los amigos enfadados. Manda cuarenta legiones.

Ababite: Árbol fantástico de Uttarakuru. De madera cristalizada muy frágil, de color púrpura. Con esta madera hacen sus casas los habitantes del Paraíso y las construcciones son de muy bella factura, pero no resistirían un viento de mediana intensidad, ya que se desharían al instante en polvo de cristal; es por ello que sirve como alegoría a la felicidad.

Acill Atem: Uno de los grupos de rock más escuchados por los Brujos, sonido industrial generador de una atmósfera violenta y opresiva, con textos de alto vuelo poético y la utilización de guitarras con tecnología de avanzada.

Afrovoruba: Elementos relacionados con el folklore afrocubano pero vistos en sentido despectivo; tanto klippots como aristopsiques y rockheros lo consideran una subcultura ajena debido a su exagerada comercialización turística.

Agiturbado: Palabra maleta; fusión de Agitado y Turbado.

Aguafuego: Toda aquella bebida que dé ardor en la garganta. Ron, té, café o aguardiente como contraposición a las bebidas frías como la cerveza o el refresco.

Akfak: Referido a los elementos propios de las obras de Kafka, indicando la reversibilización del individuo por la asfixia social.

Alucidelia: Palabra maleta, fusión de Alucinación y Psicodelia.

Alucinorte: Estados Unidos.

Ambigüerda: Palabra maleta, fusión de Ambigüedad y Mierda.

Amduscias: Otro de los supuestos autores de la Biblia Negra. Gran Duque de los Infiernos, tiene la figura de un unicornio y cuando es convocado se presenta de forma humana y da conciertos sin que se vean instrumentos de ninguna clase.

Amenacimágenes: Imágenes amenazantes.

Amenthis: Entre los griegos, el Reino de los Muertos, la residencia de las sombras.

Amorbierto: Amor a campo abierto, bajo las estrellas.

Amorfos: Perteneciente al rebaño, a la masa indiferenciada.

Anarcobrujos: Grupo de Brujos sin jefes o líderes, con relaciones horizontales y democráticas entre sus miembros.

Androide expectante: Persona común, integrada a la sociedad, respetuosa de sus leyes y estructuras, pero que espera con ansia oculta un cambio de sistema y por ende, de sus condiciones económicas.

Antamtapp: Infierno de los indios, lleno de perros rabiosos, de fieras e insectos nocivos. El condenado está tendido sobre peñas y continuamente picoteado por cuervos con pico de hierro. Los suplicios de este infierno son eternos.

Antiflor: Sin poesía, sin sentimientos.

Apatonancia: Sistema de adivinación por medio de los objetos que aparecen de pronto.

Apuntabladas: Apuntaladas con tablas, de manera artesanal y frágil, producto de la carencia de los recursos necesarios para repararlas.

Aquelarres: Conciertos de rock a cielo abierto.

Aristopsiques: Subcultura de jóvenes intelectuales. Asumen las teorías filosóficas de moda y profesan un gran culto de la imagen. Tienen sus propios códigos de lenguaje, gustos artísticos, drogas y formas de vestir y, al igual que los Brujos, conforman un grupo bastante cerrado.

Aristosádico: Sádico psicológico, aristocrático, con torturas sutiles basadas en el conocimiento del psicoanálisis.

Arteláser: Grupo de holoplásticos de finales del 09, que se dedican al arte efímero con murales y esculturas de luz en las avenidas y lugares públicos. Se reconocen por el símbolo del aleph encerrado en un círculo. Sus artistas más radicales intervienen activamente en los elementos propios de la infraestructura urbana, utilizando el láser para, por ejemplo, cortar en rodajas un automóvil, o intercambiar fragmentos de objetos disímiles.

Artífice: Todo aquel que asume una autoridad de tipo suprema o al menos que se coloca en el lugar del discurso del Amo.

Asco-Art: Como su nombre lo indica, es todo aquel arte encaminado a causar rechazo o repugnancia por parte del público al que va dirigido. Se relaciona con el movimiento neopunk, en el sentido de revertir o reversibilizar la valoración estética del arte.

Astropista: Vías superrápidas para el desplazamiento de los autos. En su segunda acepción designa los caminos abiertos en el neuroespacio por las sustancias psicoquímicas.

Astrotélico: Referido a la técnica del viaje astral, propia de la parapsicología, la magia, las tecnologías hiperreales o las drogas.

Atípico: Marginal. Perteneciente a la subcultura de los rockeros o Brujos.

Autopecho: Autocrítica, complejo de culpabilidad.

Autoviles: Automóviles de último modelo, computarizados y de alta velocidad, harto peligrosos para los no motorizados.

B

Backer, Riken: Según los aristopsiques, uno de los padres del Malestar Eléctrico de la Cultura (MEC). Fue el inventor de la guitarra eléctrica.

Bambinas: Lesbianas (sin sentido peyorativo).

Bithias: Famosas brujas de los Escitas, quienes tenían el poder de embrujar y matar solo con la mirada.

Black Bible: Biblia Negra, también conocida como Biblia del Diablo, un texto fantástico que se suponía realmente escrito, y que vendría a ser, respecto del demonio, lo que los libros sagrados son respecto a Dios; es decir, su propia palabra. Posteriormente se ha dado al término una significación menos precisa y más real, de manera que ahora resulta la Biblia Negra el conjunto de grimorios escritos en diversas épocas e idiomas por múltiples herejes que para escapar de la Inquisición, utilizaban como seudónimos diversos nombres de demonios, aunque la mayor parte de los escritos se les atribuyen a tres autores fundamentales: Aamón, Amduscias y Aquiel.

Bocarriba: Reversible, Rebelde, “Como gato bocarriba”. Referida a la Goética o Magia Negra y, por consiguiente, a todo lo referido al reino de los Brujos y demonios, incluyendo su lenguaje y simbología.

Boda Wicca: Es la unión de almas en un plano cósmico y fármico, que tiene un impacto en las futuras reencarnaciones de los dos seres que participan en ella: la muerte no separa y el juramento se hace por siempre, invocando a la Grand Ma, la gran Diosa primigenia de los antiguos.

Brujería Yaqui: Según el antropólogo mexicano Carlos Castaneda, mucho tiempo antes de que los españoles llegaran a México existían extraordinarios videntes toltecas, hombres capaces de actos extraordinarios. Eran el último eslabón de una cadena de conocimiento que se extendió a lo largo de miles de años para conformar lo que se conoce como filosofía del Nagual o El Camino del Conocimiento. Castaneda ha escrito una gran cantidad de libros sobre el tema que, debido a su gran complejidad, preferimos no profundizar en este glosario.

Brujos: Subcultura juvenil, conformada en sus inicios por una parte del grupo de los rockheros o atípicos. Asumen las ideas animistas y satánicas, visten de riguroso negro, con tatuajes, pinchos y otros aditamentos y gustan de la música rock más dura. Presentan sus propios códigos de lenguaje, sus drogas y lugares de reunión y conforman un grupo bastante cerrado, en el que para entrar se deben pasar determinadas pruebas e iniciaciones. Creen en la Magia Negra y realizan rituales con gran profusión de elementos lúdicos y lúbricos en ellos. Soslayan toda política y no creen en ninguna institución o poder establecidos hasta el punto de cambiar o invertir los nombres de las cosas y lugares en una especie de rebeldía semiótica.

C

Camaféretro: Se refiere a una cama después de terminada una relación amorosa. Cama triste, vacía, sin sueños, “para tirarse a morir”.

Camahuevo: Es lo contrario de una camaféretro. Se refiere al inicio de una relación amorosa, el sexo por descubrir.

Camelot: Referido a un lugar distante. Como segunda acepción, al grupo de los Brujos cuando la persona ya no se encuentra entre ellos.

Carajuda: Persona muy valiente. “Valiente como carajo”

Carcinógeno: Enfermo, mediocre, gris, oxidado.

Carrollcity: Ciudad absurda, ilógica. Concepto referido a “Alicia en el País de las Maravillas”, de Lewis Carroll.

Cd: Cederista destacada. Chismosa de barrio.

Cenizas: Colillas de marihuana llevadas hasta su mínima expresión.

Choquelia: Heladería del centro de la capital, punto de reunión de todas las subculturas.

Ciberpunk: Referido a los libros y películas del género; un futuro horrible donde los problemas sociales y las tecnologías de hoy se plotean a un mundo completamente maquinizado y poluto, hiperreal, donde ya resulta imposible diferenciar entre la simulación y la realidad. Los hombres viven inmersos en la realidad virtual y tienen implantados diversos mecanismos o chips por todo el cuerpo.

Ciclodélica: Psicodelia cíclica. Cuando determinadas imágenes, sonidos o conceptos se repiten una y otra vez, hasta llegar al agotamiento total de su significado inicial.

Ciervo: Referido al alma, a los sentimientos.

Círculo celeste: Estación de policía.

Cirenaicos: Pertenecientes a la escuela filosófica fundada por Aristipo. Según esta doctrina, el único fin de la vida humana es el placer sensible. Representa la primera y más radical forma del hedonismo.

Cítara: Guitarra.

Cityphobia: Fobia a las ciudades.

Clavar: Templar, fornicar en sentido machista, donde la mujer es sólo un objeto para gozar.

Complotados: Oídos complotados. Personas preparando un complot, comunicándose por señas o susurros.

Comte: Gran Hermano número III, supuestamente es el máximo poder del país donde transcurre la vida de los Brujos.

Comunicajonamiento: Comunicación encajonada. Se refiere al código de lenguaje utilizado por una subcultura o tribu en específico que se revierte en contra de la posibilidad de comunicarse con personas extrañas a ese grupo.

Concienterrado: Conscientemente errado. En su segunda acepción se refiere a un pasaje al acto, una acción donde no interviene la conciencia.

Conectos: Personas que sirven como conexiones al mercado negro para conseguir cualquier cosa, incluso drogas o armas.

Confunoché: Noche confusa, uno sabe como comienza pero no como termina.

Core hard: Baile tribal. Se corre en círculos levantando pies y brazos y chocando entre sí. A pesar de su apariencia violenta, no es un baile agresivo, aunque a veces da inicio a peleas. Otra modalidad es subir al escenario y tirarse sobre el público. Antes, los espectadores sostenían al que se tiraba, pero ahora la costumbre es que dejen un hueco, para el que se lance caiga al suelo, donde le pegan patadas. Por esta razón, es normal que los espectadores que se suben al escenario se queden allí bailando hasta que un policía o un guardafronteras lo empuje de vuelta hacia el público.

Cronosumiéndose: Consumiéndose con el paso del tiempo. Oxidándose, envejeciendo.

Crucimente: Concepción de la mente como un gigantesco crucigrama, los pensamientos cruzándose unos con otros a toda velocidad.

Cuadrar: Enamorar a alguien, comenzar a tener relaciones amorosas con otra persona.

Cuerpocárcel: Concepción del cuerpo y sus necesidades básicas como una prisión que impide la libertad total del alma y el pensamiento.

Cuerpoimagen: Concepción del cuerpo como una imagen para vender al Otro, a través de múltiples estrategias de seducción y simulacro.

D

Datagloves: Guantes de fibra óptica para manipular objetos en un mundo simulado por la Realidad Virtual.

Deep: Deprimido, Depre.

Desdhacia: Desde...hacia...Se utiliza para ciclos cerrados, donde se parte y se llega al mismo lugar.

Desticalza: Desnuda pero calzada.

Desvuelve: Volver transformado en algo distinto.

Desverta: Inflexible, rígida, sin sentimientos.

Dilatante: Proviene de las palabras Dilatante y Latente, referido al sexo.

Diosas Triples: También conocidas como Diosas Madres. Trinidad venerada por los primitivos celtas, diosas de la fecundidad, convertidas luego en protectoras de individuos, familia, ciudades, etc.

Dípteros vampiros: Mosquitos.

Discontinuidad: Referido a los instantes de contacto con el Lado Oscuro. En su segunda acepción, es un pequeño cambio en la inercia de los elementos que conforman un sistema, una pequeña revolución pero sin que varíe la esencia de este.

Discurso del Amo: Concepto aristopsique, proveniente del Psicoanálisis Lacaniano. Según este, el significativo amo se esconde a sí mismo como sujeto tachado y pone a trabajar al inconsciente de cada sujeto para que busque el objeto a de placer. Es un discurso transindividual que determina el sujeto como efecto. Traduciendo a grosso modo: “Yo, que soy el Amo porque detento el poder y el saber, y no estoy

castrado, te puedo indicar a ti, pobre sujeto común, qué debes hacer para alcanzar ese objeto perdido que te hará feliz”

Dislocagente: Fenómeno que contradice la lógica de los sucesos. En su segunda acepción significa enloquecedor, arrebatador.

Divinación: Encuentro o descubrimiento de algo divino.

Drinas: Se refiere a las drogas psicoquímicas cuyo nombre termina con este sufijo.

Dulces angelitos de Dios: Forma irónica de referirse a todos los que detentan el poder del Estado, fundamentalmente la policía.

E

Embarajar: Disimular, dar rodeos, estafar a alguien.

Embarcar: Dejar a alguien plantado.

Embarcarse: No tener éxito en una acción planeada, o encontrar muchas dificultades para llevarla a cabo. Quedarse plantado en alguna reunión o cita por la no asistencia de los demás.

Empacado: Estar drogado con parkisonil.

Empastillado: Drogado con pastillas de cualquier tipo.

Enfermación: Enfermedad de la Información en la vida actual.

Enterospección: Introspección exagerada, sin contacto alguno con la realidad.

Epicurva: Mujer con buen cuerpo, llena de curvas.

Era Antihogar: Período de Crisis económica y por ende familiar, donde las tensiones y conflictos entre parientes, fundamentalmente entre padres e hijos alcanzan un grado máximo.

Escabronido: Ruido insoportable. (Sonido cabrón, música escabrosa)

EsclaviTur: Diferencia extrema entre las condiciones de vida de un habitante del país con respecto a las de los turistas en tiempos de la Crisis económica. En su segunda acepción se refiere al trabajo esclavo de un nativo en hoteles u otros centros de atención al turismo.

Espejos tácticos: Ventanas o agujeros por los cuales poder mirar sin ser descubiertos.

Esto es mío: Egoísmo, insolidaridad. En su segunda acepción se refiere al Capitalismo y la propiedad privada.

Estrella Bocarrriba: La estrella de cinco puntas constituye uno de los símbolos de la Magia, que siempre aparece en las operaciones de ritual. Su colocación, o sea, la manera de orientar sus puntas, significa unas veces la operación de Magia Blanca o Teurgia, y otras, la operación de Magia Negra. Esta última se simboliza con una punta hacia abajo y atrae las influencias astrales del mundo inferior. Es el símbolo principal de la subcultura de los Brujos, entre otras cosas porque la inversión de la estrella describe la reversibilidad del sistema por medio del lenguaje que ellos practican, tratando de crear un país dentro de otro.

Etercontinua: Eternamente continua, sin cambios, moviéndose por inercia. En su segunda acepción se refiere a la Masa social o al país en sentido general.

Extática: Éxtasis del reposo absoluto. En su segunda acepción se refiere a una imagen estática de la cual no podemos salir hasta que no se realice una reestructuración de la psiquis. También se denomina Repetición de la Escena.

F

Feria del Rock: Referido a la Cultura y la Política del país. Desde el punto de vista de los Brujos tiene un sentido carnavalesco.

Flatline: Concepto extraído de la cultura ciberpunk para designar a aquellos hackers o piratas informáticos que mueren en el mundo real pero sus personalidades siguen vivas y actuantes en las redes informáticas.

Freakie: Denominación despectiva con que la sociedad llama a los Rockheros y Brujos

Fresada: Música rock comercial, muy emparentada con el pop y odiada por los Brujos.

Fumigación heavy mental: Drogas arrojadas al fuego para que de forma vaporosa y aromática lleguen a las personas que las aspiran.

G

Garrapatos: Atípica aficionada a drogarse con los vapores del pegamento para calzado.

Germandia: Cualquier país de habla germana.

Goética: Referido a la Goecia, la Magia Negra y todo lo demoniaco.

Grand Ma: Según la Biblia Negra es la Diosa Madre, creadora del Universo, dueña de todo lo animado e inanimado, lo imaginario y lo real. Está muy cercanamente relacionada con la Diosa primigenia del paganismo clásico.

Guerrillas: Excursiones a la naturaleza, (Sierras, montañas, cavernas o simplemente bosques). La mayoría de las veces se realizan con muy pocos recursos y su función es ofrecer una alternativa social de vida comunitaria fuera de las leyes y las instituciones de la ciudad. Los alimentos y drogas son repartidos equitativamente y es muy común la desinhibición sexual de los participantes en un intento de regresar a las raíces.

Guardafronteras: Atípico pagado por las bandas de rock que se encarga de la seguridad de los equipos y los integrantes del grupo en el escenario, cuando se encuentran en pleno concierto. Su papel es importante en los bailes de core hard ya que el juego consiste en esquivarlo el mayor tiempo posible sobre el escenario para evitar que este empuje al transgresor de vuelta al público.

H

Heavy Mental: Mente Pesada (Mentalidad de rock pesado)

Hemos dicho Basta: Referido a los movimientos de liberación nacional, las guerrillas, Ernesto Ché Guevara y toda la ideología revolucionaria de los años 60.

Hielo: (Ver ICE)

Hojas de parra: Moralina, mojígatería, falsa moral.

Holo: Holograma. Fotografía tridimensional.

Holoplásticos: Grupo de pintores urbanos que se dedican a hacer graffittis tridimensionales sobre la base de técnicas holográficas en las calles de la ciudad. Se reconocen por el símbolo del alfa dentro de un círculo.

Homoides: (Ver Amorfos)

Huevo: Útero. Lo que está por nacer, por salir a la superficie. En su segunda acepción se refiere a la familia en su aspecto de limitación, de cárcel.

Humalcohol: Olor mezclado a tabaco, yerba y alcohol.

HP: Hijitos de Papá. Jóvenes con padres influyentes, que viven una existencia regalada y fácil, con privilegios y recursos de los que carecen los otros. En su segunda acepción significa Hijos de Puta.

Hypnos: Sustancia droga. Alucinación, delirio, sueño.

I

IA: Inteligencia Artificial espontáneamente surgida en la matriz de un sistema cibernético.

ICE: También conocido por **Hielo**. Electrónica de las contramedidas de intrusión. Es la barrera corriente que protege la información confidencial en las estructuras de los bancos de datos, de las intrusiones de cualquier hacker o pirata informático. Algunos hielos como los de los sistemas militares tienen características más agresivas ya que pueden estar compuestos por killer-sofwarees que atacan la mente del intruso, causándole graves trastornos o hasta la muerte.

Illumibrado: Iluminado por la esencia de lo femenino. En su segunda acepción, maravillado por la belleza, inteligencia y las formas de una mujer.

Ilumilusión: Estar ilusionado por una supuesta iluminación súbita.

Iluminación: País de las iluminaciones súbitas. Forma irónica de referirse al Estado y su Constitución, donde se crean o cambian leyes de un día para otro, sin razón lógica aparente.

Ilumisión: Misión iluminada por Dios o el Demonio.

Imaim: Meca de los que emigran a Alucinorte buscando escapar de la crisis económica y política que vive el país.

Infartoclímax: Referido en sentido irónico a la concepción que tienen los hombres de las mujeres con las que han hecho el amor. Siempre hablan de un coito fantástico donde las han llevado al borde del infarto como consecuencia de los múltiples orgasmos que les provocaron con su potencia y maestría en el sexo.

Ingenuflexión: Referido a la danza, el teatro o el sexo. Son las posturas o ejercicios peligrosos, ingenuos, torpes o difíciles de realizar por la falta de práctica y elasticidad.

J

Jerarquías de Angeles: Según la teología, los ángeles están distribuidos en tres grandes jerarquías o principados, y cada jerarquía en tres compañías o coros. Los de la primera y más alta jerarquía son los Serafines y Querubines, cegados y abrasados en el fuego de la Caridad. También están los Tronos y Coros, llamados así porque proclaman la grandeza de Dios y lo hacen resplandecer. Los de la segunda jerarquía son las Dominaciones, que señalan a los ángeles inferiores sus misiones, las Virtudes, que cumplen sus prodigios, y las Potencias, que protegen con su fuerza y su vigilancia las leyes que rigen el mundo físico y moral. Los de la tercera jerarquía son los Principados, los Arcángeles y los Angeles guardianes, que transmiten los mensajes y se ocupan de la seguridad y la santificación de los creyentes. Por supuesto, los Brujos han hecho un paralelismo entre estas jerarquías y las instituciones oficiales u organizaciones de masas del país, como se evidencia al igualar a las potencias con los policías.

Jesuspírar: Suspirar diciendo “Jesús” o “Cristo”. Los Brujos lo usan en sentido irónico o despectivo.

Juego de la Verdad: Consiste en darle vueltas a una botella hasta que esta se detenga por sí misma y a quien señale entonces el pico, deberá contestar con sinceridad absoluta todas las preguntas que le hagan (una por persona) los otros que participan en el juego. Otra modalidad es sustituir las preguntas por castigos de diversa índole.

K

Ka: Según la magia egipcia, es el soplo o aliento de vida; el cuerpo mental humano.

Kafkamorfosis: Metamorfosis kafkiana. Transformación de una persona en insecto o animal o sustancia repugnante.

Klippots: Subcultura juvenil (Ver **Brujos**). Término usado en la Kábala hebrea con varios significados. 1)- Demonios. 2)- Cascarones o envolturas de los difuntos. 3)- Espíritus elementarios.

Krishna Zen: Referido a las filosofías orientales y las sectas y grupos que las practican.

L

Lado Oscuro: Es un concepto bastante complejo de transmitir ya que designa lo que no puede ser descrito, lo que está más allá del lenguaje. Es la Ausencia promovida al rango de categoría fundamental, llave maestra explicativa para todos los análisis y universal metodológico para todos los metalenguajes. Recibe múltiples denominaciones de acuerdo al enfoque utilizado como por ejemplo *Falta en el Otro*, *Laguna*, *Grado Cero*, *Agujero en la cadena significante*, *Elipse*, *Lo Real*, por sólo citar algunos. Según el psicoanálisis Lacaniano, es el *Objeto del deseo*, siempre inalcanzable, a partir del cual - a través de la sublimación del objeto perdido o la simple sustitución nunca satisfactoria del mismo - es que se ha desarrollado toda la cultura humana.

Ladrel: Animal fantástico que se va creando de acuerdo a la música que uno escucha y se disuelve apenas esta termina.

Ley de Conservación de la Intensidad de los Sucesos: Superstición cuya creencia es que los sucesos afortunados y desafortunados se equilibran a lo largo del día o de la semana, igualando de alguna manera sus intensidades.

Lupas: Lobas. Mujeres de vida licenciosa, rameras, en los tiempos de la fundación de Roma. La leyenda de que Rómulo y Remo, los fundadores de la ciudad eterna, fueron amamantados por una loba, proviene de este malentendido. En la tribu de los rockheros, se les llama con ese nombre a las muchachas de gran atractivo sexual, siempre vestidas de negro, que van en grupo a los conciertos de rock.

M

Maryengel: Marx y Engels vistos como unidos en un solo pensador. Los brujos lo dicen de esa manera en sentido burlesco o irónico. “Maryengel dijo...”

Megalomujer: Mucha mujer (en sentido sexual)

Melalcohólico: Borracho triste, melancólico.

Mesmérico: Atractivo, magnético, seductor.

Metasueño: El deseo más recóndito.

Meter mano: Acostarse con una mujer. Robar algo.

Mezclas: Relaciones de pareja que llevan implícita la ingestión de drogas.

Mierdúscica: Música mala o aburrida.

Milenios: Años duros, tristes o mediocres.

Miseraldea: Ciudad miserable, propia de un país del tercer mundo.

Moldehojada: Hecha mágicamente, “como con hojas de un bosque de hadas”

Moña: Onda, ambiente. Palabra proveniente de la jerga rapera, utilizada para definirse a sí mismos. “La gente de la moña”

Morir: Se utiliza según el contexto. Cuando se refiere al sexo, como por ejemplo, “Morir interfundidos”, se refiere a estar abrazados, completamente agotados después del coito.

Muecamenaza: Rostro con expresión amenazante.

Muertepulsión: Atracción por el peligro, por la muerte.

Mujerniña: “Toda muchacha tiene algo de mujer y algo de niña” El vocablo se refiere precisamente a esta acepción, aunque también es utilizado para designar una joven poco desarrollada físicamente.

Multifotografiadas: Vueltas a repetir una y otra vez.

Múscaseda: El antónimo de **Mierdúsica**. Música suave, atmosférica, para transportar los sentidos, para levitar.

N

Nacimuerto: Alguien que regresó del Lado Oscuro. En su segunda acepción, alguien que domina el lenguaje y la paralógica de Lo Real.

Napalm: Referido a la abrasión en su sentido más amplio.

Naticos: Novatos dentro de la subcultura rockhera o de los Brujos.

Neguentropía: (Delta N) Concepto cibernético que designa la información a partir de la Entropía con sentido negativo.

Neohippie: Subcultura que intenta revitalizar la moda, música e ideología de los años 60.

Neopunk: Subcultura que intenta revitalizar la estética y la ideología de los primeros punks.

Neozen: Paralógica.

Nevutralidad: Nueva neutralidad.

Nobelleza: Belleza escondida en cosas o seres a primera vista repulsivos o desagradables.

NoFuture: Ideología del No Futuro. Resignación ante las condiciones de vida existentes por la seguridad de que no pueden cambiarse, ya que sería peor la cura que la enfermedad. Falta de opciones reales. En su segunda acepción es la ideología de los punkys o grunges.

Novlengua: Concepto aparecido por primera vez en la novela **1984**, de George Orwell, para definir un elemento de la conducta de Masas en un estado totalitario, donde una frase o consigna dentro del discurso del Amo sirve para designar exactamente lo contrario de lo que es en realidad. Por ejemplo “Ministerio del Amor” para designar una institución militar, etc. Lo interesante del concepto de Novlengua es que el individuo manipulado no encuentra ninguna contradicción lógica a este tipo de discurso - o no se permite a sí mismo encontrarla - y por esa razón el Estado las continúa utilizando sin decoro alguno.

Nubeberg: Discurso cargado de conceptos desconocidos, del cuál solo se entienden algunas palabras o frases, como si fueran icebergs, de los cuales solamente es visible la parte superior y la mayor masa se encuentra sumergida.

Nulips: Pastillas para adelgazar, utilizadas por los rockheros como drogas estimulantes.

O

Oblivuntario: Actividad supuestamente voluntaria pero que los mecanismos sociales obligan a una persona a realizarlas, por temor a las consecuencias negativas que puedan acarrear para su futuro laboral o su simple desarrollo como individuo.

Obsujeto: Sujeto convertido en objeto. Concepto aristopsique basado en las teorías marxistas de la alienación del obreros.

Octaedro de Holbach: El amor concebido como un diagrama geométrico, puramente material. Probablemente es un concepto aristopsique, basado en la filosofía radicalmente materialista del Barón de Holbach (1723-1789)

Octágonos Simbióticos: Remedo irónico de los conceptos abstractos de los aristopsiques, en realidad sin ninguna significación, solo es una caricatura de su forma de hablar.

Olvidoculpa: Olvido consciente, plagado de culpas.

Opacogris: Adjetivo referido a las máquinas, a la robotización del individuo.

Osos: Padres.

P

Paco: Parkisonil. Psicofármaco utilizado por algunos rockheros y klippots para drogarse.

Pantográfico: Adjetivo multiuso, para describir de alguna manera cosas o acciones difíciles de representar.

Paraguas: Preservativos, condones.

Paralógica: Otra lógica, distinta de la que conocemos.

Paranoia abstémica: Efecto de carencia de algún psicoquímico.

Parches: Sustituciones, sublimaciones, en el sentido psicoanalítico.

Parentales: Referido a la familia, los parientes, fundamentalmente a los padres.

Partir: Sorprender a una persona cometiendo un delito o un pecado.

Pastonductor: Pastor, conductor del rebaño. Referido al Poder. Concepto aristopsique surgido del estudio de Michel Foucault. Dictadores, líderes de un sistema totalitario.

Pedrito Mártir: San Pedro el apóstol, en sentido burlesco y despectivo.

Pelandruja: Desmelenada, despeinada, bruja.

Pelo púb(l)ico: Se refiere al pelo largo pero también a los vellos del cuerpo y los genitales como símbolo de rebeldía y libertad sexual.

Pelúo: Atípico, rockhero, brujo, en sentido despectivo.

Pene erecto imagológico: Se refiere al papel de la Significación Fálica en la sociedad actual pero teniendo en cuenta el papel de la imagen machista en los Medios y toda la ideología patriarcal que trae aparejada.

Penetraduro: Sexo violento, duro, animal.

Perrogrullo: Animal fantástico con cabeza y cuerpo de perro, con patas de grulla, que detenta las verdades obvias para todos.

Persucia: Sucia de sexo, persona manchada con las sustancias corporales propias del acto amoroso.

Piedrafuego: Talismán, piedra ritual en la que se graban caracteres rúnicos para adquirir poder, fortuna y voluntad.

Piercing: Perforación del cuerpo en disímiles lugares para colgarse aros, pendientes y cadenas con un objetivo de agresividad estética así como de aumentar el placer sexual.

Plástico: Persona de conducta sofisticada, artificial, snob.

Poder Blanco: Instituciones oficiales del país, incluida la policía y las organizaciones de masas.

Polvhumo: Smog.

Pornográfico: Visión sin simulacros, sucia, realista.

Potencias: Policías.

Prajo: Cigarrillo de marihuana o Hachís.

Precognición: Conocer desde antes, tener una noción certera acerca de algo o de alguien sin haberla conocido antes.

Predictórica: Algo tan repetido que puede ser predicho sin dificultad.

Preguntafirma: Pregunta que en el fondo es una afirmación.

Psicoazules: Sedantes, psicofármacos.

Psicoblues: Drogas de diseño.

Psicogeológicas: Referidas a las capas más profundas del inconsciente.

Punky: Miembro de los neopunks.

Punto: Personaje que vende productos del mercado negro. En su segunda acepción, lugar donde se realizan negocios ilegales. En su tercera acepción, mujer fácil.

Q

Quiminfestado: Infectado con productos químicos, poluto.

R

Rayarse: Esnifar cocaína o masturbarse, depende del contexto en que se ubique este verbo.

Real: Concepto aristopsique basado en el psicoanálisis Lacaniano. Lo que habitualmente llamamos realidad no es lo Real, sino que es efecto del orden significante y de las cristalizaciones que impone lo imaginario. Por lo tanto lo Real siempre está separado del hablante por lo simbólico. Un sujeto nunca encontrará lo Real como tal, sino que lo hallará ordenado - estructurado - según las convenciones o leyes

del lenguaje, sólo se encontraría con lo Real a partir de una ruptura del orden simbólico. Es por eso que se considera como principio vacío de toda estructura, es decir, como pura Ausencia.

Realucinación del Pasado: Concepto aristopsique, proveniente de la teoría de los Simulacros de Jean Baudrillard. Plantea que como los principios de certidumbre se diluyen cada vez más, y lo Real se ha convertido en una utopía, los individuos buscan de alguna manera afianzar los valores “ya consagrados por la historia” y para esto se dan a la tarea de reconstruir sucesos, episodios, costumbres e ideologías hasta el mínimo detalle, buscando su carácter de verdad retrospectiva, muchos de ellos ahora faltos de sentido y de su esencia original, pero hipnóticos al ofrecer una seguridad que no desea enterarse de la desaparición de aquel espacio que daba cabida a sus ideales de trascendencia.

Reb(v)ela: Que se revela como un rebelde.

Reciéncontrado: Recién encontrado.

Revollición: Relación sexual muy enérgica.

Revolución: Relación sexual normal.

Rock-art: Todos los tipos de arte referidos a la temática del Rock o a las subculturas asociadas a este.

Rockheros: Palabra maleta proveniente de los sustantivos Rock y Héroes. Héroes del Rock. Subcultura juvenil que engloba a todos los que asumen la música y modas del rock. Tribu radio eléctrica de la que se desglosó el grupo de los brujos o klippots.

Rockoteca: Discoteca especializada en música rock.

Rojóxido: Color de la sangre coagulada.

Roll and Rock: Es la moda del rock and roll pero vista desde el presente por aquellos que aún no habían nacido en la década de los 50.

Rosados: Cursis, amantes de la música y la moda más comercial.

Rosados Angelitos de Dios: En sentido irónico, todos los que reprimen a los jóvenes, fundamentalmente la policía. En su segunda acepción., cualquier organización oficialista de jóvenes que apoyan incondicionalmente al Estado.

S

Sabbat: Nombre clásico que reciben las periódicas asambleas nocturnas de los brujos.

Sabuesos Mecánicos: Perros de policía. El concepto está tomado de una obra de Ray Bradbury, "Fahrenheit 451".

Saciedad Humana: Sentimiento de rechazo a la Sociedad humana.

Salamandra: Ser fantástico, espíritu elemental del fuego según los cabalistas.

Sanctuario: Cuarto, habitación de un brujo.

Schaeffer, Pierre: Otro de los padres del MEC (Malestar eléctrico de la cultura) al crear la primera sinfonía basada en precarios sonidos electrónicos y cintas magnéticas trucadas: "Tratado de los Objetos Musicales"

Seguimante: Enamorado molesto, perseguidor e insistente a pesar de haber sido rechazado.

Seguimigos: Amigos íntimos, que nos seguirían hasta el fin del mundo.

Sentirmedir: Sentir y medir al mismo tiempo (referido a lo sexual)

Serosolar: Color de una explosión.

Sexdrogas: Olor a sexo y marihuana mezclados.

Sexo sentido: Sexo sin inhibiciones, amor libre.

Shock and Roll: Rock duro, de los más potentes (speed, grindcore, etc)

Shockear: Provocar shock, remover estructuras mentales.

Sidosa: Seropositiva o enferma de SIDA.

Sie(n)te años: Siete años bien sentidos, dolorosos.

Siervo: Se utiliza como antónimo de Ciervo. Se refiere a la rutina, la inercia, la resignación y la esclavitud.

Siglos: Años llenos de vivencias tristes y golpes decepcionantes.

Silvestrozada: Ropa destrozada por moda, para aparentar marginalidad o pobreza.

Simetría empática: Empatía entre iguales, reafirmación. ES el antónimo de Asimetría empática, referida a la complementación.

Sintiovo: Referido a sentir con el cuerpo aquellos sonidos que no están en el espectro auditivo humano.

Software: Recursos materiales.

Stockwood: Festival hippie de Woodstock, visto desde los jóvenes de hoy.

Subjetos: (Ver Obsujeto). En su segunda acepción se refiere a aquellas personas cuyo objetivo principal en la vida es tener objetos.

Substisexos: Masturbación mutua. En su segunda acepción, cuando la mujer es la que penetra al hombre.

Sueñamento: Ensoñación. También puede referirse al alma externada o cualquier transportación de los sentidos por la ingestión de drogas.

T

Tarúpido: Tarado y estúpido.

THC: Tetrahidrocannabinol, principio activo de la marihuana.

Tortura ajena: Problemas externos incómodos, propios de la crisis económica. Apagón, falta de agua o transporte, mosquitos, etc.

Transoscuro: Ectoplásmico, extraño, misterioso, proveniente del Lado Oscuro.

Transpositivo: Dimensión mágica.

Transyestoria: Camino o trayectoria al Lado Oscuro.

Tristemor: Tristeza y temor al unísono.

Trodos: Electroodos. Chips implantados en el cerebro.

Troya: París, Francia (Por Paris, héroe de la Ilíada).

Tympanum: Es la sopa de los brujos, mezcla de diversas sustancias comestibles con drogas y a veces sangre, junto a otros ingredientes groseros y repugnantes, de acuerdo al Ritual realizado.

U

Ubjetivo: Espacio donde se mezcla lo objetivo y subjetivo, lo imaginario y lo real.

Utopie Virtud: Es la Ciudad Virtud en el plano de la Realidad Virtual, una utopía imaginaria inducida por la ingestión de la droga windows, alegoría de la ciudad hiperreal donde habitan los brujos.

Uttarakuru: Paraíso hindú.

V

Valvulores: Olores artificiales y desagradables, propios de la ciudad, el transporte automotor o alguna industria contaminante.

Variableométrico: Adjetivo multiuso. (Ver Pantográfico).

Velocracia: Hipocresía social. Doble moral.

Ventana: (Ver Windows)

Verdimensional: Dimensión erótica o sentimental, de acuerdo al contexto en que se utilice.

Vespertar: Despertar vespertino o nocturno.

Virgenaciones: Referido a aquellos lugares del cuerpo que van dejando de ser vírgenes en la medida en que son acariciados.

Visión holográfica: Es el concepto opuesto al de visión pornográfica. Se refiere a una concepción del mundo manipulada por los simulacros, por la imagen. (Ver **Pene Erecto Imagológico**)

Visitación: Aparición de un espectro, de una imagen fantasma.

W

Wall: Muro. Se refiere a la incomunicación social o entre generaciones.

Warhol, Andy: Considerado otro de los padres del Malestar Eléctrico de la Cultura, ya que fue el principal impulsor de la creación artística como producto para el consumo de masas.

Windows: Es la sustancia droga, mezcla de múltiples psicoquímicos que supuestamente tiene efectos telepáticos y permite viajar al futuro, a un mundo alternativo o adentrarse en los bordes del Lado Oscuro. Su ingestión no implica necesariamente una desconexión total con lo que está sucediendo en el mundo real, pero este aparece transformado en imágenes paralógicas.

Y

Yerbolaga: Adicta a la marihuana.

Yomismo: Filosofía del ombligo. “Yo, por encima de todas las cosas” Egoísmo e insolidaridad llevadas al grado extremo.

Z

Zancadulear: Vagabundear alucinado por la Ciudad.

Zari: Pájaro fantástico, otro de los efectos del Windows, que permite la ilusión de volar sobre el mundo alucinado.

Zenitales: Genitales de ángel o Dios, en sentido irónico. Alegoría de la eyaculación precoz o la impotencia sexual.

Zombies: Muertos vivos, androides, pertenecientes a la Mass Media.



BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA PARA LA CONFECCIÓN DEL GLOSARIO:

- Autores, Varios. **Diccionario de Ciencias Ocultas.** Colección Esotérica Universal. Editorial CAYMI, Buenos Aires, Argentina, 1956.
- Apócrifo. **La Biblia Negra.** Editorial Chevesque, La Habana, Cuba, 1949.
- Baudrillard, Jean. **De la Seducción.** Editorial Cátedra, Madrid, 1981.
- Baudrillard, Jean. **A la Sombra de las Mayorías Silenciosas.** Kairos, Barcelona, 1978.
- Freud, S. **La Interpretación de los Sueños,** Tomo IV, Amorrortu, Buenos Aires, 1979.
- Lacan, J. **Les psychoses,** Seuil, París, 1981.
- Lacan, J. **Escritos I,** Siglo XXI, México, 1971.

FICHA BIOBIBLIOGRÁFICA DEL AUTOR:

Raúl Aguiar Alvarez (C. Habana, 1962). Narrador. Licenciado en Geografía por la Universidad de la Habana. Ha publicado *La Hora Fantasma de cada cual*, Premio David 1989 (novela); *Mata*, Premio Pinos Nuevos 1995 (Novela corta); *Daleth*, Premio Luis Rogelio Nogüeras 1994 (Cuentos) y *Realidad Virtual y Cultura Ciberpunk*, Premio Abril 1995 (Divulgación científica), así como diversos relatos en más de una decena de antologías en Cuba y en el extranjero como *Los últimos serán los primeros*, *Fábula de Ángeles*, *Toda esa gente solitaria*, *El cuerpo inmortal*, *El ánfora del diablo*, *Contacto*, *Recurso Extremo*, *Anuario de la UNEAC 1994* y otras.

También ha publicado cuentos en diversas publicaciones periódicas como *La Gaceta*, *Letras Cubanas*, *Revista Casa de las Américas*, *Juventud Técnica*, *Muchachas*, *Camión de Ruta* (Perú), *Exégesis* (Puerto Rico), etc.

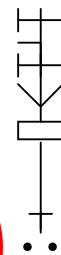
Es miembro de la UNEAC y de la Asociación Hermanos Saíz. Actualmente trabaja en el Instituto Cubano del Libro como promotor cultural.



Alfabeto de los Brujos

<p>∧ A</p> <p>> B / V</p> <p>< C</p> <p>△ D</p> <p>⦏ E</p> <p>⦏ F</p> <p>△ G</p> <p>⌈ H</p> <p>⊙ I / Y</p> <p>⌋ J</p> <p>⌋ K</p>	<p> L</p> <p>∨ M</p> <p>∕ N</p> <p>∕ Ñ</p> <p>⊕ O</p> <p>▭ P</p> <p>⊂ Q</p> <p>⌞ R</p> <p>⊕ S</p> <p>— T</p> <p>△ U / W</p>	<p>⌋ X</p> <p>∕ Z</p> <p>• • ¿?</p> <p>• • :</p>
--	--	--

Ejemplo:



Alfabeto de los Brujos

<p>∧ A</p> <p>> B / V</p> <p>< C</p> <p>△ D</p> <p>⦏ E</p> <p>⦏ F</p> <p>△ G</p> <p>⌈ H</p> <p>⊙ I / Y</p> <p>⌋ J</p> <p>⌋ K</p>	<p> L</p> <p>∨ M</p> <p>∕ N</p> <p>∕ Ñ</p> <p>⊕ O</p> <p>▭ P</p> <p>⊂ Q</p> <p>⌞ R</p> <p>⊕ S</p> <p>— T</p> <p>△ U / W</p>	<p>⌋ X</p> <p>∕ Z</p> <p>• • ¿?</p> <p>• • :</p>
--	--	--

Ejemplo:

